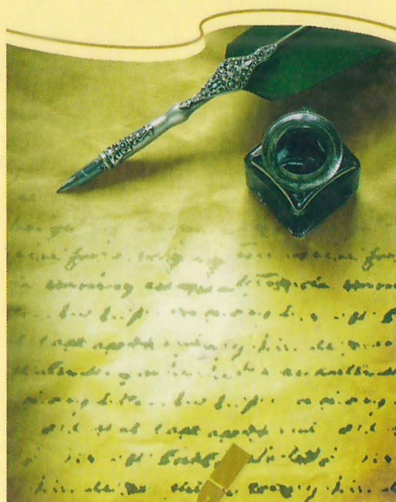


MANUSCRITOS INÉDITOS

— TOMO 1 —



ELENA G. DE WHITE

MANUSCRITOS INÉDITOS

«**L**as cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza». Romanos 15: 4.

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo». Hebreos 9: 11, 12, DHH

«En estos últimos días, se ha dado luz abundante a nuestro pueblo. Ya sea que mi vida sea preservada o no, mis escritos hablarán constantemente, y su obra irá adelante mientras dure el tiempo. Mis escritos son guardados en los archivos en la oficina y aunque yo no viviera, esas palabras que me han sido dadas por el Señor todavía tendrán vida y hablarán a la gente». *Mensajes selectos*, t. 1, p. 63

ISBN 978-1-61161-398-8



9 781611 613988

MANUSCRITOS INÉDITOS

TOMO 1

Contiene los manuscritos 19-96

ELENA G. DE WHITE



Contenido

Presentación a esta edición en español.....	9
Prólogo.....	13
19. La obra misionera personal	17
20. La revelación divina.....	27
22. Declaraciones para ser usadas en el libro de Francis D. Nichol	33
23. El estudio de las profecías.....	39
24. Comentarios sobre Daniel 2.....	51
25. Los pilares y los hitos del mensaje	55
26. Declaraciones sobre el libro <i>Las profecías de Daniel</i> y <i>Apocalipsis</i>	63
27. Consejos sobre algunos aspectos de la obra médica.....	69
28. Daniel y Apocalipsis	97
29. La apostasía	99
31. Los pactos.....	103
32. Cooperación con la WCTU y otras organizaciones de temperancia.....	119
33. Los pactos.....	125
34. La obra en Boston	129
35. Cómo alcanzar a los judíos con nuestras publicaciones.....	133
37. Declaraciones para <i>Fruitage of Spiritual Gift</i>	135
38. Para la ampliación de <i>The Remnant Church not Babylon</i>	147
39. La organización confirmada, fortalecida, consolidada.....	151
40. Divorcio, nuevo matrimonio y separación de casados divorciados	153
41. Los libros que dan el mensaje	161
45. La lluvia tardía	169
48. El uso del diezmo	175

48a. El uso del diezmo	181
54. La verdad, la redención, el diezmo	187
55. El espíritu que debería caracterizar a los médicos adventistas	189
55a. El pacto y el bautismo	209
56. Los objetivos de nuestra obra médica y la Escuela de Médicos Evangelistas	211
59. La iglesia de Oakland.....	239
62. La remuneración de los obreros	243
64. La alimentación en las instituciones adventistas y el uso de carne, té y café	257
65. Apocalipsis 17: La iglesia no es Babilonia.....	271
67. Conversiones por la obra médica.....	279
69. Materiales para un libro de texto.....	281
70. El pacto del Sinaí y su vigencia: Oposición a 1888.....	285
73. La obra entre los judíos	289
76. Ubicación y misión del <i>Pacific Union College</i>	291
79. Los niños pueden ser misioneros	313
81. El reproche de Dios a Laodicea	317
81a. Las iglesias del Apocalipsis	337
88. Llamamiento a un joven descaminado	339
89. Evangelización. La labor de la madre. Los ciegos. La lluvia tardía.	347
89. La cirugía y los fármacos. Abrir las ventanas del alma.....	351
94. Consejos a los estudiantes (estudios, entretenimiento, deportes, música). La fabricación de alimentos. Los salarios de los obreros	355
96. La esclavitud	361

Presentación a esta edición en español

La colección *Manuscript Releases*, cuyo título en español es MANUSCRITOS INÉDITOS, está compuesta por 21 tomos, que en conjunto abarcan más de ocho mil páginas y aproximadamente mil quinientos manuscritos. Esta voluminosa serie pone a nuestra disposición cartas, visiones, instrucciones, consejos, advertencias, comentarios, y otros escritos de Elena G. de White, que nunca antes habían estado en circulación.

Tras la muerte de la señora White en 1915, los fideicomisarios del Patrimonio White, especialmente William C. White, fueron reticentes a poner en circulación manuscritos que no habían sido publicados en vida de ella. Fue en 1930, con la puesta en circulación de *El ministerio médico*, cuando por primera vez se divulgaron en un libro materiales inéditos de la pluma inspirada. Desde entonces, el Patrimonio White se ha empeñado en hacer todo lo posible para que todos los escritos de Elena G. de White estén disponibles para toda la iglesia.

En MANUSCRITOS INÉDITOS el lector encontrará una impresionante cantidad de material que por primera vez sale a la luz en español. La singularidad de su contenido hace que dicha colección constituya un tesoro de valor incalculable, repleto de instrucciones y orientaciones pertinentes para la iglesia de hoy. La colección en inglés se inició en 1981, cuando se publicó el tomo 1; y en 1993, doce años después del primer volumen, salió a la luz el tomo 21, el último de la serie. Con este, el primer tomo en español, que tiene usted en sus manos, damos inicio a la tarea de poner en nuestro idioma los 21 tomos de una colección que consideramos del máximo interés para toda la feligresía. Sabemos cuándo iniciamos esta significativa labor, pero no cuándo la completaremos. El hecho de que los fideicomisarios del Patrimonio White se hayan tomado doce años para publicar la edición en inglés, pone de manifiesto cuán delicado es el trabajo con los libros de la señora White.

En aras de que usted comprenda mejor la organización de este libro, ha de saber que el primer tomo de MANUSCRITOS INÉDITOS no sigue un orden cronológico, como quizás cabría esperar. Esto se debe a que, originalmente, cada manuscrito iba siendo «liberado», es decir, extraído de los archivos del Patrimonio White, en la medida en que era solicitado. Por ejemplo, el Manuscrito 19 es el primer manuscrito de la obra que usted tiene en sus manos porque fue el primero en ser solicitado, a pedido del pastor y evangelista J. L. Shuler; se hizo público el 5 de octubre de 1945, pero su contenido incluye información escrita entre 1886 y 1905.

Este primer volumen de la serie contiene los manuscritos 19 al 96; no obstante, usted notará que algunos de los manuscritos que están comprendidos entre el 19 y el 96 no aparecen publicados en este tomo. Esto se debe a tres razones: 1^a. que el material ya haya sido usado anteriormente en otros libros; por ejemplo, el manuscrito 36 no aparecerá aquí porque ya fue publicado en *El otro poder*; 2^a. que el manuscrito haya sido incluido en otro manuscrito; por ejemplo, el manuscrito 30 está publicado como parte del manuscrito 45; y 3^a. que el manuscrito todavía no haya sido «liberado», es decir, que aún no sea público, como es el caso del manuscrito 50.

Historia de la traducción al español

En su último testamento, la señora White expresó su deseo de que sus obras fueran traducidas a nuevos idiomas. Pero el interés de la iglesia por traducir las obras de Elena G. de White se remonta a muchos años atrás. En el Congreso de la Asociación General de 1883, se tomó el acuerdo de «traducir al danés y al noruego obras que contengan la verdad presente». Dando seguimiento a lo acordado, la traducción de los libros de Elena G. de White comenzó en 1884, cuando *Christian Experience*, el primer libro escrito por la señora White en 1851, y que ahora forma parte de *Primeros escritos*, se tradujo al danés. La primera obra traducida al español fue *El camino a Cristo*, en 1896. En la actualidad, el español es el idioma al que se ha traducido la mayor cantidad de obras de Elena G. de White.

En los últimos diez años IADPA ha sido la editorial líder en la traducción al español de los libros del Espíritu de Profecía. Hace algunos años, en 2007, completamos la traducción de los nueve tomos de *Testimonios para la iglesia*. En 2011 traducimos *La evangelización de las ciudades*. Entre 2011 y 2013 publicamos en español los dos tomos de *Sermones escogidos*, una obra que recoge los principales sermones que predicó en vida Elena G. de White. Junto con nuestras editoriales

hermanas ACES, de Argentina, y GEMA, de México, estamos trabajando conjuntamente en la publicación del primer volumen de *Cartas y manuscritos de Elena G. de White*.

Originalmente en IADPA estábamos haciendo planes para traducir los cuatro tomos de *The Ellen G. White 1888 Materials*, una colección que aglutina comentarios, sermones y artículos relacionados con el tema de la justificación por la fe y el Congreso de 1888. Yo mismo, que en aquel entonces estaba trabajando en la redacción de las notas al libro *Cristo, justicia nuestra*, de Arthur G. Daniells, sabía que *1888 Materials* es una obra de vital importancia para la iglesia en estos tiempos. Sin embargo, cuando ya estábamos a punto de comenzar el proyecto, el Dr. Pablo Perla, presidente de IADPA, me preguntó: «¿Qué colección le ofrece un mayor beneficio a la iglesia, *1888 Materials* o *Manuscript Releases*?». Tras pensar el asunto durante varios días, le respondí: «Creo que en este momento *Manuscript Releases* sería un mejor aporte para la iglesia. Es una colección mucho más amplia y abarca una mayor variedad de temas». Y así nació esta nueva travesía editorial.

Un paso significativo en el proceso de publicación de este libro ocurrió en mayo de 2015. Mientras se llevaba a cabo la Junta Ejecutiva de nuestra editorial, el pastor Israel Leito, presidente de la División Interamericana, propuso que este primer tomo de MANUSCRITOS INÉDITOS fuera declarado el Libro del Año del Espíritu de Profecía de 2016. Con mucho entusiasmo, todos los miembros presentes aprobaron el proyecto. En IADPA nos hemos propuesto producir anualmente por lo menos un volumen de esta colección.

Iniciamos la publicación de MANUSCRITOS INÉDITOS conscientes de que traducir y editar a Elena G. de White tiene sus complejidades. Aparte de la gran inversión monetaria que requiere un trabajo de esta magnitud, se necesita gente que tenga un competente conocimiento lingüístico, tanto del inglés como del español, y suficiente cultura general y teológica para poder captar el sentido del inglés decimonónico de la señora White. Gracias a Dios, en IADPA contamos con gente cualificada para este tipo de labor.

Toda obra literaria conlleva el trabajo y el sacrificio de personajes anónimos que, en realidad, son los verdaderos héroes del proceso editorial. Tras una esmerada traducción llevada a cabo por una empresa con sede en España, Francesc X. Gelabert, vicepresidente editorial de IADPA, ha realizado una cuidadosa edición del manuscrito y lo ha enriquecido con excelentes notas explicativas a pie de página. La revisión final la realizó el pastor Edward A. Araújo, uno de los editores

a cargo de la actualización de los libros de Elena G. de White. Su servidor, como director de libros teológicos y de iglesia de IADPA, estuvo al frente de cada fase del proyecto.

Publicamos MANUSCRITOS INÉDITOS, tomo 1, con la seguridad de que estamos poniendo al alcance de nuestra hermandad una obra que ayudará a nuestros lectores a conocer mejor la manera en la que el don profético ha guiado a nuestra iglesia. La inversión de recursos humanos y financieros queda justificada porque sabemos que la lectura de los manuscritos que integran este primer volumen será de bendición para la iglesia del siglo XXI, así como lo fue para sus primeros lectores.

J. VLADIMIR POLANCO
EDITOR DE IADPA

Prólogo

Este primer volumen, [y toda la serie, compuesta hasta el día de hoy por 21 tomos en inglés en edición sencilla aporta material anteriormente inédito procedente de los archivos de manuscritos y cartas de Elena G. de White. Este material ya ha sido liberado para ser usado de diversas formas; por ejemplo, en sermones, monografías de investigación de estudiantes de Teología, tesis doctorales y en editoriales de la *Review*. Dado que ahora recibe una mayor circulación en este libro, conviene que el lector conozca los antecedentes históricos relativos a las fuentes del Patrimonio White y a las normas que otorgan el acceso a dichas fuentes.

En el momento del fallecimiento de Elena G. de White, en 1915, los archivos de manuscritos y cartas de la bóveda de Elmshaven contenían cuarenta mil páginas de documentos mecanografiados de Elena G. de White. Estos archivos, con su catálogo de fichas de 10 × 15 cm, eran usados por Elena G. de White y sus empleados en su trabajo rutinario, así como en la preparación de artículos y libros. Por las declaraciones que realizó cuando se acercaba al fin de su vida, y según su última voluntad expresada en su testamento, que constituyó el *Ellen G. White Estate* (Patrimonio de Elena G. de White), más conocido como *White Estate* (Patrimonio White), se entendió que estos archivos seguirían siendo útiles mientras el tiempo durase, particularmente para el propio Patrimonio White en el cumplimiento de sus fines.

Después de que los registros escritos del Patrimonio White se hubieron trasladado a Washington, D. C., en 1938, se transcribieron e incluyeron en los materiales adicionales de la pluma de Elena G. de White, que hasta entonces se conservaban únicamente manuscritos y no mecanografiados. Eran sobre todo de carácter biográfico, y estaban en forma de notas en agendas, diarios y cartas a los miembros de su familia.

Aunque suele denominarse a la colección total de manuscritos y cartas «el archivo de los manuscritos», los materiales se dividen en dos secciones:

- ✓ Manuscritos de Elena G. de White y
- ✓ Cartas de Elena G. de White.

La sección de «Cartas» contiene las misivas de Elena G. de White, con independencia de si sus destinatarios eran presidentes de la Asociación General, miembros de iglesia o los hijos de la propia Elena G. de White, u otros. Estas comunicaciones están repletas de instrucción y consejo sobre la conducción de la labor de la iglesia; normas que deberían regir; la experiencia de las personas que tienen parte activa en la obra de la iglesia (en ocasiones con palabras de corrección y reprobación); instrucción a los dirigentes en la obra institucional y de evangelización; testimonios personales (a menudo de naturaleza confidencial), que abordaban quizá asuntos conocidos únicamente por la persona concreta y por Dios; y cartas familiares repletas de noticias.

Lo sagrado y lo común

¿Fue inspirado todo el material de estas cartas? La falta de espacio impide una respuesta exhaustiva, pero Elena G. de White, sus empleados y nuestros obreros generalmente han trazado una línea entre «lo santo y lo profano». Este principio no es difícil de aplicar, especialmente cuando se recuerda que Elena G. de White intentó evitar dar la impresión de que las ideas personales incluidas en sus escritos fueran consejo inspirado procedente del Señor. En una ocasión escribió que «hay oportunidades cuando deben declararse cosas comunes, pensamientos comunes deben ocupar la mente, deben escribirse cartas comunes y se debe dar información que ha pasado de un obrero a otro» y que «es un gran error que uno mezcle lo sagrado con lo común» (*Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 38, 39).

El proceso de publicación

Tras el fallecimiento de Elena G. de White, los Fideicomisarios fueron cada vez más conscientes de la potencial utilidad de los manuscritos inéditos. Formularon planes que permitirían el acceso a los manuscritos de una manera organizada y que los pondría a disposición del público interesado. Los Fideicomisarios del Patrimonio White y los dirigentes de la Asociación General acordaron el establecimiento de normas que contemplaban la publicación de todo el material de Elena G. de White que se iba poniendo a disposición del público. Se dieron cuenta de que si una declaración dada era útil para una persona, también podría resultar útil para otras. El material delicado, especialmente los testimonios personales, habían de tratarse de tal

modo que fueran protegidas las personas y también sus descendientes. Estas normas y directrices siguen rigiendo para los que investigan en los archivos de manuscritos de Elena G. de White.

Los manuscritos y demás materiales de Elena G. de White no es un archivo público. Es fundamentalmente para el uso de los Fideicomisarios y de los dirigentes de la denominación en su sede. Sin embargo, se conceden permisos de investigación a candidatos al doctorado con las debidas credenciales, a pastores y a otras personas autorizadas por la Junta de Fideicomisarios.

Las solicitudes de uso público de un documento en concreto son consideradas, en primer lugar, por la Junta de Fideicomisarios del Patrimonio White y luego por la Comisión de Espíritu de Profecía nombrada por la Asociación General, compuesta por fideicomisarios del Patrimonio White y dirigentes de la iglesia. Esto permite que los Fideicomisarios y los dirigentes de la iglesia cooperen en armonía y se corresponsabilicen a la hora de poner en conocimiento del público en general materiales de Elena G. de White inéditos hasta ese momento.

Al principio se trazaron planes para que todo documento publicado por el Patrimonio White, ya fuera de la pluma de Elena G. de White o estuviera preparado por el personal de la sede, pasase por el proceso de publicación limitada o general, pero pronto se abandonó la idea. A medida que el trabajo fue avanzando, se decidió numerar los documentos relacionados con materiales nunca dados a conocer al público, pero este plan no se implementó hasta que la labor llevaba en marcha aproximadamente una década. Así, cuando el secretario de la Junta empezó a numerar el material desclasificado, calculó que por entonces ya se habían desclasificado unos 18 elementos y designó al primer elemento con el número 19. Confiaba en volver hacia atrás para asignar números a todos los documentos ya producidos. Esta expectativa nunca se materializó. Los primeros 18 números no localizados incluían diversos documentos, algunos de los cuales no eran materiales manuscritos de Elena G. de White.

Qué incluye este tomo

La mayor parte del material manuscrito dado a conocer al público en general desde comienzos de la década de 1930 hasta la actualidad ha sido publicado en compilaciones como *El evangelismo*, *El hogar cristiano* (conocido también como *El hogar adventista*), *Conducción del niño*, *Consejos sobre alimentación* (antes *Consejos sobre el régimen alimenticio*),

Mensajes selectos, tomos 1, 2 y 3, los libros devocionales de «matutinas» y «vespertinas» de Elena G. de White y en el material suplementario que figura al final de cada uno de los siete tomos del *Comentario bíblico adventista*. En algunos casos, el material inicialmente ofrecido para un uso concreto, de naturaleza un tanto limitada, fue incorporado posteriormente en obras corrientes. Esto queda ilustrado en el manuscrito nº 19, solicitado por J. L. Shuler, correspondiente a materiales después usados en el libro *El evangelismo*.

Al pie de cada inicio de capítulo se registra por quién fue solicitado cada manuscrito o grupo de manuscritos y, en caso de uso en fuentes actualmente disponibles, se dan los títulos de las publicaciones. Habitualmente, esto explica lo que puede parecer que son documentos cuya publicación no se realizó o que parecieran fuera de control. En muy pocos casos, no se procesaron por alguna razón materiales objeto de estudio a los que se había asignado un número, y el número no se reasignó.

Nos complace poner ahora en circulación un gran segmento de los materiales que, por uno u otro motivo, fueron pasados por alto en la producción de los libros corrientes de Elena G. de White. Es nuestro sincero deseo que los consejos y la instrucción y la información de este tomo sean un estímulo y una bendición para cada lector.

LOS FIDEICOMISARIOS DEL PATRIMONIO WHITE
Washington, D. C., 2 de abril de 1981

La obra misionera personal

Es necesario prepararse y adiestrarse para visitar a todas las familias a las que ustedes puedan tener acceso. Los resultados de esta labor darán testimonio de que es la obra más provechosa que puede realizar un ministro del evangelio.— Carta 18, 1893, p. 3 (al pastor A. G. Daniells y su esposa, 11 de mayo de 1893).

Si la mitad del tiempo que suele emplearse en una campaña de evangelización se dedicara a predicar de casa en casa, hasta que la gente se haya familiarizado con la sinceridad religiosa de los obreros y con la razón de su fe, sería mucho mejor. Una vez realizada esta labor, podría decidirse si sería aconsejable una campaña más costosa. [...]

Si se dedicara a la labor casa por casa la mitad del tiempo ahora empleado en la predicación, se verían resultados positivos. Los obreros que tienen facilidad de relacionarse con

Solicitado por J. L. Shuler, cuando dirigía reuniones de evangelización en Washington, D. C., para usarlo como fuente de orientación y motivación en una campaña de evangelización que estaba realizando.

la gente lograrían buenos resultados. El tiempo dedicado a visitar con tacto a las familias y, entre ellas, hablando con Dios en oración, cantando sus alabanzas y explicando su Palabra, a menudo conseguirá mejores resultados que una campaña pública.

Muchas veces la mente es diez veces más impresionada con llamamientos personales que de cualquier otro modo. Se habla de forma personal con la familia que es visitada de esta manera. Sus miembros no están en una reunión promiscua en la que puedan aplicar a su prójimo las verdades que oyen. Se les habla a ellos mismos con seriedad y cariño; se les permite que expresen libremente sus objeciones, y cada una de estas objeciones puede ser contestada con un «Así dice el Señor».— Carta 95, 1896, pp. 2, 3 (al pastor G. B. Starr, 11 de agosto de 1896).

La labor de casa en casa en busca de almas, yendo en pos de la oveja perdida, es una tarea de la mayor trascendencia.— Carta 137, 1898, p. 3 (a los hermanos Irwin, Evans, Smith y Jones, 21 de abril de 1898).

Es necesario que hagamos un esfuerzo personal. Vayan ustedes a las familias y familiarícense con los miembros de la iglesia. Obtendrán mucha más inspiración de Dios en este tipo de labor que en el estudio de los libros.— Ms 52, 1898, p. 10 («The Work Required of God's People» [El trabajo que se requiere del pueblo de Dios], s. f.).

Si se sermoneara la mitad y se hiciera el doble de labor personal con la gente en sus hogares y en las congregaciones, se verían resultados sorprendentes.— Ms 139, 1897, p. 8 («The Work Before God's People» [El trabajo puesto ante el pueblo de Dios], s. f.).

Una vez que acaban las reuniones, debería haber una reflexión personal con todos sobre el terreno. Debería preguntarse a cada uno cómo se va a tomar estas cosas, si va a darles aplicación personal. Y luego deberían ustedes observar y fijarse si existe interés por parte de unos y otros.

Unas pocas palabras que se les dirijan de forma privada harán más que todos los sermones. Pero ustedes pueden hacer mucho más, pueden mostrar amor, bondad y cortesía; al hacerlo, harán que desaparezcan los prejuicios.— Ms 19, 1890, p. 6 («Mrs. White's Talk before the General Conference Committee, July 14, 1890, Lake Goguwac» [Alocución de Elena G. de White ante la Junta de la Asociación General, 14 de julio de 1890, lago Goguwac]).

La religiosidad personal alcanza un bajo nivel porque se busca más sermonear que comprometerse personalmente en guiar a las almas mediante una instrucción cuidadosa. Cristo presentaba lecciones en

la conversación junto a la lumbre que eran de interés práctico. No insistía en la doctrina cuando un alma estaba sumida en la perplejidad en cuanto a cómo encontrarlo y familiarizarse con su amor que nos constriñe, el único que puede capacitar al alma para discernir la verdad impopular. Téngase en cuenta que los corazones deben acercarse con persuasión y tiernas y cariñosas súplicas para que puedan iluminar cómo creer y cómo recibir las promesas de Dios.— Carta 6b, 1890, p. 5 (a «Mis queridos hermanos y hermanas», s. f.).

Cada día hemos de realizar una labor personal en la búsqueda de la salvación de las almas que perecen en sus pecados. Hemos de buscar con toda humildad de corazón despertar a nuestros miembros de iglesia, mostrarles la necesidad de una labor personal diligente, así como de la consagración y la devoción de cada uno, y despertar en ellos un sincero deseo de salvar almas que perecen en el pecado.— Ms 45, 1904, p. 1 («That They All May Be One» [Que todos sean uno], 14 de mayo de 1904).

Una vez que se ha dado el mensaje, llámese a los especialmente interesados para que pasen individualmente al interior de la carpa y, ahí, trabajen para su conversión. Esta labor es obra misionera de primer orden.— Carta 86, 1900, p. 6 (al pastor A. G. Daniells, 18 de junio de 1900).

[El obrero] ha de tratar a todos los corazones con ternura, consciente de que el Espíritu dejará la impronta de la verdad en quienes sean susceptibles a la influencia divina. Jamás será impetuoso en sus ademanes. Toda palabra que pronuncie ha de tener el propósito de alentar y reconfortar. Ms 127, 1902, p. 7 («Words to Ministers» [Palabras para los pastores], 16 de septiembre de 1902).

Cuando tengamos una plena certidumbre en cuanto a nuestra propia salvación, manifestaremos optimismo y alegría, lo cual sienta bien a todo seguidor de Jesucristo. La influencia suavizadora y tranquilizadora del amor de Dios, llevada a la vida práctica, causará una impresión en las mentes que será un olor de vida para vida. Sin embargo, una actitud brusca y de censura, si se produce, alejará de la verdad a muchas almas que pasarán a engrosar las filas del enemigo. ¡Esto es de la mayor trascendencia! Tratar pacientemente con los tentados nos exige que entablemos una batalla contra el yo.— Carta 1a, 1894, pp. 2, 3 (al hermano Gates y su esposa, 1º de enero de 1894).

Se puede evangelizar con éxito únicamente siguiendo el ejemplo del gran Maestro. Al venir a esta tierra nos mostró cómo obrar en favor de la salvación de las almas.— Carta 193, 1903, p. 2 (a E. E. Franke, 1º de septiembre de 1903).

No puede mejorarse la manera que Cristo tenía de presentar la verdad.— Carta 123, 1903, p. 2 (a J. Edson White y su esposa Emma, 25 de junio de 1903).

Toda alma que haya aceptado esta verdad debería realizar esfuerzos personales por la salvación de sus amigos y vecinos, y la de su familia.— Carta 42a, 1893, p. 2 (al pastor S. N. Haskell, s. f.).

Seleccionen su tema cuidadosamente, que sus discursos sean breves y presenten con claridad los puntos importantes de doctrinas. Presenten los asuntos uno por uno, con seguridad, exactitud y convicción, con argumentos extraídos de la Palabra de Dios que todos puedan captar. Nuestros sermones deberían ser breves. Cuando se alarga mucho una predicación, el oyente no llega a captar ni la cuarta parte de lo que se está diciendo. Carta 47, 1886, pp. 2, 3 (al hermano Bourdeau, 5 de junio de 1886).

El Príncipe de los maestros procuraba el acceso por la vía de lo que ya le era a la gente conocido y con lo que estaba más familiarizada. Presentaba la verdad de tal manera que, para sus oyentes, quedara para siempre entrelazada con sus recuerdos y sus simpatías más sagrados. Enseñaba de forma que percibían que él se identificaba plenamente con sus intereses y su bienestar. Sus enseñanzas eran tan sencillas, sus ilustraciones tan apropiadas, sus palabras tan empáticas y tan alentadoras, que sus oyentes quedaban encantados.— Carta 213, 1902, p. 4 (a «los que ocupan puestos de máxima responsabilidad en el Sanatorio de Santa Helena», 3 de noviembre de 1902).

Aquellos, que en su trabajo para Dios dependan de planes mundanos para tener éxito, fracasarán.— Carta 48, 1902, p. 3 (al pastor E. E. Franke y su esposa, 19 de marzo de 1902).

Debería eliminar de sus reuniones todo lo que tenga el aspecto de una representación teatral; porque las apariencias externas no dan en realidad realce al mensaje que se quiere transmitir. Cuando el Señor aprueba el mensaje, no es preciso que transmitirlo resulte tan costoso. Entonces no será preciso que se incurra en tantos gastos para anunciar las reuniones, ni dependerán tanto del programa musical. Este programa de sus reuniones se realiza de modo que más parece un concierto en un teatro que un servicio de canto en una reunión religiosa.— Carta 49, 1902, p. 7 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 5 de febrero de 1902).

En las reuniones celebradas, no debería haberse descuidado el canto. Dios puede ser glorificado con la programación espiritual. Cuando los intérpretes se ofrecen, sus servicios pueden ser aceptables; pero no debería usarse dinero para contratarlos. A menudo los himnos más sencillos cantados por la congregación tienen un encanto que no tienen las interpretaciones de un coro por especializado que sea.— Carta 49, 1902, p. 9 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 5 de febrero de 1902).

Hemos de desechar toda apariencia de apatía y hay que llevar a la gente a pensar que hay vida o muerte en estas trascendentales cuestiones, dependiendo de que las reciban o las rechacen. Al presentar las verdades determinantes, pregunten a menudo quién está entonces dispuesto, tras haber oído lo que Dios dice y que señala su deber, a consagrar el corazón y la mente, con todos sus afectos, a Cristo Jesús.— Carta 8, 1893, p. 5 (al hermano Baker y su esposa, 9 de febrero de 1896).

Ahora, precisamente ahora, hemos de proclamar la verdad presente, con convicción y con poder. No hemos de dar ni una nota triste, ni entonar himnos fúnebres.— Carta 311, 1905, p. 8 (a los hermanos Daniells y Prescott y sus colegas, 20 de octubre de 1905).

Ha de predicarse a Cristo, no de forma controversial, sino asertiva. Hemos de presentar nuestra posición sin polemizar. Que nuestra forma de expresarnos no sea vacilante en ningún momento. La Palabra del Dios vivo ha de ser el fundamento de nuestra fe. Hemos de presentar las declaraciones más categóricas y concluyentes en cuanto a la expiación efectuada por Cristo por los pecados del mundo. Hay que mostrar la necesidad de esa expiación y decir a la gente que puede ser salva si se arrepiente y vuelve su lealtad a la ley de Dios. Reunamos todas las afirmaciones y las evidencias que hacen del evangelio la alegre nueva de salvación para cuantos reciben a Cristo como Salvador personal y creen en él.— Carta 65, 1905, p. 4 (al pastor A. T. Jones, 13 de febrero de 1905).

Dios dice a todos sus obreros: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!» (Isa. 58: 1). Es preciso que nos percatemos de la importancia de proclamar el mensaje evangélico con seriedad y fervor, no de modo aburrido y sin vida. Nuestro testimonio no ha de ser dado en tono vacilante. Ha de ser claro, decidido, motivador. Es necesario que los mensajeros hayan experimentado ellos mismos la vida y el poder de la salvación.— Carta 21, 1903, p. 6 («A quienes en el pasado Congreso de la Asociación General escogieron Australia como su campo de labor», 6 de enero de 1903).

Cuanto más clara y simple se haga aparecer la verdad en cuanto a la genuina conversión, y cuanto más a menudo se repita, más podremos influir en la gente.— Carta 44, 1900, p. 1 (al hermano E. W. Farnsworth y su esposa, 29 de marzo de 1900).

Muchos creen que la labor del pastor consiste en sermonear, pero se equivocan. Hay trabajo que hacer de casa en casa. Así se llevará a muchos al conocimiento de la verdad. Por medio del obrero concienzudo, las almas a punto de perecer serán imbuidas con el Espíritu de Cristo. Se descuida la labor de acercarse a las almas individualmente. Las iglesias están a punto de perecer por no haber trabajado como es debido. Los miembros de iglesia deberían recibir formación en las cosas de Dios que les den una experiencia viva y profunda, capacitándolos para someter sus pensamientos a la voluntad divina. El pastor debería visitarlos en sus hogares, hablando y orando con ellos con sinceridad y humildad.— Ms 2, 1883, p. 2 («Words to Ministers» [Palabras a los pastores], noviembre de 1883).

El Señor requiere un cuerpo pastoral convertido, un cuerpo pastoral que salga al encuentro de la gente allá donde se encuentre, que concuerde con ellas en todo lo que resulte posible, pero que no niegue la verdad. No hemos de mantenernos encerrados entre las cuatro paredes, de forma que nuestra luz no pueda llegar a los demás. Hay un terreno común en el que podemos concordar con los que no son de nuestra fe, en el que podemos coincidir en los principios y en cuanto a las enseñanzas de Cristo. Pocos optarán por el antagonismo en lo relacionado con esos sagrados principios.— Ms 104, 1898, p. 11 («Christ's Manner of Teaching» [La forma de enseñar que tenía Cristo], s. f.).

Acerquémonos a la gente con convicción y amabilidad, llenos de alegría y amor por Cristo.— Carta 60, 1903, p. 1 (al hermano Rice y su esposa, 19 de abril de 1903).

El propio Cristo se entregó a una muerte vergonzosa, cuya atrocidad se puso de manifiesto en la gran angustia de su alma, por salvar a los que perecen. ¡Cristo tiene el poder! ¡Cristo está dispuesto! Cristo está deseoso de salvar a cuantos quieran acudir a él. Hablen a las almas en peligro y hagan que contemplen a Jesús muriendo en la cruz para que fuera posible el perdón. Hablen al pecador de todo corazón del rebotante, tierno y compasivo amor de Cristo. Háganlo con toda solemnidad, sin estridencias ni gritos por parte de quien intenta hacer que las almas miren y vivan. Hemos de, en primer lugar, conseguir que nuestra propia alma se consagre a Dios. Que se quebrante nuestro corazón al contemplar a nuestro Intercesor en el cielo. Entonces conmovidos y su-

misos conscientes del poder del amor redentor, podremos exhortar a los pecadores que se arrepientan. Oren con esas almas, condúzcanlas por la fe al pie de la cruz; eleven sus pensamientos juntamente con los de ustedes, y fijer el ojo de la fe donde puedan contemplar a Jesús, que carga con el pecado. Hagan que aparten la vista de su pobre yo pecador y la centren en el Salvador, y la victoria es segura. Que contemplen por sí mismos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Que sigan el camino, la verdad y la vida. El Sol de justicia proyecta sus brillantes rayos en el corazón. La fuerte corriente del amor redentor se vierte en el alma reseca y sedienta, y el pecador es salvo para Jesucristo.— Carta 77, 1895, p. 4 (a los obreros de Sídney, Australia, 14 de noviembre de 1895).

Podemos hacer mucho en poco tiempo si estamos dispuestos a actuar como lo hizo Cristo. Podemos reflexionar con provecho sobre su manera de enseñar. Se adaptaba a la mentalidad de la gente común y corriente. Su estilo era claro, simple, abarcante. Tomaba sus ilustraciones de escenas con las que sus oyentes estaban perfectamente familiarizados. Mediante las cosas de la naturaleza, ilustraba verdades de valor eterno, conectando así el cielo con la tierra.— Ms 24, 1903, p. 3 («The Trial Volume of the Review» [El volumen de la *Review* sobre las pruebas], s. f.).

«Jesús se acercó y les habló diciendo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”» (Mat. 28: 18-20).

Estas palabras de Cristo nos indican cuál es nuestra misión hoy. Hemos de predicar el evangelio por todo el mundo. Poniendo al servicio de Dios todos nuestros talentos, podemos darle honra. Santificados por Dios, hemos de hacer nuestra parte en el cumplimiento de la Gran Comisión que Cristo encomendó a sus discípulos.

Deberíamos estudiar la vida de Cristo, tal como aparece registrada en la Biblia, y procurar seguir sus métodos de trabajo. Si seguimos nuestros planes humanos, en vez de contribuir a la obra, la estorbaremos. «El que no está conmigo», dijo Cristo, «está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mat. 12: 30). Nuestra voluntad debe estar sujeta a la voluntad divina. Nuestros caminos deben estar modelados según los caminos de Cristo.— Ms 57, 1903, p. 1 («An Appeal for Consecration and Service» [Llamamiento a la consagración y el servicio], s. f.).

La enseñanza de Cristo era la quintaesencia de la simplicidad. «Enseñaba como quien tiene autoridad» (Mat. 7: 29). Los judíos esperaban y pretendían que el primer advenimiento de Cristo se produjera con todas las manifestaciones de gloria que habían de acompañar a su segundo advenimiento. El gran Maestro proclamaba la verdad a los hombres, muchos de los cuales no podían formarse en las escuelas de los rabinos ni en la filosofía griega. Jesús exponía la verdad de forma clara y contundente, imprimiendo energía y grandeza a todas sus afirmaciones. Si hubiera elevado su voz hasta una tesitura forzada, como es habitual en muchos predicadores de hoy, se habrían perdido la emotividad y la sonoridad de la voz humana, y se habría destruido gran parte de la fuerza de la verdad. [...]

En sus discursos, Cristo no decía muchas cosas de una vez, para no confundir a la gente. Dejaba claros y nítidos todos los detalles. No desdénaba la repetición de antiguas y conocidas verdades de las profecías si servían a su propósito de inculcar alguna idea. [...]

Cuando Cristo presentaba estas verdades se expresaba de tal manera que pudiera ser entendido por la gente común. No obstante, debía entretejerse en su experiencia una dispensación de la verdad nueva y transformadora. Por lo tanto, despertaba su interés por medio de aquello con lo que la gente estaba perfectamente familiarizada. Usaba ilustraciones en sus enseñanzas que les evocaban recuerdos y apelaban a sus más sagradas preferencias para poder alcanzar lo más profundo del alma. Identificándose con sus intereses, Jesús extraía sus ilustraciones del gran libro de la naturaleza, usando aquello con lo que estaban familiarizados. El lirio del campo, la semilla sembrada por el sembrador, el brotar de la semilla y la cosecha del grano, las aves del cielo: usó todas estas figuras para presentar, a partir de ellas, la verdad divina, porque les recordarían sus enseñanzas siempre que en lo sucesivo las contemplaran.— Ms 25, 1890, pp. 4-6 (Ms sin título, s. f.).

Con este poder se combina la más tierna compasión por aquellos que se encuentran en las tinieblas. Si no hubiese sido por el amor percibido y expresado en cada mirada y en los matices de su voz, [Jesús] no habría atraído a las grandes multitudes que congregaba.— Carta 28, 1892, p. 2 (a P. W. B. Wessels, julio de 1892).

Muchos oirán el mensaje, pero rehusarán hacerle caso; no obstante, ha de darse la advertencia a todos de modo claro y nítido. No solo debe presentarse la verdad en asambleas públicas; ha de realizarse una labor casa por casa. Pongan en marcha este plan en el nombre del Señor. Los que están empeñados en esta labor tienen a ángeles celestiales por

compañeros. Resistirán los ataques efectuados por el enemigo contra los que cooperan con Dios.— Carta 140, 1903 (a «Mis queridos hermanos», 5 de julio de 1903).

En la parábola de Cristo sobre los talentos están incluidos todos los agentes humanos responsables, desde los más humildes y los más pobres en bienes de este mundo hasta aquellos a los que se han confiado talentos de recursos y de intelecto. Incluso los que, con fidelidad, usen el menor de los talentos oirán de los labios del Salvador las palabras de encomio: «Bien, buen siervo y fiel». El valor que Dios atribuye al menor de los talentos se demuestra por la recompensa que da por su uso debido: la vida eterna. A cada mayordomo fiel dirá: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mat. 25: 21).

El Señor reparte talentos en proporción a la capacidad de cada uno de sus hijos, pues cada cual tiene un cometido. Los que cumplen con su deber dando lo mejor de sí, usando debidamente sus talentos, cumplen con su tarea, una tarea que cientos más podrían hacer si tan solo quisieran. Carta 122, 1902, pp. 5, 6 (a James E. White, 12 de junio de 1902).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 5 de octubre de 1941

La revelación divina

Las visiones. Creían que yo estaba muerta, y allí se quedaron, observando, llorando y orando, bastante tiempo; pero para mí era el cielo, era la vida, y entonces se extendió el mundo ante mí y vi oscuridad como el manto de la muerte.

¿Qué significaba? No podía ver luz alguna. Después vi un pequeño destello, y luego otro, y estas luces aumentaron y se fueron haciendo más brillantes y se multiplicaron, haciéndose cada vez más intensas hasta que iluminaron el mundo. Aquellas luces eran los creyentes en Jesucristo. [...]

En ningún momento tuve la sensación de que iba a regresar al mundo. Cuando me volvió el aliento al cuerpo, no podía oír nada. Todo estaba oscuro. La luz y la gloria en las que yo había fijado la vista habían eclipsado la luz, y aquello me duró muchas horas. Luego empecé a percibir la luz gradualmente y pregunté dónde estaba yo.

Solicitado por Arthur L. White (1907-1991) para ser usado en una serie de artículos para la revista Ministry relativos a la revelación divina.

—Estás aquí, en mi casa —dijo el dueño de la casa.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Yo aquí...? ¿Usted no sabe a qué me estoy refiriendo...?

Entonces empecé a recordar todo. ¿Ila de ser este mi hogar? ¿He vuelto aquí otra vez? ¿Qué peso y qué carga se apoderaron de mi alma!.— Ms 16, 1894, pp. 8, 9 («Faith, Patience, Hope» [Fe, paciencia, esperanza], 23 de febrero de 1894).

Cómo le llegaba la luz. Hoy me he despertado a las tres de la madrugada con una gran preocupación. [...] En mis sueños me encontraba en _____, y mi Guía me dijo que prestara atención a cuanto oyera y que me fijara en todo lo que iba a ver. Estaba en un lugar retirado, donde no podía ser vista, pero yo podía ver cuanto sucedía en la habitación. Había personas saldando cuentas con usted, y oí que se le quejaban por la elevada suma que les cobraban por la comida, el alojamiento y el tratamiento. Lo oí a usted, con voz firme y de modo tajante, negarse a rebajar el precio. Quedé pasmada de que sus honorarios fueran tan elevados.— Carta 30, 1887, p. 1 (a J. D. Rice, 11 de junio de 1887).

El ángel de Dios dijo: «Sígueme». Parecía que me encontraba en un salón de un lugar de mala reputación donde había varios jóvenes jugando a las cartas. Parecían estar absortos en el entretenimiento al que estaban entregados y estaban tan ensimismados que parecía que no se daban cuenta de que alguien hubiera entrado en la habitación. I había presentes jovencitas observando a los jugadores, y usaban expresiones que no eran precisamente refinadas. En aquella habitación había un espíritu y una influencia que se percibían palpablemente, de un tipo que no había sido precisamente concebido para purificar y elevar la mente y ennoblecer el carácter. [...]

— ¿Quiénes son y qué sentido tiene esta escena? —pregunté.

—Espera —oí que me decían. [...]

Se ingería el veneno líquido, y, como efecto de su influencia, las palabras y las acciones, eran de todo, menos favorables para pensar en algo serio y tener la mente despejada para los negocios, la pureza de los principios morales y la edificación de los participantes. [...]

— ¿Quiénes son toda esta gente? —pregunté de nuevo.

— Parte de la familia a la que estás visitando —se me respondió.

El gran adversario de las almas, el gran enemigo de Dios y de la humanidad, la cabeza de los principados y las potestades, el gobernante de las tinieblas de este mundo preside aquí esta noche. Satanás y sus ánge-

les están conduciendo con sus tentaciones a estas pobres almas a su propia ruina.— Carta 1, 1893, pp. 1, 2 (a la hermana D, 4 de agosto de 1893).

He estado pensando sobre cómo, después de que hubiéramos empezado la construcción del Sanatorio* de Battle Creek, me fueron presentados en visión sus edificios listos todos para ser ocupados. El Señor me instruyó en cuanto a la forma en que debía llevarse a cabo el trabajo en esos edificios para que ejerza una influencia salvífica en los pacientes.

Todo aquello me pareció muy real, pero al despertarme descubrí que la edificación estaba aún por hacer, que no se había construido ningún edificio.

En otra ocasión me fue mostrado un gran edificio que se estaba construyendo en el sitio donde había de erigirse después el Sanatorio de Battle Creek. Los hermanos se sentían completamente desconcertados, pues no sabían quién convenía que se hiciera cargo de la construcción. Lloré amargamente. Uno que tenía autoridad se puso de pie entre nosotros y dijo: «Aún no. No están ustedes preparados para invertir medios en ese edificio ni para hacer planes sobre su futura gestión».

¶Para entonces ya se habían puesto los cimientos del sanatorio. Pero era preciso que aprendiéramos a esperar.— Carta 135, 1903, pp. 1, 2 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 8 de marzo de 1903).

Se han presentado ante mí otras muchas escenas relacionadas con el caso de usted. En una ocasión me fue usted mostrado intentando empujar cuesta arriba por una empinada pendiente una pesada carreta. Pero la carreta, en vez de ir subiendo, lo que iba era para abajo. Esa carrera representaba el negocio de los alimentos como empresa comercial, que ha sido llevado adelante de una forma que Dios no aprueba.

En otra ocasión usted me fue presentado como un general, montado a caballo y enarbolando un estandarte. Se adelantó alguien y tomó de

* Aunque quizás podríamos haber usado «hospital» o, en algunos casos, «clínica» o algo más genérico como «institución de salud», consideramos que, por ser en los libros de Elena G. de White común el uso de «sanatorio» era mejor conservarlo en todos los casos. Además el término «sanatorio», aunque poco usual hoy, se ciñe a lo que el Espíritu de Profecía quería expresar; ya que según el Diccionario de la Academia de la Lengua un «sanatorio» es un «establecimiento convenientemente dispuesto para la estancia de enfermos que necesitan someterse a tratamientos médicos, quirúrgicos o climatológicos». N. del E.

la mano de usted el estandarte que tenía esta inscripción: «Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús», y fue pisoteado en el polvo. Lo vi a usted rodeado por hombres que lo arrastraban al mundo.— Carta 239, 1903, pp. 3, 4 (al Dr. J. H. Kellogg, 28 de octubre de 1903).

Me fue mostrado un gran edificio en el que se elaboraban muchos productos alimentarios. También había unos edificios más pequeños cerca de la panadería. Mientras observaba, oí voces subidas de tono discutiendo por el trabajo que se hacía. Había falta de armonía entre los empleados y se había creado confusión. [...]

Entonces apareció Uno en escena y dijo: «Se ha hecho que todo esto pase ante ti como lección práctica, para que pudieras ver el resultado de la ejecución de ciertos planes».— Carta 140, 1906, pp. 1, 3 (al hermano J. A. Burden, 6 de mayo de 1906).

La comunicación de los mensajes. A veces, cuando recibo un testimonio para alguien que está en peligro, que está siendo engañado por el enemigo, se me instruye que no he de entregárselo directamente, sino darlo a otra persona para que se lo lea, porque, engañado por las insinuaciones de Satanás, leería el Testimonio a la luz de sus propios deseos y su significado sería tergiversado por el destinatario.— Ms 71, 1903, p. 9 («To Every Man His Work» [A cada hombre su labor], 18 de junio de 1903).

Me ha resultado difícil dar el mensaje que Dios me ha dado para aquellos a los que amo, pero, a pesar de todo, no he osado retenerlo. [...] No cumpliría con algo que me resulta tan enojoso si creyera que Dios me eximiría de hacerlo.— Carta 59, 1895, p. 11 (al hermano Olsen y su esposa, 12 de abril de 1895).

Cuando he tenido que decir a alguien: «I liciste esto o aquello», sin que humanamente hubiera ni un solo indicio de que lo hubiera hecho, tengan la certeza de que tuve que endurecer mi rostro como pedernal ante esa persona.— Ms 12, 1893.

Temía yo no ser capaz de escribirle a usted así de claro, porque esta responsabilidad hace que se estremezcan todas las fibras de mi ser. Verdaderamente es como si escribiera a mi propio hijo.— Carta 180, 1903, p. 2 (al Dr. J. H. Kellogg, 5 de marzo de 1903).

No tenía ni remotamente la intención de escribir como lo he hecho, pero el Señor no ha permitido que dejara de pensar en esto hasta que he hecho llegar a sus manos esto que le he enviado.— Carta 53, 1900, p. 6 (al pastor S. N. Haskell, 5 de abril de 1900).

Ahora estoy sentada en el sofá con la pluma en la mano, escribiendo. [...] Me llegan las ideas con claridad y nitidez, y con gran fuerza. Doy las gracias a Dios de todo corazón, y con toda mi alma, y así se lo digo.— Carta 52, 1906, p. 6 (al hermano Farnsworth y su esposa, 29 de enero de 1906).

Antes de haberme puesto de pie, no me había propuesto en absoluto hablar con la claridad con la que lo estoy haciendo. Pero el Espíritu de Dios reposa sobre mí con poder y no puedo sino pronunciar las palabras que me son dadas. No me atrevo retener ni una palabra del testimonio. [...] Digo lo que me ha sido comunicado por un poder más alto que el poder humano, y no podría, aunque quisiera, omitir ni una palabra.

En el transcurso de la noche el Señor me da instrucciones por medio de símbolos, y luego me explica su significado. Me indica lo que tengo que decir y luego no me atrevo a no comunicárselo a la gente. El amor de Cristo y, me aventuro a añadir: el amor por las almas, me constriñen, y no puedo callar.— Ms 22, 1890, pp. 11, 12 (Diario, 10 de enero de 1890).

Quando he escrito un testimonio a los hermanos, he pensado que ya no tendría más que escribir; pero mi alma se inquieta de nuevo y no puedo dormir ni descansar. Durante la noche hablo y escribo claras palabras de amonestación. Me despierto con el alma tan abrumada que [soy] llevada nuevamente a tomar la pluma. Se me presentan en el pensamiento algunos asuntos de formas diversas y no me atrevo a descansar ni a callarme.— Carta 59, 1895, pp. 11, 12 (al hermano Olsen y su esposa, 12 de mayo de 1895).

Mi vida ha sido conservada por la misericordia de Dios para que cumpla con un cometido. He comprometido con él esa vida, pero ese cometido no siempre es fácil llevarlo a cabo. Tengo que tomar posiciones que no concuerdan con las de hombres que considero obreros de Dios, y veo que debo hacer esto en el futuro, así como lo hice en el pasado. Me duele más de lo que soy capaz de expresar. Puede que no se materialice la esperanza más querida que tengo; no obstante, si Dios quiere mostrarme la senda correcta, andaré por ella.— Carta 64, 1894, pp. 4, 5 (al pastor O. A. Olsen, 6 de mayo de 1894).

Ahora debo dejar este asunto, presentado de forma tan imperfecta que temo que se malinterprete aquello que tanto me preocupa dejar claro. Ojalá que Dios quiera estimular la comprensión, porque no soy más que una deficiente escritora, y no puedo expresar, ni con la pluma

ni de viva voz, los grandes y profundos misterios de Dios. ¡Oren por ustedes mismos! ¡Oren por mí!.— Carta 67, 1894, p. 10 (al hermano Prescott y su esposa, 18 de enero de 1894).

Integridad de los mensajes. Mis puntos de vista fueron escritos con independencia de los libros o las opiniones de otros.— Ms 7, 1867, p. 2 («Writing out the Light on Health Reform» [Puesta en limpio de la luz sobre la reforma prosalud], 1867).

Ustedes creen que hay quienes me han llenado la cabeza de prejuicios. De ser así no soy idónea para que se me confíe la obra de Dios.— Carta 16, 1893, p. 1 (a W. F. Caldwell, 11 de junio de 1893).

¿Y qué, si usted hubiera dicho precisamente eso? ¿Afectaría a las visiones que Dios me da? Si así fuera, las visiones no son nada. [...] Lo que usted o cualquier otra persona haya dicho no me ha influido en absoluto. [...] Dios se ha hecho cargo de todo ello. [...] Lo que usted dijo, hermana _____, no me influyó en lo más mínimo. Lo que yo opine nada tiene que ver con lo que Dios me ha mostrado en visión. — Carta 6, 1851, pp. 1, 2 (al hermano Loveland y su esposa, 1 de abril de 1851).

Hay quienes dicen: «Alguien manipula sus escritos». Admito la acusación. Es Uno que es poderoso en consejo, Uno que presenta ante mí la realidad de las cosas.— Carta 52, 1906, p. 9 (al hermano Farnsworth y su esposa, 29 de enero de 1906).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
20 de noviembre de 1940

Declaraciones para ser usadas en el libro de Francis D. Nichol

Ahora el camino está completamente despejado para que Jaime siga adelante con la publicación de *Present Truth*. Los apreciamos mucho y nos encanta saber de ustedes. Deberíamos haberles escrito antes, pero no hemos tenido residencia fija, ya que hemos estado viajando, bajo la lluvia, la nieve y el viento, con el niño de un sitio para otro. No tenía tiempo para contestar ninguna carta y a Jaime le ocupó todo el que tenía escribir para la revista y publicar el himnario. No tenemos muchos momentos de ocio. Ahora que nos hemos establecido, puedo disponer de más tiempo para escribir.— Carta 4, 1850, p. 1 (al hermano Collins y su esposa, 10 de febrero de 1850).

Solicitado por F. D. Nichol (1897-1966) para escribir sobre Elena G. de White. Sus obras sobre ella fueron *Ellen G. White and Her Critics* [E. G. White y sus críticos] y *Why I Believe in Mrs. E. G. White* [Por qué creo en la Sra. White].

Querido hermano Hastings, no se entristezca como los que no tienen esperanza. La tumba solo podrá retenerla un instante. Confíe en Dios y cobre ánimo, querido hermano, pues usted se reencontrará con ella dentro de poco.* No dejaremos de orar para que la bendición de Dios descansa sobre su familia y sobre usted. Dios será su sol y su escudo. Estará junto a usted en su honda aflicción y sus pruebas. Soporte bien la prueba y recibirá una corona de gloria con su compañera cuando aparezca Jesús.— Carta 10, 1850, p. 2 (al hermano Hastings, 18 de marzo de 1850).

Tuve el privilegio de pasar dos semanas con mi hijo mayor. Es un niño encantador. Se encariñó tanto conmigo que le resultó difícil separarse de mí; pero como empleamos todo nuestro tiempo en escribir, y en el plegado y empaquetado de revistas, me fue negado el privilegio de su compañía. Mi otro chiquitín está a muchos cientos de kilómetros de mí. A veces Satanás me tienta a quejarme y a pensar que mi suerte es ingrata, pero me niego a albergar esta tentación. No quisiera seguir viviendo a no ser que pueda vivir para hacer algún bien a los demás.— Carta 30, 1850, pp. 2, 3 (al hermano Loveland y su esposa, 13 de diciembre de 1850).

El viernes 19 de marzo de 1896 me levanté temprano, sobre las tres y media de la madrugada. Mientras escribía sobre el capítulo 15 de Juan, de repente me sobrecogió una paz maravillosa. Sentí que toda la habitación se llenaba de una atmósfera celestial. Una presencia pura y santa parecía llenar mi cuarto. Dejé la pluma y estaba expectante por ver qué me comunicaría el Espíritu. No vi a nadie, ni oí ninguna voz audible; pero un guardián celestial parecía estar allí junto a mí. Percibí que estaba en presencia de Jesús. Me resulta imposible explicar o describir la dulce paz y la luz que yo sentía que habían llenado mi habitación. Me rodeó una atmósfera pura y santa, y me vinieron a la mente asuntos del máximo interés y trascendencia. Se expuso ante mí una línea de acción como si la presencia invisible me hablara. El asunto sobre el que había estado escribiendo fue como si me hubiera desaparecido del pensamiento

* Estas expresiones se han de entender en el contexto de la firme convicción de los pioneros adventistas de que se reencontrarían en breve con sus seres queridos fallecidos; ya que percibían el segundo advenimiento de Cristo como algo inminente. Además consideraban que, para quien ha muerto, el tiempo pasado en la tumba en el momento de la resurrección no contará, pues habrá sido como el despertar de un sueño.— N. del E.

y se ofreció ante mí otro asunto con nitidez. Me sentí tremendamente sobrecogida cuando las ideas se grabaron en mi pensamiento.— Ms 12, 1896, p. 1 (manuscrito sin título, 20 de marzo de 1896).

Hubo algunas cosas que hicieron del vestido reformado* una evidente bendición. Con él no podían llevarse de ninguna manera los ridículos aros, que estaban de moda por entonces. No resultaban aconsejables las faldas largas, que se arrastraban por el suelo y recogían la suciedad de las calles. Pero ahora se ha adoptado un estilo de vestir más sensato, que no usa aquellos censurables aditamentos. Puede descartarse el estilo de vestido a la moda, y debería serlo por cuantos lean la Palabra de Dios. El tiempo pasado en promover el vestido reformado debería dedicarse al estudio de la Palabra de Dios.

La forma de vestir de nuestro pueblo debería ser lo más sencilla posible. Pueden usarse la falda y el vestido a la francesa que he mencionado, lo cual no significa que deba establecerse únicamente ese patrón y nada más, siempre que el estilo sea simple, como el representado por ese vestido.

Algunos han supuesto que el propio patrón presentado era el que todas habían de adoptar. Esto no es así. Pero algo así de simple sería lo mejor que podríamos adoptar en [estas] circunstancias. No me ha sido dado ningún estilo determinado como regla exacta para guiar a todas en su forma de vestir. [...] El Señor no ha indicado que sea deber de nuestras hermanas volver al vestido reformado. Deberían llevarse vestidos simples. Poned a prueba vuestro talento, hermanas mías, en esta reforma esencial.— Carta 19, 1897, pp. 2, 3 (al hermano J. H. Haughey, 4 de julio de 1897).

El siguiente párrafo se seleccionó en razón de la fraseología paralela de Primeros escritos, cap. 21, pp. 95, 96.

No ha estado dispuesto a aguantar la reprensión, sino que ha estado listo para sublevarse en su interior y justificarse, era rico y aumentó en

* El llamado «vestido reformado» buscaba tanto liberar a la mujer de los corsés que comprimían el tórax y abdomen de manera que atentaba contra la salud, como que las faldas no se arrastraran por el suelo. No tuvo, sin embargo, gran aceptación. Elena G. de White propuso un vestido alternativo que tenía las mismas virtudes que el reformado. Para un conocimiento detallado del asunto, ver *Introducción a los escritos de Elena G. de White*, de George R. Knight, pp. 379-383, publicado por este mismo sello editorial.— N. del E.

bienes, tenía un espíritu íntegro, se enfadaba, y todo esto ha sido alimentado y fomentado por algunos de la iglesia.* Si los que llevan en la iglesia semanas y meses no han aprendido la rectitud del camino, y lo que es ser cristianos, y no pueden oír todas las santas verdades de la Palabra de Dios, mejor sería que fueran cortados de Israel. El día está demasiado avanzado para dar leche como alimento. Si almas que llevan uno o dos meses en la verdad, que están a punto de entrar en el tiempo de angustia como nunca fue, no pueden oír toda la verdad ni tolerar el alimento sólido de la rectitud del camino, ¿cómo se mantendrán firmes en el día de la batalla? Los que ahora abrazan el mensaje del tercer ángel deben aprender en pocos meses las verdades que llevamos años aprendiendo. Tuvimos que buscar y aguardar la apertura de la verdad, recibiendo un rayo de luz aquí y un rayo allí, trabajando y suplicando que Dios nos revelara la verdad. Pero ahora la verdad es nítida; sus rayos están concentrados. Ahora, cuando es presentada como debiera, la deslumbrante luz de la verdad puede ser vista y puesta en uso en el corazón. No hay necesidad ya de leche cuando las almas están convencidas de la verdad. Tan pronto se cede a la convicción de la verdad y el corazón está dispuesto, la verdad debería tener su efecto; la verdad actuará como la levadura y purificará y eliminará las pasiones del corazón natural. Es una deshonra que quienes llevan años en la verdad hablen de alimentar con leche a las almas que llevan meses en la verdad. Demuestra que saben poco de la dirección del Espíritu del Señor y que no son conscientes del tiempo en que vivimos. Los que abrazan la verdad ahora tendrán que aligerar el paso. Tendrá que haber un quebranto del corazón ante el Señor, un desgarró del corazón y no del atavío.— Ms 1, 1854, pp. 2, 3 («Reproof for Adultery and Neglect of Children» [Repreensión del adulterio y el descuido de los hijos], 12 de febrero de 1854).

Si se le encomendara a usted la tarea de ocuparse de los escritos del Antiguo Testamento y del Nuevo, vería grandes mejoras que podrían hacerse, grandes adiciones y eliminaciones y cambios de expresión; usted introduciría palabras e ideas que cuadraran con su criterio de cómo debería aparecer. Entonces tendríamos la vida y las expresiones

* Párrafo de difícil traducción y encaje. El original inglés dice: «*He has not been wilung to bear reproof, but has been ready to rise up in heart and justify self, was rich and increased in goods, had a whole spirit, would get angry, and all this has been nourished and fostered by some of the church*».— N. del E.

de Fannie Bolton, que usted consideraría una portentosa mejora, pero contaría con la desaprobación del Señor.— Carta 7, 1894, p. 1 (a Fannie Bolton, 6 de febrero de 1894).

Si puedo presentar a la gente los hechos del caso tal como son, puede que evite que algunos naufraguen en la fe. Me han hecho algunas preguntas sumamente frívolas relativas a los testimonios que el Señor me da.— Carta 180, 1906, p. 1 (al hermano Nicola y su esposa, 15 de junio de 1906).

Un mensajero del cielo me indicó que no asumiera la carga de seleccionar y dar respuesta a todos los dimes y diretes y a todas las dudas que están surgiendo en muchas mentes. Se me ordenó: «Levántate como mensajera de Dios en cualquier sitio, en cualquier lugar, y presenta el testimonio que yo te daré. Sé libre. Presenta los testimonios que el Señor tiene para que los des como amonestación, como advertencia, en la tarea de alentar y dar ánimo, “enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28: 20)».— Ms 61, 1906, p. 1 («Hold Fast the Beginning of Your Confidence» [Retén el comienzo de tu confianza], 3 de junio de 1906).

Desco ardientemente que entienda todo con claridad. Tenía el propósito de haber respondido a su carta del 26 de abril mucho antes, pero he tenido muchas cosas importantes en la cabeza que requerían atención en primer lugar.

He recibido respuestas para algunas de las preguntas que usted formula en su carta. He recibido la instrucción de que, como respuesta a algunas de sus preguntas, lo remita a declaraciones ya publicadas.— Carta 224, 1906, p. 1 (al pastor W. S. Sadler, 6 de julio 1906).

Invierto en la obra de Dios todos los medios de los que, de una u otra forma, puedo disponer. Envié mil dólares al pastor _____ para contribuir al comienzo de la obra en la ciudad de Nueva York [...].

Así precisamente contribuí al avance de la obra en Australia. [...] Pedí dinero prestado para la construcción de lugares de reunión y para proporcionar infraestructuras para carpas. [...] Usé las regalías de mis libros para contribuir a la puesta en marcha de una escuela en Melbourne, y luego pedí dinero prestado a los que estaban interesados en la obra. [...]

Además de lo que he invertido en Australia y en Europa, también he entregado donativos para los estados del Sur. He pedido dinero prestado para enviárselo cuando pasaban por estrecheces. Seguiré haciendo

cuanto pueda por ayudar a los territorios necesitados. El tiempo es corto, y deseo ver el dinero de nuestro pueblo que está inmovilizado en los bancos puesto en circulación donde pueda ayudar a la obra de Dios.

Cuando reciba lo que he invertido en mis libros, espero tener dinero suficiente para devolver lo que he pedido prestado y tener más de mi propio dinero para usarlo.— Carta 103, 1904, pp. 1, 3, 4 (al hermano Craw, 24 de febrero de 1904).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

El estudio de las profecías

Aparecerán verdades pasadas por alto. El Señor se propone que, en la revelación de la verdad en todas las épocas, la doctrina de la gracia se despliegue gradualmente a la comprensión humana. Si perseveramos en el conocimiento del Señor, sabremos que su salida está dispuesta como el alba. Su verdad se despliega como la oscuridad de la aurora da paso al resplandor del mediodía. En estas reuniones hemos quedado plenamente convencidos de ello.

He recibido una bendición al oír de labios humanos la presentación de la rica verdad compuesta por el Santo Espíritu de Dios, que presenta los requisitos de Dios —una obediencia santa y perfecta—, que muestra que se dio al Padre completa satisfacción en su Hijo unigénito como Cordero sin mancha y sin contaminación, y que, por los méritos y la virtud del carácter de Cristo, cuantos creen en él pueden ser hechos completos en él.

Solicitado por el pastor Leroy E. Froom (1890-1974) para la clase de Historia de la interpretación profética en el Seminario y para su posterior publicación en Ministry.

El reino de los cielos, en el sentido de la verdad celestial, es como «un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo» (Mat. 13: 44), y remueve la tierra por todas partes para poder adueñarse de sus tesoros.

Así, al explorar el campo y cavar en busca de las preciosas joyas de la verdad, se descubren tesoros ocultos. Inesperadamente encontramos una mena preciosa que ha de ser recogida y atesorada. Y la búsqueda ha de continuar. Hasta ahora, la mayor parte del tesoro encontrado estaba cerca de la superficie y se encontró enseguida. Cuando la búsqueda se lleva a cabo debidamente, se ponen todos los medios para mantener un entendimiento y un corazón puros. Cuando la mente se mantenga receptiva y escudriñe constantemente el campo de la revelación, encontraremos ricos depósitos de verdad, nos serán reveladas viejas verdades con nuevos enfoques, y aparecerán verdades que han sido pasadas por alto en la búsqueda.— Ms 75, 1897, p. 3 («The Position God's People Should Occupy» [La posición que debería ocupar el pueblo de Dios], 1897).

Cavar a fondo en las minas de la verdad. Es preciso que los miembros de la iglesia de Dios sean instruidos y formados, renglón tras renglón, como en un estudio bíblico. El noventa por ciento de nuestro pueblo, incluidos muchos de nuestros maestros y de nuestros pastores, se contentan con verdades superficiales.

En la Biblia se compara a la verdad con «un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo» (Mat. 13: 44). Este hombre desea tener el privilegio de explorar cada rincón del campo para apropiarse de todos sus tesoros. Emplazo a mis hermanos, en el nombre del Señor, para que caven un pozo bien profundo en las minas de la verdad.— Ms 35, 1901 («Consumers, but not Producers» [Consumidores, pero no productores], 25 de abril de 1901).

Fundamentos profundos y sólidos. Es preciso que muchos que trabajan como ministros del evangelio estudien la Palabra. La revelación es algo dado a conocer, que todos han de entender. Hemos de profundizar para llegar a la verdad. Oremos al Señor para entender su Palabra. Quienes se percatan de su necesidad de ayuda especial de Dios, pedirán, a Aquel que es la Fuente de toda sabiduría, que supla sus necesidades. Pidámosle que ilumine nuestro entendimiento, para que

podamos aprender a transmitir la luz a los demás. Concentrémonos en la tarea. No hemos de quedarnos nunca satisfechos con un conocimiento parcial de la verdad, y sacar conclusiones basándonos en meras suposiciones.— Ms 174, 1899, pp. 7, 8 («Thoughts on Daniel and the Revelation» [Reflexiones sobre Daniel y el Apocalipsis], 3 de marzo de 1901).

Grandes verdades bajo la basura. Grandes verdades han sido enterradas bajo los sofismas del error, pero serán descubiertas por el escudriñador diligente, que, cuando encuentra y abre el cofre de las preciosas joyas de la verdad, no es que estemos ante un fraude; porque todos los que valoran estas joyas pueden llegar a poseerlas, y entonces también ellos tendrán un cofre para abrirlo a los demás. El que imparte no se priva del tesoro; porque cuando lo examina para poder presentarlo de forma que atraiga a otros, encuentra nuevas riquezas.— Ms 88, 1898, p. 6 («The Parable of the Householder» [La parábola del padre de familia], 10 de julio de 1898).

Abordar grandes temas. Hermanos míos, el valor de las evidencias de la verdad que hemos recibido durante el pasado medio siglo supera toda estimación. Estas evidencias son un tesoro oculto en un campo. Búsquenlas. Estudien las verdades bíblicas que llevan cincuenta años llamándonos a salir del mundo. Presenten esta evidencia en términos claros y nítidos. Es necesario que los que llevan tiempo en la verdad, y los que han recibido la verdad recientemente, sigan cavando en busca del tesoro celestial enterrado. Todos hemos de hacerlo. Hemos de escudriñar la Palabra de Dios. Reaviven las evidencias dadas en el pasado. Cristo dijo: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5: 39).

Los que se presentan ante el pueblo como maestros de la verdad han de abordar los temas vitales. No han de perder un tiempo precioso en hablar de temas triviales. Que estudien la Palabra y que prediquen la Palabra. Que la Palabra esté en sus manos como una cortante «espada de dos filos» (Heb. 4: 12), y que dé testimonio de las verdades pasadas y muestre lo que ha de ser en el futuro.

Cristo descendió del cielo para presentar a Juan las grandes y maravillosas verdades que han de conformar nuestra vida, y que hemos de proclamar al mundo. Hemos de estar al corriente de los tiempos, dando

un testimonio claro y bien razonado, guiados por la unción del Espíritu Santo.— Ms 31, 1906, pp. 5, 6 («Be Vigilant» [Estén alerta], 2 de abril de 1906).

Más luz profética. Brillará más luz sobre todas las grandes verdades de la profecía, y llamarán la atención y resultarán esclarecedoras, porque los brillantes rayos del Sol de fusticia iluminarán el conjunto. [...]

El Señor quiere impartirnos más luz. Desea que tengamos revelaciones nítidas de su gloria, que los pastores y el pueblo se fortalezcan con su poder. Cuando el ángel estaba a punto de desplegar ante Daniel las profecías de trascendental interés, las cuales habían de registrarse para nosotros, que hemos de ser testigos de su cumplimiento, el ángel dijo: «Esfuézate y cobra aliento» (Dan. 10: 19). Hemos de recibir exactamente la misma gloria que fue revelada a Daniel, porque es para el pueblo de Dios en estos últimos días, para que pueda emitir un certero sonido de trompeta.— Ms 18, 1888, p. 13 («Religious Liberty» [Libertad religiosa], 1888).

No perder tiempo en minucias. Hemos de proclamar el mensaje del tercer ángel a un mundo que perece, y no hemos de permitir que nuestra mente se desvíe con minucias que, en la práctica, no llevan a nada bueno. Si nuestros hermanos quisieran considerar los trascendentales asuntos relativos a la vida eterna y a la muerte eterna, muchas de las cuestiones menores que tanto desean clarificar se aclararían solas.

El Señor emplaza a sus siervos que lo sirven a que proclamen el mensaje de la verdad, espaciándose en aquello que es de máxima importancia. Cuando Jesús nos guíe junto a las aguas vivas que fluyen del trono de Dios, nos explicará muchos de los misterios de la Biblia que no podemos abarcar. Él es el gran Maestro de su Palabra, que no puede ser plenamente comprendida en esta vida, pero que en la vida futura estará revestida con el brillo de la luz de la clara comprensión.— Carta 16, 1903, p. 7 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 1^a de enero de 1903).

Ahora vemos solo una sombra. Los que sostienen opiniones y conceptos descabellados, y se han encariñado con ellos, los mantienen como algo demasiado valioso como para renunciar a ellos para obtener el conocimiento más deseable de la auténtica relevancia de la Palabra de Dios en todas las vicisitudes de la vida cotidiana. Así se perderá gran parte de lo que podrían haber conseguido, y la pérdida les impedirá avanzar en la luz que Dios les ha dado ocasión de obtener. No tienen

hambre intelectual ni espiritual de buen alimento y de asimilarlo; por lo tanto, no podrían dar los segundos pasos hacia delante en seguimiento del Cordero por dondequiera que va.

Cuanto más intensa y perseverantemente busquemos la verdad como un tesoro escondido —porque hay brillantes e importantes verdades de las que ahora únicamente discernimos las sombras—, con mayor certeza avanzaremos en la luz, como él está en la luz. Nos daremos cuenta de que el brillo y el valor de la verdad como si fueran preciosísimas joyas. Se oye la voz de Dios, pero podemos estar tan alejados de él que solo oigamos el eco. Hay palabras de instrucción procedentes de Dios día a día, y en algún momento que no sabemos puede que haya dado palabras a sus mensajeros escogidos destinadas a nosotros que perderemos por falta de discernimiento y aprecio. Luego caminamos a tientas en la incertidumbre de la noche, y no sabemos con qué tropezamos. Hay para nosotros una brillante gloria a medida que vayamos progresando, pero que puede que nunca la percibamos a menos que, en efecto, sigamos avanzando. Puede que captemos algunas chispas, pero eso es todo. No vemos el brillo de la gloria celestial.— Carta 147, 1897, pp. 6, 7 (a J. Edson White, 12 de septiembre de 1897).

Estudiar para comprender mejor. Este libro [el Apocalipsis] exige un cuidadoso estudio, acompañado de oración; no vaya a ser que sea interpretado según las ideas de los hombres y se enmarque erróneamente la sagrada Palabra de Dios, que en sus símbolos y sus figuras significa tanto para nosotros. ¡Hay tanto que debemos entender adecuadamente para moldear nuestra línea de actuación y que no recibamos las plagas que van a caer sobre el mundo!

En el Apocalipsis se representan las cosas profundas de Dios. Aquellos cuyo corazón esté completamente santificado a Dios lograrán acercarse a ver las invalorable gemas a través del telescopio de la fe. Y cuando apliquen la verdad a la práctica, dejarán su impronta en el alma misterios aún más profundos. Los que han conseguido ese honor han de comunicar a los demás lo que han recibido, y al hacerlo, los ángeles ponen la impronta en su corazón.

Cuantos entiendan la Palabra de Dios se darán cuenta de que las cosas de importancia secundaria que en el pasado han ocupado su tiempo y consumido su fuerza los han privado de una experiencia y un conocimiento que podrían haber obtenido si hubieran conservado la fe sin la mancha del egoísmo. Si hubieran hecho esto, habrían experimentado el resultado de poseer la fe que obra por el amor y purifica el alma.

Que nadie piense que, por no poder explicar el significado de cada símbolo del Apocalipsis, le resultará inútil escudriñar ese libro con el más profundo y serio anhelo, y el ferviente deseo de conocer el significado de las verdades que contiene. Aquel que reveló esos misterios a Juan puede ofrecer un anticipo de las cosas celestiales que han de cumplirse en el futuro, y lo hará, a quien busque la verdad con diligencia. Grandes bendiciones aguardan al «que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas» (Apoc. 1: 3).—Carta 16, 1900, pp. 2, 3 (a F. E. Belden, 27 de enero de 1900).

El marco divinamente establecido. La proclamación del primer ángel, del segundo y del tercero han sido enmarcada por la Palabra de la Inspiración. No ha de quitarse ni un ápice. Ninguna autoridad humana tiene más derecho a cambiar el marco de estos mensajes que a sustituir el Antiguo Testamento con el Nuevo. El Antiguo Testamento es el evangelio en figuras y símbolos. El Nuevo Testamento es la sustancia. El uno es tan esencial como el otro. El Antiguo Testamento presenta enseñanzas impartidas por Cristo, y estas enseñanzas no han perdido su fuerza en ningún sentido.

El primer y el segundo mensaje angélico fueron proclamados en 1843 y 1844, y ahora estamos en la proclamación del tercero; pero los tres mensajes han de seguir siendo proclamados. Es exactamente igual de esencial ahora que antes que les sean repetidos a los que buscan la verdad. Con la pluma y de viva voz, hemos de hacer sonar la proclamación, mostrando su orden, y la aplicación de las profecías que nos llevan al mensaje del tercer ángel. No puede haber un tercero sin el primero y el segundo. Estos mensajes hemos de comunicarlos al mundo de palabra y por escrito, mostrando en la línea de la historia profética las cosas que han sido y las cosas que serán.

El libro que fue sellado no es el Apocalipsis, sino la porción de la profecía de Daniel que estaba relacionada con los últimos días. Las Escrituras dicen: «Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará» (Dan. 12: 4). Cuando el libro fue abierto, se anunció: «El tiempo no será más» (Apoc. 10: 6, RVA). El libro de Daniel está ahora abierto, y la revelación realizada por Cristo a Juan ha de llegar a todos los habitantes de la tierra. Mediante el aumento de conocimiento ha de prepararse un pueblo que pueda mantenerse firme en los últimos días.

«En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: «¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!» (Apoc. 12: 6, 7).

Este mensaje, si es atendido, llamará la atención de toda nación, tribu, lengua y pueblo a un concienzudo examen de la Palabra, y sobre la verdadera luz con respecto al poder que ha cambiado el día de reposo del séptimo día de la semana convirtiéndolo en un día de reposo espurio. El único Dios verdadero ha sido abandonado, su ley ha sido descartada, su sagrada institución del sábado ha sido pisoteada en el polvo por «el hombre de pecado» (2 Tes. 2: 3). El cuarto mandamiento, tan claro y explícito, ha sido ignorado. El memorial del sábado, que declara quién es el Dios vivo, el Creador del cielo y la tierra, ha sido derribado y en su lugar se ha ofrecido al mundo un día de reposo espurio. Así se ha abierto una brecha en la ley de Dios. Un falso día de reposo no puede ser una auténtica norma. En el mensaje del primer ángel se emplaza a los seres humanos a adorar al verdadero Dios, Creador nuestro, que hizo el mundo y todas las cosas que contiene. Han rendido homenaje a una institución del papado, dejando sin efecto la ley de Jehová, pero ha de haber un aumento de conocimiento en cuanto a este asunto.

El mensaje proclamado por el ángel que volaba en medio del cielo es el evangelio eterno, el mismo evangelio que fue proclamado en el Edén cuando Dios dijo a la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón» (Gén. 3: 15). Ahí tenemos la primera promesa de un Salvador que se alzaría en el campo de batalla para impugnar el poder de Satanás y prevalecer contra él. Cristo vino a nuestro mundo a representar el carácter de Dios según se refleja en su santa ley; porque su ley es un trasunto de su carácter. Cristo era, a la vez, la ley y el evangelio. El ángel que proclama el evangelio eterno proclama la ley de Dios; porque el evangelio de salvación lleva a los seres humanos a la obediencia de la ley, mediante lo cual sus caracteres son conformados según la semejanza divina.

En el capítulo 58 de Isaías se especifica la tarea de los que adoran a Dios, el Hacedor del cielo y la tierra: «Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás» (Isa. 58: 1). El memorial de Dios, el sábado, séptimo día de la semana, será enaltecido.

«Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado “reparador de portillos”, “restaurador de viviendas en ruinas”. Si retraes del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas “delicia”, “santo”, “glorioso de Jehová”, y lo veneras, no andando en tus propios caminos ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová. Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra y te daré a comer la heredad de tu padre Jacob. La boca de Jehová lo ha hablado» (Isa. 58: 12-14).

La historia de la iglesia y del mundo, de los leales y los desleales, es aquí nítidamente expuesta. Los leales, bajo la proclamación del mensaje del tercer ángel, han encaminado sus pies por la senda de los mandamientos de Dios, respetando, honrando y glorificando a Aquel que creó el cielo y la tierra. Las fuerzas contrarias han deshonorado a Dios abriendo una brecha en su ley, y cuando la luz proveniente de su Palabra ha llamado la atención sobre sus santos mandamientos, revelando la brecha abierta por la autoridad papal en la ley, entonces, en un intento por eludir la condenación, los hombres han intentado destruir toda la ley. Pero ¿van a conseguirlo? No; porque cuantos quieran escudriñar las Escrituras por sí mismos verán que la ley de Dios permanece inmutable, eterna, y que su memorial, el sábado, perdurará por las edades eternas, apuntando al único Dios verdadero en distinción de todos los falsos dioses.

Satanás sigue perseverando incansable en sus esfuerzos por proseguir con la conspiración que comenzó en el cielo para cambiar la ley de Dios. Ha logrado hacer creer al mundo la teoría que presentó en el cielo antes de su caída: que la ley de Dios era defectuosa y precisaba revisión. Gran parte de la iglesia cristiana nominal, por su actitud, si no por sus palabras, demuestra que ha aceptado el mismo error. Pero si se ha cambiado una jota o una tilde de la ley de Dios, Satanás ha ganado en la tierra lo que no pudo ganar en el cielo. Ha preparado su añaqaza, esperando llevar cautivos a la iglesia y al mundo; pero no todos caerán en la trampa. Se está trazando una línea divisoria entre los hijos de la obediencia; entre los leales y verdaderos, y los desleales y falsos. Se están formando dos grandes grupos: los adoradores de la bestia y su imagen, y los adoradores del Dios verdadero y viviente.

El mensaje de Apocalipsis 14, que proclama que la hora del juicio de Dios ha llegado, es dado en el tiempo del fin; y se representa al ángel de Apocalipsis 10 con un pie en el mar y otro pie en la tierra,

mostrando que el mensaje será llevado a tierras distantes, se cruzará el océano y las islas del mar oirán la proclamación del último mensaje de advertencia al mundo.

«El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano hacia el cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más» (Apoc. 10: 5, 6).

Este mensaje anuncia el final de los períodos proféticos. El desengaño de lo que esperábamos ver a nuestro Señor en 1844 fue, ciertamente, amargo para cuantos anhelábamos tan ardientemente su aparición. Estaba en los planes de Dios que ese chasco se produjera y que se manifestaran los corazones. Ni una nube ha caído sobre la iglesia para la que Dios no haya hecho preparativos; ni una fuerza opositora ha surgido para contrarrestar la obra de Dios que él no la haya previsto. Todo ha tenido lugar según lo predijo por medio de sus profetas. No ha dejado a su iglesia en tinieblas, abandonada, sino que previó en declaraciones proféticas lo que ocurriría y, a través de su providencia, que actuaba en su lugar designado en la historia del mundo, ha provocado lo que su Santo Espíritu inspiró que los profetas predijeran. Todos sus propósitos serán cumplidos y establecidos.

Su ley está vinculada a su majestad, y los agentes satánicos combinados con agentes humanos no pueden destruirla. Dios inspira y guarda la verdad, que perdurará y triunfará; aunque pueda parecer en ocasiones que haya sido eclipsada. El evangelio de Cristo es la ley ejemplificada en el carácter. Los engaños practicados contra ella, todo artificio para vindicar la falsedad, todo error fraguado por los agentes satánicos, acabarán siendo quebrantados eternamente, y el triunfo de la verdad será como el aspecto del sol al mediodía. El Sol de justicia «en sus alas traerá salvación», y «¡Toda la tierra» estará «llena de su gloria (Mal. 4: 2; Isa. 6: 3; Sal. 72: 19).

Cuanto Dios determinó en la historia profética para que se cumpliera en el pasado, se ha cumplido, y cuanto está por venir en su debido momento se cumplirá. Daniel, el profeta de Dios, surge en el momento y lugar oportunos. Lo mismo podemos decir de Juan. En el Apocalipsis, el León de la tribu de Judá ha abierto el libro de Daniel para los estudiosos de la profecía y, así, Daniel se levanta en su heredad (ver Dan 12: 13). Da su testimonio, lo que el Señor le reveló en visión de los acontecimientos grandes y solemnes que debemos conocer cuando estamos de pie en el umbral mismo de su cumplimiento.

En la historia y la profecía, la Palabra de Dios representa el milenario conflicto entre la verdad y el error. Ese conflicto sigue su curso. Se repetirán muchas cosas ya ocurridas. Revivirán antiguas controversias, y surgirán continuamente nuevas teorías. No obstante, el pueblo de Dios, que en su creencia y en cumplimiento de la profecía ha desempeñado un papel en la proclamación de los mensajes del primero, segundo y tercer ángel, sabe dónde se encuentra. Tiene una experiencia que es más preciosa que el oro refinado. Ha de permanecer en pie firme como una roca, manteniendo el principio de su confianza inalterable hasta el fin.

Un poder transformador acompañó a la proclamación de los mensajes del primer y segundo ángel, igual que acompaña al mensaje del tercero. Se fijaron convicciones duraderas en las mentes humanas. Se manifestó el poder el Espíritu Santo. Se produjo un estudio diligente de las Escrituras, punto por punto. Se dedicaron casi noches enteras al serio escudriñamiento de la Palabra. Buscábamos la verdad como quienes buscan tesoros ocultos. A nosotros el Señor se nos manifestó. Se arrojó luz sobre las profecías y nos dimos cuenta de que habíamos recibido la orientación divina.— Ms 32, 1896, pp. 1-7 («Testimony concerning the Views of Prophecy Held by Brother John Bell» [Testimonio relativo a los puntos de vista sobre la profecía defendidos por el hermano John Bell], 6 de diciembre de 1896).

Cada posicionamiento será cuestionado. Se ha considerado que nuestro pueblo es demasiado insignificante para ser digno de atención, pero esto va a cambiar, y ya se están viendo cambios. El mundo cristiano está adoptando iniciativas ahora que necesariamente darán notoriedad al pueblo de Dios fiel a los mandamientos. Existe una permanente negación de la verdad de Dios, que es sustituida por teorías y falsas doctrinas de origen humano. Existen planes e iniciativas puestas en marcha para esclavizar la conciencia de los que quieran ser leales a Dios. Los poderes legislativos se opondrán al pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Toda alma será sometida a prueba. Ojalá que como pueblo seamos sabios para nosotros mismos y que por precepto y ejemplo impartamos esa sabiduría a nuestros hijos.

Cada posicionamiento de nuestra fe será cuestionado, y si no somos estudiantes cabales de la Biblia, constantes, rigurosos, bien fundamentos, la sabiduría de los grandes personajes del mundo nos abrumará. La gente anda siempre ocupada, llena de ansiedad y agitación; todo el mundo sigue su propio rumbo sin tener para nada en cuenta a Dios. El mal es seguido apasionadamente como si fuera justicia, el

error como si fuera verdad, y el pecado como si fuera santidad. Las tinieblas aumentan su intensidad, cubriendo la tierra, y de gran oscuridad a la gente, y, ¿dormirá el pueblo peculiar de Dios en un tiempo como este? ¿Guardarán silencio, como si estuvieran paralizados, los que tienen la verdad?— Carta 65, 1886, p. 3 (a una «hermana», 31 de diciembre de 1886).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 31 de enero de 1940

Comentarios sobre Daniel 2

La sucesión de imperios y la ley. Cientos de años antes de que ciertas naciones empezaran a desempeñar su papel, el Omnisciente miró a través de los siglos y predijo, por medio de sus siervos, los profetas, el surgimiento y la caída de los reinos mundiales. El profeta Daniel, cuando interpretó para el rey de Babilonia el sueño de la gran imagen —una imagen simbólica de los reinos del mundo—, declaró a Nabucodonosor que su reino sería desbancado. Su grandeza y su poder tendrían su momento, y surgiría un segundo reino, que también tendría su período de prueba en cuanto a si exaltaría al Gobernante supremo, al único Dios verdadero. Por no haberlo hecho, su gloria se desvanecería, y un tercer reino ocuparía su lugar. Probado por la obediencia o la desobediencia, también este pasaría; y un cuarto reino, fuerte como el hierro, sometería a las naciones del mundo. Estas predicciones del Infinito, consignadas en la página profética y delincadas en las páginas de la

Solicitado por profesores de Biblia a fin de obtener información en cuanto a la mezcla del hierro y la arcilla.

historia, fueron dadas para demostrar que Dios es el poder gobernante en los asuntos de este mundo. «Él muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes» (Dan. 2: 21), para cumplir su propio propósito. [...]

La voz de Dios, oída en épocas pasadas, resuena a lo largo de la historia, de siglo en siglo, en todas las generaciones que han desempeñado su papel y desaparecido. ¿Hablará Dios y su voz no será respetada? ¿Qué poder planeó toda esta historia, que las naciones, una tras otra, fueran surgiendo en el momento previsto y ocuparan el lugar señalado, siendo testigos inconscientes de la verdad de aquello cuyo significado ellas mismas desconocían? Los siglos tienen su misión. Cada momento tiene su propósito.— *The Youth's Instructor*, 29 de septiembre de 1903, pp. 6, 7.

El papado y la caída de Roma. Aunque representa el deterioro de los reinos de la tierra en poder y gloria, la imagen de Nabucodonosor también representa acertadamente el deterioro de la religión y la moral entre el pueblo de estos reinos. A medida que las naciones se olvidan de Dios, en igual proporción se vuelven débiles moralmente.

Babilonia desapareció porque, en su prosperidad se olvidó de Dios, y atribuyó la gloria de su prosperidad al logro humano.

El Imperio Medoperso fue visitado por la ira del cielo porque en ese reino la ley de Dios era pisoteada. El temor del Señor no encontraba ningún lugar en el corazón del pueblo. Las influencias prevalecientes en Medopersia eran la maldad, la blasfemia y la corrupción.

Los reinos que siguieron fueron aún más viles y corruptos. Se deterioraron porque se apartaron de su lealtad a Dios. Al olvidarlo, se fueron hundiendo cada vez más en la escala del valor moral.

El vasto imperio de Roma se desmoronó y quedó dividido en pedazos, y de sus ruinas surgió esa poderosa potencia que es la Iglesia Católica Romana. Esta iglesia se jacta de su infalibilidad y de su religión hereditaria. Pero esta religión es de temer para cuantos están familiarizados con los secretos del misterio de la iniquidad. Los sacerdotes de esta iglesia conservan su predominio manteniendo al pueblo en la ignorancia de la voluntad de Dios, revelada en las Escrituras.— *The Youth's Instructor*, 22 de septiembre de 1903, p. 6.

Hierro y arcilla: política y religión. Hemos llegado a un momento en que la sagrada obra de Dios está representada por los pies de la imagen, en los que el hierro estaba mezclado con la fangosa arcilla. Dios tiene un pueblo, un pueblo escogido, cuyo discernimiento debe

ser santificado, que no debe volverse profano edificando sobre «madera, heno y hojarasca» (1 Cor. 3: 12). Toda alma que sea leal a los mandamientos de Dios verá que la característica distintiva de nuestra fe es el sábado, séptimo día de la semana. Si el gobierno quisiera honrar el sábado, como Dios ha ordenado, se alzaría con el poder de Dios y en defensa de la verdad una vez dada a los santos. Pero los estadistas defenderán el día de reposo espurio y mezclarán su fe religiosa con la observancia de este vástago del papado, poniéndolo por encima del sábado, que el Señor santificó y bendijo, apartándolo para que el hombre lo santificara, como señal entre él y su pueblo hasta mil generaciones. La mezcla de lo estatal y lo religioso está representada por el hierro y la arcilla. Esta unión debilita todo el poder de las iglesias. Esta investidura de la iglesia con el poder del Estado producirá resultados malignos. Los hombres casi han sobrepasado el límite de la paciencia divina. Han invertido su fuerza en la política y se han unido al papado. Pero llegará el momento en que Dios castigará a los que han anulado su ley, y su obra perversa se volverá contra ellos.— Ms 63, 1899, pp. 12, 13 (manuscrito sin título, 22 de abril de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
29 de septiembre de 1943

Los pilares y los hitos del mensaje

Vigencia de las verdades de 1844 a 1846. No deseo ignorar o desechar ni un eslabón de la cadena probatoria que se constituyó cuando, después de que hubiera pasado la fecha prevista en 1844, pequeños grupos de buscadores de la verdad se reunían para estudiar la Biblia y pedir a Dios luz y orientación. [...] La verdad quedó grabada en nuestro cerebro con tanta firmeza que no podíamos dudar. [...] La evidencia dada en nuestra primera experiencia tiene la misma experiencia que tuvo entonces. La verdad es la misma de siempre, y no puede eliminarse de ella absolutamente nada, ni debe quitarse ningún pilar de la estructura de la verdad. Lo que encontramos en la Palabra en 1844, 1845 y 1846 sigue siendo la verdad en todos los sentidos.— Carta 38, 1906, pp. 1, 2 (a la familia del Sanatorio de Wahroonga, 23 de enero de 1906).

Solicitado por el pastor Leroy E. Froom, una parte de la cual había de ser usada en una monografía sobre los «hitos» y los «pilares» del mensaje, y otra parte que había de relacionarse con declaraciones publicadas en una columna acompañante de citas escogidas del Espíritu de Profecía.

El marco de los mensajes establecido inspiradamente.— La proclamación de los ángeles primero, segundo y tercero ha sido enmarcada por la Palabra de la Inspiración. No ha de suprimirse ni un ápice. Ninguna autoridad humana tiene más derecho a cambiar el marco de estos mensajes que a sustituir el Antiguo Testamento con el Nuevo. El Antiguo Testamento es el evangelio en figuras y símbolos. El Nuevo Testamento es la sustancia. El uno es tan esencial como el otro.— Ms 32, 1896, p. 1 («Testimony concerning the Views of Prophecy Held by Brother John Bell» [Testimonio relativo a los puntos de vista sobre la profecía defendidos por el hermano John Bell], 6 de diciembre de 1896).

No hay tercero sin segundo. Los mensajes primero y segundo fueron dados en 1843 y 1844, y ahora estamos en la proclamación del tercero; pero los tres mensajes han de seguir siendo proclamados. Es exactamente igual de esencial ahora como lo fue antes que se repitan a los que buscan la verdad. De palabra y por escrito, hemos de proclamarlos con potencia, mostrando su orden, y la aplicación de las profecías que nos llevan al mensaje del tercer ángel. No puede haber un tercero sin el primero y el segundo.— *Ibíd.*

Las verdades posteriores a 1844. Las verdades que nos fueron dadas, tras haberse cumplido el plazo previsto en 1844, son tan ciertas e inamovibles como cuando el Señor nos las dio en respuesta a nuestras fervorosas plegarias. Las visiones que el Señor me ha dado han sido tan significativas que sabemos que lo que hemos aceptado es la verdad. Esto fue confirmado por el Espíritu Santo. La luz, la preciosa luz proveniente de Dios, dejó establecidos los puntos principales de nuestra fe como hoy los sostenemos.— Carta 50, 1906, pp. 1, 2 (al pastor W. W. Simpson, 30 de enero de 1906).

Los pilares soportarán la carga. Debemos permitir que los grandes principios del mensaje del tercer ángel destaquen de forma clara y nítida. Los firmes pilares de nuestra fe soportarán todo el peso que pueda ponerse sobre ellos.— Carta 207, 1899, p. 2 (al pastor S. N. Haskell y al pastor G. A. Irwin, 15 de diciembre de 1899).

Ha soportado la prueba desde 1844. Ha llegado el momento en que debemos negarnos a salir de la plataforma de la verdad eterna que desde 1844 ha soportado la prueba.— Carta 277, 1904, p. 6 (a J. A. Read, 31 de julio de 1904).

No hace falta sustituir ningún pilar. La Palabra del Señor ha guiado nuestras pisadas desde que se superó el plazo previsto en 1844. Hemos escudriñado las Escrituras; hemos edificado sólidamente; y no hemos tenido que deshacer nuestros fundamentos y establecer nuevos pilares.— Carta 24, 1907, p. 3 (al pastor A. G. Daniells, 4 de febrero de 1907).

Todos los pilares han de ser reforzados. El Señor ha declarado que la historia del pasado se repetirá cuando lleguemos al tramo final. Ha de proclamarse al mundo toda verdad que él nos haya dado para estos últimos días. Todos los pilares establecidos tienen que ser reforzados. No podemos ahora salirnos de la plataforma que Dios ha establecido. [...] En estos momentos existe la necesidad de repetir la experiencia de los hombres que tuvieron su papel en el establecimiento de nuestra obra al principio.— Ms 129, 1905, p. 3 («Steadfast unto the End» [Firmes hasta el fin], 24 de diciembre de 1905).

Defender los hitos de la verdad. Los grandes hitos de la verdad que nos muestran nuestro rumbo en la historia profética, han de ser defendidos; no vaya a ser que sean derribados y sustituidos con teorías que traerían confusión más que luz genuina.— Ms 31, 1896, p. 1 («Testimony concerning the Views of Prophecy Held by Brother John Bell» [Testimonio relativo a los puntos de vista sobre la profecía defendidos por el hermano John Bell], 8 de noviembre de 1896).

Rechazo de la interpretación de saboteadores. No escuchen ni por un momento las interpretaciones que moverían un hito, que eliminarían un pilar, de la plataforma de la verdad. Las interpretaciones humanas, la aceptación de fábulas, echarán a perder la fe de ustedes, confundirán su entendimiento y anularán su fe en Jesucristo. Estudien diligentemente el tercer capítulo del Apocalipsis. En él se señala el peligro de perder nuestra vinculación con lo que hemos oído y aprendido de la Fuente de toda luz.— Carta 230, 1906, p. 4 (a los ancianos de la iglesia de Battle Creek, y a los pastores y los médicos, 5 de julio de 1906).

Contra la remoción de los hitos. Cuando aparecen hombres que quisieran remover un hito o eliminar un pilar del fundamento que Dios ha establecido por su Santo Espíritu, que los hombres de más edad, que fueron pioneros de nuestra obra, hablen con claridad, y hablen

también los que están muertos, haciendo que se reimpriman sus artículos en nuestras revistas. Reúnan los rayos de luz divina que Dios ha dado cuando condujo a su pueblo paso a paso en el camino de la verdad. Esta verdad soportará la prueba del tiempo y el análisis más riguroso.— Ms 62, 1905, p. 6 («A Warning against False Theories» [Advertencia contra falsas teorías], 24 de mayo de 1905).

Mover los pilares. Las verdades, que han sido establecidas por la evidente intervención divina, han de ser mantenidas con firmeza. Que nadie se aventure a mover ni un clavo de la estructura ni una sola piedra de los fundamentos. Los que intentan derribar los pilares de nuestra fe se encuentran entre aquellos de los que la Biblia dice que «en los últimos tiempos, algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Tim. 4: 1).— Carta 87, 1905, pp. 2, 3 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 25 de febrero de 1905).

Preservar los hitos. Pronto se harán grandes esfuerzos para desestabilizar nuestra fe en cuanto al santuario; pero no debemos titubear. No debe moverse ni un pilar de los fundamentos de nuestra fe. La verdad sigue siendo verdad. Los que vacilen serán arrastrados a teorías erróneas y, por último, se encontrarán siendo ellos mismos infieles con respecto a las evidencias que en el pasado hemos tenido de lo que es la verdad. Deben preservarse los antiguos hitos para que no perdamos el rumbo.— Carta 395, 1906, p. 4 (al pastor S. M. Cobb, 25 de diciembre de 1906).

Comunicar al mundo el mensaje. Hemos de comunicar al mundo el mensaje que el Señor nos ha dado. No movamos ningún hito ni quitemos ningún pilar del fundamento de nuestra fe. Hemos de predicar la verdad como ha sido dada por el Señor.— Carta 279, 1904, p. 9 (a los hermanos Paulson, Sadler, Jones y Waggoner, 1º de agosto de 1904).

Los tres mensajes mutuamente relacionados. Se representa al tercer ángel volando en medio del cielo, lo que simboliza la obra de los que proclaman los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero; y los tres mensajes están mutuamente relacionados. Las evidencias de verdad permanente y siempre viva de estos grandes mensajes, que tanto significan para nosotros, y que han despertado tan intensa opo-

sición del mundo religioso, siguen vigentes. Satanás está buscando constantemente proyectar su infernal sombra sobre estos mensajes, para que el pueblo remanente de Dios no discierna con claridad su importancia, su oportunidad y su momento; pero siguen vigentes y han de influir poderosamente sobre nuestra experiencia religiosa mientras el tiempo dure.— Carta 1f, 1890, pp. 5, 6 (a hermanos que ocupan puestos de responsabilidad, noviembre de 1890).

Tres mensajes inseparables. El mensaje del Señor para su pueblo es la proclamación de los ángeles que vuelan en medio del cielo. [Se cita Apocalipsis 14: 6-12]. Estos mensajes han de ser mutuamente conectados y unidos. No se puede comunicar ninguno de los tres sin los otros.— Carta 65, 1897, p. 2 (al hermano Hawkins y su esposa, 6 de abril de 1897).

Confusión en cuanto al tercer mensaje. No hay más que unos pocos, incluso entre los que afirman creerlo, que comprendan el mensaje del tercer ángel y, no obstante, este es el mensaje para hoy. Es la verdad presente. Pero ¡qué pocos aceptan este mensaje con su real trascendencia y lo presentan al pueblo con todo su poder! Para muchos es algo de menor importancia. [...] La obra final del mensaje del tercer ángel estará acompañada de un poder que hará brillar los rayos del Sol de justicia por los caminos y los senderos de la vida, y se adoptarán decisiones a favor de Dios como Gobernante supremo; se considerará que su ley es la norma de su gobierno.— Ms 15, 1888, p. 5 («A Call to a Deeper Study of the Word» [Llamamiento a un estudio más profundo de la Palabra], 1º de noviembre de 1888).

El tercer mensaje incluye a los otros dos. El tema de máxima importancia es el mensaje del tercer ángel, que incluye los mensajes del primer y segundo ángel. Todos deberían entender las verdades contenidas en estos mensajes; porque son esenciales para la salvación. Tendremos que estudiarlos diligentemente para entender estas verdades; y nuestro poder de aprendizaje y de captación será puesto a prueba al máximo.— Carta 97, 1902, p. 2 (al pastor E. J. Waggoner, 7 de julio de 1902).

Mensaje para hoy. El mensaje evangélico para nuestra época está incluido en el mensaje del tercer ángel, que abarca los mensajes de los ángeles primero y segundo, y que ha de proclamarse por todas partes;

porque es la verdad presente. Este mensaje ha de comunicarse con toda claridad y gran poder. No ha de quedar difuminado por las teorías y los sofismas humanos.— Carta 20, 1900, pp. 5, 6 (a J. Edson White y su esposa Emma, 31 de enero de 1900).

El tercer mensaje, el evangelio íntegro. Ha de realizarse una gran obra proclamando a todo el mundo las verdades salvadoras del evangelio. Presentar estas verdades es el objetivo del mensaje del tercer ángel. [...] Todo el evangelio está incluido en el mensaje del tercer ángel, y en toda nuestra labor ha de presentarse la verdad como es en Jesús. [...] Que nada aminore la fuerza de la verdad presente: El mensaje del tercer ángel debe hacer su obra de separar de las iglesias a un pueblo que ocupe su puesto en la plataforma de la verdad eterna. Nuestro mensaje es un mensaje de vida o muerte, y debemos dejar que aparezca tal cual es: el gran poder de Dios. Hemos de presentarlo en toda su contundente fuerza. Después, el Señor le dará eficacia.— Ms 19, 1900, pp. 1, 4, 5 («A Perfect Ministry. Its Purpose» [Un ministerio perfecto. Su propósito], 5 de marzo de 1900).

Partícipes en los primeros mensajes. Después de que se superase el plazo previsto, Dios confió a sus fieles seguidores los valiosos principios de la verdad presente. Estos principios no fueron dados a los que no habían tenido parte en la proclamación de los mensajes del primer y el segundo ángel. Fueron dados a los obreros que habían formado parte de la causa desde el principio.— Ms 129, 1905, p. 2 («Steadfast unto the End» [Firmes hasta el fin], 24 de diciembre de 1905).

Centrarse en lo fundamental. Hemos de centrarnos en lo que conciernen a nuestro bienestar eterno. Cualquier cosa que el enemigo pueda idear para desviar nuestros pensamientos de la Palabra de Dios, cualquier cosa nueva y extraña que él pueda originar para crear división de opiniones, la introducirá como algo tremendamente importante [...]. El enemigo procurará que los creyentes investiguen asuntos de importancia secundaria y centren su atención en estos asuntos en reuniones de comisiones y en las juntas. Pero, al desviar su atención hacia asuntos tan poco relevantes, los hermanos entorpecen la obra en vez de potenciarla.

Hemos de proclamar el mensaje del tercer ángel a un mundo que perece, y no hemos de permitir que nuestros pensamientos se desvíen a minucias que, en la práctica, no llevan a nada bueno. Si nuestros

hermanos quisieran considerar los importantes asuntos relativos a la vida eterna y a la muerte eterna, muchas de las cuestiones menores que tanto desean clarificar se aclararían solas.— Carta 16, 1903, pp. 5-7 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 1º de enero de 1903).

Desviarse del mensaje. No hemos de permitir que nuestra atención se desvíe de la proclamación del mensaje que nos ha sido dado. Durante años se me ha indicado que no hemos de prestar atención a cuestiones no esenciales. Hay temas de la mayor importancia que han de ser tenidos muy en cuenta.— Ms 10, 1905, p. 2 («Non-Essential Subjects to Be Avoided» [Han de evitarse las cuestiones no esenciales], 12 de septiembre de 1904).

La verdad presente y los tres mensajes. La verdad presente para este tiempo comprende los tres mensajes: el mensaje del tercer ángel, que sucede al primero y el segundo.— Carta 121, 1900, p. 5 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 13 de agosto de 1900).

El mensaje del tercer ángel en 1899. Vino sobre mí luz de forma clara y nítida en el sentido de que la obra médica misionera se había vuelto demasiado absorbente, y se estaba descuidando una obra más eficaz en diversos ámbitos, que estaba usted acumulando en sus manos un tipo de trabajo que no termina nunca, que eclipsaba la obra que es preciso llevar a cabo en todas las ciudades: la proclamación de la pronta venida de Cristo. Se estaba dejando de lado el mensaje del tercer ángel.— Carta 55, 1899, pp. 2, 3 (al Dr. J. H. Kellogg, 24 de marzo de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
10 de septiembre de 1944

Declaraciones sobre el libro *Las profecías de Daniel y Apocalipsis*

Considero que el libro [*Las profecías de Daniel y Apocalipsis*] debería circular por todas partes. Tiene su lugar y realizará una obra grande y buena.— Carta 25a, 1889, p. 3 (al hermano Eldridge, 8 de septiembre de 1889).

Hablando de los libros del pastor Smith en la década de 1890, uno de los dirigentes de nuestra obra de colportaje preguntó a Elena G. de White:

«Usted cree que son inspirados, ¿verdad?».— Carta 15, 1895, p. 5 (al Sr. Frank Belden, 8 de junio de 1895).

Poniendo en evidencia lo inapropiado de la pregunta, ella respondió:

«Usted mismo puede responderse esa pregunta; yo no voy a hacerlo».— *Ibíd.*

Las profecías de Daniel y Apocalipsis*. La obra de colportaje es uno de los instrumentos señalados por el Señor para difundir el conocimiento de la verdad para nuestro tiempo. Los colportores tienen una trascendental obra que llevar a cabo. El Señor puede trabajar por medio de ellos, y lo hará, si se preparan con seriedad para hacer cuanto puedan. El esfuerzo realizado para distribuir *Palabras de vida del gran Maestro* está demostrando lo que puede conseguirse por medio del colportaje. A los que trabajan con este libro, les diría: Una vez que ustedes ya hayan conseguido satisfacer sus necesidades inmediatas, no pierdan su celo, creyendo que ya no hay necesidad de hacer un mayor esfuerzo. Vendan el libro por todas partes que puedan, y llamen la atención de la gente sobre nuestros libros más voluminosos.

Las profecías de Daniel y Apocalipsis en especial debería ser presentado al público como el libro por antonomasia para nuestro tiempo. Este libro contiene el mensaje que todos precisan leer y entender. Traducido a muchos idiomas diferentes, será un poder para iluminar el mundo. Este libro se ha vendido muy bien en Australia y Nueva Zelanda. Leyéndolo, muchas almas han llegado a un conocimiento de la verdad. He recibido muchas cartas expresando aprecio por ese libro.

Que nuestros colportores llamen la atención de todos sobre ese libro. El Señor me ha mostrado que ese libro hará una buena obra en la iluminación de los que se interesen por la verdad para nuestro tiempo. Los que acepten la verdad ahora, sin haber compartido las experiencias de los que entraron en la obra al comienzo de la historia de la proclamación del mensaje, deberían estudiar lo que enseña *Las profecías de Daniel y Apocalipsis* familiarizándose con la verdad que presenta.

Los que se preparan para incorporarse al cuerpo pastoral, que deseen convertirse en buenos estudiosos de las profecías, encontrarán en *Las profecías de Daniel y Apocalipsis* una ayuda inestimable. Es preciso que

* Este es el título completo en español de la obra de Urías Smith, que durante más de cincuenta años fue el editor de la revista *Review and Herald*. En inglés se titulaba *The Prophecies of Daniel and the Revelation*. La primera edición apareció en 1897, y de ella se hicieron numerosas reimpresiones y varias revisiones. En español se publicó por vez primera en 1944 y posteriormente se hizo una versión revisada por «una comisión». Ver *Las profecías de Daniel y Apocalipsis* (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, 1971), t. 1, p. 6. Téngase bien en cuenta la fecha de la primera edición, para contextualizar debidamente lo que Elena G. de White decía en cuanto a este libro.—N. del E.

conozcan este libro. Habla del pasado, el presente y el futuro, presentando la senda con tal claridad que no es preciso que nadie yerre en la misma. Quienes estudien ese libro diligentemente no tendrán deleite alguno en las trivialidades presentadas por los que tienen un ardiente deseo por sacar algo nuevo y extraño que presentar a la grey de Dios. El reproche de Dios recae sobre todos los maestros de ese tipo. Precisan que alguien les enseñe qué significan la piedad y la bondad. Las cuestiones esenciales y relevantes que Dios querría que se presentaran al pueblo se encuentran en el libro *Las profecías de Daniel y Apocalipsis*. Ahí está la verdad firme y eterna para este tiempo. Todos necesitan la luz y la información que contiene.

Los que destruyen la tierra han tenido un tiempo de gracia prolongado. Durante seis mil años Dios ha tenido paciencia con la ignorancia y la maldad de los seres humanos. Los ha probado y examinado de todas las formas posibles, buscando recuperar la lealtad de ellos y que sean salvos. Pero rehúsan escuchar sus súplicas. Ha habido, y aún hay y seguirá habiendo, guerra y derramamiento de sangre. La guerra es popular. Matar y destruir es, a la vista del mundo, ser valiente, digno de honores.

Está cercano el momento en que Jesús tomará el cetro y tomará posesión del reino que hay bajo todo el cielo. Juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos. Las guerras cesarán en todos los confines de la tierra.

¿No vemos acaso toda la corrupción que hay en nuestro mundo? ¿No es suficiente la terrible maldad, que aumenta continuamente, para llevarnos a usar toda actividad cristiana en la presentación al mundo de los libros que contienen la beneficiosa instrucción? Dios, el gran Gobernante moral del universo, desea que su pueblo se ponga en pie y use su influencia para llevar a otros a comprender lo que va a venir sobre nuestro mundo. El Señor llama a obreros para que entren al ministerio del colportaje. Desea que circulen los libros sobre la reforma prosalud. Mucho depende del asunto de la reforma prosalud. A no ser que nuestras iglesias se sitúen en una plataforma más elevada en este asunto, no podrán apreciar la verdad presente.

Dios desea que la luz que se encuentra en el libro *Las profecías de Daniel y Apocalipsis* sea presentada de forma clara. Es doloroso pensar en las muchas teorías carentes de valor, que son recopiladas y presentadas al público por maestros ignorantes, poco preparados. Los que presentan sus criterios humanos y las ideas insensatas que ellos han urdido en su cerebro, muestran el carácter de los tesoros de su cofre. Han atesorado material de pésima calidad. Su mayor deseo es causar sensación.

La verdad para nuestro tiempo se ha publicado en muchos libros. Que esos que andan exponiendo ideas carentes de valor y sin ningún criterio dejen ya de una vez de hacerlo y que se pongan a estudiar *Las profecías de Daniel y Apocalipsis*. Entonces sí tendrán buenas ideas de las que hablar. Al recibir el conocimiento contenido en este libro, irán acumulando en el cofre de su cerebro un tesoro del que podrán ir sacando joyas continuamente cuando comuniquen a otros las grandes verdades esenciales de la Palabra de Dios.

El interés sobre el libro de Daniel y sobre el Apocalipsis ha de seguir mientras dure el tiempo de gracia. Dios usó al autor de [*Las profecías de Daniel y Apocalipsis*] como canal a través del cual comunicar luz para dirigir las mentes a la verdad. ¿Vamos a despreciar esa luz, que nos señala hacia la venida de nuestro Señor Jesucristo, nuestro Rey?

Hablando de ese gran acontecimiento, Pablo dice: «Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mancha ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo. Aparición que a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el imperio sempiterno» (1 Tim. 6: 13-16).

Jóvenes, salgan a colportar con *Las profecías de Daniel y Apocalipsis*. Hagan cuanto puedan por vender ese libro. Acometan la tarea con tanta seriedad como si fuera un libro nuevo. Y recuerden que, cuando colporten con él, es necesario que se hayan familiarizado con las verdades que contiene. Cuando reflexionen sobre estas verdades, recibirán ideas que les permitirán no solo recibir luz, sino dejar que brille la luz sobre otros con nítidos y brillantes rayos.

Ha llegado ya el momento de la revelación de la gracia de Dios. Ahora ha de proclamarse el evangelio de Jesucristo. Satanás procurará desviar la mente de los que deberían estar establecidos, fortalecidos y asentados en las verdades de los mensajes del primer ángel, del segundo y del tercero. Los alumnos de nuestras escuelas deberían estudiar cuidadosamente *Las profecías de Daniel y Apocalipsis* para que no permanezcan en tinieblas y el día de Cristo los sorprenda como ladrón en la noche. Hablo de este libro porque es un medio de formar a los que precisan conocer la verdad de la Palabra. Ese libro debería ser apreciadísimo. Abarca

gran parte del terreno que hemos recorrido en nuestra experiencia. Si los jóvenes estudian este libro y aprenden por sí mismos qué es verdad, se salvarán de muchos peligros.

Leemos en Pedro: «Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán su libertinaje, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado» (2 Ped. 2: 1, 2).

Muchos de esos maestros que introducen herejías y, así, socavan la fe de algunos son considerados hombres de Dios que caminan en la luz y buscan librar a la iglesia de prácticas erróneas. Pero son servidores del pecado.

Necesitamos colportores inteligentes, que sean también evangelistas, colportores que hagan todo el bien que puedan al ir de casa en casa. Los colportores pueden realizar una gran obra para Dios. El Señor ha dado gran luz al mundo en los libros *El conflicto de los siglos*, *Patriarcas y profetas* y *El Deseado de todas las gentes*. Esos libros deberían difundirse con ahínco por todas partes. Los que lleven esos libros deberían formarse para la obra. Cuando los colportores reflexionan en las preciosas verdades contenidas en estos libros, buscando ofrecer la luz ante tanta gente como resulte posible, dejan que la luz brille en muchas mentes, y pueden decir: «Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque dice: “En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido”. Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación. No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea desacreditado. Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en conocimiento, en tolerancia, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero; en palabra de verdad, en poder de Dios y con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, pero llenos de vida; como castigados, pero no muertos; como entristecidos, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo» (2 Cor. 6: 2-10).

Muchos que trabajan como ministros del evangelio necesitan estudiar la Palabra. «Apocalipsis» significa «algo revelado», que todos han

de conocer. Profundicen para llegar a la verdad. Oren al Señor para entender su Palabra. Quienes se dan cuenta de su propia necesidad de la ayuda especial de Dios, pedirán a Aquel que es la Fuente de toda sabiduría que supla sus necesidades. Pídanle que ilumine su entendimiento, para que puedan saber cómo ofrecer la luz a los demás. Concéntrense en ello. No queden nunca satisfechos con un conocimiento parcial de la verdad, basado en algunas poco fundamentadas suposiciones. «Oídmene, los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová. Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados. [...] Ciertamente consolará Jehová a Sion; consolará todas sus ruinas. Cambiará su desierto en un edén y su tierra estéril en huerto de Jehová; se hallará en ella alegría y gozo, alabanzas y cánticos» (Isa. 51: 1, 3). – Ms 174, 1899, pp. 1-8 («Thoughts on Daniel and the Revelation» [Reflexiones sobre Daniel y el Apocalipsis], 3 de marzo de 1901).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
21 de septiembre de 1944

Consejos sobre algunos aspectos de la obra médica

Una obra distintiva. El Señor me ha dado luz especial con respecto al establecimiento de una institución de reforma de la salud en la que el tratamiento de los enfermos pudiera realizarse siguiendo directrices completamente diferentes de las que existen en cualquier institución de nuestro mundo. Debe fundarse y conducirse sobre principios bíblicos y ser instrumento del Señor, no para curar con fármacos, sino usando los remedios de la naturaleza. Los que tengan cualquier conexión con esa institución deben ser formados en los principios restauradores de la salud.— Carta 205, 1899, p. 1 (al Dr. J. H. Kellogg, 19 de diciembre de 1899).

No debe gestionarse como otras instituciones. Jamás propusimos establecer sanatorios para hacer que sean gestionados como lo son las demás instituciones médicas. Si

Solicitado por el Departamento Médico de la Asociación General para recibir orientación en el análisis de ciertos aspectos de la obra médica.

no contamos con un sanatorio que sea, en muchos aspectos, totalmente diferente a otras instituciones, no se verá que hayamos ganado nada.— Carta 72, 1896, p. 1 (al hermano Maxson y su esposa, 5 de noviembre de 1896).

Establecida para educar al público. Han de indicarse con claridad los beneficios que se siguen de abandonar el tabaco y las bebidas alcohólicas. Muéstrese a los pacientes la necesidad de practicar los principios de la reforma prosalud si quieren recuperar su salud. Muéstrese a los enfermos cómo mejorar siendo temperantes en la alimentación y en la práctica regular del ejercicio al aire libre. Los sanatorios han de establecerse precisamente para que la gente se percate de todo ello. Ha de hacerse una gran labor. Los que ahora son ignorantes han de llegar a ser expertos. La labor de nuestros sanatorios ha de ser la de aliviar el sufrimiento y restaurar la salud. Ha de enseñarse a la gente a conservar la salud mediante el cuidado en la comida y la bebida. Cristo murió para salvar a los seres humanos de la ruina. Nuestros sanatorios han de ser su mano ayudadora, enseñando a los pacientes a vivir de tal modo que honren y glorifiquen a Dios. Si nuestros sanatorios no lo hacen, los que los dirigen cometen una gran equivocación.

La abstinencia de carne beneficiará a los que se abstengan. El asunto de la alimentación es un tema de interés vital. Los que no dirigen los sanatorios de la manera debida pierden su ocasión de ayudar precisamente a aquellos que precisan realizar una reforma en su manera de vivir. Nuestros sanatorios se establecen con un fin especial: enseñar a la gente que no vivimos para comer, sino que comemos para vivir.

En nuestros sanatorios se ha de predicar la verdad, no desterrarla ni ocultarla de la vista. La luz ha de brillar con rayos claros y resplandecientes. Estas instituciones son las infraestructuras del Señor para el resurgimiento de una moral pura y elevada. No las establecemos como un negocio especulativo, sino para contribuir a que las personas sigan hábitos de vida saludables.— Carta 233, 1905, pp. 9, 10 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 9 de agosto de 1905).

El bienestar espiritual de los pacientes. En la formación de obreros para el cuidado de enfermos, que los estudiantes se imbuyan de la idea de que su objetivo más elevado siempre debería ser cuidar del bienestar espiritual de sus pacientes. Con este fin, deberían aprender a repetir las promesas de la Palabra de Dios y a ofrecer fervientes oraciones diariamente,

mientras se preparan para el servicio. Que se den cuenta de que siempre han de mantener la influencia suavizante y santificadora del gran Médico Misionero ante sus pacientes. Si los que sufren pueden ser impresionados con el hecho de que Cristo es su Salvador misericordioso y compasivo, tendrán descanso para su mente, lo cual resulta esencial para la recuperación de la salud.— Carta 190, 1903, p. 3 (al pastor A. G. Daniells, 28 de agosto de 1903).

El director exento de responsabilidades menores. El director médico de cualquier institución ocupa un puesto difícil, y debería mantenerse libre de responsabilidades menores, porque estas no le dejan tiempo para descansar. No debe acaparar tareas que no le corresponden. Debería contar con suficiente ayuda fiable, porque debe llevar a cabo un trabajo difícil. Tiene que humillarse en oración con los que sufren y llevar a sus pacientes al gran Médico. Si, como humilde suplicante, busca a Dios para obtener sabiduría a fin de tratar cada caso, su fortaleza y su influencia aumentarán enormemente. Llenos su mente y su corazón de la pura verdad divina, estará mejor preparado para realizar intervenciones cruciales, que significan la vida o la muerte para los afligidos.

Una religión personal es esencial para todo médico que quiere tener éxito en el cuidado de los enfermos. Necesita un poder mayor que su ojo clínico o su habilidad personal. Dios quisiera que los médicos se unieran a él y que supieran que cada alma es valiosa a su vista. El que depende de Dios, dándose cuenta de que solo Aquel que hizo al hombre sabe cómo dirigir, no fracasará como sanador de los achaques corporales.— Carta 205, 1899, p. 8 (al Dr. J. H. Kellogg, 19 de diciembre de 1899).

La necesidad de un administrador. Las instituciones dedicadas al cuidado de la salud, en un grado mayor que otras, no deberían depender principalmente de los médicos como directores. Se necesitan hombres polifacéticos de juicio imparcial para trazar planes y ejecutarlos. La junta no debe permitir que las cosas se realicen de forma caótica, porque todo lo que se hace tiene su influencia. En el *Health Retreat* [Refugio de la Salud] debe haber un administrador; si no, la institución se desmoralizará.— Carta 71, 1896, p. 6 (al hermano Maxson y su esposa, 12 de agosto de 1896).

Un trabajo exclusivo. El cargo que el Dr. A insistió en asumir fue el de gerente o administrador. Ahí estuvo el error. Jamás se le debería haber dado ese cargo. Su tiempo y su trabajo, dedicados a sus pacientes,

son todo cuanto un solo médico es capaz de sobrellevar. Él creía que debía ocupar un puesto similar al del Dr. Kellogg tuvo que desempeñar en el Sanatorio [de Battle Creek]. Pero si hace su trabajo con fidelidad al instruir y formar a los empleados, en el tratamiento de los enfermos y dando respuesta a las solicitudes que, sin duda, le harán pacientes externos, y que es el deber de todo médico atender, y si atiende a los que sufren, esto es cuanto puede gestionar. No debería recaer sobre él la gestión administrativa y económica, porque se descuidarán cosas que deberían hacerse, y se idearán otras que serán abordadas en vez de ignorarlas. La gerencia es un trabajo que debería ser de dedicación exclusiva. Debería darse con un gestor juicioso que lo supervise con criterios empresariales. Debería tener autoridad, de acuerdo con la junta directiva, para someter a escrutinio la gestión administrativa en las facturas que se extienden a los pacientes.

Se ha cometido un error en este sentido y se han producido irregularidades. No se ha seguido del todo la prudencia al abordar este asunto y la institución ha tenido en consecuencia que sufrir. Debería tenerse un total conocimiento de las salidas y las entradas. De la teneduría de libros debería ocuparse un contador, alguien que no sea médico.

Se precisan hombres de experiencia. Los salarios ofrecidos deberían alcanzar un nivel que garanticen las mejores prestaciones. Nada se ahorrará con estrecheces en esto. Se incurrirá en pérdidas si hombres sin experiencia se convierten en gerentes o administradores en la gestión empresarial de la institución. Habría sido prudente que hubiera habido un hombre polifacético en los asuntos de negocio para trabajar en el *Health Retreat* [Refugio de la Salud], alguien que estuviera dispuesto a realizar una labor a pie de calle y a dar respuesta a las solicitudes realizadas. Entonces los doctores B y C podrían haber desempeñado debidamente sus funciones como médicos, y dejar la labor de administración a los mejor preparados para desempeñar esas funciones. Así se podrían haber ahorrado miles de dólares que se han gastado. Los proyectos y planes humanos, y la gestión de la institución según sus propias ideas, han aumentado la enorme deuda de la institución. [...]

Que tome las riendas de esa institución alguien que haya tenido experiencia en el mundo de los negocios, alguien que ame a Dios profundamente y que pueda dedicar tiempo a examinar las diversas propuestas presentadas por los médicos para gastar los recursos que deberían desti-

narse a disminuir la gran deuda bajo la cual la institución es un oprobio. Que cuantos tengan un ardiente deseo de imitar a Battle Creek, construyendo sin cesar, aprovechen al máximo lo que ya tienen [...].

[El Dr. Kellogg] está capacitado para trabajar en diversos sectores. Pero se le ha advertido que no debería asumir las responsabilidades que ha asumido en el pasado, no porque no tenga aptitudes para hacerlo, sino por lo ingente de la labor, debido a la importancia que ha adquirido, y porque el asunto delicado y de máxima responsabilidad de tratar a la humanidad doliente es sobrecogedoramente grande. Que ocupe su mente y su tiempo así en tan gran medida en aspectos financieros comunes es un trabajo pesado para un hombre que ya anda muy sobrecargado. No obstante, él no ha visto la forma de sustraerse de hacer planes que hagan progresar la obra y se busca su consejo sobre todo en aspectos donde tiene que haber otros capacitados para llevarlos adelante.— Ms 31, 1897, pp. 1-4 («Managers of Sanitariums» [Administradores de sanatorios], 6 de abril de 1897).

La responsabilidad de administrar. El Dr. C ha trabajado con perseverancia para mantenerlo todo bajo su control. Ya no ha de permitírsele que seleccione personal que acapare todos los puestos de responsabilidad en la institución. Los más jóvenes han hecho de directores o administradores solo de nombre. El Dr. C no está satisfecho de que se coloque como administrador ningún otro que los que quieran trabajar bajo sus órdenes. El Sanatorio ya no ha de gestionarse así. Este orden de cosas hace daño a la reputación de la institución y debe cambiarse. Dios no puede trabajar a través de instrumentos no consagrados.

No ha de ponerse por entero sobre el director médico la responsabilidad de administrar una institución establecida por el Señor. No ha de llevar la voz cantante, salvo en su propio departamento como director médico. Así que lo que el Sanatorio necesita es la colaboración de hombres que entiendan lo que se espera de ellos y que realicen su deber, con independencia de si el Dr. C está a favor o en contra.— Carta 178, 1901, pp. 3, 4 (al hermano Sanderson, agosto de 1901).

Empeño cooperativo. No debería ser nombrado como director nadie sin experiencia o poco preparado. [...] Más bien deberían haberlo puesto desde el principio. Cuando se incorporó allí el Dr. B, deberían haber tenido un hombre firme, fuerte y decidido; pero él no quería eso.

¡No lo quería por nada del mundo! No quería en absoluto que hubiera un administrador. No quería incorporarse a no ser que pudiera administrar él mismo. Ocurrió lo mismo con el Dr. A, exactamente igual. El gran error estuvo en no contar con un administrador nombrado plenamente autorizado. Si hubieran tenido uno, la institución gozaría hoy de mayor prestigio. Pero él no quería tener un administrador. Iba a administrar él solo. Era autosuficiente y él se consideraba dotado para ser administrador. Está claro que estaba fuera de su jurisdicción como administrador. No era competencia suya, ni de usted: ustedes son médicos. Su cometido es realizar la labor de los médicos. Deberían reunirse para consultarse mutuamente —consultando el administrador con los médicos y consultando los médicos con el administrador— y tener una comprensión cabal de cómo deberían ir las cosas. El médico debería consultar al administrador en lo tocante a los medios con los que tienen que contar en el Sanatorio; y cuando el médico vea una carencia, cualquier cosa que no funcione como es debido, sencillamente, comuníquesele al administrador, lleguen a un acuerdo, y empujen todos en la misma dirección.— Ms 82, 1901, pp. 19, 20 (de una entrevista con el Dr. A. J. Sanderson y su esposa, celebrada en Elms-haven el 25 de agosto de 1901).

El director médico no está calificado para administrar. Aquí en el Sanatorio vemos el gran peligro de que el director médico crea que él tiene que ser gerente y administrador de la totalidad de la institución. Vemos aquí los resultados de ello, aunque en los últimos veinte años el Señor haya enviado un mensaje tras otro para corregir esta suposición. No es el plan del Señor poner tantas responsabilidades sobre un solo hombre. Dios tiene un trabajo para el médico. Ha de trabajar bajo su supervisión y en ningún caso ha de suponer que un médico esté calificado para ser gerente y administrador y sobrellevar con éxito esta carga adicional, cumpliendo a la vez con la labor que le corresponde como médico [...].

Hay un trabajo especial asignado a los administradores del Sanatorio. Sobre los médicos descansa una seria responsabilidad y debería haber colaborando con ellos hombres de experiencia, hombres de oración que cumplan fielmente con lo que se les haya encomendado, con independencia de cuál sea su cometido. Han de actuar de común acuerdo. Todo lo que se cuestione han de llevarlo ante el Señor en oración. Han de tratar con deferencia y respeto a los que Dios nombre para unirse

con ellos en su trabajo, de la misma manera como les gustaría a ellos ser tratados. Que el gerente, el médico, el administrador y la enfermera jefe tengan buen ánimo y realicen el trabajo que se les ha asignado; porque sus oportunidades pasarán pronto y seguirá la recompensa.— Carta 136, 1900, pp. 3, 11, 12 (a los hermanos Sharp, Caro y Kellogg, 29 de octubre de 1900).

La tentación de abandonar y establecer una consulta privada. El trabajo del verdadero médico misionero es, en gran medida, un trabajo espiritual. Incluye la oración y la imposición de manos; por lo tanto, debería ser apartado para su trabajo de forma tan sagrada como el ministro del evangelio. Los que son seleccionados para desempeñar el papel de médicos misioneros han de ser apartados para ello. Esto los fortalecerá contra la tentación de dejar su trabajo en el sanatorio para dedicarse a su consulta privada. No debería permitirse que ningún motivo egoísta separe al obrero de su puesto del deber. Vivimos en una época de solemnes responsabilidades; una época en la que ha de realizarse el trabajo con consagración. Busquemos al Señor diligentemente y con inteligencia. Si dejamos que el Señor influya en los corazones humanos, veremos el triunfo de una obra grande y excelsa. [...]

Si hubo alguna vez un tiempo en que nuestra obra tenía que llevarse a cabo bajo la especial dirección del Espíritu de Dios, es ahora. Despierten los que viven cómodamente. Que nuestros sanatorios se conviertan en lo que deberían ser: refugios en los que se ofrezca sanidad a las almas enfermas por el pecado. Y esto se hará cuando los obreros tengan una comunión vital con el gran Sanador.— Ms 5, 1908, pp. 2, 5 («The Medical Missionary Work» [La obra médica misionera], 23 de febrero de 1908).

Ni correcto ni justificable. Durante los cuatro últimos años, uno de nuestros médicos se estableció en la ciudad de _____, a solo poca distancia de nuestro sanatorio, y empezó a construir un sanatorio privado. Eso no estuvo bien, y ha ido en detrimento de nuestra institución de salud, que siempre ha tenido dificultad para alcanzar el éxito, y para cumplir la misión que el Señor le encomendó. La acción del que estableció ese sanatorio privado no fue ni correcta ni justificable. Si va a seguir haciendo lo que ha hecho en el pasado, surgirán problemas de continuo. Además, quita pacientes del sanatorio establecido según el

plan de Dios. Y peor aún, permite que sus pacientes consuman carne, mientras que los obreros de nuestro sanatorio siempre han procurado demostrar a sus pacientes que estarían mejor sin carne.

La pregunta es qué hacer. Aquí hay dos instituciones: una se empeña en sustentar y seguir los principios de la reforma prosalud, y la otra permite que sus pacientes se den el gusto del consumo de carne y, así, quita pacientes a la institución que ya existía antes. El asunto ha de ser tratado de manera ecuánime y cristiana. Cuando la mente y el corazón del que se estableció tan cerca de la institución del Señor estén convertidos, él se percatará de la necesidad de poner en práctica los principios de la Palabra de Dios y estará en armonía con sus vecinos. Si no puede juntarse con ellos, se marchará a otro lugar. Hay muchos otros lugares a los que podría irse. [...]

Que no crean nuestros médicos que pueden establecerse en una consulta privada al lado de nuestros sanatorios. El Señor dice a los que han hecho esto: ¿No hay muchos otros lugares en los que ustedes podrían haber establecido su consulta?

El Señor se dirige a todos los médicos misioneros y les dice: Vayan a trabajar hoy en mi viña para salvar almas. Dios oye las oraciones de todos los que en verdad lo buscan. Tiene el poder que todos necesitamos. Colma el corazón de amor, gozo, paz y santidad. El carácter se está desarrollando constantemente. No podemos permitirnos perder el tiempo actuando en desacuerdo con Dios.

Hay médicos que, debido que en algún momento estuvieron vinculados a nuestros sanatorios, se dan cuenta de que les resulta lucrativo establecerse cerca de ellos; y cierran los ojos a los numerosos territorios descuidados y olvidados en los que una labor altruista sería una bendición para muchos. Los médicos misioneros pueden ejercer una influencia edificante, purificadora y santificadora. Los médicos que no actúan así están abusando de su poder y hacen una obra que el Señor rechaza.— Carta 233, 1905, pp. 8, 12 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 9 de agosto de 1905).

Nuestra obra se sustenta en la generosidad. En vista de la gran obra que ha de realizarse, nuestros obreros deberían estar dispuestos a trabajar por un sueldo razonable. Aunque ustedes pudieran obtener grandes salarios, deberían considerar el ejemplo de Cristo al venir a nuestro mundo y vivir una vida de abnegación. Precisamente en este momento,

los salarios exigidos por nuestros obreros significan mucho. Si ustedes solicitan un salario muy alto y se lo conceden, queda abierta la puerta de par en par para que otros hagan lo mismo.

Precisamente la exigencia de un salario muy elevado entre los obreros de Battle Creek contribuyó a arruinar el espíritu de trabajo allí. Dos hombres se destacaron en aquella iniciativa, y se les unieron tres o cuatro más, y el resultado fue que se unieron para conseguir algo que, si hubiese sido exigido por la mayoría, habría demolido uno de los rasgos distintivos de la forma de difundir nuestro mensaje. La causa de la verdad presente ha sido fundada sobre la abnegación y la generosidad. Ese espíritu egoísta acaparador es del todo opuesto a estos principios. Es como la lepra mortal, que, con el tiempo, se extenderá por todo el cuerpo. Esto me inquieta. Es preciso que prestemos atención, no vaya a ser que dejemos atrás el espíritu de sencillez y abnegación que caracterizaba a nuestra obra en sus primeros años.

A usted no le resultará difícil ejercer una amplia influencia en el sanatorio de _____. Si está dispuesto a actuar con abnegación, no exigiendo el salario que usted con razón podría conseguir, el Señor lo sostendrá en su trabajo. Por otro lado, si pide una suma elevada, otro y otro más pensarán que tienen el derecho a exigir un salario igual de alto que el suyo; y, así, se usará dinero que debería gastarse en apoyar la labor de la causa de la verdad presente en otros lugares.

Al adoptar decisiones importantes, deberíamos estudiar todas las implicaciones del asunto. Siempre hemos de recordar que se nos da un lugar en la obra para actuar como instrumentos responsables. Algunos quisieran seguir los usos y costumbres que imperan en el mundo en lo que atañe a su salario; pero el Señor no ve las cosas como las ven esos hombres. Él ve nuestros deberes y nuestras responsabilidades a la luz del ejemplo abnegado de Cristo. El evangelio debe presentarse al mundo de tal modo que lo que predicamos y lo que hacemos concuerda.

Nuestros sanatorios no deben administrarse según los usos y costumbres del mundo. No ha de considerarse necesario ni siquiera que el director médico reciba un salario elevado. Somos servidores de Dios.

Carta 370, 1907, pp. 1, 2 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 23 de octubre de 1907).

No con exigencias económicas. Cristo extiende a todos la invitación: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy

manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga» (Mat. 11: 28-30). Si todos están dispuestos a llevar el yugo de Cristo, si todos están dispuestos a aprender en su escuela las lecciones que él nos enseña, habrá medios suficientes para establecer la obra médica misionera evangélica en muchos lugares.

Que nadie diga: «Me uniré a este ministerio a cambio de una suma predeterminada. Y si no me da eso, no participaré». Los que así dicen demuestran que no llevan puesto el yugo de Cristo; ni están aprendiendo de su humildad y su mansedumbre. [...]

Lo que aumenta nuestro valor ante la vista de Dios no es ser ricos en la riqueza del mundo. El Señor reconoce y honra a los humildes y contritos. Lea el capítulo 57 de Isaías. Estudie ese capítulo cuidadosamente, porque significa mucho para el pueblo de Dios. No realizaré comentario alguno acerca de él. Si lo estudia con atención y oración, llegará a ser sabio para la salvación. Carta 145, 1904. pp. 6-8 (a un «hermano», 5 de abril de 1904).

Consejo sobre una propuesta de porcentajes*. En cuanto a la propuesta realizada por el hermano _____, considero el asunto igual que usted. No podemos permitirnos iniciar un plan de salarios elevados. Este fue el gran error con los empleados en Battle Creek, y tengo que decir algo sobre todo esto. Tenemos ante nosotros un gran campo de obra misionera. Hemos de estar seguros de hacer caso de los requerimientos de Cristo, quien hizo de sí mismo una dádiva para nuestro mundo. Nada que, de alguna manera, podamos realizar debería quedar sin hacer. Ha de haber pulcritud y orden, y ha de hacerse lo máximo

* Este fragmento procede de una carta de consejo dirigida al pastor J. A. Burden, gerente del Sanatorio de Loma Linda, escrita en respuesta a su solicitud de consejo. Citamos aquí de la carta escrita por él el 9 de octubre de 1905:

Muy apreciada hermana White: Escribí al hermano White el otro día con respecto a la propuesta del Dr. _____, en la que esbozaba el plan con el que estaría dispuesto a colaborar con Loma Linda. En resumen lo que quería era una paga semanal fija, un porcentaje sobre las operaciones quirúrgicas y un contrato de varios años. Sugirió una paga semanal de veinticinco dólares, un treinta por ciento sobre las operaciones, un contrato de cinco años, y un mes libre al año para el estudio y su puesta al día a su cargo. Dice que su deseo no es ganar dinero, sino que está deseoso de superarse en beneficio de la obra».

posible por mostrar un gran esmero en todos los aspectos. Pero en lo tocante a una paga semanal de veinticinco dólares y a dar un gran porcentaje sobre las operaciones quirúrgicas realizadas, por la luz que recibí en Australia, eso no debería hacerse en ningún caso, porque nuestro prestigio está en juego. [...]

Debemos atenernos al consejo divino, estando preparado cada uno de nosotros para seguir el ejemplo de Jesucristo. No podemos consentir que se paguen sueldos exorbitantes. Dios requiere de sus médicos subalternos una conformidad con la invitación: «Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga» (Mat. 11: 29, 30).— Carta 309, 1905, p. 4 (al hermano J. A. Burden y su esposa, 1^o de noviembre de 1905).

Llamamiento a la abnegación a los médicos y pastores. Me siento movida a escribirle esta mañana y pedirle que se cerciore de tratar a todos con equidad. Me ha sido indicado que hay peligro en que usted siga un plan de acción con algunos médicos, que resultará contraproducente. Hemos de hacer todo lo que esté en nuestra mano por estimular el talento en el trabajo pastoral, y también en el de los médicos, concediéndoles todos los privilegios que sean necesarios, pero límites que no debemos traspasar.

Cuando buscábamos un médico que prestara sus servicios como gerente del Sanatorio de Loma Linda, uno con amplia experiencia accedió a asumir el cargo con ciertas condiciones. Especificó cierta suma como remuneración por sus servicios y dijo que no aceptaría por una cantidad menor. Algunos pensaron que, dado que parecía tan difícil dar con alguien, tendríamos que emplear a ese médico aceptando sus exigencias. Le dije, sin embargo, al hermano: «No sería correcto emplear a ese médico y pagarle tanto cuando otros que trabajan con la misma fidelidad reciben menos. Esto no es justicia, y el Señor me ha indicado que no aprobaría semejante discriminación».

El Señor pide abnegación en su servicio, y esta obligación atañe a los médicos tanto como a los pastores. Tenemos ante nosotros una magna obra que requiere medios, y debemos llamar al servicio a jóvenes para que trabajen como pastores y como médicos, no por los sueldos más elevados, sino conforme a las grandes necesidades de la causa de Dios. Al Señor no le complace ese espíritu de codicia que procura los sueldos más elevados. Necesitamos médicos y pastores cuyo corazón esté

consagrado a Dios, y que reciban sus órdenes de marcha del más eminente Médico misionero que alguna vez haya pisado esta tierra. Que contemplen su vida de abnegación y que luego se sacrifiquen gustosamente para que más obreros puedan participar en la siembra del evangelio. Si todos trabajan con este espíritu, se requerirán salarios menores.

Algunos han fallado en este sentido. Dios los ha bendecido con la capacidad de prestar un servicio aceptable, pero ellos no han llegado a aprender lecciones de economía, de abnegación y de andar humildemente con Dios. Se accedió a sus exigencias de sueldos más elevados, y se volvieron derrochadores en el uso de los recursos; perdieron la influencia para el bien que deberían haber tenido, y la generosa mano divina no estuvo con ellos. [...] Cuidado con poner demasiada confianza en los que exigen sueldos elevados antes de dedicarse a la obra del Señor. Le escribo esto a modo de advertencia.— Carta 330, 1906, pp. 1, 2 (al pastor S. N. Cobb, 23 de octubre de 1906).

El derroche y la influencia. Entre nuestros pastores, médicos, maestros y colportores existe la necesidad de una entrega completa de la mente, el corazón y el alma a Dios. Todos tenemos una tarea que cumplir.

No deben seguirse los temerarios planes del Dr. _____. Dejándose llevar por su personal y particular criterio, y siguiendo sus propias ideas y sus propios planes, se siente inclinado a incurrir en gastos imprudentes y a acometer empresas que absorberán, pero no producirán. Antes de invertir recursos, debería calcular cuidadosamente el costo. Cuando alcance una mayor profundidad de la auténtica piedad, no gastará el dinero con tanta prodigalidad en un empeño por parecer grande a los ojos de los personajes influyentes del mundo. [...]

Que nadie se imagine que la jactancia dará influencia a los obreros de Dios. Ni la forma de vestir, ni las viviendas costosas, ni un estilo de vida a la moda imprimen carácter a la obra. En cambio, un espíritu manso y sereno es de gran valor a la vista de Dios. La religión no hace a una persona ruda ni vulgar. El verdadero creyente, consciente de su propia debilidad, se cuidará en todo sentido y pondrá toda su confianza en Dios. La verdadera piedad cristiana no puede imponerse, porque constituye la irradiación natural del corazón sincero. [...]

Dios necesita hombres minuciosos, hombres de oración, hombres prácticos. Una dispendiosa ostentación no eleva a las personas a los ojos de las personas sensatas. No está bien que un médico realice un

dispendio disparatado de medios, y que luego cobre precios exorbitantes por realizar operaciones sencillas. Dios conoce la verdadera realidad de todo eso.— Manuscrito 34, 1904, pp. 2, 3, 5 («Instruction Regarding the Work of Doctor Caro» [Instrucción relativa al trabajo del doctor Caro], 13 de marzo de 1900).

Ni ostentación ni moda. Que nuestros médicos estudien la vida del gran Médico, que iba a pie de lugar en lugar. Las multitudes que lo seguían no eran conscientes de que estaban escuchando al mayor Médico que alguna vez haya atendido las necesidades de la humanidad. «Si alguien quiere venir en pos de mí», dijo Cristo, «niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mat. 16: 24). Quienes aceptan seguir al Redentor abnegado instarán a tiempo y fuera de tiempo.

Sinceramente, esperamos y oramos para que ustedes no echen a perder a ninguno de sus médicos ofreciéndoles grandes salarios. Llévase a cabo el trabajo de tal modo que muchos tengan la oportunidad de llegar a ser médicos de cuerpos y de almas.— Carta 336, 1906, p. 2 (a los hermanos en cargos de responsabilidad en Australia, 25 de octubre de 1906).

Dos diálogos en cuanto al salario de los médicos*

Primer diálogo

Presentes [en la reunión de la comisión]: Sra. E. G. White, pastores F. M. Burg, G. W. Reaser, W. M. Adams, J. H. Behrens, C. L. Taggart, A. G. Christiansen y W. C. White; e invitado C. C. Crisler.

Tras las presentaciones y los saludos, el pastor White dijo, en resumen: «Ayer todo el día estuvimos considerando los intereses de nuestras diversas

* A finales de 1913, los dirigentes de la Unión del Pacífico se entrevistaron con Elena G. de White en su hogar de Elmshaven en relación con la remuneración de los médicos de nuestros sanatorios. La primera entrevista se celebró el jueves 4 de diciembre. El pastor Clarence C. Crisler realizó un informe taquigráfico, que aparece archivado como Manuscrito 12, 1913. La copia mecanografiada lleva una nota manuscrita de Elena G. de White con estas palabras: «Esto está correctamente presentado, y repito esto para el beneficio de otros. Que el Señor nos ayude y nos enseñe y nos guíe a cada paso en nuestras dificultades».

Sigue un informe parcial de esta entrevista y de una segunda entrevista celebrada una semana más tarde.— Arthur L. White.

escuelas en la Unión del Pacífico. En estas escuelas, ubicadas en Angwin, Lodi, Fernando, Armona y Loma Linda, hay entre seiscientos y setecientos alumnos en formación. Nos sentimos reconfortados al haber sido informados sobre el funcionamiento general de estas escuelas.

»Hoy es preciso que analicemos los problemas del Sanatorio, en particular el asunto del salario que deberíamos pagar a los médicos y los cirujanos. En nuestro sanatorio de Santa Helena tenemos un médico temeroso de Dios que se ha granjeado la confianza de todos sus colegas, un hombre a quien Dios ha bendecido abundantemente en su ministerio en favor de los enfermos. Él quiere seguir, y todos quieren que siga; y él estaría de acuerdo en continuar si los hermanos pudieran concederle un salario que sea aproximadamente el doble de lo que se paga a la media de nuestros obreros. A él le encanta dar con generosidad, y desea contar con fondos con los que vivir y poder usar con este fin. Tenemos muchas dudas y nos gustaría saber si usted tiene alguna luz sobre este asunto».

Hermana White: Si se le concede considerablemente más que a otros médicos, los demás llegarán a creer que no son tratados equitativamente, a no ser que también ellos consigan más. Es preciso que procedamos con cautela y sensatez, y que no permitamos que los sueldos suban tanto que muchos sean tentados. Quizás más bien haya que aplicar una disminución, no un aumento, en el salario de los médicos, porque la obra es inmensa. A no ser que ustedes tengan alguna luz clara proveniente del Señor, no es aconsejable pagar a un hombre considerablemente más que a otro que realice un trabajo similar. Porque, si lo hacen, los otros pensarán que es perfectamente apropiado esperar salarios igualmente elevados. Es preciso que analicemos las cosas desde todos los ángulos, y es inútil que pensemos que podemos ofrecer a un obrero de éxito un salario elevado simplemente porque él lo haya exigido. Debemos tener en cuenta, más bien, qué podemos permitirnos hacer en el momento actual, cuando se están abriendo territorios donde a partir de ahora tendremos que invertir muchos más recursos que los que hemos invertido hasta ahora. Estos son asuntos que pondrán a prueba la fe de nuestro pueblo.

William C. White: Sí que ponen a prueba nuestra fe, madre, especialmente cuando un grupo de obreros ha trabajado con un hombre hasta que han aprendido a quererlo y admirarlo, y creen que este puede hacer mejor trabajo que nadie. Entonces, es natural que piensen que está mal que los hermanos no le den lo que podría usar de forma ventajosa. Piensan: «¿Qué son mil dólares,

o mil quinientos dólares más, cuando la vida está en juego?». Dicen: «Aquí tenemos los casos de Fulano y de Mengano, que él acaba de sacar adelante, y el de Zutano, cuya vida ha salvado», y consideran que sería tremendamente mezquino de nuestra parte no dar satisfacción a sus exigencias. Dicen: «No hay nadie que tenga que trabajar y sufrir tensiones como un cirujano. Piensen en las horas de arduo trabajo, de preocupación, de angustia mental que tienen que soportar, cuando una vida preciosa pende de un finísimo hilo».

No obstante, al considerar este asunto, debemos recordar que otras instituciones se ven influidas por nuestras decisiones. Vemos un pobre sanatorio en apuros situado en un lugar magnífico, con excelentes perspectivas de que acudan muchos pacientes, y máximas posibilidades de éxito financiero si tan solo pudiera contar con un médico de prestigio; y puede conseguir un buen médico si se consiente que el sanatorio le pague solo trescientos o quinientos dólares por encima de la escala salarial recomendada. Dicen: «Con que solo nos permitan pagar algunos cientos de dólares más de lo que han aconsejado, podemos ganar cinco mil dólares para cubrir este pequeño gasto adicional en salarios». Y así parece, cuando lo consideramos desde un punto de vista empresarial.

Hermana White: Ustedes ven que en todo esto subyace un egoísmo que al Señor no puede complacer. Debemos actuar unidos. Nuestra obra ha de avanzar precisamente a través de una acción armoniosa, y algunos lo pasarán muy mal, mientras otros lo tendrán más fácil. Pero todo esto habrá que ir tomándolo en cuenta según se vayan desarrollando los hechos, y es preciso que los obreros recuerden lo que Jesús dio al venir a nuestro mundo. Pienso en ello una y otra vez, y me parece que podemos realizar una excelente labor si damos el debido ejemplo. Pero si deseamos aquello que la mayoría de nuestros hermanos no puede recibir, eso daña nuestra influencia. Un hermano dice: «Los hermanos Fulano y Mengano tienen cierto salario, y yo debo tener un salario en consonancia». Así, los salarios aumentarán y seguirán aumentando cada vez más. El hecho es que puede que los salarios de algunos tengan que ser menores, y menores aún, para que podamos satisfacer los innumerables requerimientos de la obra que hay ante nosotros de advertir al mundo. [...]

Cuando nos pongamos en la debida relación con Dios, tendremos éxito allá adonde vayamos; y queremos éxito, no dinero: verdadero éxito, y Dios nos lo dará porque conoce todo lo referente a nuestra abnegación. Él conoce cada sacrificio que hacemos. Puede que ustedes piensen que

su abnegación resulta indiferente, que deberían recibir mayor consideración, etcétera. Pero tiene gran importancia para el Señor. Me ha sido repetidamente mostrado que cuando la gente empieza a ambicionar salarios cada vez más elevados, les ocurre que llegan a posicionarse donde ya no se encuentran en situación propicia. Pero cuando aceptan un salario que pone de manifiesto su altruismo, el Señor ve su abnegación y les proporciona éxito y victoria. Esto mismo me ha sido presentado una y otra vez. El Señor que ve en secreto recompensará públicamente cada sacrificio que sus siervos leales hayan estado dispuestos a realizar. [...]

Hace años, cuando este asunto de los salarios había sido objeto de análisis, dije a mis hermanos que el Señor lo sabe todo sobre el espíritu que nos mueve a la acción, y que puede dar la vuelta a las cosas en nuestro favor en ocasiones en que no lo esperamos. Cuando demos un ejemplo correcto, la bendición del Señor descansará sobre nosotros. Hemos visto al Señor obrar de muchas maneras y en muchos lugares para ayudar precisamente a los que ven estos asuntos en su correcta perspectiva y dan un ejemplo abnegado. Y, hermanos, cuando ustedes trabajen con fervor, oración y humildad, en el espíritu de Cristo, el Señor abrirá puertas ante ustedes. Todos podrán ver su abnegación.

En ocasiones en que mis hermanos han acudido a mí buscando consejo en cuanto a si debían pedir un salario más alto, les he dicho que podrían tener unas entradas adicionales pidiendo un salario mayor, pero que la bendición de Dios acompañará a quienes hagan las cosas de otro modo. Dios ve la abnegación; el Señor, Dios de Israel, ve cada motivo; y cuando se pasa por estrecheces, los ángeles de Dios están ahí para ayudarnos y darnos victoria tras victoria.

He sido muy clara a la hora de aconsejar a mis hermanos que no exigieran grandes sueldos, porque ese no es el móvil que nos induce a emplear nuestras energías en la obra de la salvación de las almas. No debemos permitir que la cuestión de los salarios se interponga en nuestra respuesta al llamamiento del deber dondequiera que se necesite nuestro servicio. El Señor puede disponer todo de modo que una bendición vaya aparejada a nuestras labores que supere en mucho cualquier compensación que podamos recibir o no; y dará a sus siervos palabras cuya comunicación a las almas que perecen es de trascendental importancia. [...]

En el futuro nuestra obra tendrá que realizarse con abnegación y espíritu de sacrificio aún mayores que los que hemos visto en el pasado. Dios desea que le encomendemos nuestras almas para que pueda traba-

jar mediante nosotros de formas diversas. Estos asuntos me afectan intensamente. Hermanos, andemos con mansedumbre y humildad, y demos un ejemplo de abnegación a nuestros colegas. Si hacemos nuestra parte con fe, Dios abrirá delante de nosotros caminos con los que ahora ni soñamos. [...]

Si alguien propone algo que no está de acuerdo con los principios de la abnegación sobre los que se basa nuestra obra, recordemos que la mano de Dios puede barrer de una vez todos los beneficios aparentes, porque estos no se buscaron para glorificar su nombre.— Manuscrito 12, 1913, pp. 1-4, 7-11, 13, 17 («Interview at Mrs. E. G. White's Home» [Entrevista en el hogar de Elena G. de White], 4 de diciembre de 1913).

Segundo diálogo*

Pastor Elmer E. Andross: *Creo que sería bueno que nos diera un consejo, hermana White, ahondando algo más en el asunto que analizábamos el otro día: la cuestión del salario de los empleados, especialmente de los médicos, en nuestras instituciones. Si tiene usted algún consejo adicional para nosotros en referencia a los salarios que deberían recibir nuestros médicos, nos encantaría conocerlo».*

Elena G. de White: Si nuestros médicos empiezan a exigir salarios cada vez mayores, el Señor no los prosperará. Así me ha sido mostrado una y otra vez en el transcurso de la noche. El Señor desea que adoptemos una posición en la que podamos recurrir a él en busca de guía y confiar en él para que nos proporcione luz y sigamos conociendo a Aquel de quien ya sabemos perfectamente que es la vida eterna.

Pastor Andross: *La cuestión a la que nos enfrentamos ahora es qué salario deberíamos pagar a nuestros médicos. Usted sabe que algunos creen que no los tratamos generosamente; que deberían recibir un salario mucho mayor que el que reciben, mayor que el asignado a los pastores y otros obreros de nuestra causa. Insisten en que pueden ganar un gran salario en una clínica del mundo, un salario mucho mayor que el que podría ganar un pastor.*

Hermana White: Sí; y tendrán la tentación continuamente ante sí. Pero en lo de favorecer que nuestros médicos se fijen ellos mismos sus propios salarios, debemos ser muy precavidos. Lamento no poder presentar este asunto con toda la claridad que me ha sido mostrada

* Informe parcial de la entrevista del pastor Elmer E. Andross con Elena G. de White, Elmhaven, Sanatorio, California, 12 de diciembre de 1913, a las dos de la tarde.

durante la noche. Espero poder decir más en el futuro sobre todo ello; pero de momento diré que debo seguir dando mi testimonio contra la idea de que se permita que alguien se fije él mismo su propio salario. Si se permite que un hombre actúe así, Satanás lo ayudará de forma extraordinaria. [...]

Nuestros hermanos que ocupan puestos de responsabilidad deben llegar a un acuerdo en este asunto, y no considerar a ningún hombre tan indispensable que pueda concedérsele cualquier montante que él estime que valen sus servicios. Nadie debería llegar a creer que deba ser exaltado por encima de sus hermanos que realizan un servicio tan fiel como el suyo. Es preciso que tengamos puntos de vista correctos sobre el asunto de los salarios si esperamos que el Señor siga prosperándonos en nuestra labor. Los que persistan en seguir su propio camino, contrario a los consejos de los hermanos, descubrirán que se han situado en un terreno peligroso, y acabarán cayendo.

Desde el comienzo, nuestra obra ha avanzado sobre principios de abnegación. Una y otra vez hemos demostrado el valor de estos principios. Y cuando ha habido quienes han intentado apartarse de la senda de la abnegación, no han prosperado. El Señor no los ha bendecido cuando han actuado así. Seamos fieles a Dios en este asunto, pastor Andross. [...]

Pastor Andross: *Algunos hermanos creen que un salario considerablemente mayor que el que reciben los pastores es, para ellos, un sueldo muy bajo; que no es nada en comparación con lo que podrían obtener en el mundo; y, por ello, no lo consideran en modo alguno un salario elevado. Dicen, por ejemplo, que cuarenta o cincuenta dólares por semana es un salario muy pequeño como paga por los servicios de un médico y un cirujano competentes; que puede que este sea un salario elevado para el cuerpo pastoral, pero no para ellos, debido a su superior capacidad de generar entradas. Eso es lo que argumentan.*

Hermana White: Entiendo. Quiero, sin embargo, que quede claro que no podemos mantener ningún tipo de obrero que con argucias se fije su propio salario; y si son conducidos por Dios, no seguirán haciéndolo. Estos asuntos afloraron a menudo en el pasado, y si tuviera tiempo y fuerza, podría encontrar en mis escritos mucho que tienen una relación directa con este asunto en concreto; y el resultado de aplicar esa argucia siempre ha sido contrario a nuestra causa, y ha entorpecido su progreso [...].

Me ha tocado vivir diversas situaciones que me han enseñado que el enemigo de nuestra obra estaría complacido viendo que se introduce una norma relativa a los salarios que nos abocaría a situaciones conflictivas. Dios no participa de un acuerdo que permita a alguien fijar cuánto debería recibir. Cuando uno dice que no puede trabajar en una de nuestras instituciones a no ser que sea tratado de tal o cual manera, naturalmente, otros se sentirán libres de presentar exigencias similares. De nada nos valdrá adoptar ninguna norma que allane el camino a tales resultados. Cuando se ha planteado este asunto en épocas pasadas, el Señor ha dado clara luz vez tras vez en el sentido de que no se permitiera que ningún hombre marcara el curso exacto que ha de seguir; porque permitir esto llevaría a la causa muy pronto a un estado de confusión. Dios nos ayudará si andamos a la luz de su consejo.

Estamos llegando a un punto en el que el enemigo usará contra nuestra obra cualquier oportunidad que le ofrezcamos. Todos debemos depender por entero de nuestro Dios, y estar en una posición en la que podamos seguir conociendo al Señor, para que podamos saber que su salida está preparada como la aurora. En el pasado, cuando se suscitaba este asunto de los salarios elevados, el Señor lo desautorizó muchas veces, y se evitó que fuéramos entrampados por el enemigo. Cuando los hombres abogaron por sus necesidades aparentes, abordamos con fidelidad los principios que subyacen a las recompensas en el servicio de Dios y nuestro empeño se vio coronado por una bendición. Nuestros hermanos fueron llevados a ver cuál habría sido el resultado para la causa en poco tiempo si hubiéramos accedido a sus solicitudes, y eligieron sensatamente un camino mejor.— Ms 14, 1913, pp. 1-4, 6 («Report of Interview of Elmer E. Andross with E. G. White» [Informe de la entrevista de Elmer E. Andross con Elena G. de White], 12 de diciembre de 1913).

Vislumbre de un peligro amenazante*. Me siento alarmada por las perspectivas tanto del Sanatorio y de la Editorial de Battle Creek como de nuestras instituciones en general. Se viene manifestando en las instituciones, con el paso de los años, un espíritu de naturaleza totalmente diferente de lo que el Señor ha revelado en su Palabra que

* Fragmentos de una carta fechada el 24 de diciembre de 1890 dirigida al Dr. John H. Kellogg.

debería caracterizar a los médicos y a los obreros relacionados con nuestras instituciones de salud y con la obra de publicaciones. Se tiene la idea de que los médicos del Sanatorio y que quienes ocupan puestos de responsabilidad en la Editorial no tienen la obligación de estar controlados por los principios de abnegación y sacrificio personal del cristianismo. Pero esta idea tiene su origen en los concilios de Satanás. Cuando los médicos ponen de manifiesto que piensan más en el salario que en la obra de la institución, demuestran que no son dignos de confianza como siervos de Cristo abnegados, temerosos de Dios y fieles en realizar la obra del Maestro. [...]

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). El cielo fue adquirido para los seres humanos a un precio infinito, y nadie entrará por los portales de la ciudad eterna que no haya demostrado mediante la abnegación y el sacrificio propio la calidad y la autenticidad de su vida para Cristo y la humanidad doliente.

Dios requerirá un rendimiento de cada uno en proporción a la valoración que haya hecho de sí mismo y de su servicio, porque seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras, y según una norma no inferior a la que alguien haya establecido. Si alguien ha considerado de tanto valor sus talentos y ha valorado en alto grado su capacidad, se le requerirá que preste un servicio en armonía con su propia valoración y con sus exigencias. ¡Qué pocos son los que tienen familiaridad real con el Padre o con su Hijo Jesucristo! Si estuvieran imbuidos del espíritu de Cristo realizarían las obras de Cristo. «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil. 2: 5).

El que juzga con justicia dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Todos los talentos, grandes o pequeños, nos han sido confiados por Dios, para que los pongamos a su servicio. [...] Cuando alguien exige remuneraciones exorbitantes por sus servicios, Dios, el juez de toda la tierra, le exigirá de acuerdo con la valoración que de sí mismo hace, y le requerirá que le rinda cuentas de acuerdo con toda esa sobrevaloración que se ha atribuido.

Así como hay quien juzgan su propio valor desde el punto de vista monetario, Dios juzgará sus obras comparando sus servicios con la valoración que ha hecho de ellos. A menos que se convierta, ninguno de los que de este modo atribuye valor excesivo a su capacidad podrá entrar en el cielo, porque su influencia personal en el servicio de Cristo nunca equilibrará la escala de su estimación de sí mismo o de sus exigencias por el servicio que presta a los demás. [...]

Entorpecer la obra de Dios. El que es egoísta y codicioso, ansioso por apoderarse de hasta el último centavo que pueda de nuestras instituciones por los servicios prestados, está entorpeciendo la obra de Dios; y ciertamente, ya ha tenido su recompensa. No puede ser considerado digno de que se le confíe la recompensa eterna y celestial en las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que se niegan a sí mismos, toman la cruz y lo siguen. La idoneidad de los seres humanos para recibir la herencia comprada con sangre es evaluada durante este tiempo de prueba. Los que tienen el espíritu de abnegación manifestado por Cristo, que se entregó a sí mismo para la salvación de la humanidad caída, son los que beberán de la copa y serán bautizados con el bautismo, y compartirán la gloria del Redentor. Los que pongan de manifiesto que el amor de Cristo controla su espíritu e impulsa su servicio serán considerados súbditos aptos para la familia celestial.

Todos hemos de ser puestos a prueba aquí en esta vida para demostrar si, admitidos en el cielo, repetiremos la misma línea de conducta que Satanás manifestó allí. Pero si el carácter que desarrollemos durante nuestro tiempo de prueba es conforme al Modelo divino, seremos autorizados a recibir la bienvenida: «Bien, buen siervo y fiel [...]. Entra en el gozo de tu Señor» (Mat. 25: 21). Pero, por otra parte, quienes descan ser muy estimados entre los hombres, si buscan las posiciones más encumbradas y exigen la remuneración más alta que puedan obtener en esta vida, tendrán precisamente esos caracteres en la vida futura. Todo el cielo los considerará inhabilitados para el reino, incapacitados para cualquier puesto de confianza en la gran obra de Dios en los atrios celestiales. Nuestras instituciones son medios establecidos por Dios, y en ellas deben mantenerse con fidelidad los principios de la equidad, la justicia y la rectitud. La obra en la que estamos inmersos debe ser realizada por hombres dirigidos por Dios como lo estuvo Cristo para avanzar con espíritu de sacrificio por la salvación de un mundo perdido. Este es el espíritu que debería caracterizar el trabajo médico misionero en todo momento y en todas partes. [...]

Unidad entre los médicos. Cuando el Señor me mostró la gran falta de unidad entre los médicos me sentí muy agobiada. Actúan como si la oración de Cristo no los incluyera, y no buscan la unidad. Los médicos deberían colaborar todos mutuamente con amor y unidad. Nadie debería tener envidia ni celos de sus hermanos médicos. No debería permitirse que la práctica médica cree enemistad, desconfianza o

desacuerdos. La verdadera causa que subyace en los desacuerdos es la estrechez de miras, el espíritu farisaico que se introduce en la vida. Que los médicos den evidencia de que son cristianos, diciendo: «Somos hermanos, que hemos de estar en las mismas mansiones dentro de poco. Nos fortaleceremos mutuamente en el Señor». [...]

Ni sobresueldos ni incentivos obsequiosos. Se requiere de los que trabajan en la causa que su corazón esté comprometido con la obra, para que puedan prestar servicio no meramente por un salario, ni por los honores, sino para la gloria de Dios: la salvación de los perdidos. Si resulta evidente que el corazón humano no está comprometido, no ofrezcan ningún sobresueldo, ni ningún incentivo especial, para obtener el servicio de un médico. Ofrezcan lo que sea razonable, lo que se corresponda con los principios que el Señor ha expuesto en el establecimiento de nuestras instituciones, no más.

Satanás, que reivindica ser el príncipe de este mundo, se representa a sí mismo como alguien muy rico, y puede fácilmente presentar una mejor oferta que ustedes, y cuanto mayor sea el incentivo económico de ustedes, mayor hará él el suyo. El mundo es el instrumento de Satanás para hacer su obra. Ustedes sabrán si alguien es cristiano o no, porque «obras son amores y no buenas razones» o profesiones de fe. El espíritu de un humano impregna a su obra, y la obra estará en consonancia con el molde que él le dé. Dios hará que resulte manifiesto por prueba y error quién se encontrará unido a Cristo en la culminación del gran plan de la salvación. Hemos de actuar como reformadores en cada rama de nuestra obra; porque entonces Cristo nos apoyará.

El ejemplo de Mateo. Cristo nos ha adquirido a un costo infinito, y hoy levanta su mano y pronuncia nuestro nombre como pronunció el nombre de Mateo cuando este se sentaba en el banco de los tributos. Jesús le dijo: «Sígueme» (Mat. 9: 9). Y Mateo lo dejó todo —todas sus ganancias— y siguió a su Señor. No aguardó ni estipuló cierta suma que llegara a la cantidad que había recibido en su ocupación anterior, antes de que hubiera prestado servicio, sino que, sin preguntar, se puso en pie y siguió a Jesús. En la dificultad y la prueba, muchos cristianos profesos aún deben poner de manifiesto si han sometido los rasgos de la naturaleza carnal, o si son «semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mat. 23: 27). Una profesión de cristianismo no es suficiente para hacernos cristianos. [...]

No debe haber salarios exorbitantes. El médico cristiano no tiene ningún derecho a seguir los usos y costumbres del mundo, a amoldar su actividad para obtener el patrocinio o la alabanza de los impíos. No debería aceptar un salario exorbitante por sus servicios profesionales, porque la recompensa aguarda a los fieles y verdaderos. No tiene más derecho a servir a los demás exigiendo una gran remuneración que el ministro del evangelio, ni a valorar su labor con un monto monetario elevado, sino únicamente con sensatez, misericordia y según la utilidad de su trabajo. [...]

Los que piensan demasiado en la remuneración por sus servicios demuestran que no han puesto los cimientos de su vida espiritual en la Roca segura, o de que han perdido el espíritu de la verdad y han olvidado que han sido liberados de la vieja levadura con la preciosa sangre del Hijo de Dios. Han quedado tan desprovistos de discernimiento espiritual que miden lo sagrado y lo común por el mismo rasero. No se honra al Señor en su corazón, y los principios de la religión de Cristo no están entretejidos en su carácter. Cumplen un servicio frío y formal que llaman religión; pero no está Cristo en su interior como la «esperanza de gloria» (Col. 1: 27). [...]

Establecimiento de la norma de paga al médico. Lleva tiempo ignorándose la cuestión de si la profesión médica ha de estar controlada por principios cristianos en lo referente a la compensación económica o por la norma egoísta del mundo, pero ya no puede seguir siendo ignorada. ¿Se ejemplificarán en la vida del médico los puros principios ennoblecedores del cristianismo? ¿Se pondrá el ejercicio de su profesión bajo la dirección y supervisión de la iglesia? ¿Practicará la abnegación por amor de Cristo o lo de seguir las huellas de Jesús es solo para la gente de oficios comunes, mientras que los comerciantes, los abogados y otros profesionales tienen libertad de seguir la inclinación de sus deseos egoístas? ¿No ha de ver el mundo ningún representante del cristianismo en la profesión médica ni en los hombres que ocupan cargos de confianza en nuestras instituciones? [...]

La labor de la profesión médica necesita de hombres que amen y teman a Dios. La gente lleva mucho tiempo afligida con individuos inconversos que han actuado independientemente de la iglesia y que han seguido su propio juicio no santificado, poniendo en peligro nuestras instituciones con su individualismo no santificado. Pero no hacía ninguna falta que nuestras instituciones, por no haber aplicado

mejores criterios, aceptaran personas no consagradas; porque surgirán médicos convertidos para ocupar su lugar en la obra. A no ser que los principios de la verdad divina controlen a los médicos como no lo han hecho hasta ahora, Dios quedará deshonrado, se perderán almas, y la institución establecida para el beneficio de los enfermos y los que sufren no satisfarán los requerimientos del Espíritu de Dios. [...]

El ejemplo de Cristo. Cristo puede estar representado en el carácter y la acción de todo médico, y todos los que afirman ser cristianos deberían esperar actuar como el Salvador, recibiendo una remuneración justa por sus servicios, sin exigir nada más, aunque sepan que podrían obtener más siguiendo los egoístas usos y costumbres del mundo. Es exactamente igual de coherente que el ministro del evangelio exija un salario enorme por visitar a los enfermos, consolar a los desalentados, llevar paz y gozo a los oprimidos como que el médico infle sus facturas por sus visitas profesionales. [...]

Además de los conocimientos científicos que se exigen a los que quieren ser médicos bien capacitados, ellos precisan una formación diaria en la escuela de Cristo para que puedan aprender a actuar como Jesús: con pureza, altruismo y santidad ante Dios. Así, serán aptos para entrar en la escuela superior de los patriarcas y los profetas, para asociarse con los redimidos y los santos de todas las épocas. Hace falta alguien según la divina medida de Dios para ser un médico de éxito que represente al gran Médico. Debe ser un alumno perpetuo, porque ningún experto está jamás preparado para dejar de estudiar, aunque haya recibido la titulación del curso de preparación más acreditado. [...]

Motivos desinteresados. Que el médico cristiano, al entrar al cuarto del enfermo, eleve su pensamiento y dígame a sí mismo: «Dios está aquí; me está mirando, lee todos mis pensamientos y observa todas mis acciones. Seré un fiel siervo de Jesucristo. Seré alguien que mantenga el honor, la honestidad y la verdad. Tendré la ternura, la compasión, la misericordia, la paciencia de Jesús. Consolaré a esta persona que sufre; la bendeciré. Si Jesús quiere actuar a través de mí, seré un apoyo para los necesitados».

¡Qué gran médico puede ser aquel que sea un siervo de nuestro Señor Jesucristo! La luz de la gloria de Dios puede brillar sobre quien, de este modo sea un colaborador de Dios. El cristianismo en la vida, en las transacciones comerciales, en las prácticas profesionales, será un poder en la tierra. Cristo dijo: «Vosotros sois la luz del mundo»

(Mat. 5: 14). La levadura de la santificación y la santidad debe ser introducida en la vida y el carácter. En nuestra editorial, en nuestro sanatorio y en la universidad, deberíamos velar bien atentos para que no actuemos por motivos egoístas. La vida, en el mejor de los casos, es breve, y este corto período de tiempo de gracia debería ser puro, vivido con vista únicamente a la gloria de Dios. No caigamos en la doblez, pretendiendo servir al Señor y a la vez a nuestros egoístas propósitos en nuestros planes y en nuestras acciones. El egoísmo, la desidia de espíritu que se manifiesta en lo referente a las palabras habladas, los hábitos consentidos, las ideas expuestas, siembran todos una semilla que producirá una cosecha funesta. [...]

Evitar el exceso de trabajo. Con independencia de la ocupación que se tenga, ya sea médico, comerciante, pastor o en otros ámbitos, nadie tiene ningún derecho a imponerse cargas pesadas e innecesarias, difíciles de sobrellevar, ni a dejarse aplastar bajo muchas y muy diversas responsabilidades, hasta percibir que no se dispone de tiempo alguno para orar, y excusarse alegando que se tiene mucho que hacer. Si se tiene mucho que hacer, ¡lo indispensable es lograr que el Señor, el Dios de Israel, esté al lado de uno, para llevar el yugo compartiéndolo con Aquel que era manso y humilde de corazón! Cristo dice: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Bien puede uno alarmarse por su alma si permite que las cuitas suplanten la verdad de Dios en el corazón. Si tus colegas son gente mundana que te adulan, que te dicen lo listo que eres y qué grandes cosas puedes hacer, y a ti te gusta toda esa palabrería no santificada, bien puedes percibir que estás en peligro; porque tu sensibilidad moral se ha pervertido, tus percepciones se han degradado. Has dejado las frescas aguas de la nieve del Líbano por el agua que proviene de otras fuentes. [...]

Considerados ricos por el cielo. A menudo, se considera que el éxito mundanal, incluso cuando se obtiene con la pérdida de la vida espiritual, es una bendición de la Providencia; pero eso es catastrófico, ¡mortal! Mucho mejor sería la pobreza, la cruz, la abnegación, el sacrificio de uno mismo y las expectativas mundanales hechas añicos. Mucho mejor sería recibir del mundo el veredicto de «pobre» que se escriba de nosotros «pobre» en los libros del cielo. Que se escriba en el cielo que uno es rico en gracias espirituales es un honor muy superior al de sentarse con los príncipes en la tierra habiendo renunciado

al reino de Dios. La ambición de quienes profesan creer la verdad presente debiera ser que se escriba de ellos que son hombres cuya vida está escondida con Cristo en Dios, hombres que el oro no pueda comprar, que, aunque sean tentados como lo fue Moisés, como él, tengan «por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de los egipcios» (Heb. 11: 26).

Dios permite que los seres humanos soportemos el fuego de la tentación para que podamos percatarnos de cuánta ganga hay en nuestro carácter; ya que no podremos recibir la herencia de la corona eterna, a no ser que seamos examinados y probados por el Señor. Tómense tiempo para velar y orar, para cerciorarse de que tienen la presencia de Jesús, y pueden pedir su consejo en lo referente a la obra que él ha puesto en manos de ustedes, como lo hizo Enoc en la antigüedad. ¡Cuánto necesitan a Jesús aquellos de ustedes que ocupan cargos de máxima responsabilidad, cuánto precisan velar y orar para poder ser fervientes de espíritu, sirviendo al Señor! ¿Harán acopio de negocios para su propio provecho y dejarán fuera a Cristo alegando que no tienen tiempo para estar en comunión con él? ¿Por qué violar la conciencia? ¿Por qué poner tal confianza en la propia fortaleza finita?

La tentación llegará a cada alma, y, si se consiente una tentación, seguirán otras más fuertes, y otros se verán influidos por el ejemplo de ustedes. El oro no solo es el patrón monetario,* sino también una medida del carácter entre la gente. Sin embargo, aunque el mundo juzgue por esa pauta de evaluación, diga el cristiano: «No estoy obligado a ser rico, pero tengo la obligación de ser justo y de representar a mi Redentor. No pondré mi alma en peligro declarando que debo tener ciertos ingresos. He propuesto en mi corazón que no daré a Satanás razón para triunfar sobre mí porque ponga en peligro mi vida espiritual y me convierta en siervo del pecado. No cultivaré ni estimularé el egoísmo y la avaricia, porque es la ruina del mundo». Satanás fue derrotado cuando acudió a Cristo, con su tentación engañosa, ofreciendo una vasta re-

* El «patrón oro», según el Diccionario de la Academia es el «sistema monetario basado en la equivalencia establecida por ley, a tipo fijo, entre una moneda y una cantidad de oro de determinada calidad». Aunque los países siguen teniendo reservas de oro como respaldo del valor de su moneda nacional, hoy más bien ese respaldo se basa en su reserva de divisas de monedas llamadas fuertes.— N. del E.

compensa por el desprestigio de la integridad del Hijo de Dios. Ahora busca, mediante el mundo, corromper la integridad de los que vencerían por la gracia de Cristo; pero diga cada seguidor profeso de Jesús: «Vete, Satanás, porque escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás"» (Mat. 4: 10).— Carta 41, 1890, pp. 1-9, 11-15, 19-22 (al Dr. J. H. Kellogg, 24 de diciembre de 1890).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 17 de abril de 1949

Daniel y Apocalipsis

El poderoso ángel que instruyó a Juan era nada menos que Jesucristo. Al poner el pie derecho en el mar y el izquierdo sobre tierra firme, muestra el papel que desempeña en las escenas finales del gran conflicto con Satanás. Esta posición denota su supremo poder y autoridad sobre toda la tierra. El conflicto se ha intensificado y enconado de una época a otra, y seguirá intensificándose hasta las escenas finales, cuando la obra maestra de los poderes de las tinieblas llegue al colmo. Satanás, unido a hombres impíos, engañará al mundo entero y a las iglesias que no reciban el amor de la verdad. Pero el ángel poderoso exige atención. Clama en alta voz. Ha de mostrar el poder y la autoridad de su voz a aquellos que se han unido con Satanás para oponerse a la verdad. Después de que los siete truenos emitieran sus voces, Juan recibe la orden, como a Daniel con respecto al librito: «Sella las cosas que los siete truenos

Solicitado para su uso en la clase de Apocalipsis del Seminario.

han dicho» (Apoc. 10: 4). Estos se refieren a sucesos futuros que serán revelados a su debido tiempo. Daniel se levantará para recibir su heredad al fin de los días. Juan ve el librito sin sellos. Entonces, las profecías de Daniel tienen su debido lugar en los mensajes proclamados al mundo por los ángeles primero, segundo y tercero. La apertura del librito era el mensaje en relación con el tiempo.

Los libros de Daniel y Apocalipsis son uno. El primero es una profecía; el otro, una revelación; uno es un libro sellado; el otro, un libro abierto. Juan escuchó los misterios que pronunciaron los truenos; pero se le ordenó que no los escribiera. La luz especial que se dio a Juan que estaba expresada en los siete truenos era un bosquejo de sucesos que debían ocurrir bajo los mensajes del primer y del segundo ángel. No era lo mejor que la gente conociera estas cosas, porque su fe debía necesariamente ser probada. En el plan de Dios, se proclamarían verdades sumamente maravillosas y avanzadas. Los mensajes de los ángeles primero y segundo habían de ser proclamados, pero no iba a revelarse luz adicional antes de que esos mensajes hubieran alcanzado su propósito. Esto se representa por medio del ángel que estaba erguido con un pie en el mar, proclamando con un solemne juramento que el tiempo no sería más.

Este tiempo que el ángel declara con un solemne juramento no es el fin de la historia de este mundo, ni el del tiempo de gracia, sino del tiempo profético, que debía preceder al advenimiento de nuestro Señor. Es decir, la gente no tendrá otro mensaje acerca de un tiempo definido. Después de ese lapso, que abarca de 1842 a 1844, no puede haber ningún cómputo definido de tiempo profético. El cálculo más prolongado llega hasta el otoño de 1844. La posición del ángel, con un pie sobre el mar y el otro sobre la tierra, significa la amplia extensión de la proclamación del mensaje. Cruzará los anchos océanos y será proclamado en otros países, en el mundo entero. La comprensión de la verdad —la gozosa recepción del mensaje— está representada por el acto de devorar el librito. La verdad en cuanto al advenimiento de nuestro Señor fue un precioso mensaje para nuestras almas.— Ms 59, 1900, pp. 8, 9 («Jots and Tittles, II» [Jotas y tildes, II], 16 de agosto de 1900).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 4 de mayo de 1950

La apostasía

Los hombres que han apostatado últimamente dicen que el sábado carece de importancia. Resulta indiferente que lo guardemos o no. Dicen que predicán la santificación, pero, ¿dónde están las evidencias de su santificación? Iniciaron la labor de animadversión con su crítica. Cayeron precisamente ahí, y ahí mismo caerán muchos. Quejarse de nuestros hermanos del cuerpo pastoral, desconfiar de los dones que el Señor ha puesto en la iglesia, estar siempre encontrando defectos y manchas en algo dicho o hecho es hacerle el juego al enemigo. Si uno escoge obtener esta clase de educación, Satanás lo apoyará de forma magistral. Una vez que los críticos señalan todo lo que les parece que está fuera de lugar, inician un negocio textil y se dedican a tejer lienzos de falsedad. Abusan de la confianza que se ha depositado en ellos y se esfuerzan en destruir la reputación precisamente de aquellos que han sido sus mejores amigos.— Carta 126, 1897, p. 5 (al hermano John Wessels y su esposa, 18 de mayo de 1897).

Solicitado por J. H. Smuts para una tesis del Seminario.

La gran apostasía tuvo su origen en una negación del amor de Dios, claramente revelado en la Palabra.— Carta 172, 1907, p. 2 (al profesor P. T. Magan, 15 de mayo de 1907).

Muchas almas han sido presentadas ante mí que están siendo tentadas por Satanás para negar la fe. Estimulados por un celo ni santificado ni santo, llevarán a otros por sendas extrañas y, bajo su liderazgo, muchos quedarán enredados en las trampas engañosas del enemigo.— Carta 234, 1906, p. 5 (al hermano Sadler, 9 de julio de 1906).

Cuando lleguen a toda alma la dificultad y la prueba, habrá apostasías. Los traidores, los impetuosos, los engreídos y hombres autosuficientes se apartarán de la verdad, naufragando en cuanto a la fe. ¿Por qué? Porque no cavaron con profundidad para dar estabilidad a sus cimientos.— Ms 68, 1897, p. 8 (a maestros de Melbourne, 21 de junio de 1897).

En el futuro, así como ha ocurrido en el pasado, veremos como se producen casos de todo tipo. Presenciaremos la apostasía de personajes en quienes habíamos puestos muchas esperanzas, en quienes confiábamos, que, nos parecían tan firmes a los principios como el acero. Algo viene a probarlos, y son vencidos. Si tales personas caen, dicen algunos: «¿En quién podemos confiar?». Esta es una insinuación con la que Satanás nos acosa para destruir la confianza de los que están luchando para caminar por la senda angosta. Los que caen, evidentemente, han corrompido su camino delante del Señor, y son señales de advertencia que alertan a los que profesan creer la verdad de que solo la Palabra de Dios nos puede mantener firmes en el camino de la santidad, o librarlos de la culpa.— Ms 154, 1898, pp. 3, 4 («The Pearl of Great Price» [La perla de gran precio], 22 de noviembre de 1898).

La fe en Dios y el amor por las almas dan a los seres humanos un elevado motivo para la fidelidad. Los lleva a obrar fielmente para que otros no se extravíen por el ejemplo de incredulidad que ha arruinado a tantas almas. «Algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Tim. 4: 1). ¿Por qué? Porque dejaron de obrar con diligencia.— Ms 42, 1901, p. 6 («Revealing the Christlikeness» [Revelar la semejanza a Cristo], 2 de junio de 1901).

Una cosa es cierta: los adventistas del séptimo día que se sitúen bajo el estandarte de Satanás empezarán abandonando su fe en las advertencias y las reprensiones contenidas en los Testimonios del Espíritu de Dios.— Carta 156, 1903, p. 2 (al hermano Magan, 27 de julio de 1903).

Algunos que en el pasado fueron honrados por Dios, han sido atrapados por los engaños del enemigo. Se les advirtió de su peligro,

pero, al negarse a oír las advertencias que les fueron enviadas, han ido siendo engañados cada vez más, hasta que, finalmente, se encuentran luchando contra el Señor y contra sus obreros.— Carta 289, 1905, p. 1 (a mis hermanos en el ministerio, 13 de septiembre de 1905).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 30 de agosto de 1950

Los pactos

El pacto de Dios con Israel. «Al tercer mes de haber salido los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Israel acampó allí frente al monte, y Moisés subió a encontrarse con Dios. Jehová lo llamó desde el monte y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ‘Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa’. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”» (Éxo. 19: 1-6).

Aquí se encuentran los términos de un pacto que Dios quería hacer con los hijos de Israel. Si ellos cumplían el compromiso que les pedía, los bendeciría abundantemente.

Solicitado para su posible inclusión en un estudio sobre los pactos.

Prometió honrarlos, manifestarles su amor y su poder y protegerlos en todo momento si cumplían las condiciones que les proponía. No habían de hacer una mera profesión de ser adoradores de Dios, sino que, verdaderamente, habían de obedecer su voz.

Aquí se revela el maravilloso amor de Dios por la humanidad. El cumplimiento de las promesas de este pacto implicaba la humillación y la muerte de Cristo por un mundo que perecía en el pecado. Pero para que los seres humanos reciban esas bendiciones es necesario que obedezcan la ley de Dios. Únicamente los que guardan sus mandamientos pueden cruzar las puertas de la ciudad de Dios.

Este pacto es una manifestación de la bondad divina. El pueblo no lo había solicitado. No extendía las manos en pos de Dios; en cambio, Dios extendió misericordiosamente su brazo todopoderoso, invitándolos a unir sus brazos al suyo, para que él pudiera ser su baluarte. Escogió voluntariamente como heredad suya una nación que acababa de salir de la esclavitud egipcia, un pueblo que tenía que ser educado y corregido a cada paso. ¡Qué expresión de bondad y amor omnipotentes!

El pueblo de Dios es de gran valor a su vista, y el Señor desea que reciba honra entre las naciones. «Porque tú eres pueblo santo para Jehová, tu Dios; Jehová, tu Dios, te ha escogido para que le seas un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto. [...] Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas. Por haber oído estos decretos, haberlos guardado y puesto por obra, Jehová, tu Dios, guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. [...] Bendito serás más que todos los pueblos [...]. Apartará Jehová de ti toda enfermedad, y ninguna de las malas plagas de Egipto que tú conoces hará caer sobre ti, sino que las hará caer sobre todos los que te aborrezcan» (Deut. 7: 6-15).

El Señor vuelve a contar lo que ya ha hecho por su pueblo: «Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí» (Éxo. 19: 4). Dios había librado a su pueblo de forma espectacular. Le había dado pruebas señaladas de su poder para que su fe en él pudiera aumentar.

Una y otra vez, el Señor permitió que su pueblo pasara por dificultades para que, en su liberación, pudiera revelar su misericordia y su

bondad. Si el pueblo elegía ahora no creer en él, tendría que poner en duda lo que estaba viendo con sus propios ojos. Había recibido prueba inconfundible de que era un Dios vivo, «misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad» (Éxo. 34: 6). Había honrado a Israel a vista de todas las inteligencias celestiales. Los atrajo hacia sí en una relación de pacto y comunión con él.

Los hijos de Israel llevaban tres meses en su recorrido desde Egipto y ahora estaban acampados ante el monte Sinaí, donde, en medio de una imponente grandeza, el Señor les dio a conocer su ley. No se manifestó en grandiosos edificios hechos con manos de hombres, estructuras de factura humana. Dio a conocer en un escarpado monte un templo de su propia creación. La cumbre del monte Sinaí se elevaba por encima de todos los demás en una cadena montañosa en el estéril desierto. Dios eligió esa montaña como el lugar en el que se daría a conocer a su pueblo.

Se les apareció en medio de una imponente grandeza y habló con voz audible. Allí se reveló a su pueblo como nunca lo ha hecho nunca antes, mostrando con ello la importancia de la ley para todas las épocas. Dios exige hoy que guardemos sus mandamientos.

Dios dio su mensaje a Moisés como portavoz suyo; y Moisés mostró fielmente a los hijos de Israel las ventajas de las que gozarían si seguían las instrucciones que Dios les había dado. Les señaló cuidadosamente la diferencia entre el bien y el mal. Luego dejó en sus manos la decisión de si querían acatar las condiciones de las promesas divinas. Aceptaron las palabras de Dios y dijeron: «Haremos todo lo que Jehová ha dicho» (Éxo. 19: 8).

«Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: “Maldito el que no obedezca las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: ‘Oíd mi voz y cumplid mis palabras conforme a todo lo que os mando. Entonces vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Así confirmaré el juramento que hice a vuestros padres, que les daría la tierra que fluye leche y miel, como en este día’. [...] Solemnemente advertí a vuestros padres el día que los hice subir de la tierra de Egipto, amonestándolos sin cesar, desde el principio hasta el día de hoy, diciendo: ‘¡Escuchad mi voz!’”. Pero no escucharon ni inclinaron su oído; antes bien, se fueron cada uno tras la imaginación de su malvado corazón”» (Jer. 11: 3-8).

El pueblo no cumplió su promesa y, por lo tanto, no recibió las bendiciones que Dios deseaba otorgarle. Siguiendo sus propios impulsos, siguió un curso que lo descalificaba para ser reconocido como el especial tesoro de Dios.

«Pero esto les mandé, diciendo: “Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien”. Pero no escucharon ni inclinaron su oído, antes caminaron en sus propios consejos, en la dureza de su corazón malvado. Fueron hacia atrás y no hacia adelante, desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Os envié todos los profetas, mis siervos; los envié desde el principio y sin cesar» (Jer. 7: 23-25).

¿Por qué les envió Dios tantos mensajes y advertencias? Porque sabía que el enemigo estaba completamente despierto y activo en su empeño de engañar a los hombres y apartarlos de la ley de Dios e introducirlos en sus engaños. Satanás siempre busca hacer que los hombres se desvíen de su obediencia a Dios.

El pacto con nosotros. El pacto que Dios hizo en Sinaí es para el Israel de Dios de todos los tiempos. En esto se revela el propósito de Dios para nosotros si tan solo cooperamos con él. El Señor Jesús quiere reunir hoy a su pueblo como «la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas» (Mat. 23: 37) si tan solo acuden a él.

Si acatamos las condiciones que Dios impuso a Israel, si nos presentamos ante Dios en la belleza de la santidad, y lo adoramos en Espíritu y en verdad, recibiremos las bendiciones que Dios le prometió a Israel. Dios envía su Palabra para asegurarnos que, si le somos obedientes, nos reconocerá como miembros de su familia real. Honrará sobre todas las naciones a su pueblo elegido. «Gloria será esto para todos sus santos» (Sal. 149: 9).

Los mensajeros de Dios. Moisés fue elegido por Dios como mensajero de su pacto. El Señor lo llamó a subir a la cumbre del monte a recibir las palabras de Dios para Israel. Hoy Dios elige hombres, como escogió a Moisés, para que sean sus mensajeros. No han de ser mediadores. Han de señalar a Cristo como Mediador suficiente en sí mismo. Han de recibir instrucción, en primer lugar, de los oráculos vivientes de Dios; luego han de impartir el conocimiento que han recibido, «renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá» (Isa. 28: 10). Cada palabra que pronunciemos tiene que ser veraz. Dios requerirá la vida de los que transformen la verdad de Dios en una mentira, y enseñen falsedades. Su ejemplo llevará a otros a falsear, pero los

que así pervierten la verdad de Dios nunca llegarán a ser miembros de la familia real. Ahora resulta peligroso ser incapaz de discernir la verdad. Los que quieran ser ministros de la Palabra de Dios deben ser hombres que conozcan su voluntad; tienen que ser cuidadosos, no vaya a ser que interpreten indebidamente la Palabra de Dios y cometan errores que precisen rectificación.

Tienen que ser hombres de conocimiento, capaces de instruir a otros. ¿Cómo pueden hablar con claridad e inteligencia si no disponen de tiempo ni de oportunidad para estar en comunión con Dios, para buscarlo en ferviente oración? Es preciso que obtengan su sabiduría de Dios. Han de instar «a tiempo y fuera de tiempo» (2 Tim. 4: 2), siempre prestos a realizar cualquier cosa que puedan ser llamados.

«Los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque es mensajero de Jehová de los ejércitos» (Mal. 2: 7). El pueblo debía buscar el consejo del sacerdote, como mensajero designado por Dios. No tenía que oír únicamente, sino debía formular preguntas, para tener un claro conocimiento de la verdad. No tenía que guardarse sus conocimientos sin comunicárselos al pueblo, sino que tenía que conservarlos como un legado sagrado para ser impartidos a otros.

El sacerdote debe guardar el conocimiento no solo en su memoria, sino que sus «labios [...] han de guardar la sabiduría»; ha de tenerla a flor de labios. Siempre debe estar listo para hablar de las cosas buenas y hermosas de Dios.

Los mensajeros de Dios deben hacer de su cerebro un cofre de tesoros, de donde poder sacar un «Así dice el Señor» siempre que la ocasión lo demande. Han de presentar cosas nuevas y viejas. Deben sustentar continuamente el pacto de paz entre Dios y el hombre que él estableció con su pueblo Israel.— Ms 64, 1903, pp. 1-7 («God's Covenant with Israel» [El pacto de Dios con Israel], 2 de julio de 1903).

Pacto entre Dios y Cristo. Los principios que rigen el trono de Dios son la justicia y la misericordia. Se lo denomina «trono de la gracia» (Heb. 4: 16). ¿Quieren ustedes tener iluminación divina? Acudan al trono de la gracia. Recibirán la respuesta desde el propiciatorio. El Padre y el Hijo acordaron un pacto para salvar al mundo por medio de Cristo, quien se dio a sí mismo «para que todo aquel que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). Ningún poder humano ni angélico podría establecer un pacto como este. El arcoíris sobre el trono

es un símbolo de que Dios, a través de Cristo, se compromete a salvar a cuantos crean en él. El pacto es tan firme como el trono. Entonces, ¿por qué somos tan incrédulos, tan desconfiados?— Ms 16 1890, pp. 25, 26 («Our Constant Need of Divine Enlightenment» [Nuestra constante necesidad de iluminación divina], 1890).

El pacto abrahámico, el pacto de la gracia. Ahora bien, hermana mía, si no fuera posible para los seres humanos bajo el pacto abrahámico guardar los mandamientos de Dios, cada alma de nosotros está perdida. El pacto abrahámico es el pacto de la gracia. «Por gracia sois salvos» (Efe. 2: 5). «A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1: 11, 12). ¿Hijos desobedientes acaso? No, obedientes a todos sus mandamientos. Si no nos fuera posible ser observadores de los mandamientos, ¿por qué hace de la obediencia a sus mandamientos la prueba de que lo amamos?— Carta 16, 1892, pp. 2, 3 (al hermano Holland y su esposa, 10 de noviembre de 1892).

El pacto completado. El pueblo de Dios es justificado a través de la administración del «mejor pacto» (Heb. 8: 6), por medio de la justicia de Cristo. Un pacto es un acuerdo por el cual las partes se comprometen mutuamente al cumplimiento de ciertas condiciones; así, el instrumento humano llega a un acuerdo con Dios para cumplir las condiciones especificadas en su Palabra. Su conducta pone de manifiesto si respeta o no esas condiciones.

El ser humano gana todo obedeciendo al Dios que cumple con el pacto. Los atributos de Dios nos son impartidos, capacitándonos para proceder con misericordia y compasión. El pacto de Dios nos da certeza del carácter inmutable del Señor. ¿Por qué, entonces, son los que pretenden creer en Dios inestables, volubles, indignos de confianza? ¿Por qué no rinden su servicio de todo corazón, como estando bajo la obligación de agradar y glorificar a Dios?

No basta con que tengamos una idea general de los requerimientos de Dios. Debemos conocer por nosotros mismos cuáles son sus requerimientos y cuáles nuestras obligaciones. Las condiciones del pacto de Dios son: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Luc. 10: 27). Estas son las condiciones de la vida. «Haz esto», dijo Cristo, «y vivirás» (vers. 28).

La muerte y la resurrección de Cristo completaron su pacto. Hasta entonces él se había revelado por medio de símbolos y som-

bras, que señalaban hacia la gran ofrenda que sería hecha por el Redentor del mundo, y que se realizaba a modo de promesa por los pecados del mundo. Los creyentes eran salvos en la antigüedad por el mismo Salvador que ahora, pero era un Dios velado. Veían la misericordia de Dios en símbolos. La promesa hecha a Adán y Eva en el Edén era el evangelio para una raza caída. Se dio la promesa de que la Simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, y que esta le heriría su talón. El sacrificio de Cristo es el glorioso cumplimiento de toda la economía judía. Ha salido el Sol de justicia. Cristo nuestra justicia brilla esplendorosamente sobre nosotros.

Dios no aminoró su reivindicación sobre los hombres para salvarlos. Cuando Cristo inclinó la cabeza y murió como una ofrenda sin pecado, cuando el velo del templo fue rasgado en dos por la mano invisible del Omnipotente, se abrió un camino nuevo y vivo. Ahora todos podemos llegar hasta Dios por los méritos de Cristo. Precisamente porque se rasgó el velo, los seres humanos podemos aproximarnos a Dios. No necesitamos depender de un sacerdote ni de un sacrificio ceremonial. A todos se nos da la libertad de ir directamente a Dios a través de un Salvador personal.— Ms 148, 1897, pp. 7, 8 («The Christian Life» [La vida cristiana], 5 de diciembre de 1897).

Por mil generaciones. «Conoce, pues, que Jehová, tu Dios, es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta por mil generaciones» (Deut. 7: 9). Mil generaciones nos trasladan por todas las pruebas de esta vida hasta el victorioso final, cuando se dará la recompensa al pueblo de Dios que guarda sus mandamientos. «Por haber oído estos decretos, haberlos guardado y puesto por obra, Jehová, tu Dios, guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. Te amará, te bendecirá y te multiplicará, bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría [...]. Apartará Jehová de ti toda enfermedad, y ninguna de las malas plagas de Egipto que tú conoces hará caer sobre ti, sino que las hará caer sobre todos los que te aborrezcan» (Deut. 7: 12-15).

¿No enseñaremos entonces a nuestros hijos que la obediencia voluntaria a la voluntad de Dios demuestra si los que dicen ser cristianos lo son realmente? El Señor dice en serio cada palabra que pronuncia. Cristo murió para que el transgresor de la ley de Dios pudiera volver a serle fiel, guardando los mandamientos de Dios y su ley como la niña

de sus ojos, y así vivir. Dios no puede introducir rebeldes en su reino; por lo tanto, hace de la obediencia a sus requerimientos un requisito determinante. Los padres deberían enseñar diligentemente a sus hijos lo que Dios dice. Entonces Dios mostrará a los ángeles y a los seres humanos que construirá una protección alrededor de su pueblo. Los padres deberían ser conscientes de que hay una obra misionera de un carácter muy sagrado que ha de llevarse a cabo en el propio hogar, en el seno de la familia, para que todos sus miembros puedan convertirse en misioneros en el sentido más pleno de la palabra.— Ms 64, 1899, pp. 3, 4 («Words to Parents» [Unas palabras a los padres], 25 de abril de 1899).

¡Qué pacto tan extraordinario! En una ocasión, volviéndose a sus discípulos, que habían de padecer por su causa, empenó la palabra que les dio diciendo: «En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16: 33). Ha declarado que es el Ayudador de cuantos se unen a sus filas para cooperar con él en la lucha contra enemigos visibles e invisibles. Ha prometido que todos seremos «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom. 8: 17), y que «nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos» con él, «sobre la tierra» (Apoc. 5: 10). ¡Qué pacto tan extraordinario! Los que acepten a Cristo, los dispuestos a compartir su humillación ante el mundo, se convertirán en miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Los que escojan padecer aflicción con el pueblo de Dios, en vez de disfrutar de los deleites del pecado durante un tiempo, serán partícipes con Cristo en su gloria. Les dará la dignidad de su nombre.— Carta 79, 1900, p. 7 (al Sr. William Kerr, 10 de mayo de 1900).

Ratificación del pacto sinaítico. Una vez que Dios hubo transmitido a Moisés diversas leyes y normas, le indicó que descendiera al pueblo y lo familiarizara con esas leyes. Moisés recibió la instrucción de leerlas al pueblo. Mientras estuvo en el monte las había escrito tal como habían sido formuladas por el Hijo de Dios. «Moisés fue y le contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes. Y todo el pueblo respondió a una voz: “Cumpliremos todas las palabras que Jehová ha dicho”» (Éxo. 24: 3).

Se hicieron entonces preparativos para la ratificación del pacto, según las instrucciones de Dios. Moisés «edificó un altar y doce columnas al pie del monte, una por cada tribu de Israel. Luego envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Moisés tomó la mitad de la sangre, la puso

en tazones y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Después tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: “Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho”. Entonces Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: “Esta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas”» (Éxo. 24: 4-8).

Así el pueblo tuvo conocimiento de las condiciones del pacto. Hicieron un pacto solemne con Dios, tipificando el pacto hecho entre Dios y cada creyente en Jesucristo. Las condiciones fueron presentadas nítidamente ante el pueblo. No fueron dejadas para ser malinterpretadas. Cuando se les pidió que decidieran si aceptaban acceder a todas las condiciones establecidas, consintieron unánimemente en obedecerlas todas ellas. Ya habían consentido en obedecer los mandamientos de Dios. Los principios de la ley fueron entonces particularizados para que los israelitas pudieran saber cuánto había implicado en el compromiso de obedecer la ley; y aceptaron las especificaciones de la ley.

Si los israelitas hubieran obedecido los requisitos de Dios, habrían sido cristianos prácticos. Habrían sido felices, porque habrían estado guardando los caminos de Dios y no siguiendo las inclinaciones de su propio corazón natural. Moisés no los dejó para que malinterpretaran las palabras del Señor ni que aplicaran indebidamente sus requerimientos. Escribió todas las palabras del Señor en un libro, al que pudieran ser remitidos con posterioridad. En el monte las había escrito tal como el propio Cristo las promulgó.

Los israelitas pronunciaron con valentía las palabras que prometían obediencia al Señor tras oír su pacto leído a oídos del pueblo. Dijeron: «Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho» (Éxo. 24: 7). Entonces el pueblo quedó apartado y sellado para Dios. Se ofreció al Señor un sacrificio. Una porción de la sangre del sacrificio fue rociada sobre el altar. Esto significaba que el pueblo se había consagrado a Dios en cuerpo, mente y alma. Se roció una porción sobre el pueblo. Esto significaba que, a través de la sangre rociada de Cristo, Dios los aceptaba misericordiosamente como su especial tesoro. Los israelitas entraron así en un solemne pacto con Dios.— Ms 126, 1901, pp. 15-17 («The Giving of the Law» [La promulgación de la ley], 10 de diciembre de 1901).

El quebrantamiento de nuestro pacto. «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mat. 7: 7). Nuestro deber es ponernos en estrecha comunión con Cristo mediante la oración ferviente y creyente.

Somos responsables de nuestra parte en el compromiso. En cuanto al resto, hemos de confiar en Aquel que sabe y conoce todo, que nos ayudará de la forma más conveniente en nuestros esfuerzos por hacer su voluntad.

Pongámonos en la línea de cooperación con Dios, haciéndole posible que responda a nuestras oraciones. Ha emitido sus pagarés al declarar: «Os daré un corazón nuevo» (ver Eze. 36: 26). Dice que será encontrado por quienes lo busquen de todo corazón. Cuando alguien pierde su asidero en Cristo, no es que el banco del cielo haya fallado, sino que ha quebrantado su pacto con Dios. El Señor no puede cubrir el pecado mientras se sigue en pecado, rehusando permitirle borrar la propia transgresión, porque se supone que, al desobedecer los mandamientos de Dios, uno se ha incapacitado para recibir ayuda. El Señor dice: «Si quiere que yo lo proteja, que haga las paces conmigo, sí, que haga las paces conmigo» (Isa. 27: 5, DHH).— Ms 56, 1903, pp. 1, 2 («A Present Help» [Pronto auxilio], 22 de mayo de 1903).

La promesa para estos últimos días. «Todos los que [...] se aferren a mi pacto» (Isa. 56: 6, RVC). Este es el pacto del que se habla en el siguiente pasaje de las Escrituras: «Moisés subió a encontrarse con Dios. Jehová lo llamó desde el monte y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ‘Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz’», en verdad, fervor y sinceridad, «“y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa’. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”. Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras que Jehová le había mandado. Todo el pueblo respondió a una diciendo: “Haremos todo lo que Jehová ha dicho”» (Éxo. 19: 3-8).

Esta es la promesa que el pueblo de Dios ha de hacer en estos últimos días. Su aceptación ante Dios depende de un fiel cumplimiento de los términos de su acuerdo con él. Dios incluyó en su pacto a todos los que le obedezcan. A todos los que hagan justicia y juicio, guardando su mano de hacer ningún mal, la promesa es: «Yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre mejor que el de hijos e hijas. Les daré un nombre permanente, que nunca será olvidado» (Isa. 56: 5).— Carta 263, 1903, pp. 6, 7 («Be not Deceived» [No os engañéis], 12 de noviembre de 1903).

Las condiciones para la salvación son las mismas. En el nuevo pacto, las condiciones por las cuales puede alcanzarse la vida eterna son las mismas que en el antiguo. Las condiciones se basan, y siempre se han basado, en la *perfecta obediencia*. En el antiguo pacto había muchas culpas de carácter osado e insolente para las cuales no había una expiación especificada por la ley. En el nuevo y mejor pacto Cristo ha cumplido la ley por los transgresores de la ley, si lo reciben por fe como Salvador personal. «A todos los que lo recibieron [...] les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1: 12). La misericordia y el perdón son la recompensa de todos los que acuden a Cristo confiando en sus méritos para borrarles sus pecados. Somos limpiados del pecado por la sangre de Jesucristo, nuestro Salvador.—Carta 216, 1906, p. 2 (a «Mi querido hermano en Jesucristo», 2 de julio de 1906).

El solemne voto bautismal. Nosotros, por nuestra parte, no debemos retener nuestro servicio ni nuestros medios si queremos cumplir nuestro pacto con Dios. «Jehová, tu Dios, te manda hoy que cumplas estos estatutos y decretos; cuida, pues, de ponerlos por obra con todo tu corazón y con toda tu alma» (Deut. 26: 16). El propósito de todos los mandamientos de Dios es revelar nuestro deber no solo hacia Dios sino también hacia nuestro prójimo. En esta última fase de la historia del mundo, debido al egoísmo de nuestro corazón, no hemos de cuestionar ni poner en duda el derecho de Dios a establecer esos requerimientos, o nos engañaremos a nosotros mismos y robaremos a nuestra alma las más ricas bendiciones de la gracia de Dios. El corazón, la mente y el alma han de fundirse en la voluntad de Dios. Entonces hallaremos deleite en el pacto forjado por los dictados de la sabiduría infinita y hecho obligatorio por el poder y la autoridad del Rey de reyes y Señor de señores. Dios no contendrá con nosotros en cuanto a la obligatoriedad de estos preceptos. Es suficiente que él haya dicho que la obediencia a sus estatutos y sus leyes constituye la vida y la prosperidad de su pueblo.

Las bendiciones del pacto de Dios son mutuas. «Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor, fama y gloria, y para que seas un pueblo consagrado a Jehová, tu Dios, como él ha dicho» (Deut. 26: 18, 19). Dios acepta a los que quieran trabajar para la gloria de su nombre, para hacer de su nombre una alabanza en un mundo de apostasía e idolatría. Será exaltado por su pueblo observador de los mandamientos para que pueda exaltarlo «sobre todas las naciones que hizo, para loor, fama y gloria».

Mediante nuestro voto bautismal reconocimos y confesamos solemnemente al Señor Jehová como nuestro Gobernante. Tácitamente prestamos un solemne juramento —en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo— de que de allí en adelante nuestra vida sería una con la vida de estos tres grandes poderes, que la vida que viviéramos en la carne sería vivida en fiel obediencia a la sagrada ley de Dios. Nos declaramos muertos, y nuestra vida escondida con Cristo en Dios, para que de allí en adelante andemos con él en novedad de vida, como quienes han experimentado el nuevo nacimiento. Reconocimos el pacto de Dios con nosotros, y nos comprometimos a buscar las cosas de arriba, donde Cristo se sienta a la diestra de Dios. Por nuestra profesión de fe reconocimos al Señor como nuestro Dios, y consentimos en obedecer sus mandamientos. Por la obediencia a la Palabra de Dios damos testimonio delante de los ángeles y de los hombres que vivimos «de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4. 4).— Ms 67, 1907, pp. 4, 5 («God's People to Be Living Epistles» [El pueblo de Dios ha de ser cartas vivas], 6 de julio de 1907).

Las palabras van dirigidas a nosotros tanto como a Israel. «Al tercer mes de haber salido los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Israel acampó allí frente al monte, y Moisés subió a encontrarse con Dios. Jehová lo llamó desde el monte y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ‘Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí’”» (Éxo. 19: 1-4).

Esas palabras fueron registradas para nosotros tan ciertamente como lo fueron para los hijos de Israel. Dios debe atraernos a cada uno hacia sí antes de que pueda obrar a través de nosotros en la gran tarea de preparar un pueblo que se mantenga firme en el día del Señor. Es nuestro deber individual entender qué quiere decir Dios y hacer cualquier cosa que nos ordene.

«“Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa’. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”. Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras que Jehová le había mandado. Todo el pueblo respondió a una diciendo: “Haremos todo lo que Jehová ha dicho”. Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo» (Éxo. 19: 5-8).

El Señor había dicho a Moisés que santificara al pueblo, porque iba a acercarse a él. Hoy requiere de su pueblo que se mantenga firme como pueblo escogido y peculiar, libre de todas las influencias mundanales. Ha de ser un pueblo singular para el Señor. Y entonces les dio sus mandamientos, prometiéndoles la vida si los guardaban. Y nosotros, si obedecemos los mandamientos, hallaremos entrada en el reino de nuestro Dios, donde seguiremos observando la ley de Dios. Que nadie ose tomar a la ligera los mandamientos de Dios.— Ms 71, 1907, pp. 1, 2 («Clear the King's Highway» [Preparar el camino del Rey], predicado el sábado 16 de febrero de 1907).

Con la mano alzada. «Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras que Jehová le había mandado. Todo el pueblo respondió a una diciendo: "Haremos todo lo que Jehová ha dicho". Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo» (Éxo. 19: 7, 8).

Así, con la mano alzada, el pueblo realizó un pacto solemne con el Señor; y se convirtió en su pueblo peculiar comprometido a obedecer todos sus mandamientos. Y el Señor dijo a Moisés: «"Yo vendré a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y así te crean para siempre". Moisés refirió las palabras del pueblo a Jehová» (Éxo. 19: 9).— Carta 198, 1908, p. 3 (a nuestros hermanos de Oakland, 16 de junio de 1908).

El pacto eterno. «¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche! ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan y vuestro trabajo en lo que no sacia? ¡Oídme atentamente: comed de lo mejor y se deleitará vuestra alma con manjares! Inclinaid vuestro oído y venid a mí; escuchad y vivirá vuestra alma. Haré con vosotros un pacto eterno, las misericordias firmes a David. He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí, llamarás a gente que no conociste y gentes que no te conocieron correrán a ti por causa de Jehová, tu Dios, y del Santo de Israel, que te ha honrado» (Isa. 55: 1-5).

Este pacto eterno Dios lo hace con todos los que lo buscan de todo corazón y acatan las condiciones de la salvación.— Ms 93, 1909, p. 1 («Address to the Church Members at Salt Lake City» [Alocución a los miembros de la iglesia de Salt Lake City], 7 de septiembre de 1909).

El mismo evangelio para Abraham y para nosotros. «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: “¡Abba, Padre!”» (Rom. 8: 15). El espíritu de esclavitud se engendra buscando vivir una religión legalista, luchando por cumplir las exigencias de la ley con nuestra propia fuerza. Solo hay esperanza para nosotros cuando aceptamos el pacto abrahámico, que es el pacto de la gracia por fe en Jesucristo. El evangelio predicado a Abraham, a través del cual tuvo esperanza, era el mismo evangelio que se nos predica hoy, a través del cual tenemos esperanza. Abraham contempló a Jesús, que es también el Autor y el Consumador de nuestra fe.— *The Youth's Instructor*, 22 de septiembre de 1892, p. 304 («Words to the Young» [Palabras dirigidas a los jóvenes]).

En cumplimiento del pacto entre el Padre y el Hijo. Cristo no estuvo solo en la realización de su gran sacrificio. Fue el cumplimiento del pacto realizado entre él y su Padre «antes de la fundación del mundo» (1 Ped. 1: 20). Con las manos estrechadas, habían convenido solemnemente que Cristo se convertiría en la garantía para la raza humana si esta era vencida por los sofismas satánicos.— *The Youth's Instructor*, 14 de junio de 1900, p. 186 («The Price of our Redemption» [El precio de nuestra redención]).

Muchos no son conscientes de nuestra relación pactual. Muchos de nosotros no se dan cuenta de la relación de pacto en la que nos encontramos ante Dios y su pueblo. Tenemos la más solemne obligación de representar a Dios y a Cristo. Hemos de guardarnos de deshonrar a Dios profesando ser su pueblo y luego haciendo directamente lo contrario a su voluntad. Nos estamos preparando para ser trasladados. Entonces, actuemos como si fuéramos a serlo. Preparémonos para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que lo aman. Situémonos donde podamos echar mano de realidades eternas e incorporémoslas a la vida cotidiana. Hemos de sentarnos a los pies de Jesús y aprender de él.— *General Conference Bulletin*, 1º de abril de 1903, p. 31 («Lessons from Josiah's Reign» [Lecciones del reinado de Josías]).

El pacto del Sinaí sigue vigente. El pacto que Dios hizo con su pueblo en Sinaí ha de ser nuestro refugio y nuestro baluarte. El Señor dijo a Moisés: «“Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ‘Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis

mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa' [...]". Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras. [...] Todo el pueblo respondió a una diciendo: "Haremos todo lo que Jehová ha dicho"» (Éxo. 19: 3-8).

Este pacto está hoy tan en vigor como lo estuvo cuando el Señor lo hizo con el antiguo Israel.— *The Southern Watchman*, 1º de marzo de 1904, p. 142 («Hold Fast the Faith» [Conserven la fe]).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

Cooperación con la WCTU y otras organizaciones de temperancia

La experiencia con su esposo.** En sus trabajos, mi esposo, siempre que tenía ocasión, invitaba a sus reuniones a los comprometidos con la causa de la temperancia y les daba la oportunidad de hablar. Y cuando nos daban invitaciones para acudir a sus reuniones, siempre respondíamos.— Carta 274, 1907, p. 3 (al pastor J. A. Burden, 2 de septiembre de 1907).

Solicitado por la American Temperance Society [Sociedad de Temperancia Estadounidense].

* *Women's Christian Temperance Union* (Unión Femenina de Temperancia Cristiana).

** Desde el comienzo, Elena G. de White, de palabra y por escrito, así como por su ejemplo, instó a la hermandad a cooperar con estas grandes organizaciones promotoras de la temperancia, de lo que da fe en la siguiente declaración general.

La WCTU ha sido juzgada indebidamente.* Se ha llamado mi atención a los artículos de usted en nuestras revistas con referencia a la *Women's Christian Temperance Union*. [...] Usted está levantando barreras que no se debería favorecer que surgieran. Tras leer sus artículos, ¿se sentirán inclinados los que no conocen nuestra fe a intentar unirse a nosotros? El tono de sus artículos tiene regusto a fariseísmo. Quien espera iluminar a un pueblo engañado debe acercarse a ellos y trabajar en su favor con amor. Debe convertirse en un centro de santas influencias. Una concesión hecha por su parte prepararía el camino, tras paciente iluminación, para una segunda concesión. [...]

Si se realizaran esfuerzos mucho más fervientes, entregados y decididos en favor de instituciones como la WCTU, brillaría luz sobre almas que son tan sinceras como lo era Cornelio. Era el plan del Señor que se apoyara a la *Women's Christian Temperance Union*, que de entre aquellos que se oponen con tal vehemencia al mensaje que Dios está dando al mundo pudiera entresacarse a los que buscan la luz.

Las ideas expresadas en sus artículos tienen un regusto tan fuerte a antagonismo que usted hará daño, más daño del que usted podría llegar a imaginarse. Recuerde que si, por el uso poco juicioso de su pluma, cierra la puerta aunque sea a una sola alma, de esa alma será usted responsable en el juicio.—Carta 17, 1900, pp. 1-4 (al pastor A. T. Jones, 6 de febrero de 1900).*

He sido iluminada en el sentido de que hay gente con talento y un potencial valiosísimo en la WCTU. Entre nosotros se ha invertido mucho tiempo y dinero de formas que no dan dividendos. En vez de eso, parte de nuestros mejores talentos debería ponerse en acción para la WCTU, no como antagonistas, sino como quienes aprecian plenamente el bien que se ha hecho por medio de esa organización. Deberíamos buscar ganarnos la confianza de las afiliadas a la WCTU y colaborar con

* A finales de 1899, apareció en una de nuestras revistas una serie de artículos que destacaba la relación que existía entre la WCTU y la *National Reform Association* [Asociación de Reforma Nacional] y analizaba de forma crítica las declaraciones de algunos dirigentes de la WCTU con respecto a su actitud hacia la legislación dominical. Elena G. de White envió al autor de esos artículos una carta de cautela en la que mostraba el peligro de repeler a aquellos que, con amabilidad y cooperación, podría ganar para las verdades que Dios nos ha dado. Aquí se reproduce un fragmento de esa carta.

** Unas semanas después, dio consejo adicional, como sigue, a ese mismo autor.

ellas en la medida de lo posible. Hemos de permitirles que vean y entiendan que el fundamento de los principios de nuestra doctrina es la Palabra de Dios. [...]

Hermano mío, no presente usted la verdad y la situación de las cosas con un extremismo tal que las afiliadas a la WCTU se alejen decepcionadas. Hay verdades vitales acerca de las cuales ellas han tenido muy poca luz. Deberían ser abordadas con tacto, amistosamente y con respeto por la buena labor que realizan. [...] Contenga su condena hasta que usted y su gente hayan hecho todo lo que puede ser hecho por alcanzarlas, no con los doctos argumentos de los pastores, sino a través de mujeres de influencia que actúan así como lo hizo la hermana Henry.— Carta 59, 1900, pp. 1-4 (al pastor A. T. Jones, 18 de abril de 1900).

La Sra. Sarepta M. Henry y la WCTU.* Doy las gracias al Señor, de corazón, alma y voz, porque usted ha sido un miembro prominente e influyente de la *Women's Christian Temperance Union*. En la providencia de Dios, ha sido usted conducida a la luz, para obtener un conocimiento de la verdad; y la formación que ha recibido en la gran obra de la temperancia, en conexión con tus hermanas comprometidas, es la formación que es preciso que incorpore al trabajo con mujeres cuyo corazón esté dulcificado por el Espíritu de Dios y que busquen la verdad como un tesoro escondido. Llevo veinte años viendo que la luz llegaría a quienes luchan en favor de la temperancia. [...]

El Señor no le manda que usted se separe de la *Women's Christian Temperance Union*. Ellas necesitan toda la luz que usted les pueda dar. No tiene usted que aprender de ellas, sino de Jesucristo. Derrame en su senda toda la luz posible. Puede usted coincidir con ellas en el terreno de los principios puros y elevadores que en un primer momento trajeron a la existencia a la WCTU.— Carta 118, 1898, pp. 2-4 (a la hermana Henry, 1º de diciembre de 1898).**

Quedé muy complacida con la carta de usted, en la que me cuenta su experiencia con la WCTU. Cuando la leí, dije: «Gracias sean dadas a Dios. Esa es una siembra de muy buenas semillas». Estoy complacida,

* Sarepta Myranda Henry (Irish) (1839-1900) era la evangelista de la *Women's Christian Temperance Union*. Los médicos del Sanatorio de Battle Creek, adonde había acudido en 1896 como paciente, no albergaban ninguna esperanza de que se pudiera levantar de su silla de ruedas en toda su vida. Sin embargo, en respuesta a la oración de fe, se recuperó de forma sorprendente, después de lo cual se comprometió a guardar todos los mandamientos de Dios.

complacidísima. Ciertamente, el Señor le ha abierto a usted el camino. Manténgalo abierto, si es posible. Puede usted realizar una gran labor. Reserve sus energía para conseguirlo. Asista a encuentros importantes cuando pueda [...].

Hay muchísimas almas preciosas a las que el Señor quisiera que hubieran sido alcanzadas con la luz de la verdad. Hemos de luchar para ayudarlas a entender las Escrituras. He sentido un intenso interés por las afiliadas a la WCTU. Esas mujeres heroicas saben qué significa mantener su propia individualidad. ¡Deseo tanto que triunfen con los redimidos en torno al gran trono blanco! Mis oraciones se elevarán en el nombre de usted para que pueda tener buenas oportunidades de asistir a sus grandes encuentros y para que la voz de usted pueda ser oída en defensa de la verdad.— Carta 231, 1899, pp. 1, 2 (a la hermana Henry, diciembre de 1899).

Elogio de otra adventista activa en favor de la temperancia.*** La Dra. Lillis Wood-Starr ha encontrado muchas oportunidades para la obra educativa para la salud en San Bernardino [California]. Em-

Su plena aceptación de la fe adventista trajo gran gozo al corazón de Elena G. de White, que por aquel entonces estaba en Australia. A través de la correspondencia, se creó una cálida amistad personal entre esas dos piadosas mujeres. En diciembre de 1898, Elena G. de White escribió como sigue sobre la relación de la Sra. Henry con la WCTU.

****** En el momento en que esta carta llegó a manos de la Sra. Henry, ella ya había presentado su dimisión como dirigente de la Women's Christian Temperance Union. En cuanto a esto, escribió lo que sigue a Elena G. de White el 3 de febrero de 1899:

«Me muero de ganas por contarle lo agradecida que estoy de que el Señor me hiciera llegar su palabra justo a tiempo para evitar que diera el paso final que habría cortado mi relación con la WCTU. Esta fue una de las manifestaciones más notables que jamás he tenido del cuidado personal y constante de Dios sobre sus hijos. [...] Al llegar el mensaje en ese momento tan oportuno, y al ser tan claramente del Señor que no podía tener la menor duda al respecto, sencillamente escribí retirando mi dimisión». La Sra. Henry siguió en la WCTU, y debido en gran medida a la influencia de su labor y sus llamamientos, las acciones en favor de la ley dominical fueron abandonadas de forma bastante generalizada por esa organización. Su labor en favor de las damas de esa organización y por las adventistas, resultó una gran bendición hasta su prematuro fallecimiento en enero de 1900. Elena G. de White le escribió muchas palabras de ánimo como las reproducidas a continuación.

******* En 1907 y 1908, Elena G. de White se sintió impulsada nuevamente a escribir palabras de aliento a la Dra. Lillis.

pezó a realizar cursos de cocina saludable, [de la reforma] del vestido y de estilo de vida en los hogares de nuestra propia gente. Se invitaba a los vecinos a acudir a algunas de las demostraciones y estos, a su vez, solicitaban que se realizasen cursos similares con sus familias a los que pudieran invitar a algunos de sus amigos. Así la obra creció rápidamente, tanto que el asunto llegó a conocimiento del Superintendente de las escuelas públicas.

Invitada por él, la Dra. Starr dio charlas en las escuelas públicas de la ciudad hasta a mil quinientos niños. Ahora es incapaz de responder a las innumerables invitaciones que le llegan para realizar obra social. Su cooperación con la WCTU la ha ayudado muchísimo, al ponerla en contacto con damas extraordinarias de esa organización. Estos esfuerzos son un poderoso factor en la eliminación de prejuicios contra nuestro pueblo.— Carta 188, 1907, p. 2 (a una amiga, 30 de mayo de 1907).

Nuestro pueblo ha de realizar una estupenda labor apoyando a la WCTU.* [...] Necesitamos la ayuda que esas activistas nos puedan prestar; y ellas necesitan la ayuda que nosotros podemos darles para que conozcan el día de reposo del evangelio. Distanciándonos de las colaboradoras de la WCTU, nuestro pueblo ha perdido mucho; y los miembros de la WCTU también han sufrido una pérdida. Si ahora se pone todo el empeño posible por alcanzarlas, se eliminarán prejuicios y se alcanzarán almas que nuestro pueblo ha creído que jamás aceptarían la verdad presente.

Me ha sido indicado que no se ponga ningún obstáculo en el camino de la obra de la hermana Starr para la WCTU. [...] Que nadie se interponga para estorbarla en su labor. Denle una oportunidad de presentar este mensaje ante esa organización de temperancia.— Carta 274, 1907, pp. 1, 2 (al pastor J. A. Burden, 2 de septiembre de 1907).

«Esfuércese».** Esfuércese en el Señor. [...] Estoy muy interesada en todo lo que se refiere a la WCTU. El Señor se complace en que usted

* Algunos de nuestros hermanos temían que la Dra. Starr pudiera perder su interés en la obra misionera y cuestionaban el valor de su empeño como instrumento ganador de almas. De esto Elena G. de White escribió decididamente, alentando la continuidad de su labor. A uno de los dirigentes de la Asociación le dijo lo que se reproduce en este párrafo y el siguiente.

** A la vez que escribía a los dirigentes de la iglesia, envió una carta a la Dra. Starr, de la cual se reproducen aquí algunos fragmentos.

se sienta libre de colaborar con ellas. Uniéndose a ellas en sus labores, podremos llevar a esas personas una conciencia de las exigencias del cuarto mandamiento. Creo que hay muchas almas sinceras en esa organización que, cuando estén convencidas de los requerimientos del día de reposo bíblico, obedecerán los dictados de la conciencia [...].

No temo que pierda usted su interés ni que flaquee en la verdad porque colabore con esas mujeres que han tomado tan noble postura en favor del asunto de la temperancia, e instaré a que nuestro pueblo y a los que no son de nuestra fe nos ayuden a llevar adelante la obra de la temperancia cristiana. [...]

Tenga buen ánimo para continuar apoyando a la WCTU. Únase a ellas en su buena labor en todo lo que pueda sin transigir en ningún principio de la verdad. Llévelas a ver que hay más luz para ellas en la Palabra de Dios. Dios le ha mostrado a usted que es su privilegio unirse a esas obreras para que pueda llevarlas a una comprensión más inteligente de los principios de su Palabra.— Carta 278, 107, pp. 1, 2, 5 (a la Dra. Lillis Wood-Starr, 5 de septiembre de 1907).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

Los pactos

«La ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe» (Gál. 3: 24). En este pasaje bíblico, el Espíritu Santo, a través del apóstol, habla especialmente de la ley moral. La ley nos revela el pecado y nos hace sentir nuestra necesidad de Cristo y de acudir a él en procura de perdón y paz mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo.

La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar esta verdad subyacía en gran medida a la oposición manifestada en Minneápolis contra el mensaje del Señor expuesto por los hermanos Waggoner y Jones. Suscitando esa oposición, Satanás logró hacer inaccesible a nuestros hermanos, en buena parte, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió que obtuvieran la eficiencia que podría haber sido suya para llevar la verdad al mundo, tal como los apóstoles la proclamaron después del día de Pentecostés. Hubo resistencia a la

luz que ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria, y, en gran medida, ha sido mantenida lejos del mundo por el proceder de nuestros propios hermanos.

La ley de los Diez Mandamientos no ha de ser considerada tanto desde el aspecto de la prohibición como desde el de la misericordia. Sus prohibiciones son la segura garantía de felicidad en la obediencia. Al ser recibida en Cristo, obra en nosotros la pureza de carácter que nos traerá gozo a través de los siglos eternos. Es una muralla de protección para el obediente. Contemplamos en ella la bondad de Dios, quien, al revelar a la humanidad los principios inmutables de justicia, procura protegernos de los males resultantes de la transgresión.

No hemos de considerar que Dios esté al acecho para castigar al pecador por su pecado. El pecador acarrea el castigo sobre sí mismo. Sus propias acciones ponen en marcha una serie de mecanismos que determinarán *ineludiblemente* unos resultados. Cada acto de transgresión repercute sobre el pecador, obra en él un cambio de carácter y le hace más fácil transgredir otra vez. Eligiendo pecar, los seres humanos se separan de Dios, se apartan del canal de bendiciones, y el seguro resultado es la ruina y la muerte.

La ley es una expresión del pensamiento de Dios. Cuando la recibimos en Cristo, llega a ser nuestro pensamiento. Nos eleva por encima del poder de los deseos y las tendencias naturales, por encima de las tentaciones que llevan al pecado. «Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo» (Sal. 119: 165).

No hay paz en la injusticia; los impíos están en guerra contra Dios. Pero el que recibe la justicia de la ley en Cristo está en armonía con el cielo. «La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron» (Sal. 85: 10).— Carta 96, 1896, pp. 1, 2 (al pastor Urías Smith, 6 de junio de 1896).*

Se me pregunta acerca de la ley en Gálatas. ¿Cuál ley es el «ayo» (Gál. 3: 24, RVA) para llevarnos a Cristo? Contesto: Tanto la ceremonial como el código moral de los Diez Mandamientos.

Cristo era el fundamento del sistema judaico. La muerte de Abel fue una consecuencia de no haber aceptado Caín el plan de Dios en la

* Acompañando la declaración anterior, hay una anotación efectuada por la secretaria de Elena G. de White dirigida al pastor Urías Smith: «Las páginas adjuntas presentan algunos detalles que fueron abiertos anoche ante la hermana White y que ella deseaba que le fueran enviados a usted».

escuela de la obediencia para ser salvo por la sangre de Jesucristo, simbolizada por las ofrendas de sacrificio que señalaban a Cristo. Caín rehusó la efusión de sangre que simbolizaba la sangre de Cristo que había de ser derramada por el mundo. Toda ese ceremonial fue diseñado por Dios, y Cristo se convirtió en el fundamento de todo el sistema. Este es el comienzo de la obra [de la ley] como el «ayo» que lleva a los instrumentos humanos pecaminosos a considerar a Cristo como el fundamento de toda el sistema judaico.

Todos los que servían en relación con el santuario recibían repetidamente una lección acerca de la intervención de Cristo en favor de la raza humana. Aquellos servicios tenían el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley de su reino. La ofrenda del sacrificio había de ser una lección práctica del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima inmolada, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el hombre, haciéndose pecado el inocente por nosotros.

En la contemplación de este gran tema de la salvación, vemos la obra de Cristo. No solo el don prometido del Espíritu, sino también la naturaleza y el carácter de ese sacrificio y de esa intervención, son temas que debieran crear en nuestro corazón ideas elevadas, sagradas y sublimes de la ley de Dios, que sigue en vigor para todos los seres humanos. La violación de esa ley en el pequeño acto de comer del fruto prohibido trajo sobre la humanidad y sobre la tierra la consecuencia de la desobediencia a la santa ley de Dios. La naturaleza de la intervención siempre debería hacernos sentir el temor de incurrir en el más pequeño acto de desobediencia a los requisitos divinos.

Debería haber una clara comprensión de lo que constituye pecado y deberíamos evitar la más pequeña aproximación que nos induzca a cruzar los límites entre la obediencia y la desobediencia.

Dios quisiera que cada miembro de su creación entienda la gran obra del infinito Hijo de Dios al dar su vida por la salvación del mundo. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él» (1 Juan 3: 1).

Cuando el pecador ve en Cristo la encarnación del amor y de la benevolencia infinitos y desinteresados, se despierta en su corazón una disposición agradecida a seguir donde Cristo indica.— Ms 87, 1900, pp. 1, 2 («The Law in Galatians» [La ley en Gálatas], *circa* 1900).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 13 de febrero de 1952

La obra en Boston

Me preocupan las grandes ciudades del Este. Además de Nueva York, donde usted trabajó el verano pasado, está la gran ciudad de Boston, cerca de la cual se encuentra el Sanatorio de Melrose. Y no sé de otro lugar donde exista mayor necesidad de hacer empezar la labor que Boston y Portland, Maine, donde los primeros mensajes se predicaron con poder, pero donde ahora hay solamente un puñado de nuestro pueblo.— Carta 4, 1910, p. 1 (al Dr. D. H. Kress, 13 de enero de 1910).

Se me ha indicado Boston como un lugar en el que se debe trabajar con fidelidad. Debe brillar la luz en las afueras y en las partes más céntricas. Este sanatorio es una de las mayores infraestructuras que pueden emplearse para alcanzar a Boston con la verdad. La ciudad y sus barrios periféricos deben oír el último mensaje de misericordia que ha de darse a nuestro mundo. Deben celebrarse reuniones en carpas en

Solicitado por el pastor C. A. Reeves, que estaba a punto de emprender una campaña de evangelización en Boston.

muchos lugares. Los obreros deben dar el mejor uso posible a los talentos que Dios les ha dado. Los dones de la gracia aumentarán mediante un uso sensato. Pero no debe haber ni la más mínima exaltación propia. No hay que establecer directrices rígidas. Que el Espíritu Santo dirija a los obreros. Han de seguir recurriendo a Jesús, autor y consumidor de su fe. La labor para esa gran ciudad estará señalada por la revelación del Espíritu Santo, si todos quieren andar humildemente con Dios.

El que trabaja para Dios no queda sin Modelo; tiene el ejemplo que, si lo sigue, hará del obrero «un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres» (1 Cor. 4: 9). Se le manda que glorifique a Dios cumpliendo objetivos y propósitos desinteresados.— Ms 84, 1904, pp. 3, 4 («The Melrose Sanitarium» [El Sanatorio de Melrose], 21 de agosto de 1904).

Siento una honda preocupación porque Boston oiga la palabra del Señor y las razones de nuestra fe. Pida al Señor que suscite obreros para que trabajen allí. Pídale que suscite obreros que puedan obtener acceso a los habitantes de Boston. Hay que proclamar a gran voz el mensaje. Hay miles de personas en Boston que anhelan la verdad sencilla tal como es en Jesús. ¿No puede usted, que ministra la Palabra y la doctrina, preparar el camino para que esta verdad llegue a las almas? ¡Ardo en deseos de ver la obra del Espíritu Santo en las mentes humanas!.— Carta 25, 1905, p. 1 (a A. E. Place, 17 de enero de 1905).

Hermano Place, el Señor requiere que se trabaje en la ciudad de Boston. Si usted avanza por fe, Dios lo bendecirá abundantemente. No es preciso que haya una gran demostración externa, sino trabajar con discreción y seriedad. El Señor ayudará a sus obreros humildes y fervientes. Esfuércese con toda dedicación. Diga continuamente: «No fracasaré ni me desanimaré».— Carta 202, 1906, p. 2 (a A. E. Place, 26 de junio de 1906).

Hermano mío, me siento angustiada por la ciudad de Boston. Ruego al Señor que suscite el espíritu misionero entre nuestro pueblo para trabajar por esta ciudad y sus barrios periféricos. Oro para que suscite obreros que den el último mensaje de advertencia y que puedan recogerse de allí gavillas para la gran cosecha. [...] Hoy debería haber mil obreros trabajando en Boston.— Carta 12, 1907, pp. 1, 2 (al hermano Nicola y su esposa, 23 de enero de 1907).

Boston me ha sido señalado reiteradas veces como un lugar en el que se debe trabajar fielmente. Debe brillar la luz en la periferia de la ciudad y en lo más céntrico de ella. El Sanatorio de Melrose es uno de los mejores instrumentos que puedan emplearse para alcanzar a Boston

con la verdad. La ciudad y sus aldeaños deben oír el último mensaje de misericordia que ha de darse a nuestro mundo. Deben celebrarse reuniones en carpas en muchos lugares. Los obreros deben dar el mejor uso posible a los talentos que Dios les ha dado. Los dones de la gracia aumentarán mediante un uso sensato. Pero no debe haber exaltación propia alguna. No hay que establecer directrices rígidas. Que el Espíritu Santo dirija a los obreros. Han de seguir recurriendo a Jesús, autor y consumidor de su fe. La labor para esa gran ciudad estará señalada por la revelación del Espíritu Santo, si todos quieren andar humildemente con Dios. [...]

Esperamos que los responsables de la obra en Nueva Inglaterra cooperen con los administradores del Sanatorio de Melrose en dar pasos firmes llevando adelante la obra que debe ser hecha en Boston. Cien obreros podrían trabajar con éxito en diferentes partes de la ciudad y en diversas líneas de servicio.

Los terribles desastres que se están produciendo en las grandes ciudades deberían despertarnos para emprender una intensa actividad y proclamar el mensaje de advertencia a la población de esas congestionadas urbes mientras sigamos teniendo ocasión. El momento más favorable para la presentación de nuestro mensaje en las ciudades ya ha pasado. El pecado y la maldad están aumentando rápidamente; y ahora tenemos que recuperar el tiempo perdido trabajando con mucha mayor dedicación.— Carta 148, 1906, pp. 3, 4 (al Dr. C. C. Nicola, 14 de mayo de 1906).

El Señor obrará con poder. Mientras nos esforcemos por realizar nuestra parte con fidelidad, hará que Boston oiga el mensaje de la verdad presente. Hemos de cooperar con él para llevar esto a cabo, hermano mío y hermana mía, y él los ayudará, los fortalecerá y animará sus corazones mediante la salvación de muchas preciosas almas.— Ms 59, 1908, p. 15 («The New England Sanitarium» [El Sanatorio de Nueva Inglaterra], 1908).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
23 de septiembre de 1945

Cómo alcanzar a los judíos con nuestras publicaciones

Ha llegado el momento de dar luz a los judíos. El Señor quiere que animemos y apoyemos a quienes trabajen de forma adecuada en favor de ese pueblo; porque ha de haber una multitud convencida para la verdad, que tome postura a favor de Dios. Ha llegado el momento en que tiene que haber tantos que se conviertan en un día como en el día de Pentecostés después que los discípulos hubieran recibido el Espíritu Santo.

Los judíos han de ser un empuje para trabajar por los judíos; y hemos de ver la salvación de Dios.— Ms 66, 1905, p. 13 («The Need of Home Religion» [La necesidad de la religión en el hogar], 25 de mayo de 1905).

Ha de realizarse un trabajo misionero genuino y honesto entre los judíos. Se hace algo, pero no es nada en comparación con lo que podría hacerse. Hemos fallado ciertamente

a la hora de acometer esta labor como es debido. Que el pueblo del Señor reflexione y ore sobre este asunto.— Carta 42, 1912, p. 1 (a «Queridos hermanos», 6 de noviembre de 1911).

Se nos enseña explícitamente que no deberíamos despreciar a los judíos, porque entre ellos el Señor tiene grandes hombres y mujeres que proclamarán la verdad con poder.— Ms 87, 1907, p. 4 («Our Duty toward the Jews» [Nuestro deber hacia los judíos], 16 de agosto de 1907).

La obra que Cristo vino a realizar en nuestro mundo no era crear barreras de separación ni señalar constantemente a la gente el hecho de que estaba equivocada. [...] Pablo no anunciaba a los judíos un Mesías cuya misión había sido destruir la antigua dispensación, sino un Mesías que vino a desarrollar el sistema judaico según la verdad.— Ms 87, 1907, p. 2 («Our Duty Toward the Jews» [Nuestro deber hacia los judíos], 16 de agosto de 1907).

Debemos apartarnos de nuestra pequeñez de miras y trazar planes de mucho mayor alcance. Ha de haber un despliegue más amplio por los que están cerca y los que están lejos. [...] Tenemos que hacer grandes esfuerzos para iluminar a los judíos. Cada alma convertida es motivo de gozo en los atrios celestiales.— Ms 87, 1907, p. 8 («Our Duty Toward the Jews» [Nuestro deber hacia los judíos], 16 de agosto de 1907).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

Declaraciones para *Fruitage* of *Spiritual Gift*

Después de mi boda, me fue indicado que debía mostrar un interés especial en huérfanos de padre y madre, tomando algunos bajo mi cuidado durante un tiempo y luego buscarles hogar. Así daría a otros un ejemplo de lo que podían hacer.

Creo que es mi deber presentar delante de nuestro pueblo aquello por lo cual los miembros de cada iglesia deberían sentir una responsabilidad. Me he hecho cargo de niños de tres a cinco años de edad y les he dado una educación y una

Solicitada por el pastor L. H. Christian para ser usado en su libro *The Fruitage of the Prophetic Gift* [El fruto del don profético].

* *Counsels to Writers and Editors* (Consejos para escritores y editores/redactores) es una recopilación de los escritos de Elena G. de White cuyo título no fue traducido literalmente, sino adaptado como *El otro poder*. Este título alude a la referencia que se suele hacer a la prensa como «el cuarto poder», que se supone que se añade a los tres poderes que determinan una forma democrática de gobierno: el legislativo, el ejecutivo y el judicial.— N. del E.

formación para que accedan a puestos de responsabilidad. De vez en cuando, he llevado a mi casa jóvenes de diez a dieciséis años de edad, dándoles cuidado maternal y formación para el servicio. Esos muchachos y muchachas ahora son adultos, y algunos desempeñan cargos de confianza en nuestras instituciones. Uno ha sido durante años tipógrafo jefe en nuestra casa editora Review and Herald. [...]

En Australia seguí haciendo lo mismo, acogiendo en la casa a huérfanos, que corrían el peligro de verse expuestos a tentaciones que hubieran podido causarles la pérdida de sus almas.

Mientras estuvimos en Australia, trabajamos en labores médicas misioneras en el más amplio sentido de la expresión. En ocasiones convertí mi hogar de Cooranbong en un lugar de acogida para enfermos y afligidos. Mi secretaria, que había recibido formación en el Sanatorio de Battle Creek, estuvo a mi lado y pudo hacer de enfermera misionera. No cobraba por sus servicios y nos ganamos la confianza de la gente por el interés que manifestamos por los enfermos y los dolientes.— Carta 55, 1905, pp. 6, 7 (al pastor O. A. Olsen, 30 de enero de 1905).

Tuvimos un viaje muy agradable de College View a Battle Creek. Los amigos de Battle Creek nos dieron una muy cordial bienvenida [...]. Durante mi breve estancia en Battle Creek, hablé cinco veces: tres veces en el Tabernáculo, una vez a los estudiantes de la Facultad de Medicina, y una vez a los pacientes y los empleados del Sanatorio. Tenía un mensaje que transmitir, y parece que el Espíritu del Señor impresionó a los presentes. Sé que Dios me dio fuerza para hablar. El sábado hubo un asistencia al Tabernáculo de unas tres mil personas, y el domingo de unas dos mil.

Muchos de los residentes en Battle Creek asistieron a la reunión del domingo por la tarde. Prestaron muchísima atención. En esa reunión tuve la oportunidad de indicar con toda claridad que mis puntos de vista no han cambiado. La bendición del Señor descansó sobre muchos de los que escucharon todo lo que dije.

Me había dado cuenta de que había quienes estaban inquietos por saber si la Sra. White mantenía los mismos puntos de vista que años antes, cuando la habían oído hablar en la arboleda del Sanatorio, en el Tabernáculo y en los congresos campestres celebrados en los alrededores de Battle Creek. Les aseguré que el mensaje que transmito hoy es el mismo que vengo transmitiendo en los sesenta años de mi ministerio público. Estoy cumpliendo para el Maestro el mismo servicio que me fue encomendado siendo jovencita. Recibo lecciones del mismo Instructor.

Lo que me ha sido indicado es: «Da a conocer a otros lo que te he revelado. Escribe los mensajes que te doy, para que la gente pueda conocerlos». Y esto es lo que me he esforzado en hacer.

He escrito muchos libros, y han alcanzado amplia difusión. Por mí misma no podría haber sacado a relucir las verdades en esos libros, pero el Señor me ha otorgado la asistencia de su Santo Espíritu. Esos libros, que registran las instrucciones que el Señor me ha dado durante los últimos sesenta años, contienen luz del cielo, y soportarán la prueba de la investigación.

A veces se suscita la pregunta: «¿Qué pasaría si muriera la Sra. White?». Respondo: «Los libros que ha escrito no morirán. Son un testimonio viviente de lo que enseñan las Escrituras». [...]

Durante mi alocución dije que no reivindicó ser profetisa. Algunos se sorprendieron de esa afirmación, y, dado que se dicen muchas cosas al respecto, voy a dar una explicación. Otros me han llamado profetisa, pero yo nunca adopté ese título. He considerado que no era mi deber designarme de esa manera. Los que osadamente se arrojan ser profetas en nuestra época son a menudo un baldón para la causa de Cristo.

Mi obra incluye mucho más de lo que ese nombre significa. Me considero a mí misma una mensajera, a la que el Señor confía mensajes para su pueblo [...].

El Señor me ha dado abundante luz sobre la reforma prosalud. Unida a mi esposo, he tenido que dedicarme a la obra médica misionera. Era necesario que diera ejemplo a la iglesia acogiendo enfermos en mi hogar y cuidándolos. Y así lo he hecho, aplicando yo misma a mujeres y niños tratamientos muy intensos. Como mensajera designada por Dios, también había de hablar sobre el tema de la temperancia cristiana. Me dediqué a ello con entusiasmo, y he hablado ante grandes concurrencias sobre la temperancia en su sentido más amplio y verdadero.

Recibí instrucciones de que siempre debía abogar entre los que profesan creer en la verdad la necesidad de practicar esa verdad. Esto significa santificación, y santificación significa el cultivo y el desarrollo de todos nuestros talentos para el servicio del Señor.

Se me encargó que no descuidara a los que eran agraviados ni los dejara de lado. El Señor me presentó algunos casos, y, por desagradable que pueda resultar el deber, he de reprender al opresor e implorar justicia. He de presentar la necesidad de mantener la justicia y la equidad en todas nuestras instituciones.— Carta 55, 1905, pp. 1-5 (al pastor O. A. Olsen, 30 de enero de 1905).

Se me ha formulado la pregunta: «¿Qué piensa de esta luz que presentan estos hombres [A. T. Jones y E. J. Waggoner]?». ¡Si yo llevo presentándosela a ustedes desde hace cuarenta años! los inigualables encantos de Cristo. Esto es lo que he estado presentando a la consideración de todos.— Ms 5, 1889, p. 10 (sermón pronunciado en Rome, Nueva York, el 17 de junio de 1889).

Corremos el peligro de caer en errores similares. Nunca habría que llevar como el asunto de la ley en Gálatas aquello que el Señor no ha dado como una prueba. He recibido la instrucción de que la terrible experiencia de Minneápolis es uno de los capítulos más tristes de la historia de los creyentes en la verdad presente. El Señor no desea que el tema de las dos leyes vuelva a provocar una agitación como la de entonces. Algunos aún no se han sanado de su deserción y quisieran volver a fondo con el tema otra vez. En el supuesto caso de que lo hicieran, las diferencias de opinión volverían a crear división. Todas esas cuestiones no debe volver a suscitarse.— Carta 179, 1902, p. 10 (a C. P. Bollman, 19 de noviembre de 1902).

Lo que ahora queremos presentar es cómo podemos progresar en la vida cristiana. Oímos muchas excusas: «No puedo estar a la altura de esto, de eso otro, o de lo de más allá». ¿Qué se quiere decir con «esto, eso otro, o lo de más allá»? ¿Se refieren a que fue un sacrificio imperfecto el realizado en el Calvario por la raza caída, que no se nos concede suficiente gracia y suficiente poder para que podamos apartarnos de nuestros defectos y nuestras tendencias naturales, que no se nos dio un Salvador completo? ¿O se pretende echar las culpas a Dios? Bueno, dirá alguno, el pecado fue de Adán: «Yo no tengo la culpa de eso, y no soy responsable de su culpa ni de su caída. Tengo en mí todas estas tendencias naturales y no tengo la culpa si exteriorizo estas tendencias naturales». ¿Quién tiene la culpa? ¿Dios?— Ms 8, 1888, p. 2 (sermón predicado en el Congreso de Minneápolis de la Asociación General el sábado 20 de octubre de 1888, «Advancing in Christian Experience» [Avanzar en la experiencia cristiana]).

Es muy posible que el pastor Jones o el pastor Waggoner puedan ser vencidos por las tentaciones del enemigo; pero, en el supuesto caso de que así ocurriera, eso no demostraría que no habían tenido ningún mensaje proveniente de Dios, ni que lo que han llevado a cabo sea todo erróneo. Pero, en el supuesto caso de que sucumbieran a la tentación, ¡cuántos adoptarían esta postura, cayendo en un engaño fatal, porque no se encuentran bajo el control del Espíritu de Dios! Caminan tras las chispas que ellos mismos hacen saltar y no pueden distinguir entre el

fuego que han prendido y la luz que Dios ha dado, y andan a ciegas, como hicieron los judíos.— Carta 24, 1892, p. 5 (a Urías Smith, 19 de septiembre de 1892).

Estoy muy sorprendida de encontrarme tan bien como estoy. Tenía mucho miedo de que mi trabajo en verano me debilitara para el invierno, pero he de decir para gloria de Dios que él me ha hecho superar mis dolencias. Estoy mucho mejor de lo que he estado durante muchos meses, mejor que el año pasado.

Venimos celebrando encuentros extraordinarios. El espíritu que imperó en las reuniones de Minneápolis no se está manifestando aquí. Todo se está desarrollando con armonía. Hay una gran concurrencia de delegados. Nuestra reunión de las cinco de la mañana está muy concurrida, y las reuniones son buenas. Todos los testimonios que he escuchado son de carácter edificante. Dicen que el año pasado ha sido el mejor de su vida; la luz que emana de la Palabra de Dios ha sido clara y nítida: la justificación por la fe; Cristo, justicia nuestra. Las experiencias han sido muy interesantes.

He asistido a todos los encuentros matinales, excepto a dos. A las ocho, el hermano Jones habla del tema de la justificación por la fe y se ve que hay gran interés. Hay un crecimiento en la fe y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Hay unos cuantos que no han tenido ocasión de oír de este tema con anterioridad, y están empapándose de todo, alimentándose con magníficas porciones de la mesa del Señor. El testimonio de todos los que han hablado ha sido que este mensaje de luz y de verdad que ha venido a nuestro pueblo es, sencillamente, la verdad presente y, dondequiera que van entre las iglesias, está garantizado que entran la luz, el consuelo y la bendición de Dios.

Tenemos un festín de manjares succulentos y cuando vemos almas que se aferran a la luz nos regocijamos, contemplando a Jesús, el Autor y el Consumador de nuestra fe. Cristo es el gran modelo; su carácter ha de ser nuestro carácter. Toda excelencia está en él. Apartándonos de todo hombre y de cualquier otro modelo, a rostro descubierto contemplamos a Jesús en toda su gloria. Sus pensamientos rebosan de grandes y penetrantes ideas acerca de la excelencia de Cristo; cualquier otro tema se hunde en la insignificancia, y en lo que atañe a la disciplina moral se pierde todo lo que no promueva su semejanza a la imagen de Cristo. Veo alturas y profundidades que podemos alcanzar al aceptar cada rayo de luz y avanzar a una luz mayor. El fin está cerca, y no permita Dios que en este momento estemos dormidos.

Estoy muy agradecida al ver a nuestros pastores dispuestos a escudriñar las Escrituras por sí mismos. ¡Ha habido una gran falta de investigación profunda de las Escrituras para atesorar gemas de verdad en nuestra memoria. Cuánto perdemos todos porque no hacemos el esfuerzo mental de escudriñar, con mucha oración, en busca de la iluminación divina a fin de entender la santa Palabra de Dios. Creo que habrá un gran progreso en nuestro pueblo, un empeño más serio por seguir el paso del mensaje del tercer ángel.— Ms 10, 1889, p. 1 («The Excellence of Christ» [La excelencia de Cristo], *circa* 1889).

Una y otra vez el Espíritu del Señor entró en la reunión con poder de convicción, a pesar de la incredulidad manifestada por algunos presentes.— Carta 51a, 1895, p. 1 (a Harmon Lindsay, 1º de mayo de 1895).

Tras el Congreso de Minneápolis ¡cuán maravillosamente ha obrado el Espíritu de Dios! Hubo quienes confesaron que habían robado a Dios reteniendo diezmos y ofrendas. Muchas almas se convirtieron. Entraron en la tesorería miles de dólares. Aquellos cuyo corazón estaba radiante del amor de Dios relataron experiencias preciosas.— Ms 22, 1890, pp. 10, 11 (Diario, 10 de enero de 1890).

Cuatro ángeles poderosos retienen las potencias terrenales hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes. Las naciones del mundo están ávidas por combatir; pero son contenidas por los ángeles. Cuando sea retirado ese poder restrictivo, vendrá un tiempo de angustia y de dificultades. Se inventarán mortíferos instrumentos bélicos. Barcos serán sepultados en la gran profundidad con su cargamento viviente. Todos los que no tienen el espíritu de la verdad se unirán bajo la dirección de agentes satánicos. Pero han de ser retenidos hasta que llegue el tiempo de la gran batalla del Armagedón.

Hay ángeles que circundan el mundo, rechazando las pretensiones de Satanás a la supremacía, las que él presenta debido a la gran multitud de sus adeptos. No oímos las voces de esos ángeles, ni vemos con los ojos físicos su actuación; pero sus manos están unidas alrededor del mundo, y en permanente vigilia mantienen a raya a las huestes satánicas hasta que se complete el sellamiento del pueblo de Dios.— Carta 79, 1900, pp. 12, 13 (a William Kerr, 10 de mayo de 1900).

No confío en la práctica de echar suertes. [...] Echar suertes para elegir a los cargos de la iglesia no es el plan de Dios.— Carta 37, 1900, pp. 1, 3 (a la Sra. de M. R. Colcord, 4 de marzo de 1900).

Acabamos de celebrar el segundo encuentro de nuestro congreso en Nueva Gales del Sur; y la bendición del Señor descansó sobre los

reunidos. Vinieron muchos más de los que se suponía que vendrían. Todas las iglesias han estado representadas.

Nos regocijamos al ver al hermano Radley en este encuentro. Vino el domingo, y se quedó hasta que terminaron las reuniones, el miércoles. Hemos sentido gran preocupación por él. Su esposa aceptó la verdad primero, y él se fue incorporando más lentamente. Era muy cauto a la hora de comprometerse. Lo visitamos y vimos que era hombre de pocas palabras, y rara vez asistía a nuestras reuniones. Hablé con él personalmente en cuanto a sus responsabilidades como esposo y padre. Tiene dos hijos varones pequeños y tres niñas. Todos resultan interesantes, y tienen una edad en la que necesitan la dirección y la guía de un padre. La madre ha hecho cuanto podía.

Celebramos reuniones en la casa del hermano Radley, pero manifestó tan poco interés en ellas que se suspendieron. Su corazón no estaba inclinado a aceptar íntegramente la fe. Pero hablé con él como si estuviera plenamente con nosotros, presentándole sus responsabilidades con sus vecinos. Le dije: «Usted tiene la luz de la verdad, y tiene una labor que cumplir para iluminar a los demás. A usted le encanta leer. Estudie, entonces, para el presente y para la eternidad. El tiempo del que cualquiera de nosotros dispone para trabajar es breve. Tenemos que cumplir con nuestra parte en el servicio de Dios». Le dije lo que podía realizar para hacer avanzar el conocimiento de la verdad. Su respuesta fue un simple gesto de asentimiento.

Esto ocurrió en 1894. El hermano Starr estaba conmigo. Cuando ya habíamos salido, el hermano Starr me dijo: «Me sorprendió oírle a usted hablarle como si estuviera plenamente con nosotros. ¡Si ni guarda el sábado! Sus empleados trabajan». Respondí: «Me dirigí a él precisamente de la forma debida. Le presenté sus solemnes obligaciones con Dios en punto de influencia, poniendo el asunto ante él como alguien que debería situarse en la vanguardia y levantar el muro y elevar el sábado del cuarto mandamiento hasta su exaltado nivel».

Lejos estoy de creer yo que merece la confianza que puse en él. Oramos con la familia y tuve la preciosa bendición del Señor. Así, lo visitábamos de vez en cuando, y siempre nos trataba con cortesía, pero no se identificaba plenamente con nosotros. No obstante, yo siempre hablaba con él como con alguien que conocía y amaba la verdad, siempre dispuse ante él planes con lo que él pudiera ser colaborador con Dios. Le dije que nuestra responsabilidad ante Dios y nuestra obligación de rendirle cuentas eran motivos sumamente significativos y trascendentales, que deberían llevarnos a obtener el mejor conocimiento posible,

la formación más elevada. Si él así lo hacía, podría ayudar a otras mentes con una fuerza proporcional a su inteligencia y a su devoción religiosa, y ser una luz brillante y resplandeciente para su vecindario.

Le dije: «Hermano Radley, el Señor quiere que usted coopere con él. Usted tiene un gran campo de naranjos, limoneros, melocotoneros y otros árboles frutales. Les dedica tiempo y atención para que puedan dar fruto y no lo decepcionen. Bien, usted es el plantío de Dios; usted es el edificio de Dios y él lo considera a usted su instrumento humano, a través de quien puede comunicar la verdad a otros. Lo usará a usted, a través de lo mejor de sus facultades mentales y morales, para convencer a otros que piensan diferente. En este período de su vida, mientras su cerebro funcione a pleno rendimiento y siga siendo susceptible a la influencia de la gracia divina, Dios lo seguirá llamando. Cualquier influencia egoísta a la que entregue su mente pronto empequeñecerá su comprensión y le endurecerá el corazón».

Le rogué que cultivara sus talentos. Le pregunté si tenía *Patriarcas* y *profetas* y *El conflicto de los siglos*. Dijo que no, pero que estaban en la biblioteca, y que se proponía sacarlos y leerlos. Entonces advertí que nunca los había visto en su mesa aún.

Él vivía a dieciocho kilómetros de Granville, y rara vez lo veía en la reunión de la iglesita de Castle Hill, que estaba aproximadamente a once kilómetros de donde él vivía.

Una noche el Señor me dio un mensaje para él y me levanté a medianoche para escribirle una página tras otra. Yo sabía que el Señor lo llamaba. Le envié el mensaje para que les fuera leído a él y a su vecino, el hermano Whiteman, que se encontraba en una situación similar a la suya, tentado y seducido a alejarse de la verdad. Creo que fue el hermano _____ el que le leyó el mensaje, y él dijo: «¿Por qué me escribió esto? Yo no soy creyente. No quiero separarme de mis vecinos. No puedo contrariar a las personas a cuyo lado llevo viviendo veinte años».

Dije al hermano _____ que le dejara el mensaje. Su caso me fue presentado de nuevo. Reflexioné: «¿Qué más puedo hacer, Señor? No quiere recibir la luz. ¿Qué puedo hacer?». Se me indicó que hiciera algo más: Poner mis libros en su mano como un regalo; primero, *El camino a Cristo*; después, *Patriarcas* y *profetas*, y luego *El conflicto de los siglos*. Así lo hice y leyó *Patriarcas* y *profetas* de principio a fin tres veces, y dijo que no pudo encontrar en él ni una sola frase que criticar. Todo estaba exactamente como debía estar.

Cuando puse en sus manos *El conflicto de los siglos*, presentó objeciones a aceptarlo, diciendo que había uno en la biblioteca que él podía

sacar. Dije: «No importa. Quiero entregar este libro a su familia para que sea suyo y pueda ser una bendición para ustedes y para sus hijos. El Señor me ha dado luz, y me propongo que todos tengan la luz, si es posible». Aceptó el regalo.

Me ha sido mostrado que nos desanimamos con demasiada facilidad por las almas que parece que no aceptan el mensaje de inmediato. Sin embargo, los que ministran no deben frustrarse ni desanimarse. Los motivos cristianos nos exigen que actuemos con un propósito firme, un interés imperecedero y una inasequible perseverancia por las almas que Satanás busca destruir. Ninguna decepción, ninguna apariencia externa pueden enfriar la energía ferviente y anhelante que busca la salvación de los demás. La eficacia del Espíritu Santo cooperará con el esfuerzo humano, y ese amor fluye sobre el alma por la cual Cristo murió con una fuente inagotable de la que depender.

He dado al hermano Radley los libros *Christian Education* y *Christian Temperance*. Me he puesto en contacto con Battle Creek y he encargado que a los hermanos Radley, Whiteman y Thompson se les envíen la *Review*, el *Sabbath School Worker*, el *Sentinel* y el *Youth's Instructor* y pedí que me los cargaran a mí.

Sería difícil que las ideas de nadie siguieran resistiéndose a todos estos esfuerzos. ¡Qué contenta estoy al decir que el hermano Radley ha resultado ser decidido, firme y leal! Ahora es uno de los dirigentes de la iglesia de _____, y crece en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Disfruta de las reuniones. Creo que su corazón ve con simpatía la empresa de desarrollar la obra. Con toda la energía de su alma y con su influencia, coopera gozosamente en esta gran obra de máxima transcendencia. Ahora esperamos que esa benevolencia y un firme deseo de hacer el bien a otras almas ocupen el lugar de la mundanalidad y el estrecho egoísmo.

A medida que el amor de Dios emplee todas las energías y la estabilidad de los principios cristianos del lado del trabajo altruista y perseverante por el Maestro, el hermano Radley será un instrumento en las manos de Dios para salvar las almas de sus propios hijos, y alistarlos bajo el estandarte ensangrentado del príncipe Emanuel, y la influencia de ellos se extenderá, más allá de la propia familia, a sus vecinos. A medida que trabaje, Dios trabajará con él y aportará a su alma más que eficiencia humana. La mente se volverá creativa, vigilante y un poder para ganarse a los demás.

He presentado este caso ante ustedes de forma completa para que puedan saber cómo he actuado. Esto lo hemos hecho en muchos casos,

con los mejores resultados. Hemos proporcionado material de lectura a aquellos que tienen inquietudes. No obstante, las tentaciones son tan fuertes que no quieren ceder a la verdad.

El hermano Radley tiene una gran finca que le resulta rentable. En esta zona del país no hay ningún creyente en la verdad que esté tan bien situado como el hermano Radley.

Vengo entregando literatura al jefe de correos de Cooranbong. En ausencia del pastor, la literatura ocupa su lugar. Con ocasión de las charlas que dimos el pasado abril, se convenció de la verdad; pero un pastor que parece ser un segundo Canright se acercó con todas sus falsas afirmaciones y teorías e hizo que todo cambiara, de modo que quienes habían estado interesados volvieron sus oídos de la verdad a las fábulas. También he regalado al jefe de la estación de ferrocarril *El conflicto de los siglos* y algunos libros para sus niños, y he suministrado libros y revistas a otras familias. Puede que este material de lectura les haga bien en algún momento. La luz debe introducirse en las familias mediante la literatura si no logramos que vengan a escuchar. Me alegra decir que como consecuencia de nuestras labores en Cooranbong y en sus inmediaciones, varias familias guardan ahora el sábado. Esperamos seguir visitándolos cuando estemos de vuelta en casa.— Carta 55, 1896, pp. 1-6 (al hermano Kellogg y su esposa, 14 de noviembre de 1896).

Quiero decir que el mensaje del tercer ángel es el evangelio y que la reforma prosalud es el medio por el cual puede penetrar la verdad. No hemos de hacer afirmaciones abruptas de ninguna fase de nuestra verdad, pero ha de practicarse la verdad como es en Jesús.— Carta 56, 1896, p. 1 (al Dr. J. H. Kellogg, 19 de enero de 1896).

Cuando los médicos ponen de manifiesto que piensan más en el salario que en la misión de la institución, demuestran que no son dignos de confianza como siervos de Cristo abnegados, temerosos de Dios y fieles en realizar la obra del Maestro.

Quienes están controlados por deseos egoístas no deberían seguir relacionados con nuestras instituciones [...]. El egoísta y codicioso, ansioso por apoderarse de hasta el último dólar que pueda de nuestras instituciones por sus servicios, está limitando la obra de Dios; ciertamente, ya ha tenido su recompensa [...].

Si los hombres descan ser muy estimados entre los hombres, si buscan los puestos más encumbrados y exigen la remuneración más alta que puedan obtener en esta vida, tendrán precisamente esos caracteres

en la vida futura. Todo el cielo los considerará inhabilitados para el reino, indignos de cualquier puesto de confianza en la gran obra de Dios en los arios celestiales. [...]

En toda institución entre nosotros, en cada rama y en todos los ámbitos de la obra, Dios pone a prueba el espíritu que mueve al obrero. ¿Tiene la mente que había en Cristo, el espíritu vivo y la devoción ferviente, la pureza y el amor que deberían caracterizar a quien trabaja para Dios? ¿Produce los frutos de abnegación que se veían en la vida de nuestro divino Señor? Se requiere en los que trabajan en la causa que el corazón esté comprometido en la empresa, para que puedan dar su servicio no meramente por un salario, ni por la honra, sino para la gloria de Dios: la salvación de los perdidos.— Carta 41, 1890, pp. 1-6 (al Dr. J. H. Kellogg, 24 de diciembre de 1890).

Sabemos perfectamente cómo se inició esta obra. Hemos estudiado desde todos los ángulos maneras y medios a fin de que pudiéramos tener algo para llevarnos de lugar en lugar en la causa de la verdad. Para llegar al mismísimo primer congreso que tuvimos, en el Estado de Connecticut, mi esposo trabajó cortando haces de leña por veinticinco centavos cada uno. No estaba habituado a ese trabajo y el reumatismo le atacó las muñecas, de modo que, una noche tras otra, era incapaz de conciliar el sueño debido al dolor. Nuestras oraciones ascendían todas la noches para que Dios le aliviara el dolor. [...]

He caído desmayada al suelo con un niño enfermo en mis brazos más de dos veces por falta de comida. Entonces llegó la pregunta: «¿No pueden venir ustedes a celebrar un encuentro con nosotros en Connecticut?». Cuando mi esposo saldó cuentas con su patrono, contaba con diez dólares y con eso nos encaminamos a aquel congreso.

Allí precisamente empezó a diversificarse el trabajo, y justamente entonces empezó a imprimir su primera publicación. Cojeaba por haberse fracturado el tobillo cuando era joven, pero caminaba catorce kilómetros hasta la imprenta para transportar la revista. En otra ocasión tomó su guadaña y salió al campo a segar heno para conseguir recursos que nos llevaran al congreso de Nueva York. Y así la verdad de Dios empezó a difundirse en Nueva York, y esta es una pequeña muestra de cómo empezamos a introducir la verdad en diferentes lugares.

Mi esposo trabajó durante meses acarreando piedra hasta que se le gastó la piel de los dedos y le sangraban las yemas. Esto fue en los mismísimos lugares en los que había hablado desde el púlpito ante millares. Aun entonces no obtenía pago por su duro trabajo. ¿Saben ustedes que el recuerdo de esto es en gran medida la mejor parte de mi experiencia?

Atravesó las calles de Brunswick, Maine, con un costal sobre los hombros que contenía algo de arroz y de harina de maíz y frijoles para no morirnos de hambre. Cuando entró en casa cantando, dije:

—¿A esto hemos llegado, esposo? ¿Nos ha abandonado el Señor, y a nuestro trabajo?

—No digas eso, no lo digas; el Señor no nos ha abandonado —me respondió negando con un gesto.

Yo estaba tan débil que en cuanto hubo dicho él eso, me resbalé del asiento y caí al suelo. Al día siguiente recibimos una carta que nos rogaba que fuéramos a otro lugar a celebrar un congreso, pero él dijo: «No tengo ni un centavo. ¿Qué voy a hacer?». Fue a correos y volvió con una carta que contenía cinco dólares. Nos sentimos muy agradecidos. Reunimos a la familia, nos inclinamos ante el Señor y dimos gracias. Aquella noche emprendimos viaje a Boston. Así comenzamos esta obra.— Ms 14, 1885, pp. 1, 2 (alocución ante la Junta en Europa el domingo 20 de septiembre de 1885).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

Para la ampliación de *The Remnant Church* *not Babylon*

Una certeza repetida a menudo. El Padre ama a su pueblo hoy tal como ama a su propio Hijo. Algún día será nuestro privilegio verlo cara a cara.— Ms 103, 1903, p. 6 («Instruction to Ministers and Physicians» [Instrucción a los pastores y los médicos], 15 de septiembre de 1902).

Deberíamos tener siempre presente que la iglesia, por débil y defectuosa que sea, es el único objeto en la tierra al cual Cristo otorga su consideración suprema. La observa constantemente con solicitud, y la fortalece mediante su Santo Espíritu.— Ms 155, 1902, pp. 5, 6 (sermón predicado el sábado 22 de noviembre de 1902, «On the Study of the Book of Revelation» [Sobre el estudio del libro de Apocalipsis]).

Solicitado para su uso en el folleto titulado The Remnant Church not Babylon [La iglesia remanente no es Babilonia].

Confíen en la protección divina. Su iglesia ha de ser instruida. Por débil y defectuosa que sea, es el objeto de su consideración suprema.— Carta 279, 1904, p. 9 (a los hermanos Paulson, Sadler, Waggoner y Jones, 1^a de agosto de 1904).

La iglesia debe intensificar su actividad y extender sus términos. Nuestros esfuerzos misioneros deben ser expansivos; debemos ensanchar nuestros límites. [...]

Aunque ha habido virulentas disputas en el esfuerzo por mantener nuestro carácter distintivo, como cristianos bíblicos, pese a todo, siempre hemos estado en terreno ventajoso. Recordando que «el temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Prov. 9: 10), hemos de trabajar fervientemente, orando siempre para que la gracia salvadora de Dios nos guíe en todo momento. Siempre debemos buscar cerciorarnos de la voluntad del Señor y andar en armonía con ella. Sigamos conociendo al Señor, cuyo conocimiento correcto es la vida eterna.— Carta 170, 1907, pp. 1, 2 (al pastor M. N. Campbell y a G. A. Amadon, 6 de mayo de 1907).

La evidencia que hemos tenido acerca de la presencia del Espíritu de Dios entre nosotros como pueblo durante los últimos cincuenta años soportará la prueba de los que ahora se alinean en las filas del enemigo y luchan contra el mensaje de Dios.— Carta 356, 1907, p. 3 (a los miembros de la iglesia de Battle Creek, 24 de octubre de 1907).

Les escribo todo esto, hermanos míos, aunque es posible que no todos ustedes las entiendan plenamente. Si no creyera que Dios tiene su vista puesta sobre su pueblo, no podría tener el valor de escribir lo mismo una vez tras otra. [...] Dios tiene un pueblo al que conduce e instruye.— Carta 378, 1907, p. 3 (a los dirigentes de la Asociación del Sur de California, 11 de noviembre de 1907).

Se me ha indicado que diga a los adventistas del séptimo día del mundo entero que Dios nos ha llamado como pueblo para ser un tesoro especial para él. Ha dispuesto que su iglesia en la tierra permanezca perfectamente unida en el Espíritu y el consejo del Señor de los ejércitos hasta el fin del tiempo.— Carta 54, 1908, p. 4 (al pastor W. T. Knox, 21 de enero de 1908).

En este mundo no hay nada tan querido para Dios como su iglesia. Con cuidado celoso protege a los que lo buscan. Nada ofende tanto a Dios como que los siervos de Satanás se esfuercen por arrebatarse a su pueblo sus derechos. El Señor no ha abandonado a su pueblo. Satanás señala los errores que han cometido, y procura hacerles creer que con eso se han separado de Dios. Los ángeles malignos procuran por todos

los medios desanimar a los que luchan por obtener la victoria sobre el pecado. Les presentan su indignidad pasada y representan su caso como desesperado.— Carta 136, 1910, pp. 2, 3 (a J. Edson White, 26 de noviembre de 1910).

Nuestro nombre. Somos adventistas del séptimo día. ¿Nos avergonzamos de nuestro nombre? Contestamos: «¡No, y no! No lo estamos». Es el nombre que el Señor nos ha dado. Señala la verdad que ha de probar a las iglesias.— Carta 110, 1902, p. 6 (al Dr. David Paulson, 7 de julio de 1902).

Somos adventistas del séptimo día y nunca deberíamos avergonzarnos de este nombre. Como pueblo, debemos colocarnos firmemente de parte de la verdad y la justicia. Así glorificaremos a Dios. Hemos de ser librados de los peligros, no entrampados y corrompidos por ellos. Para que esto pueda ser, hemos de contemplar en todo momento a Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe.— Carta 106, 1903, p. 3 (a la Junta de la Asociación General, 30 de mayo de 1903).

La Asociación General. No recibí ni un rayo de luz de que [el Señor] quisiese que yo viniera a este país [Australia]. Vine en sometimiento a la voz de la Asociación General, que siempre he mantenido que tiene autoridad.— Carta 124, 1896, p. 2 (a J. Edson White, 9 de agosto de 1896).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 28 de marzo de 1948

La organización confirmada, fortalecida, consolidada

Me han llegado noticias de que algunos de nuestros hermanos proponen eliminar la organización de, al menos, algunas de los ramos de nuestra obra. Sin duda, lo que les ha llevado a proponer que se dé ese paso es que en algunos de nuestros organismos la maquinaria se ha vuelto tan compleja como para en realidad estorbar a la obra. Sin embargo, este no es un argumento contra la organización, sino contra su perversión.

Han pasado casi cuarenta años desde que se introdujo entre nosotros, como pueblo, la organización. Fui de los que vivimos la experiencia en establecerla desde el comienzo. Conozco las dificultades que hubo que enfrentar, los males para cuya corrección estaba pensada, y he observado su influencia en relación con el desarrollo de la causa. En una fase incipiente de la obra, Dios nos dio luz especial sobre este punto, y esa luz, junto con las lecciones que la experiencia nos ha enseñado, debería ser tenidas muy en cuenta. [...]

Tuvimos una dura lucha en el establecimiento de la organización. A pesar de que el Señor había dado un Testimonio tras otro sobre este punto, la oposición fue intensa, y tuvo que ser enfrentada una y otra vez. Pero sabíamos que el Señor, el Dios de Israel, nos estaba dirigiendo y nos guiaba por su providencia. Nos ocupamos de la obra de la organización y una notable prosperidad acompañó a ese progreso. A medida que el desarrollo de la obra nos pedía que nos ocupáramos de nuevas iniciativas, íbamos estando preparados para acometerlas. [...]

Dios ha bendecido nuestros esfuerzos mancomunados. La verdad se ha esparcido y ha florecido. Se han multiplicado las instituciones. El grano de mostaza se ha convertido en un gran árbol. El sistema de la organización ha resultado ser un gran éxito. [...]

Es verdad que en algunas partes de la obra la maquinaria se ha vuelto demasiado compleja; sobre todo en el colportaje y en la obra misionera; la multiplicación de reglas y normas establecidas es innecesariamente farragosa. Debería tomarse la determinación de simplificar las cosas y evitar innecesarias actuaciones e indecisiones.

A veces, el desarrollo de los congresos de nuestra Asociación se ha visto sobrecargado con propuestas y acuerdos que no eran esenciales en absoluto y que jamás habrían sido presentados si los hijos de Dios hubieran caminado ante él con sensatez y oración. Cuantas menos reglas y normas podamos tener, mejor será el efecto al final. Cuando se establecen, considérense cuidadosamente y, si es prudente, véase que sean operativas y que no se conviertan en papel mojado. Sin embargo, no recarguen innecesariamente ningún ámbito de la obra con restricciones superfluas y engorrosas invenciones humanas. En este período de la historia del mundo, con la inmensa labor que tenemos ante nosotros, es preciso que actuemos con la mayor simplicidad, y tanto más fuerte será el trabajo por su simplicidad.

Sin embargo, que a nadie le pase por la cabeza que podemos prescindir de la organización. Nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en petición de sabiduría, a las que sabemos que Dios ha dado respuesta, erigir esta estructura. Se ha edificado por su dirección, a través de mucho sacrificio y mucha oposición. Que ninguno de nuestros hermanos se engañe tanto como para intentar derribarla, porque así se introducirá un estado de cosas que no puede ni imaginarse. Declaro en el nombre del Señor que ha de seguir en pie, confirmada, fortalecida, consolidada.— Carta 32, 1892, pp. 1, 10-12 (a los hermanos de la Asociación General, 19 de diciembre de 1892).

Divorcio, nuevo matrimonio y separación de casados divorciados

Un contrato de por vida. Todo compromiso matrimonial debe ser considerado cuidadosamente, pues el matrimonio es un paso que se da para toda la vida. Tanto el hombre como la mujer deben considerar con todo cuidado si pueden mantenerse unidos a través de las vicisitudes de la vida mientras ambos vivan.— Carta 17, 1896, p. 4 (a W. F. Caldwell, 10 de mayo de 1896).

Legalmente divorciada, pero casada a la vista de Dios. Una mujer puede estar legalmente divorciada de su esposo por las leyes del país y, sin embargo, no estar divorciada a la vista de Dios ni según la ley suprema. Solo hay un pecado, que es el adulterio, que puede colocar al esposo o a la esposa en una situación en la que pueden quedar liberados del voto matrimonial a la vista de Dios. Aunque las leyes del país puedan conceder un divorcio, siguen siendo marido y mujer a la luz de la Biblia, según las leyes de Dios.

Solicitado para su general conocimiento.

Vi que la hermana _____, de momento, no tiene todavía de ningún modo derecho a casarse con otro hombre; pero si ella, o cualquier otra mujer, obtiene legalmente el divorcio porque su marido ha sido culpable de adulterio, entonces sí queda libre para casarse con quien ella escoja.— Ms 2, 1863, p. 4 («Testimony to Monterey Church» [Testimonio a la iglesia de Monterrey], 6 de junio de 1863).

La única causa admisible de divorcio. Las ideas que usted tiene relativas al vínculo conyugal son erróneas. Nada que no sea la violación del lecho conyugal puede romper o anular el voto matrimonial. Vivimos en tiempos peligrosos, cuando no hay seguridad alguna en nada que no sea una fe firme e inquebrantable en Jesucristo. No hay corazón que las artimañas de Satanás no puedan enajenar de Dios, si no vela en oración.

La salud de usted habría sido mucho mejor si su mente hubiese tenido paz y descanso; pero se confundió y desequilibró, y usted razonó incorrectamente con respecto al asunto del divorcio. Sus opiniones no pueden sostenerse sobre la base de la cual parte su razonamiento. Los hombres no están libres para crear su propia norma, a fin de evitar la ley de Dios y complacer sus propias inclinaciones. Deben acudir a la gran norma de justicia de Dios.

Si la esposa es incrédula y opositora, el esposo no puede, según la ley de Dios, repudiarla por esa única causa. Para estar en armonía con la ley de Jehová, debe permanecer con ella, a no ser que ella, por voluntad propia, decida abandonarlo. Puede que él sufra oposición y sea oprimido y molestado de muchas formas; hallará consuelo, fortaleza y apoyo en Dios, el cual puede dar gracia en toda contingencia. Debe ser hombre de mente pura, de principios claros y firmes, y Dios le dará sabiduría acerca de la conducta que deba seguir. El impulso no dominará su razón, sino que la razón sostendrá las riendas del control con mano firme, para mantener sujeta la concupiscencia. [...]

El Señor fijó una sola causa por la cual una esposa debe abandonar a su esposo, o el esposo dejar a su esposa, que fue el adulterio. Esta causa debe considerarse con oración. El matrimonio existe desde la creación, fue establecido por Dios como un mandato divino. La institución del matrimonio fue creada en el Edén. El sábado del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén, cuando se pusieron los cimientos del mundo, «cuando alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban

todos los hijos de Dios» (Job 38: 7). Así que la institución divina del matrimonio ha de ser tomada por usted tan seriamente como el sábado del cuarto mandamiento.— Carta 8, 1888, pp. 1, 2.

Cambien el temperamento, no el matrimonio. He recibido una carta de su esposo. Quiero decirle que hay un solo motivo por el cual un marido puede separarse legalmente de su mujer, o una mujer de su marido, y este motivo es el **adulterio**.

Si los temperamentos de ustedes no congenian, ¿no daría gloria a Dios que cambiaran esos temperamentos?

Los cónyuges deben cultivar el respeto y el afecto mutuos. Deben proteger el espíritu, las palabras y las acciones, para que nada se diga ni se haga que irrite o moleste. Cada uno ha de cuidar del otro, y hacer cuanto esté en su mano para fortalecer su afecto mutuo.

Les digo a ambos que busquen al Señor. Con amor y bondad, cumplan su deber el uno hacia el otro. El esposo debe cultivar hábitos de laboriosidad, haciendo cuanto esté en su mano para sostener a la familia. Esto inducirá a la esposa a tenerle respeto

Es preciso que ambos venzan el orgullo y el egoísmo. No se hieran mutuamente con palabras ásperas. Háblense con amabilidad y dulzura. No puedo darles mejor consejo que este. Ninguna lengua puede expresar, ninguna mente finita puede concebir, la satisfacción que proviene del aprecio de la bondad y el amor de Dios.

Hermana mía, usted no puede agradar a Dios manteniendo esa actitud. Perdone a su esposo. Es su marido, y será bendecida si procura ser una esposa solícita y afectuosa. Que la ley de la amabilidad esté en sus labios. Usted puede y debe cambiar de actitud.— Carta 168, 1901, pp. 1, 2.

Un caso admisible de segundo matrimonio. Con respecto al casamiento de su hija con A, comprendo qué es lo que le preocupa. Pero la boda se llevó a cabo con el consentimiento de usted, y su hija, conociendo todo lo referente a él, lo aceptó como esposo, y ahora no acierto a ver razón alguna por la cual usted debería preocuparse excesivamente por este asunto. Su hija ama a A, y puede ser que este matrimonio esté de acuerdo con el plan de Dios a fin de que tanto A como su hija puedan tener una experiencia cristiana más rica, y así apoyarse mutuamente en sus respectivas deficiencias. Su hija ha prometido ser la fiel esposa de A; que ahora rompiese sus votos matrimoniales no estaría nada bien. No puede renunciar ahora a sus obligaciones hacia él. [...] Yo estaba

personalmente enterada de las relaciones de él con su primera esposa B. A amaba a B más de la cuenta, porque ella no era digna de su consideración. Él hizo cuanto estaba en su mano por ayudarla, y trató por todos los medios de conservarla como esposa suya. No podría haber hecho más de lo que hizo. Le supliqué y procuré mostrarle la incoherencia de su conducta, y le rogué que no pidiera el divorcio; pero ella se mostró decidida, inflexible y obcecada, y quiso hacer su propia voluntad. Mientras vivió con él, procuró sacarle todo el dinero posible, y no lo trató con el cariño con que una mujer debería tratar a su marido.

A no repudió a su mujer. Ella lo abandonó, lo repudió y se casó con otro hombre. No veo nada en las Escrituras que le prohíba a él volver a casarse en el Señor. Tiene derecho al cariño de una mujer. [...]

No acierto a ver ninguna razón para perturbar esta nueva unión. Es un asunto serio separar a un hombre de su mujer. No hay base bíblica para adoptar tal acción en este caso. Él no la abandonó, sino que fue ella quien lo dejó. No volvió a casarse hasta que ella obtuvo el divorcio. Cuando B se divorció de A, él sufrió muy intensamente, y A no volvió a casarse hasta que B se hubo casado con otro hombre. Estoy segura de que la mujer que él ha elegido será de ayuda para él, y que él será de ayuda para ella. [...] No veo nada en la Palabra de Dios que requiera que ella se separe de él. Como usted me ha pedido consejo, se lo doy sin reservas.— Carta 50, 1895, pp. 1-6.

El cónyuge culpable no tiene derecho a volver a casarse. He estado considerando su caso en relación con _____, y no tengo otro consejo que darle fuera del que ya le he dado. Considero que usted no tiene ningún derecho moral a casarse con _____; él no tiene ningún derecho moral a casarse con usted. Abandonó a su esposa después de haberla provocado muchísimo. Abandonó a la mujer a la que había prometido delante de Dios amar y cuidar mientras ambos vivieran. Antes de que ella obtuviera el divorcio, cuando aún era legalmente su esposa, él la abandonó durante tres años, y luego la dejó de amar, y le expresó su amor a usted. El asunto ha sido concertado en gran medida entre usted y un hombre casado mientras él seguía legalmente unido a la mujer con quien se había casado, y con quien ha tenido dos hijos.

No veo que las Escrituras les den a ninguno de ustedes dos ni una pizca de indulgencia para contraer matrimonio, aunque la esposa de él esté divorciada. Con la provocación que él le ha dado a ella, la forma de actuar de él produjo en gran medida ese resultado, y no puedo ver

con luz más favorable en absoluto que él tenga derecho legal de vincular sus intereses con los de usted, o que usted tenga derecho de unir sus intereses con los de él. [...]

Me asombra que usted dedique un solo instante a pensar en semejante cosa y que dé su afecto a un hombre casado que ha abandonado a su esposa y a sus hijos en semejantes circunstancias. Le aconsejo que someta sus pensamientos y sus planes concernientes a este asunto a la consideración de nuestros hermanos responsables, a fin de recibir su consejo, y para que ellos le muestren mediante la ley de Dios el error en que ha caído. Ambos ya han quebrantado la ley solo habiendo pensado que pueden unirse en matrimonio. Usted debería haber rechazado esa idea cuando le fue insinuada por vez primera.— Carta 14, 1895, pp. 1, 2.

Consejo a los que instan a la separación de marido y mujer. He recibido y leído la carta de usted. He estado familiarizada con varios casos similares y he conocido a personas que sentían en conciencia que debían hacer algo en casos como el que usted menciona. Tras haber revuelto las cosas en general, despedazándolo todo, carecían del sentido común para recomponer las cosas para mejorar la situación. Me di cuenta de que los que tanto celo tenían por demoler las cosas no hacían nada por reedificarlas en el orden debido. Tenían la facultad de confundir, afligir y crear un estado de cosas sumamente deplorable, pero no la facultad de mejorarlas.

Usted ha pedido mi consejo en relación con este caso; le diría que, a no ser que los que están preocupados con referencia al asunto hayan estudiado meticulosamente un plan mejor y puedan encontrar mejor acomodo para estas personas, que lo mejor sería que no lleven a cabo su plan de separarse. Espero no enterarme de que se insiste en este asunto y de que se retira el apoyo a las dos personas cuyos intereses se han unido. Escribo esto porque he visto muchos casos como este, y había gente que se preocupaba mucho hasta que todo quedaba trastornado y desarraigado, pero luego su interés y su preocupación no iban más allá. Deberíamos estar cada uno seguro de que tenemos un celo que sea según el conocimiento. No deberíamos actuar apresuradamente en estos casos, sino considerar la cuestión desde todos los ángulos; deberíamos actuar con mucha cautela y con ternura compasiva, porque no conocemos todas las circunstancias que llevaron a esta situación.

Aconsejo dejar a estos desdichados en manos de Dios y de su propia conciencia, y que la iglesia no los trate como pecadores hasta que tenga

evidencia de que lo son a ojos del Santo Dios. Él lee el corazón como un libro abierto. No juzgará como juzga el hombre.— Carta 5, 1891, pp. 1, 2.

Un caso en el que no se ganaría nada con dejar a la actual esposa. Acabo de leer su carta relativa a _____. Considero este asunto tal como usted lo ve, y pienso que el curso adoptado por el padre de _____ es cruel y malicioso. [...] Yo diría que el caso [de _____] no puede mejorar abandonando a su actual esposa. El caso no mejoraría volviendo con la otra mujer.

Considero que el caso del padre es extraño, y que a él no le agradará enfrentarse con el registro de sus actos en el día del Señor. Necesita arrepentirse delante de Dios de su actitud y de sus obras. Lo mejor que puede hacer es dejar de provocar enfrentamientos. [...] Que el padre y el hermano lleven a cabo obras diligentes por sí mismos. Ambos necesitan el poder transformador de Dios. Quiera el Señor ayudar a esas pobres almas a quitar las manchas y las arrugas de sus propios caracteres, y que se arrepientan de sus males, y que dejen a _____ en manos del Señor.

Siento mucha pena por ese hombre, porque su curso está en tal situación que no responde a intromisiones, porque hay toda una montaña de dificultades. Yo diría que el Señor comprende la situación, y que si _____ quiere buscarlo de todo corazón, lo encontrará. Si lo pone todo de su parte, Dios lo perdonará y lo recibirá.

¡De cuánto valor es saber que tenemos a Alguien que conoce y comprende, y que ayudará a los más desvalidos! Pero el reproche de Dios alcanza al padre y al hermano, que estarían dispuestos a llevar a la destrucción y a la perdición a alguien que ante la vista de Dios no está en mayor condenación que ellos mismos; y, a pesar de eso, quieren emplear su poder de convicción para descorazonar, desanimar y llevar a _____ hasta la desesperación.

_____ puede esperar en Dios y hacer todo lo posible para servir a Dios con toda humildad de mente, echando su alma desvalida sobre el gran Portador de los pecados. No he escrito ni una palabra al padre o al hijo. Haría de buena gana algo por ayudar al pobre _____ a corregir las cosas, pero esto no se puede hacer según están ahora las cosas sin que alguien salga perjudicado.— Carta 175, 1901, pp. 1-3.

La separación de personas irremediabilmente incompatibles. He recibido su carta y, en respuesta a la misma, diría que no puedo aconsejarle que vuelva al lado de _____, a no ser que vea en él cambios decididos.

No agradan al Señor las ideas que él ha albergado en el pasado acerca de lo debido a una esposa [...]. Si el hermano _____ se aferra a sus opiniones anteriores, el futuro no sería mejor para usted de lo que fue el pasado. Él no sabe cómo tratar a una mujer.

Este asunto me produce gran tristeza. _____ me da mucha lástima, pero no puedo aconsejarle que vuelva con él contra el propio criterio de usted. Hablo con usted con tanta franqueza como hablé con él; sería peligroso que usted volviera a someterse a los dictados de él. Yo tenía esperanzas de que él cambiara. [...]

El Señor comprende todo lo que le sucede, hermana _____. Tenga buen ánimo en el Señor; él no la dejará ni la abandonará. La más tierna conmiseración hacia usted conmueve mi corazón.— Carta 148, 1907, pp. 1, 2.

Comportarse como un hombre. No acierto a ver qué más se puede hacer en este caso, y creo que lo único que usted puede hacer es renunciar a su esposa. Si ella está tan decidida a no vivir con usted, tanto ella como usted serían sumamente desdichados al intentarlo. Y, puesto que ella ha marcado sus propios límites de forma plena y decidida, lo único que usted puede hacer es cargar su cruz y comportarse como un hombre.— Carta 40, 1888, p. 1.

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 22 de agosto de 1948

Los libros que dan el mensaje

No dejar de lado los libros que dan el mensaje. Se me rompe el corazón al ver que hay quienes profesan esperar la venida de Cristo y que dedican su tiempo y sus talentos a hacer circular libros que no contienen nada relativo a la verdad especial para nuestros días: literatura narrativa, biografías, libros de teorías y especulaciones humanas. El mundo está lleno de tales libros; pueden adquirirse en cualquier sitio; pero ¿cómo pueden los seguidores de Cristo ocuparse en una obra tan común, cuando existe una clamorosa necesidad de la verdad de Dios por todas partes? No es nuestra misión difundir esas obras. Hay miles de personas para hacerlo, que de momento no conocen nada mejor. Tenemos una misión especial, y no debemos desviarnos de ella por cuestiones marginales, empleando hombres y recursos para llamar la atención de la gente sobre libros que no tienen relación con la verdad presente.— Ms 122, 1899, pp. 19, 20 («The Canvasser and His Work» [El colportor y su obra], 1899).

Solicitado por el Departamento de Publicaciones.

Un programa equilibrado. Creo que no es correcto dedicar tanta atención a la venta de los libros más pequeños descuidando los grandes. Es un error dejar en los estantes los libros grandes, que el Señor ha revelado que deben ponerse en las manos del público, impulsando preferentemente, en lugar de eso, la venta de libros pequeños.— Ms 123, 1902, p. 10 (de un informe de una reunión de la junta celebrada en Elmshaven el 19 de octubre de 1902).

Libros que contienen la verdad presente. En este período de nuestra obra debemos cuidar cada paso que demos con referencia a la publicación de nuestros libros. Me ha sido claramente mostrado que debemos reclutar como colportores a hombres aptos. Gran parte del esfuerzo que se ha dedicado a la venta de libros de salud debe ahora aplicarse a la colocación de libros que contienen la verdad presente para este tiempo, para que las evidencias de nuestra fe y los temas que están delante de nosotros puedan ser conocidos por la gente. [...]

Hemos de incorporar a la obra todo instrumento vivo que sienta que ha sido escogido por Dios para hacer, no una obra comercial común, sino una labor que dará al mundo luz y verdad, la verdad bíblica.— Carta 72, 1907, pp. 2, 3 (a E. R. Palmer, 25 de febrero de 1907).

La luz del mundo. Nuestros libros grandes deberían tener una circulación más amplia. Las palabras «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5. 14) deben tener un cumplimiento mucho más claro en la vida de los adventistas del séptimo día que el que han tenido de momento. Todo frente de nuestra labor debería llevarse delante de forma que recomiende la verdad a quienes oigan. No debe verse ningún acto egoísta en la labor comercial ni en la labor espiritual. No debe introducirse en el patrón ninguna hebra de deshonestidad.

Como nunca antes, ha llegado el momento en que los adventistas del séptimo día han de alzarse y alumbrar, «porque ha venido tu luz y la gloria del Señor ha nacido sobre ti» (Isa. 60: 1).— Carta 296, 1904, pp. 2, 3 (a los pastores Arthur G. Daniells y William W. Prescott, octubre de 1904).

El hermano Walter Harper* lleva un tiempo hablándome de la necesidad de que se haga un mayor esfuerzo en la venta de mis libros, es-

* Los siguientes párrafos corresponden a un consejo relativo a las propuestas realizadas por el pastor Stephen N. Haskell en cuanto a la distribución independiente de los libros.

pecialmente *El conflicto de los siglos* y *Patriarcas y profetas*. Lo animé para que hiciera cuanto pudiera por impulsar la venta de estos libros y le dije que, si las editoriales no ~~de~~ tenían existencia de mis libros, yo se los suministraría. Pero, al reflexionar sobre este asunto, me doy cuenta de que, en este momento, cuando tanto se dice contra la organización, debemos cuidar de no favorecer la desorganización. No debemos romper el orden. Me da miedo cualquier plan que pudiera quitar trabajo a nuestras editoriales, porque esto podría aminorar la confianza de nuestros hermanos en estos vitales instrumentos para la diseminación de la verdad presente.

Creo que en la venta de sus libros, usted quiere hacer precisamente lo que es justo. Creo que el Señor lo guiará con su consejo. En cuanto a mis libros, pienso que no puedo tomarlos en mis propias manos, debilitando así la obra de las instituciones responsables de las publicaciones. No sería prudente por mi parte adoptar una iniciativa que diera la impresión de que no tengo confianza en nuestras principales editoriales. Es preciso que lo hagamos todo de forma justa. No debemos debilitar el corazón ni las manos de aquellos de los que tanto esperamos.

Hace años, cuando vivía en Battle Creek, me tenía angustiada que *El conflicto de los siglos* estuviera inoperante en las estanterías. Estuvo retenido dos años para que *Bible Readings* [Lecturas bíblicas] pudiera recibir más atención. No importa lo que yo hubiera dicho, no habrían variado los planes de los que tenían el control de la obra del colportaje. Me trataron como si fuera una niña. Si en ese momento hubiese apelado a la gente, solicitando colportores para distribuir mis libros, y prometiendo suministrárselos, ello habría sido del agrado del Señor; pero ahora las cosas han cambiado. Ahora no hay un plan premeditado y firme de retener los libros que son de suprema importancia. Estamos trazando planes para sacar muchos libros, y no sería prudente que el pionero de nuestra obra tome ahora ninguna iniciativa que cree confusión. No debemos llevar ningún desánimo a nuestras editoriales en este período crucial de su desarrollo.

Hemos aconsejado a la Pacific Press que renuncie al trabajo comercial. Así se ha hecho. La Review and Herald también está dedicando la mayor parte de sus energías a nuestra propia obra. La editorial de Nashville está realizando menos trabajo externo y se está esforzando mucho en reclutar buenos jefes de colportores y vender nuestros libros religiosos. Tomar mis libros en mis propias manos ahora supondría

obstaculizar el trabajo de las editoriales, y no puedo hacerlo. Es preciso que aunemos esfuerzos y que no demos ningún paso que provoque desórdenes en la obra de publicaciones.

Puede usted hacer lo que considere más oportuno; pero yo he llegado a la conclusión de que mis libros sigan siendo distribuidos exactamente de igual modo como hasta ahora. Alentaré a nuestros hermanos para que los esparzan como las hojas del otoño, pero dejaré que mis libros sean distribuidos por las editoriales y aguardaré para ventas mayores en el futuro.— Carta 70, 1907, pp. 1-3 (al pastor S. N. Haskell, 26 de febrero de 1907).

Distribución independiente. Ayer me presentaron la conveniencia de suministrar mis libros directamente a los colportores en los territorios en los que se venden pocos. Así yo recibiría mayores ingresos. Presenté el asunto a mi hijo William tal como me lo habían presentado. Entonces él me comentó la consideración que le merecía la propuesta y, en conclusión, dijo: «Mamá, a no ser que usted tenga una instrucción especial del Señor, le aconsejo que no introduzca ningún cambio; ya usted tiene suficientes preocupaciones y agobios. En toda nueva iniciativa, es preciso que consideremos los intereses de la obra en su conjunto».

Durante la noche recibí indicaciones del mejor rumbo que hay que seguir en esta crisis. Nuestra obra es ahora grande; deben sacarse muchos libros nuevos; y es preciso que gestionemos con prudencia todos los ramos de la obra. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano en apoyar a nuestras editoriales de Estados Unidos y del extranjero. En el supuesto caso de que yo, como autora, asumiera el trabajo de distribuir mis libros yo misma, se introduciría el desánimo en nuestro sistema de publicaciones. Hemos instado a nuestras editoriales que renuncien al trabajo comercial, y así lo han hecho. Introducir confusión en la obra de los libros para el colportaje les daría ocasión a volver a la obra comercial, y esto introduciría demoras y trabas a la obra de llenar el mundo con nuestras publicaciones.— Carta 72, 1907, pp. 1, 2 (a E. R. Palmer, 25 de febrero de 1907).

He recibido su carta, en la que usted habla de un plan según el cual usted imprimiría y vendería un gran número de ejemplares de mi libro *Primeros escritos*, publicado con un nuevo estilo de encuadernación. Anteriormente había dado mi consentimiento a sus sugerencias relativas

a esta cuestión, pero recientemente he recibido una instrucción tan positiva relativa a la necesidad de unidad que no me atrevo a dar mi consentimiento a su propuesta.

El Señor espera que toda iniciativa adoptada por usted o por mí sea de tal naturaleza que inspire confianza en que estamos siendo dirigidos por el Señor. Me dolería verlo a usted haciendo algo que tendiera a disminuir su influencia como consejero prudente. Como obreros misioneros, necesitamos la dirección del Espíritu Santo. Es preciso que busquemos seguir el ejemplo dado por nuestro Salvador en su ministerio de amor. Debemos manifestar la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma. Que el Señor nos ayude para que podamos ser una bendición para su pueblo.

No quisiera distribuir mis libros, ni verlo a usted distribuir sus libros, de una manera que pareciera arrojar descrédito en las editoriales. Es preciso que seamos cautos en todo esto. Llevar adelante los planes que usted sugiere daría la impresión a muchos de que nos aprovechábamos de las circunstancias para beneficiarnos a nosotros mismos. [...] Que toda la influencia de usted se proyecte para crear un espíritu de unidad con quienes desempeñan responsabilidades en la obra de publicaciones. Entonces lo que usted diga tendrán más influencia.

Usted y yo estamos siendo observados de forma muy crítica. Si lleváramos adelante planes que creasen disensión, ello podría dar como resultado la pérdida de almas. No olvide que muchos acechan para ver si se toman iniciativas que parecieran apoyar las iniciativas incorrectas que se han tomado en esta Asociación durante estos últimos años. Trabajemos con seriedad para convencer a la gente de que Cristo vino a nuestro mundo para poner a los seres humanos en terreno ventajoso, para que pudiéramos convertirnos en «participantes de la naturaleza divina» (2 Ped. 1: 4).

Agradaría al Señor que usted modifique sus planes relativos a la venta de libros a precios bajos, no sea que lleve a algunos a pensar que nuestras editoriales estaban cobrando precios desmesurados por sus productos.

En su posición de confianza como presidente de la Asociación de California, debería prestar atención, no vaya a dar ocasión a que sus abnegados esfuerzos sean considerados como una crítica contra los responsables de la obra de publicaciones. Usted ha de acercarse tanto como sea posible a nuestros hermanos dirigentes. Sería un gran error seguir métodos en la publicación y la venta de sus libros que dañen la

influencia de usted. Por tanto, digo que no sería prudente, hermano mío, que lleve adelante planes que a algunos les parecen contrarios al trato justo en la venta de nuestros libros.

Por lo tanto, no puedo dar mi consentimiento a que ninguno de mis libros se distribuya en este momento de la forma que usted sugiere. Causaría una poco deseable impresión ante algunos de nuestros hermanos.— Carta 94, 1908, pp. 1-3 (al pastor Stephen N. Haskell, 29 de marzo de 1908).

Al realizar consultas relativas a la publicación de *Primeros escritos*, he averiguado que nuestras agencias de Mountain View y de Washington acaban de sacar y tienen en inventario un gran tiraje de este libro y que están vendiendo una edición en rústica por treinta y cinco centavos. Por tanto, en este caso, les parecería injusto que nos empeñemos en sacar al mercado un libro de menor tamaño que vaya a venderse a menor precio. [...]

Las presentaciones que se me han hecho me llevan a temer el plan de venta de nuestros libros a precio demasiado bajo. Muchos que podrían aprovecharse de esos precios bajos podrían con igual facilidad pagar el precio completo. Y algunos que adquieren los libros a un precio bajo se los venderían a otros, que tendrían que pagar los precios regulares. Esto está provocando una situación que no nos llevaría a nada bueno. Si usted encuentra personas dignas que no puedan pagar un libro, es su privilegio regalárselo. Pero usted debería mantener sus libros a un precio que garantice que las editoriales no entren en pérdidas. [...]

El enemigo siempre busca sembrar cizaña entre el precioso trigo. Se requiere una labor seria para que nuestros esfuerzos tengan éxito. Aunque ciertos planes puedan parecer prudentes y aunque se tengan los mejores de los motivos al seguirlos, si esos planes dan como resultado desavenencias, al final vamos a ver que no dan los buenos resultados que se pretendía.

En la actual situación, no me atrevo a proceder de forma distinta a como le vengo diciendo. Aunque durante un tiempo pudiera haber entusiasmo en la presentación de libros con un gran descuento, son pocos los que pueden hacer ese tipo de trabajo. Y no puedo consentir que usted haga esto en mi nombre. Ambos nos estamos haciendo viejos, y toda iniciativa debe llevar la impronta del carácter de Cristo. Ni por un momento debemos aventurarnos a tomar iniciativas poco aconsejables. Contemplar a Jesús constituye la excelencia real del ca-

rácter. Si imitamos al Modelo siempre estaremos seguros, porque Cristo se revelará en nuestro ministerio personal. No cometamos ningún error, porque estamos sembrando para la eternidad.

Tenemos que apoyar al ministerio de las publicaciones en el trazado y la ejecución de planes conducentes a una saludable unidad. Todos deberíamos buscar ser bautizados con el Espíritu Santo y hablar todas las mismas cosas. Que cada uno sirva con vista únicamente a la gloria de Dios.— Carta 106, 1908, pp. 1-4 (al pastor Stephen N. Haskell y su esposa, 2 de abril de 1908).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

El número 42 es idéntico al 23 (pp. 37-47).
El número 43 es idéntico al 33 (pp. 123-125).
El número 44 es idéntico al 32 (pp. 117-122).

MANUSCRITO

45

La lluvia tardía

Ha llegado el momento cuando debemos esperar que el Señor haga grandes cosas por nosotros. No tenemos que ceder en nuestros esfuerzos ni flaquear. Hemos de crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor. Antes de que concluya finalmente la obra y termine el sellamiento del pueblo de Dios, recibiremos el derramamiento del Espíritu de Dios. Ángeles del cielo estarán entre nosotros. [...] Ahora es el momento de prepararnos para el cielo, cuando cada uno de nosotros debe caminar en plena obediencia a todos los mandamientos de Dios.— Carta 30, 1907, pp. 2, 3 (al Sr. N. D. Faulkhead, 5 de febrero de 1907).

Sé que debe hacerse una obra por el pueblo, o muchos no estarán preparados para recibir la luz del ángel que baja del cielo para iluminar toda la tierra con su gloria. No piensen que serán hallados como vasos para honra en el momento de

Solicitado para su uso en relación con declaraciones sobre la «lluvia tardía» en un informe impreso del secretario ministerial de la Asociación

la lluvia tardía, para recibir la gloria de Dios, si están saturando su alma de vanidades, hablando perversidades y acariciando en secreto raíces de amargura traídas del Congreso de Minneápolis. El desagrado de Dios estará ciertamente sobre toda alma que guarde y fomenta esas raíces de disensión, o que tenga una actitud tan diferente del espíritu de Cristo.— Carta 24, 1889, p. 4 (a la Asociación General, *alrededor de 1889*).

Hermanos, tenemos poco tiempo para actuar. Ciertamente, es preciso que dejemos de quejarnos de los demás y que abramos completamente nuestro corazón ante Dios para que podamos recibir el Espíritu Santo. Hace años que había llegado el momento de que el Espíritu Santo descendiera de forma especial sobre los fervientes y abnegados obreros de Dios. El Señor bendecirá grandemente a sus escogidos y probados, si están dispuestos a cooperar con él. Cuando el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés, fue como un viento recio que soplabá. No fue dado en una medida escasa, porque llenó todo el lugar donde los discípulos estaban reunidos. Así nos será dado cuando nuestro corazón esté preparado para recibirlo.— Ms 2, 1899, p. 1 («The Need for Greater Consecration» [La necesidad de mayor consagración], 24 de enero de 1899).

«Ciertamente viene el día, ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa. Aquel día que vendrá, los abrasará, dice Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación. Saldréis y saltaréis como becerros de la manada» (Mal. 4: 1, 2).

Aquí se ve claramente los que serán vasos de honra, porque recibirán la lluvia tardía. Toda alma que, con la luz que ahora brilla sobre nuestra senda, siga en el pecado será cegada y aceptará los engaños que provengan de Satanás. Ahora nos acercamos al final de la historia de esta tierra. ¿Dónde están los fieles vigías de los muros de Sion que no dormirán, sino que anunciarán con fidelidad la hora de la noche? Cristo vuelve para ser contemplado por todos aquellos que creen. ¡Qué doloroso es contemplar que se mantiene al Señor Jesús en un segundo plano! ¡Qué pocos magnifican su gracia y exaltan su compasión y su amor infinitos! No habrá ni un ápice de envidia ni de celos en el corazón de los que buscan ser como Jesús en carácter.— Carta 15, 1892, p. 5 (al pastor Stephen N. Haskell, 25 de junio de 1892).

Con los aguaceros de la lluvia tardía, muchas de las producciones e invenciones humanas serán barridas; el límite de la autoridad del hombre será como cañas rotas; y el Espíritu Santo hablará con poder convincente a través del instrumento humano. Nadie se fijará entonces en

si las frases están bien rematadas o si la gramática es impecable. Las aguas vivas fluirán por los propios canales de Dios. Pero cuidemos ahora de no exaltar a los hombres, a sus dichos y a sus hechos; y que nadie considere algo extraordinario tener una experiencia espectacular que relatar, porque aquí hay un terreno fértil en el que se dará credibilidad a personas indignas.— Carta 102, 1894, p. 4 (a J. Edson White y su esposa Emma, 6 de febrero de 1894).

Toda alma verdaderamente convertida estará intensamente deseosa de llevar a otros de las tinieblas del error a la maravillosa luz de la justicia de Jesucristo. El gran derramamiento del Espíritu de Dios que alumbra toda la tierra con su gloria se producirá cuando haya un pueblo esclarecido que sepa por experiencia lo que significa ser colaboradores de Dios. Cuando tengamos una consagración completa y de todo corazón al servicio de Cristo, Dios reconocerá el hecho derramando su Espíritu sin medida; pero esto no ocurrirá mientras la mayor parte de la iglesia no obre juntamente con Dios. El Señor no puede derramar su Espíritu cuando el egoísmo y la complacencia propia son tan manifiestos, cuando prevalece un espíritu que, si se expresara verbalmente sería la respuesta de Caín: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (Gén. 4: 9).— Carta 31, 1894, p. 11 (al Sr. Harper, 23 de septiembre de 1894).

No podemos ejercer la debida influencia cuando nos encontramos cubiertos por nubarrones de ansiedad o abatimiento. Es preciso que extendamos la mano de la fe y nos aferremos de la mano de nuestro Redentor. No debemos aguardar a la lluvia tardía. Viene sobre todos los que reconozcan y se apropien del rocío y de los aguaceros de la gracia que caen sobre nosotros. Cuando juntemos los fragmentos de luz, cuando apreciemos las seguras misericordias de Dios, a quien le complace que confiemos en él, se cumplirá toda promesa. «Porque como la tierra produce su renuevo y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová, el Señor, hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones» (Isa. 61: 11).— Carta 151, 1897, pp. 1, 2 (a J. Edson White y su esposa Emma, 29 de agosto de 1897).

Cuando los obreros tengan a Cristo morando permanentemente en sus almas, cuando todo egoísmo haya sido sepultado, cuando no haya rivalidades ni contiendas por la supremacía, cuando exista unidad, cuando se santifiquen a sí mismos, de modo que se vea y sienta el amor mutuo; entonces las lluvias de la gracia del Espíritu Santo vendrán sobre ellos tan ciertamente como que la promesa de Dios nunca fallará ni en una jota ni una tilde. Pero cuando es menospreciada la labor de los

demás, para que unos obreros puedan mostrar su propia superioridad sobre otros, esos demuestran que su propia actuación no lleva el sello legítimo. Dios no puede bendecirlos.— Ms 24, 1896, p. 4 («Unselfishness among Brethren» [La generosidad entre hermanos], 9 de septiembre de 1896).

Descansa sobre mí la responsabilidad enormemente solemne de decirles: «Su única esperanza está en Dios». Antes de darnos el bautismo del Espíritu Santo, nuestro Padre celestial nos probará para ver si podemos vivir sin deshonrarlo. Acérquense a Dios y él se acercará a ustedes. No piensen, hijos míos, que han recibido toda la ayuda espiritual que necesitan. Y no piensen que pueden recibir grandes bendiciones espirituales sin satisfacer las condiciones que el propio Dios ha establecido. Santiago y Juan pensaron que, con solo pedirlo, podían tener el puesto más encumbrado en el reino de Dios. ¡Qué lejos estaban de haber captado la realidad! No se daban cuenta de que antes de que pudieran compartir la gloria de Cristo, debían llevar su yugo y aprender cada día de su mansedumbre y su humildad.— Carta 22, 1902, pp. 8, 9 (a J. Edson White y su esposa Emma, 1º de febrero de 1902).

Cristo usó el viento como símbolo del Espíritu de Dios. Igual que «el viento sopla de donde quiere, [...] pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es con todo aquel que nace del Espíritu» (Juan 3: 8). No sabemos a través de quién se manifestará el Espíritu Santo. Pero no hablo mis propias palabras cuando digo que el Espíritu de Dios pasará de largo de aquellos que hayan tenido su día de prueba y de oportunidad, pero no hayan distinguido la voz de Dios ni apreciado la obra de su Espíritu. Entonces, en la hora undécima, miles verán y reconocerán la verdad. «Ciertamente vienen días, dice Jehová, cuando el que ara alcanzará al segador, y el que pisa las uvas al que lleve la simiente» (Amós 9: 13). Esas conversiones a la verdad se realizarán con una rapidez que sorprenderá a la iglesia, y únicamente el nombre de Dios será glorificado.— Carta 43, 1890, p. 5 (al hermano Olsen, 5 de diciembre de 1890).

Si todos los que se ocupan de la Palabra de Dios, atendiendo al pueblo, están dispuestos a limpiar su corazón de toda iniquidad y toda contaminación, y acuden a Dios con un limpio propósito de corazón, como niños, verán la salvación de Dios. Jesús caminará en medio de nosotros. Ahora tenemos las invitaciones de la misericordia a convertirnos en vasos de honra, y entonces no es preciso que nos preocupemos de la lluvia tardía; lo que tenemos que hacer es mantener la vasija limpia, preparada y dispuesta para la recepción de la lluvia celestial, y además

seguir orando: «Que la lluvia tardía llene mi vasija. Que la luz del ángel glorioso que se une con el tercer ángel brille sobre mí. Dame, Señor, una parte en la obra; permíteme que haga sonar el clarín; concédeme ser colaborador de Jesucristo». Déjenme que les diga que, buscando así a Dios, él los dota continuamente dándoles su gracia. No tienen por qué preocuparse. No es preciso que crean que va a llegar un momento especial cuando han de ser crucificados; el tiempo para ser crucificado es precisamente ahora.

Cada día, cada hora, ha de morir el yo; ha de crucificarse el yo, y entonces, cuando llegue el momento en que de verdad sobrevenga la prueba al pueblo de Dios, los brazos eternos nos rodearán. Los ángeles de Dios forman un muro de fuego en torno a nosotros y nos libran. La crucifixión del yo no tendrá ninguna efectividad entonces. Tiene que producirse antes de que se haya decidido el destino de las almas. Ahora precisamente debe crucificarse el yo, cuando hay una misión que cumplir; cuando podemos hacer uso de cada talento recibido. Precisamente ahora hemos de vaciar y limpiar el vaso por completo de su impureza. Justamente ahora hemos de ser santificados para Dios. Esta es nuestra obra ahora mismo. No hemos de aguardar ningún momento especial para que se realice una obra maravillosa; es hoy. Hoy me entrego a Dios.— Ms 35, 1891, pp. 16, 17 («Work and Baptism of Holy Spirit Needed» [Se precisan acción y el bautismo del Espíritu Santo], 26 de septiembre de 1891).

El Señor exige acción concertada. Deben realizarse esfuerzos bien organizados para conseguir obreros. Hay pobres, honradas y humildes almas, a las que el Señor pondrá en el lugar de ustedes, que nunca han tenido las oportunidades que ustedes han tenido, y no pudieron tenerlas porque el Espíritu Santo no obró en ustedes. Podemos tener la seguridad de que, cuando el Espíritu Santo sea derramado, los que no hayan recibido ni apreciado debidamente la lluvia temprana, no se percatarán ni entenderán el valor de la lluvia tardía. Cuando estemos realmente consagrados a Dios, su amor permanecerá en nuestro corazón por la fe, y con gozo cumpliremos con nuestro deber de acuerdo con la voluntad de Dios.— Carta 8, 1896, p. 9 (a mis hermanos de Estados Unidos, 6 de febrero de 1896).

Cuando se dé el mensaje del tercer ángel con gran voz, toda la tierra será iluminada con su gloria, el Espíritu Santo será derramado sobre su pueblo. El rédito de la gloria viene acumulándose para esta obra final del mensaje del tercer ángel. Ni una se ha perdido de las oraciones que han estado ascendiendo para el cumplimiento de la promesa del derramamiento del Espíritu Santo. Cada oración se ha venido acumulando,

lista para desbordarse y producir una inundación sanadora de influencia celestial y luz acumulada sobre el mundo entero.— Carta 96a, 1899, p. 2 (a la hermana Henry, 19 de julio de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 30 de agosto de 1950

El número 46 se saltó.

El número 47 es idéntico al 25 (pp. 53-59).

MANUSCRITO

48

El uso del diezmo

No para necesidades comunes de la casa de Dios. Me han llegado cartas de Oakland y de Battle Creek, indagando sobre el destino dado al diezmo, cuyos remitentes suponían que estaban autorizados a usar el dinero del diezmo para cubrir los gastos de la iglesia; ya que esos gastos eran muy cuantiosos. Según lo que me ha sido mostrado, el diezmo no ha de salir de la tesorería. Cada centavo de este dinero es el tesoro sagrado del propio Señor, que ha de usarse para un propósito especificado. [...]

La luz que el Señor me ha dado sobre este asunto es que no se usen con ningún otro propósito los medios de la tesorería, sino para el sustento de los pastores de los distintos territorios. Si se entregase el diezmo con honestidad y el dinero que entra en la tesorería se controlara meticulosamente, los pastores recibirían un salario justo. [...]

El pastor que trabaja debería ser sustentado. Pero, a pesar de ello, los que presiden la obra ven que no hay dinero en la tesorería para pagar al pastor. Sustraen el diezmo para

Solicitado para su general conocimiento.

otros gastos, como atender las necesidades del templo o de alguna obra de beneficencia. Dios no es glorificado con ninguna de esas actuaciones. Tenemos que elevar nuestra voz contra este tipo de gestión. Que los que tienen cómodos hogares y no son llamados a dejar su familia lo tengan en cuenta. Los privilegiados que disponen de templos, como en Battle Creek y Oakland, dos de nuestras mayores iglesias, deberían aportar donativos y ofrendas. Que se haga labor de casa en casa para exponer ante las familias de Battle Creek y Oakland su deber en la responsabilidad de todos para cubrir estos gastos, que pueden ser denominados comunes o materiales, y que no se robe a la tesorería. No ha habido dinero en la tesorería para suplir a los pastores para el servicio a Dios. [...]

Los que han usado el dinero del diezmo para suplir las necesidades comunes de la casa de Dios han tomado el dinero que debería ir a sostener a los ministros en la ejecución de la obra [del Señor], en la preparación del camino para la segunda venida de Cristo. Tan ciertamente como que ustedes hacen esta obra, aplican indebidamente los recursos que Dios les ha dicho que retengan en su tesorería, para que pueda estar rebosante, para que esos recursos sean usados en su servicio. Cuantos han tomado parte en esta obra deberían avergonzarse. Han usado su influencia para sustraer de la tesorería de Dios un fondo que está dedicado a un propósito sagrado. La bendición del Señor se retirará de los que hagan eso. El dinero del diezmo es siempre sagrado. [...]

Sé por la luz que el Señor me ha dado que debería haber muchos obreros en California. Debería haber obreros en Míchigan y, no obstante, los hombres plantean dudas relativas al uso del diezmo para propósitos distintos de lo que el Señor ha especificado. En California, en todas nuestras ciudades de Estados Unidos, por los caminos y las veredas, deberían surgir hombres como obreros consagrados que proclamen el mensaje de advertencia.— Ms 17, 1897, pp. 1-8 («The Use of the Tithe» [El uso del diezmo], 14 de marzo de 1897).

Compartir el dinero del Señor con territorios necesitados. En algunas de las grandes Asociaciones es posible que el diezmo resulte más que suficiente para sostener a los obreros que ahora están en el campo. Esto, sin embargo, no autoriza que sea usado para ningún otro fin. Si las Asociaciones estuvieran haciendo la obra que Dios desea que hagan, habría muchos más obreros en el campo, y la demanda de fondos aumentaría muchísimo. Las Asociaciones deberían sentir preocupación por los territorios allende sus propias fronteras. Hay misiones que sostener en lugares donde no hay ni una sola iglesia ni diezmo alguno, y también

donde los creyentes son neófitos y los diezmos limitados. Si ustedes tienen medios que no se necesitan después de pagar a sus pastores de forma generosa, envíen el dinero del Señor a esos lugares necesitados. Me ha sido dada luz especial respecto a esto. Escuchaba yo la voz de un Mensajero celestial, y las instrucciones que recibí fueron que las iglesias que contaban con edificios e instalaciones deberían apoyar a las misiones en países extranjeros.— Ms 139, 1898, p. 16 («An Appeal for Missions» [Un llamamiento para las misiones], 21 de octubre de 1898).

Una solemne advertencia. Hoy recibimos su carta, donde usted hace referencia a la cuestión relativa a la aplicación de los diezmos para gastos imprevistos relacionados con la iglesia. Dice usted que esto lleva años sin hacerse en _____. Me alegra saberlo. Respondo según la luz que Dios me ha dado recientemente y que me ha constreñido a escribir sobre esto: Es un error que nuestras iglesias se apropien del diezmo para otro propósito que no sea para sostener al cuerpo pastoral. El Señor no obrará en favor de ustedes si hacen eso. [...]

El diezmo no puede dedicarse a gastos imprevistos. Eso es responsabilidad de los miembros de iglesia. Tienen que sostener a su iglesia mediante sus donativos y sus ofrendas. Cuando se vea y se aplique esto en todos los aspectos, no habrá dudas sobre la cuestión. A través de su siervo Malaquías, el Señor da una advertencia muy solemne con referencia a este asunto, declarando: «Entreguen completos los diezmos en mi tesorería, y habrá alimento en mi templo. Con esto pueden ponerme a prueba: verán si no les abro las ventanas de los cielos y derramo sobre ustedes abundantes bendiciones. Lo digo yo, el Señor de los ejércitos» (Mal. 3: 10, RVC).

El Señor me ha revelado que los miembros de la iglesia de _____ aprenderán a negarse a sí mismos cuando se consagren a Dios, cuando practiquen la economía como hijos e hijas de Dios de corazón sincero; cuando gasten mucho menos para la ostentación externa y se vistan con sencillez sin complicaciones ni adornos innecesarios; cuando su fe y sus obras se correspondan, entonces serán los auténticos misioneros del Señor y tendrán discernimiento y comprensión espiritual claros. Tendrán sensación de lo sagrado de la obra de Dios. Verán la necesidad de que el dinero del diezmo se ingrese con fidelidad en la tesorería y se reserve para la obra sagrada a la que Dios ha indicado que se dedique: llevar el último mensaje de misericordia a un mundo caído. El pueblo de Dios ha de enarbolar el estandarte de la verdad en todo lugar en el que no se haya proclamado el mensaje de misericordia.

Toda alma que reciba la honra de ser mayordomo de Dios ha de guardar meticulosamente el dinero del diezmo. Este es un recurso sagrado. El Señor no aprobará que ustedes tomen prestado este dinero para ninguna otra obra. Hacerlo provocará males que no pueden discernir ahora. No ha de ser manipulado por la iglesia de ____; porque hay misioneros que han de ser sustentados en otros lugares donde no hay ninguna iglesia ni ningún diezmo. Cuando los hombres que, como mensajeros de Dios, tienen una labor que cumplir, la realicen de forma honesta, la iglesia de ____ se ocupará de los deberes que le pertenecen individualmente. Los miembros aportarán los medios para sostener esos gastos adicionales. Pero al usar el diezmo para esos gastos, o para cubrir las deudas surgidas en líneas de negocio, ustedes les están eximiendo de una carga que como iglesia deberían soportar.

El tiempo, el tan precioso tiempo, pasa rumbo a la eternidad, y queda sin llevarse a cabo la labor que debería haberse hecho para salvar a las almas que perecen. Aparten sus manos del fondo de reserva del Señor. Esos recursos han de hacer mucho bien antes de que termine el tiempo de gracia. No se está haciendo ni la centésima parte del trabajo que se debería haber hecho en California. Los obreros dedicados a la obra misionera son pocos. Me resulta sumamente doloroso ver el poco esfuerzo abnegado que se hace para educar a la iglesia de manera que sus miembros se concienticen de su responsabilidad individual y de lo necesario que es el altruismo. Fíjese en las congregaciones que entran en las casas de culto de ____ y ____, y vea cuánto dinero se gasta en vestido que debería ir a la causa del Señor. Pero ustedes no pueden, como hombres responsables, ser considerados inocentes a la vista de Dios, a no ser que practiquen ustedes mismos más economía y abnegación, a no ser que den un testimonio que se abra paso hasta el corazón de la auto-complacencia.

Me rompe el corazón ver que la verdad más sagrada y solemne jamás dada a nuestro mundo tenga tan poca influencia en la vida y el carácter de muchos que profesan creer la Palabra de Dios. ¿Qué pasa? No se practica la verdad. La vida del Redentor del mundo es nuestro ejemplo en todo. Hay mucho más en la Palabra de Dios de lo que muchos han descubierto. Hay piedad práctica que debe introducirse en la vida y el carácter. Hay alturas y profundidades que podríamos alcanzar si hubiera menos autocomplacencia y más consagración a Dios. [...]

El Señor me ha mostrado que cuando aquellos que ocupan cargos cumplan con la parte que les toca y reduzcan sus muchas supuestas necesidades; cuando practiquen la abnegación que Dios ordena y

fomenten la economía en todos los aspectos, como es su deber hacer dando ejemplo, habrá un testimonio solemne y directo, saldrán del gran centro de California corazones y labios tocados con fuego santo, y _____ tendrá influencia en las iglesias más pequeñas.— Carta 81, 1897, pp. 1-5 (al hermano Jones, 27 de mayo de 1897).

Carta al pastor Daniells. Le hago llegar esta mañana [copia de] una carta destinada a los Estados Unidos y enviada allí ayer por la mañana, que le mostrará la consideración que me merece que el dinero del diezmo se use para otros propósitos.* Este es el fondo especial de rentas del Señor, para un propósito especial. Nunca había entendido yo este asunto tan bien como ahora. Habiéndoseme dirigido preguntas aquí para que las contestara, he recibido indicaciones concretas del Señor en el sentido de que el diezmo es para un propósito especial, consagrado a Dios para sostener a los que ministran en la obra sagrada, como escogidos del Señor para hacer su obra no solo de sermonear, sino de servir. Deberían comprender todo lo que esto abarca. Ha de haber alimento en la casa de Dios. Los que creen en la verdad han de entregar un diezmo fiel al Señor, y los pastores deberían ser alentados y sostenidos por ese diezmo.— Carta 40, 1897, p. 1 (al pastor A. G. Daniells, 16 de marzo de 1897).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 22 de agosto de 1951

* Ver *Special Testimonies*, Serie A, n° 10, pp. 16-24.

El número 46 se saltó.

El número 47 es idéntico al 25 (pp. 53-59).

MANUSCRITO

48a

El uso del diezmo

Durante la noche me preocupó intensamente por personas que parecen no entender que, en la providencia de Dios, la obra médica misionera ha de ser la mano derecha del cuerpo.— Ms 58, 1901, p. 1 («A Union of Ministerial and Medical Missionary Work Essential» [Una unión de la obra ministerial y de la obra médica misionera es esencial], 7 de julio de 1901).

El diezmo ha de usarse para un propósito: sostener a los pastores a los que el Señor ha elegido para hacer su obra. Ha de usarse para apoyar a los que presentan las palabras de vida a la gente y que soportan la carga del rebaño de Dios. [...]

Los que tienen el encargo de nuestros edificios de iglesia han de estar dotados de los medios que son necesarios para mantener estos edificios en buen estado. Pero este dinero no ha de proceder del diezmo. [...]

Solicitada por el pastor W. H. Branson para su uso en el estudio de este problema en relación con una junta futura.

Nuestro pueblo ha de considerar que el uso del diezmo es algo sagrado. Debemos guardarnos estrictamente contra todo lo que sea contrario el mensaje ahora dado. [...]

Se está volviendo muy común la impresión de que ya no existe la disposición sagrada del diezmo. Muchos han perdido su sensibilidad frente a los requisitos del Señor. [...]

Cuando alguien entra en el cuerpo pastoral, ha de recibir del diezmo una paga suficiente para sustentar a su familia. No ha de tener la sensación de que es un mendigo. [...]

Muchos pastores yacen en su tumba, llevados allí por la tristeza y la decepción, y por las privaciones que les sobrevinieron porque no recibían suficiente por sus labores.

Recordemos que Dios es un Dios de justicia y equidad. Hoy habría muchos más pastores en el campo, pero no se les apoya en su labor. Muchos obreros han bajado a la tumba afligidos porque habían envejecido con la percepción de que eran considerados una carga. Pero si se los hubiera mantenido en la obra y se les hubiera dado un destino asequible, con su salario íntegro o parte del mismo, habrían hecho mucho bien. Durante su vida profesional activa, esos hombres habían hecho un doble trabajo. Sentían una preocupación tan honda por las almas que no tenían deseo alguno de ser relevados de su exceso de trabajo. Las pesadas cargas soportadas acortaron su vida. Nunca se ha de olvidar a las viudas de esos pastores; sino que, si fuera necesario, deberían recibir una paga tomada del diezmo.— Ms 82, 1904, pp. 1-3 («The Use of the Tithe» [El uso del diezmo], 1904).

Nuestras Asociaciones deberían encargarse de que las escuelas estén dotadas de maestros que sean educadores cabales de la Biblia y que tengan una profunda experiencia cristiana. A las escuelas habría que llevar el mejor talento ministerial, y los salarios de estos maestros deberían pagarse tomándolos del diezmo. [...]

Los ministros de Dios son sus pastores, nombrados por él para alimentar a su rebaño. El diezmo es su provisión para su mantenimiento, y él se propone que se conserve sagrado para este propósito. [...]

Si los miembros de una iglesia ejercen economía y abnegación en el vestido y en todos sus gastos, tal como Dios requiere, no habrá escasez de fondos. El diezmo aumentará y se recolectarán ofrendas suficientes para todos los gastos de la iglesia.— Ms 139, 1898, pp. 24-26 («An Appeal for Missions» [Un llamamiento para las misiones], 21 de octubre de 1898).

Y si hay un excedente de dinero en la tesorería, hay muchos lugares en los que puede ser usado estrictamente en las líneas señaladas. En muchos lugares la escasez de recursos es tan grande que no pueden emplearse obreros que hagan obra misionera. En _____ no se necesita cada dólar del dinero que se pone en la tesorería. Dónese el dinero del Señor para apoyar a los pastores en países extranjeros en los que trabajan para alzar el estandarte en nuevos territorios. Ese es dinero del Señor, y él ha dispuesto que se use para sostener al cuerpo pastoral en la formación de un pueblo para prepararse para el encuentro con su Dios. [...]

Si ustedes tienen más recursos de los que necesitan para pagar a sus pastores de forma justa, generosa y cristiana, hay otros lugares en los que pueden ayudar, donde la feligresía es poca y pobre y el diezmo es limitado. Envíenles el dinero del Señor. Me ha sido reiteradamente mostrado que así es como hay que hacerlo. [...]

Cuando hay quienes, como en la iglesia de _____, se excusan de sostener las demandas de su propia iglesia, esa congregación tiene profunda necesidad de un ministerio distinto al que ha tenido. Será preciso que los hombres que gestionan las cosas sagradas disciernan con mayor claridad las cosas espirituales, y si empiezan a valerse del dinero del diezmo para usarlo en varios lugares muy deficitarios y donde se necesitan medios en Battle Creek y Oakland, el Señor, sin duda, retirará su bendición de esas iglesias.

Ustedes no conoce por experiencia la pobreza de algunos países extranjeros, donde precisan de algo de la abundancia de ustedes. Cuando los hombres se ejerciten debidamente en la presentación ante la gente de su deber, como cristianos, de sufragar los gastos de su iglesia; cuando presenten ellos mismos más abundantemente sus dones y ofrendas para llevar adelante la obra, entonces Dios bendecirá al mensajero fiel, y bendecirá a los miembros de las iglesias, porque dice: «Yo conozco tus obras» (Apoc. 3: 8).

Entonces, ¿quién se levantará, percibiendo su deber en este sentido, y desempeñará su papel en el temor de Dios? Ha de presentarse ante la gente la abnegación y ha de extenderse un llamamiento a las ofrendas en los donativos. Dijo el mensajero del cielo: «No son la iglesia de Oakland, la iglesia de Battle Creek, la iglesia de Healdsburg, ni la iglesia de San Francisco, las que deberían sacar fondos de la tesorería de Dios para sufragar sus gastos imprevistos semanales en los que se incurre para acomodar a la gente cuando se reúne para adorar a Dios. Considérelo y humíllese cada alma ante Dios».— Carta 81, 1897, pp. 1-6 (al hermano Jones, 27 de mayo de 1897).

Hay casos excepcionales en los que la pobreza es tan profunda que para conseguir el lugar de culto más humilde puede resultar necesario echar mano de los diezmos. Pero ese lugar no es Battle Creek ni Oakland. Que los que se reúnen para adorar a Dios consideren la abnegación y el altruismo de Jesucristo. Que los hermanos que profesan ser hijos de Dios estudien cómo pueden negarse a sí mismos, cómo pueden separarse de algunos de sus ídolos y economizar cuidadosamente en todos los frentes. En cada hogar debería haber una alcancía para el fondo de la iglesia, a fin de ser usada para las necesidades de la iglesia. [...]

Que aquellos a los que se confían responsabilidades no permitan que la tesorería que Dios ha designado para sostener a los pastores en su ministerio sea saqueada para cubrir los gastos en los que se incurre para mantener funcionando la casa de Dios y hacerla más confortable. Se han tomado del diezmo miles y miles de dólares que se han usado para eso. Y no es lo correcto. Han de incorporarse los donativos y las ofrendas que son fruto de la abnegación. En todo lugar donde haya una iglesia debería instituirse un fondo aparte con el fin de costear los gastos, al que cada miembro de iglesia debería aportar según sus posibilidades.— Ms 24, 1897, pp. 1, 2 («Tithing» [Diezmar], 15 de marzo de 1897).

En el capítulo 6 de Hechos se nos muestra que, cuando hubo que escoger hombres para que ocupasen cargos en la iglesia, el asunto fue presentado ante el Señor y se ofreció la más ferviente de las oraciones pidiendo orientación. Las viudas y los huérfanos habían de ser apoyados por aportaciones de la iglesia. Sus necesidades no habían de ser aliviadas por la iglesia, sino por donativos especiales. El diezmo había de ser consagrado al Señor, y siempre había de ser usado para el mantenimiento del cuerpo pastoral.— Carta 9, 1899, p. 2 (a los que ocupan puestos de responsabilidad en la Asociación General, 24 de enero de 1899).

He recibido la indicación de que algo anda mal en la forma en que algunas de nuestras Asociaciones han gestionado los asuntos económicos. Se me mostró que se ha perdido de vista los intereses espirituales y que han sido descuidados, lo cual lleva la marca de la imperfección, precisamente en la obra más esencial y urgente. El celo manifestado por algunos en reunir y hacer acopio de tantos medios como sea posible para hacer alarde de su situación económica y que los hombres en puestos de responsabilidad pudieran aparecer como grandes caudillos supuso desviarse tristemente los verdaderos intereses de la obra.

Hemos de llegar cada vez más a darnos cuenta de que los diezmos y ofrendas de nuestro pueblo que ingresan en la Asociación deberían ser usados para el mantenimiento de la obra, no solo en las ciudades estadounidenses, sino también en campos extranjeros. Que los medios tan celosamente recogidos sean distribuidos con altruismo. Los que se dan cuenta de las necesidades de los campos de misión no se verán tentados a usar el diezmo para aquello que no es necesario. Todos podemos ser tentados a ser egoístas en el uso de nuestros recursos, pero conseguiremos poder para resistir esas tentaciones cuando analicemos las necesidades de los campos a los que se dedica poca atención. Hermanos míos, den de forma generosa de sus medios y el Señor bendecirá sus ofrendas. El Señor espera estas ofrendas y los ángeles de Dios están impresionando el corazón de aquellos por cuyo bien se dan.— Ms 11, 1908, p. 7 («The Regions Beyond» [Las regiones que hay más allá], 15 de febrero de 1908).

Sabemos que siempre existirá la tentación de desviar el dinero del diezmo a otros propósitos, pero el Señor se ha reservado su propia porción, para el uso sagrado del sustento de los ministros del evangelio. Pueden tomarse medidas tales como reducir la fuerza de trabajo que lleva el mensaje de la verdad, como se está haciendo y se ha hecho en Estados Unidos para amoldarse a las posibilidades del diezmo de la tesorería; pero este no es el plan del Señor, y si se aplica y se persiste en él, reducirá la bendición de Dios a las iglesias que actúen así. Puede que haya gran escasez de recursos y nos apartamos del plan del Señor. El Señor considera suyo el diezmo, para ser usado para un fin determinado, y resulta demasiado fácil, en lugar de practicar la debida abnegación — para contribuir a la formación de estudiantes, o en las cuestiones temporales, como proveer comodidades para la iglesia, lo cual es necesario—, echar mano de la porción consagrada del Señor, que solo debería usarse para sostener a los pastores en nuevos territorios, así como en otros países. [...]

Ahora algo con relación a la formación de estudiantes en nuestros colegios. Es una buena idea; tendrá que hacerse; pero no quiera Dios que, en vez de practicar la abnegación y el sacrificio de nuestro yo individual para ello, sustraigamos de la porción del Señor, especialmente reservada para sustentar a los ministros en ejercicio activo sobre el terreno, y para [mantener] trabajando a aquellos que ya están ordenados para la obra. Podemos considerar fácilmente estos asuntos teniendo en cuenta cuánto requiere soportar nuestra propia familia de acuerdo con el número de miembros que la componen. Entonces, actúen según esta

regla aquellos a quienes compete hacerlo: Considerar no nuestros propios intereses, sino los de los demás. Practiquemos la regla de oro y hagamos a los demás lo que nos gustaría que se nos hiciera si estuviéramos en circunstancias semejantes.

Las fibrosas raíces del egoísmo arraigarán dondequiera se les dé oportunidad. Queremos cortar y exterminar todas esas fibras de la raíz del egoísmo. [...]

Han de hacerse todo eso, como usted propone, para ayudar a los estudiantes a obtener una formación, pero, le pregunto: ¿No vamos a actuar con generosidad, creando un fondo y manteniéndolo para echar mano de él en esos casos? Cuando vea a un joven o a una señorita que sean alumnos prometedores, adelánteles, o préstescles la suma requerida; con la idea de que es un préstamo, no una donación. Eso sería lo mejor. Luego, cuando devuelvan el préstamo, esa cantidad podrá usarse para la educación de otros. Pero ese dinero no ha de proceder del diezmo, sino de un fondo especial creado para ese fin. Eso fomentaría la integridad, la generosidad y la lealtad entre nuestro pueblo. Es preciso que se dé una consideración meticulosa y una regulación inteligente al trabajo en la causa de Dios en todos sus ramos. Pero que no haya ningún plan escaso ni mezquino en el uso de la porción consagrada para el sustento del cuerpo pastoral; porque entonces la tesorería quedaría pronto vacía.— Carta 40, 1897, pp. 1-4 (al pastor A. G. Daniells, 16 de marzo de 1897).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 22 de agosto de 1951

*El número 46 se usó en El ministerio de la bondad.
El número 50 no ha sido liberado.
El número 51 se usó en Mi vida hoy.
El número 52 se usó en El hogar cristiano.
El número 53 se usó en el material suplementario
del tomo 1 del Comentario bíblico adventista.*

MANUSCRITO

54

La verdad, la redención, el diezmo

Usar bien la Palabra. La Escritura es toda verdad, pero una aplicación inadecuada de la Escritura lleva a los hombres a conclusiones erróneas. Nos hallamos inmersos en un gigantesco conflicto, que se irá agudizando cada vez más y haciéndose más evidente conforme nos vayamos acercando a la batalla final. Tenemos un adversario que no duerme, y que influye constantemente en las mentes de aquellos que no han tenido una experiencia personal en las enseñanzas del pueblo de Dios durante los últimos cincuenta años. Algunos tomarán la verdad aplicable a su tiempo y la situarán en el futuro. Se convierten en futuros acontecimientos de la secuencia profética que tuvieron su cumplimiento en un pasado lejano, y así, por culpa de esas teorías, se socava la fe

Las dos primeras declaraciones solicitadas por el pastor W. E. Read para artículos de Ministry. La tercera solicitada para su uso en un documento del Patrimonio White para ser usada en exposiciones de la actitud de Elena G. de White hacia el diezmo.

de algunos.— Ms 31, 1896, p. 3 («Testimony concerning the Views of Prophecy Held by Brother John Bell» [Testimonio relativo a los puntos de vista sobre la profecía defendidos por el hermano John Bell], 8 de noviembre de 1896).

El plan de redención. Dios se propone que el plan de redención llegue a su pueblo como la tardía: porque el pueblo porque está perdiendo rápidamente su conexión con Dios. Confían en el hombre y glorifican al hombre, y su poder es proporcional a la intensidad de su dependencia. Se han abierto ante mí algunos asuntos que se cumplirán en breve. Hemos de saber más de lo que sabemos en el momento actual. Hemos de comprender las cosas profundas de Dios. Hay temas que abordar que son dignos de algo más que una atención pasajera. Los ángeles desean contemplar las verdades que son reveladas al pueblo que escudriña la Palabra de Dios y ora con corazón contrito pidiendo sabiduría, mayor profundidad, amplitud y altura de ese conocimiento que solo Dios puede dar. Personajes que son clasificados como grandes han escrito cientos de comentarios sobre el evangelio y, a medida que nos acerquemos a las escenas finales de la historia de esta tierra, se harán presentaciones aún más maravillosas. Es preciso que estudiemos las Escrituras con corazón humilde y contrito. Los que dediquen sus talentos al estudio de la Palabra de Dios, y especialmente de las profecías que se refieren a estos últimos días, serán recompensados con el descubrimiento de importantes verdades.— Ms 75, 1899, pp. 4, 5 (manuscrito sin título, 11 de mayo de 1899).

El diezmo. Pregunta usted si acepto su diezmo para usarlo en la causa de Dios donde más se necesite. En respuesta, le diré que no me negaré a hacerlo; pero al mismo tiempo deseo decirle que hay una manera mejor.

Es mejor confiar en los pastores de la Asociación de su lugar de residencia, y en los dirigentes de la iglesia en la que adora. Acérquese a sus hermanos; ámelos con fervor, con amor verdadero y anímelos a llevar sus responsabilidades en el temor de Dios. «Sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza» (1 Tim. 4: 12).— Carta 96, 1911, p. 1 (a la Sra. J. J. Gravelle, 29 de diciembre de 1911).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 5 de agosto de 1953

El espíritu que debería caracterizar a los médicos adventistas

Me siento alarmada por la situación tanto del sanatorio y de la editorial de Battle Creek como de nuestras instituciones en general. Se viene manifestando un espíritu, y se ha agudizado año tras año en las instituciones, que es de un carácter enteramente diferente del que el Señor ha revelado en su Palabra que debería caracterizar a los médicos y los obreros relacionados con nuestras instituciones de salud y con la obra de publicaciones. Se tiene la idea de que los médicos del Sanatorio y los hombres que ocupan posiciones de responsabilidad en la editorial no tienen la obligación de estar controlados por los principios de abnegación y sacrificio personal del cristianismo. Pero esta idea tiene su origen en los concilios de Satanás. Cuando los médicos ponen de manifiesto que piensan más en el salario que en la obra de la institución, demuestran que no son dignos de confianza como siervos de Cristo abnegados, temerosos de Dios y fieles en realizar la obra del Maestro.

Los que estén controlados por deseos egoístas no deberían seguir relacionados con nuestras instituciones, y mejor sería que su forma de actuar quede al descubierto para que todas las iglesias adventistas del séptimo día pueda saber qué principios gobiernan a estos hombres.

Esta sería una precaución sabia y justa, porque, a través de su profesión médica, esa clase se aprovecha de lo que la Asociación ha creado con mucho esfuerzo y mantenido con mucho gasto. Con el nombre de adventistas del séptimo día se establecen entre nuestro pueblo y declaran que *trabajan por el bien de la causa*. Son aceptados como médicos cristianos, y existe la necesidad de que hombres y mujeres acudan a esos lugares diversos y actúen como misioneros en calidad de médicos cristianos; pero deberían estar a las órdenes de la Asociación. La gente está tan deseosa de que se establezcan instituciones que anima a los hombres que aparecen en su medio para que acepten la responsabilidad de crear instituciones.

Hay muchos, sin embargo, que son médicos en activo que no trabajan con vista únicamente a la gloria de Dios, sino por la propia ganancia. Cobran precios exorbitantes de aquellos que requieren sus servicios. Creen que no son responsables ante nadie y que no han de dárseles recomendaciones ni consejos, sino que se empeñan en seguir sus propios impulsos. En gran medida, trabajan por motivos egoístas. No son misioneros en su ejercicio de la medicina. Sus honorarios excesivos son anotados en los libros por el Testigo fiel, quien dice: «Yo conozco tus obras». El dinero que los médicos cobran generalmente de los ricos y los pobres, por los servicios prestados, es en muchos casos excesivo, y el Dios del cielo lo considera, ni más ni menos, ganancia deshonestas. Exigen estos precios exorbitantes por su ayuda profesional simplemente porque pueden hacerlo; porque, cuando sufre, la gente debe recibir ayuda. Los principios de la verdad no son introducidos en el alma para que tengan una influencia santificadora en su vida y su carácter, a no ser que los hombres sean hacedores de las palabras de Cristo.

Si las iglesias dan la bienvenida a estos hombres en su seno porque se atribuyen a sí el nombre de adventistas del séptimo día, descubrirán que, en vez de beneficio, cosecharán perjuicios al unirse con ellos. Cuanto pueda ser sacudido lo será. Cuando sean probados y examinados, estos hombres revelarán el espíritu poco cristiano que los mueve, haciendo manifiestos los rasgos de carácter que jamás pueden tener admisión por la puerta celestial. Siguen la inclinación de su propia mente y no los consejos de Dios.

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida

eterna» (Juan 3: 16). El cielo fue adquirido para los seres humanos a un precio infinito, y nadie entrará por los portales de la dicha que no haya demostrado mediante la abnegación y el sacrificio propio la calidad y la autenticidad de su vida para Cristo y la humanidad doliente.

Dios requerirá un rédito de los hombres en proporción a la estimación que han puesto sobre sí mismos y sus servicios, porque serán juzgados de acuerdo con sus obras, y según una norma no inferior a la que ellos mismos han establecido. Si han considerado de tanto valor sus talentos y han tenido en tan elevada estima su capacidad, se requerirá de ellos que presten un servicio en armonía con su propia estimación y con sus exigencias. ¡Cuán pocos tienen familiaridad real con el Padre o con su Hijo Jesucristo! Si estuvieran imbuidos del espíritu de Cristo realizarían las obras de Cristo. «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil. 2: 5).

El que juzga con justicia dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Todos los talentos, grandes o pequeños, han sido confiados a los hombres por Dios, para que los emplearan en su servicio, y cuando los seres humanos usan su capacidad simplemente en beneficio propio y no siente la más mínima inquietud por trabajar en armonía con los que ejercen la medicina que son de la misma fe. Así demuestran que son propensos a juzgar a estos hombres por sí mismos, y no buscando satisfacer el ruego de Cristo: «Que sean uno», así como él es uno con el Padre (ver Juan 17: 11, 22). Cuando exigen remuneraciones exorbitantes por sus servicios, Dios, el juez de toda la tierra, les exigirá de acuerdo con la medida de su propia estimación exagerada, y requerirá de ellos que rindan cuenta de acuerdo con toda la medida del valor que se han atribuido a sí mismos.

Así como ellos juzgan su valor desde el punto de vista monetario, Dios juzgará sus obras comparando sus servicios con la evaluación que han hecho de ellos. A menos que se convierta, ninguno de los que de este modo atribuye valor excesivo a su capacidad podrá entrar en el cielo, porque su influencia personal en el servicio de Cristo nunca equilibrará la escala de su estimación de sí mismo o de sus exigencias por el servicio que presta a los demás. El egoísmo y la glorificación propia se están convirtiendo en la maldición de nuestras instituciones y están leudando todo el campamento de Israel. Hemos llegado al punto en que Dios ha dicho: «Alto», y ahora debemos investigar para que podamos conocer los motivos que llevan a la acción y conocer en quién se cumplen las palabras de Cristo. Jesús dijo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mat. 16: 24). El yo ha de estar oculto en Cristo.

Tenemos necesidad de sentirnos alarmados, porque el egoísmo y la codicia se están convirtiendo en un poder dominante entre nosotros, y el Señor está disgustado. La conciencia de muchos es elástica. Los hombres pueden comprarse y venderse al mayor postor. Cuando tales hombres son pesados en la balanza del santuario, son hallados faltos, porque faltan la diligencia, el honor, la integridad y la fidelidad. El pecado del soborno se está volviendo tan común que el sentido moral de muchos se pervierte por esta práctica impía. El tiempo de la prueba está ante nosotros, y muchos mantienen la verdad en la injusticia. No se sitúan donde mejor puedan glorificar a Dios, sino donde mejor puedan complacerse y glorificarse a sí mismos. Cuando sirve a sus fines, son los defensores más celosos de la verdad; pero cuando viene sobre ellos el examen de la prueba, retroceden ante la vara divina de medir. Malaquías describe el proceso de la prueba que capacitará al pueblo de Dios para seguir en pie el día de su venida: «¿Pero quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador y como jabón de lavadores. Él se sentará para afinar y limpiar la plata: limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia» (Mal. 3: 2, 3). Esta es la obra que el Señor hará en todas nuestras instituciones. Y que nadie se interponga en este importante trabajo; porque las almas son puestas en peligro y deben ser limpiadas, afinadas y purificadas como la plata en el crisol.

El que es egoísta y codicioso, ansiando apoderarse de hasta el último dólar que pueda de nuestras instituciones por sus servicios, está limitando la obra de Dios. Ciertamente ya ha tenido su recompensa. No puede ser considerado digno de que se le confíe la recompensa eterna y celestial en las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que se niegan a sí mismos, toman la cruz y lo siguen. La idoneidad de los hombres para entrar en la herencia comprada con sangre es puesta a prueba durante este tiempo de prueba. Los que poseen el espíritu de abnegación manifestado por Cristo cuando se entregó a sí mismo para la salvación de la humanidad caída son los que beberán de la copa y serán bautizados con el bautismo, y compartirán la gloria del Redentor. Los que pongan de manifiesto que el amor de Cristo controla su espíritu e impulsa su servicio serán considerados miembros aptos para la familia celestial. Todos hemos de ser puestos a prueba aquí en esta vida para demostrar si, admitidos en el cielo, repetiremos la misma línea de conducta que Satanás manifestó allí. Pero si el carácter que desarrollemos durante nuestro tiempo de prueba es conforme al Modelo divino, seremos idóneos para recibir la

bienvenida: «Bien, buen siervo y fiel [...]. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25: 21). Pero, por otra parte, los que desean ser demasiado valorados entre los demás, buscando las posiciones más encumbradas, y en esta vida exigen una remuneración lo más elevada que puedan conseguir, tendrán precisamente esos caracteres en la vida futura. Todo el cielo los declarará inhabilitados para el reino, incapacitados para cualquier posición de confianza en la gran obra de Dios en los atrios celestiales. Nuestras instituciones son medios ordenados por Dios, y en ellas deben mantenerse con fidelidad los principios de equidad, justicia e integridad. La obra en la que estamos inmersos debe ser realizada por hombres que hayan sido llamados por Dios como lo fue Cristo, para avanzar con espíritu de sacrificio por la salvación de un mundo perdido. Este es el espíritu que debería caracterizar el trabajo médico misionero siempre y en todo lugar.

Los que son participantes de la naturaleza divina cooperan en todas las cosas con el capitán de su salvación. El propio Jesucristo dejó a un lado su gloria; por nosotros se hizo pobre para que por su pobreza pudiéramos nosotros ser enriquecidos; y los que tienen su espíritu participan en su humillación, en su abnegación, en su sacrificio; ponen de manifiesto su mansedumbre y la humildad del corazón de Jesús y se entregan a la obra que vino a lograr a favor de la humanidad que perece. La aceptación de la doctrina, por sólida y bíblica que sea, nunca servirá por sí misma para restaurar a nadie a la felicidad y a Dios. La iniquidad tiene que ser erradicada del corazón humano, porque es del carácter satánico que llevó la rebelión al cielo. A no ser que se produzca esta transformación del corazón, ningún ser humano podrá gozar de la aprobación del Señor, y junto a su nombre se escribirá: «Siervo infiel».

Cuando el Señor me mostró la gran falta de unidad entre los médicos me he sentido angustiada. Actúan como si la oración de Cristo no los incluyera, y no buscan la unidad. Los médicos deberían trabajar en solidario amor y unidad. Ninguno debería tener envidia ni celos de sus hermanos médicos. No debería permitirse que la práctica clínica sea causa de enemistad, desconfianza o enfrentamientos. La verdadera causa que subyace en los enfrentamientos es la estrechez de miras, el espíritu farisaico que se introduce en la vida. Que los médicos den evidencia de que son cristianos, diciendo: «Somos hermanos, que hemos de estar en las mismas mansiones dentro de poco. Nos fortaleceremos mutuamente en Dios».

En toda institución nuestra, y en cada rama y cada departamento de la obra, Dios pone a prueba el espíritu que mueve al obrero. ¿Tiene la

mente de Cristo, el espíritu dispuesto y la devoción ferviente, la pureza y el amor que deberían caracterizar a quien trabaja para Dios? ¿Da los frutos de abnegación que se veían en la vida de nuestro divino Señor? Se requiere en los que trabajan en la causa que el corazón esté comprometido en el proyecto, para que puedan dar su servicio no meramente por un salario, ni por los honores, sino para la gloria de Dios y la salvación de los perdidos.

Si resulta evidente que el corazón humano no está bien dispuesto, no ofrezcan beneficios especiales ni incentivos desmesurados, para obtener el servicio de ningún médico; ofrezcan lo que sea razonable, lo que se corresponda con los principios que el Señor ha establecido para la creación de nuestras instituciones, no más. Satanás, que reivindica ser el príncipe de este mundo, se presenta como alguien muy rico, y puede fácilmente presentar una mejor oferta que ustedes, y cuanto mayor sea el soborno de ustedes, mayor hará él el suyo. El mundo es el instrumento de Satanás para hacer su obra. Ustedes sabrán si un hombre es cristiano o no, porque obras son amores y no buenas razones o profesiones de fe. El espíritu que caracteriza la obra representa al hombre, y la obra estará en consonancia con el molde que él le dé. Dios hará que resulte manifiesto por prueba y error quién se encontrará unido a Cristo al fin en el gran plan de salvación. Hemos de actuar como reformadores en todos los ámbitos de nuestra obra; porque entonces Cristo actúa con nosotros.

Cristo nos adquirió a un coste infinito, y hoy levanta su mano y pronuncia nuestro nombre como pronunció el nombre de Mateo cuando este se sentaba en el banco de los tributos. Jesús dijo: «Sígueme» (Mat. 9: 9). Mateo «lo dejó todo» —todas sus ganancias— y siguió a su Señor. No exigió ni esperó una suma que igualara la cantidad que recibía en su ocupación anterior antes de prestar sus servicios; sino que, sin preguntar, se levantó y siguió a Jesús. En la dificultad y la prueba, muchos cristianos profesos aún deben poner de manifiesto si han sometido los rasgos de la naturaleza carnal, o si son como un sepulcro blanqueado, hermosos en apariencia, pero por dentro llenos de impureza y corrupción.

Una profesión de cristianismo no es suficiente para hacernos cristianos. Todos hemos de manifestar el carácter de nuestro Modelo divino. La Palabra de Dios debe ser la regla de nuestra vida, la guía de nuestras prácticas; debe ponerse de manifiesto que la abnegación, el sacrificio, la santidad, la compasión, la verdad y el amor son los frutos de nuestra fe en Cristo. Cuando el cristianismo ocupa su lugar en el corazón, no puede ser ocultado; se verá impreso en el alma y se evidenciará en el desarrollo de la vida práctica. A no ser que el cristianismo se manifieste en la vida

cotidiana, en la forma de trabajar, en el cumplimiento de todos los deberes, no representamos a Jesús. Un cristiano manifestará el cristianismo en el mercado, al comprar y vender, en su profesión, en su ocupación y en su vida, en su conducta generosa hacia todos con los que se relacione. Pero, de todos los hombres a los que recurriríamos en busca de una manifestación del espíritu de Cristo, es del todo apropiado que nos fijemos expectantes en el médico cristiano. Pero en la profesión médica debe elevarse el estandarte; porque está muy bajo y los principios están corrompidos en aras de la ganancia.

El médico cristiano no puede sentirse con derecho a seguir los usos del mundo, cediendo a amoldarse ellos para obtener el patrocinio o la alabanza de los impíos. No debería aceptar un salario exorbitante por sus servicios profesionales, porque la recompensa aguarda a los fieles y verdaderos. No tiene más derecho a servir a los demás exigiendo una gran remuneración que el ministro del evangelio a valorar su labor con un valor monetario elevado, sino únicamente según la rectitud, la misericordia y el valor de su trabajo. Está claro que, a no ser que el cristianismo esté implantado en el corazón, no controlará la vida. La profesión de fe no tiene valor alguno, a no ser que el espíritu y la vida testifiquen que es de carácter genuino. Limpiar el exterior de la copa nunca ha logrado elevar el alma, haciéndola pura y celestial. La verdad de Dios es de valor para el receptor únicamente en la medida en que se le permita que ejerza una influencia restrictiva en su espíritu y su práctica. No hay ninguna aña-gaza tan sutil, tan constante y cargada de peligro para el profeso seguidor de Cristo como la conformidad con el mundo. El llamamiento de Dios es: «Salid de en medio de ellos y apartaos» (2 Cor. 6: 17).

Sabemos que la mente y la voluntad de Dios no tienen control sobre el mundo en su conjunto. Se disfruta de las incontables misericordias de Dios, hay apropiación de sus beneficios, y no hay, por parte del mundano, ningún reconocimiento al Dador, ninguna expresión de gratitud por la multiforme bondad de Dios. Esto se debe a que el principio de la verdad está ausente del corazón; no está entretejido en el carácter, porque no se comprende la pureza de sus principios. El apóstol dice: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación» (Rom. 10: 10). Entonces, ¿cuál es la diferencia entre un cristiano y un alguien cuyo corazón no esté puesto bajo la influencia controladora del Espíritu de Dios? Uno cae sobre la Roca y es quebrantado; el yo muere y Jesús vive en él y lo moldea y lo conforma según su propia imagen divina. Su conexión con Dios se manifiesta en sus transacciones comerciales y en todos los asuntos de la vida, sean grandes o pequeños; porque guarda el

camino del Señor. Sus afectos y sus esperanzas no se centran en las cosas de esta vida, sino que están puestos en las cosas de arriba. El egoísta vive para sí, y busca honra mundanal, ganancia mundanal; manifestará que sus esperanzas se centran en las cosas de la tierra. Acaparará egoístamente cuanto pueda de alguna manera administrar para sí mismo, como ha hecho Satanás. Hay muchos que no tienen buena conciencia.

El corazón es la ciudadela del hombre, y, mientras no se creen por el poder de Cristo nuevos afectos, nuevos gustos morales, el enemigo encuentra su baluarte en el corazón. Precisamente en el corazón el hombre establece sus ídolos, y ningún poder en la tierra puede desalojar al enemigo cuando los seres humanos están satisfechos de vivir separados de Dios. Cuando el corazón no es poseído por un Salvador que more en su interior, se revelarán en la vida los deseos carnales, los gustos, la mente del gran engañador, y aunque algunos puedan hacer profesión de cristianismo, sus obras testificarán que ellos no conocen a Dios; aunque admitan la verdad, su lugar en el corazón está ocupado por un espíritu engañoso. El amor del Salvador no está ahí. El amor de Cristo era un amor desinteresado, que lo llevaba a buscar y salvar lo que estaba perdido. Los que piensan demasiado en su remuneración por sus servicios revelan el hecho de que no han puesto los cimientos de su vida espiritual en la Roca segura, o de que han perdido el espíritu de la verdad y han olvidado que han sido liberados de la vieja levadura con la valiosísima sangre del Hijo de Dios. Han quedado tan desprovistos de discernimiento espiritual que ponen lo sagrado y lo común en el mismo nivel. No se honra al Señor en su corazón, y los principios de la religión de Cristo no están entretejidos en su carácter. Cumplen un servicio frío y formal que llaman *religión*; pero Cristo no está formado en su interior como la esperanza de gloria.

Un hombre cuyo corazón esté tocado con gran amor por las almas por las que Cristo murió no hará de sí mismo un centro. No buscará absorberlo todo sin impartir nada, sino que su labor será movida por la fe y el amor. Se dará cuenta de que está tratando con almas compradas con la sangre de Cristo, y no permitirá que nada le haga perder de vista las realidades eternas. Tendrá presente el hecho de que todo lo que tiene relación con su vida y su carácter está cargado con responsabilidades sagradas y, mediante una conexión viviente con Dios, su influencia puede tener un poder leudante sobre aquellos con los que se relaciona. No podemos conocer la belleza ni las riquezas de la gracia de Cristo hasta que hayamos hecho una aplicación práctica de la verdad a nuestro propio corazón. Doctores, además de la preparación y la formación de ustedes,

necesitan el sentir que hubo en Jesucristo. Este será su justicia y su santificación. En el corazón del médico que recibe a Cristo como huésped al que se da honra no puede existir ninguna fibra de la raíz del egoísmo. Cuando uno se vacía del yo, Cristo suplirá el vacío, y es impulsado por el mismo espíritu, movido por el mismo interés desinteresado, que se manifestó en la obra de Cristo por las almas de los que perecían.

Entonces ustedes no pensarán en el cobro de precios exorbitantes por sus servicios, porque sea costumbre de los médicos del mundo hacerlo, más de lo que pensarían en deshonorar y traicionar a su Señor. Su alma estará absorta en el poder dador de vida del Sol de justicia e inconscientemente desprenderán una influencia que será una bendición para los que los rodeen. Trabajarán no como meros negociantes, considerando su trabajo desde un punto de vista terrenal, sino como médicos cristianos; prestarán servicio sin tomar de nadie más de lo que honradamente les corresponda. Usted tendrá en vista únicamente la gloria de Dios, e, independientemente de cuáles puedan ser las consecuencias para usted, su primera consideración será cómo poder manifestar el poder y la majestad de la verdad.

Los que así practiquen la verdad sabrán que hay un amor más intenso, más profundo, con mayores motivos, que el amor natural de una madre hacia su hijo: es el amor del Salvador por los salvos, y el amor de estos hacia él en reciprocidad. La verdad ocupa la ciudadela del alma, y si el Salvador acudiera a registrar el templo, no encontraría compradores ni vendedores a los que condenar; porque Dios está entronizado en el corazón. El Señor ha prometido: «Pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. [...] Haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos [...]. Y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Eze. 36: 26-28).`

Muchos de los médicos que hoy afirman creer la verdad presente son presentados ante mí en una condición espiritual no mejor que la que tenían los sacerdotes y los gobernantes en la época de Cristo; porque su religión es como de goma, susceptible de estirarse para amoldarse a las circunstancias en diferentes momentos y en diferentes ocasiones. Se exigían precios exorbitantes a los que deseaban animales para el sacrificio en el templo, pero Jesús reprendió ese tráfico impío. La divinidad brilló a través de la humanidad cuando entró en el templo de Dios «y [...] volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas [...]. Y les enseñaba, diciendo: “¿No está escrito: ‘Mi casa será llamada casa de oración [...]’? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”» (Marcos 11: 15-17).

Las mismas palabras son aplicables a muchos médicos en activo que se dicen cristianos. La profesión médica no está menos bajo la jurisdicción del Señor, bajo el gobierno de la norma de justicia, que el agricultor, el comerciante o el ministro del evangelio. El médico tiene tanta obligación de representar la religión pura y sin contaminar en los aspectos pecuniarios como cualquier otro en su profesión. Se requiere de él que ame a Dios y lo obedezca, que, por amor de Cristo, alivie a los enfermos y a los afligidos. El amor y la compasión de Cristo deben impregnar el alma, y el médico que tenga el temor del Señor ante sus ojos tratará con ternura a los pobres de Cristo, y con justicia a todo el mundo; porque se dará cuenta que debe enfrentarse al registro de las obras realizadas en el cuerpo ante el tribunal de Dios. Toda labor realizada por amor de Cristo desinteresadamente conseguirá un reconocimiento, alcanzará un éxito, que están más allá de toda compensación terrenal; porque se imputará a tal obrero la justicia de Cristo. Cada médico debería sentirse inspirado por el amor de Cristo, para que su labor pueda tener sobre sí la mano modeladora del gran Médico. En Cristo contemplamos las características del verdadero médico.

Lleva tiempo ignorándose la cuestión de si la profesión médica ha de estar controlada por principios cristianos en lo referente a la compensación o por la norma egoísta del mundo, pero ya no puede seguir siendo ignorada. ¿Se ejemplificarán en la vida del médico los puros principios ennoblecedores del cristianismo? ¿Se pondrá el ejercicio de su profesión bajo el gobierno y la supervisión de la iglesia? ¿Practicará la abnegación por amor de Cristo o lo de seguir las huellas de Jesús es solo para algunos hombres de ocupación más común, mientras que los comerciantes, los abogados y los profesionales liberales tienen libertad de seguir la inclinación de una voluntad egoísta? ¿No ha de ver el mundo ningún representante del cristianismo en la profesión médica ni en los hombres que ocupan cargos de confianza en nuestras instituciones?

Se me mostró que la verdad debe entrar en el corazón de cada médico entre nosotros para que pueda tener una influencia santificadora en su vida; pero, por lo general, nuestros médicos no saben qué significa la religión del corazón. Con la luz de la redención brillando por doquier, el alma parece por desconocimiento de lo sagrado y de lo divino. El corazón está desolado y triste, aunque el Espíritu de Dios, a través de su Palabra, invita a todos los seres humanos a reposar en la esperanza de la gloria de Dios.

La labor de la profesión médica necesita de hombres que amen y teman a Dios. La gente lleva mucho tiempo afligida con hombres incon-

versos que han actuado independientemente de la iglesia y que han seguido su propio juicio no santificado, poniendo en peligro nuestras instituciones por la independencia no santificada. Nuestras instituciones, por no conocer una línea de acción mejor, no tienen por qué acepten personas no consagradas; porque se suscitarán médicos convertidos para ocupar su lugar en la obra. A no ser que los principios de la verdad divina controlen a los médicos como no lo han hecho hasta ahora, Dios quedará deshonrado, se perderán almas y la institución establecida para el beneficio de los enfermos y los que sufren no satisfarán la mente del Espíritu de Dios.

Dios ha sido muy deshonrado por la línea de conducta de muchos de la profesión médica que afirman creer la verdad, porque en carácter no han sido representantes de Cristo. Debería considerarse que una vida inconsecuente carente de principios en un médico es un asunto de gran importancia, y debería ser abordado según la instrucción que Cristo dio a su iglesia para tratar a los desleales. Si alguno se niega a escuchar la admonición y no quiere cambiar su línea de actuación, debería ser separado de la comunión de la iglesia. Los que se ponen de parte del malhechor, simpatizan con él y le dan apoyo se ponen en una posición en la que son una ofensa a Dios.

Hay algunas ocupaciones que no están abiertas para los cristianos. No son vocaciones legítimas para el siervo de Dios, y pueden ocuparse en ellas únicamente con peligro de su alma, porque a través de esas ocupaciones quedan expuestos a la perniciosa influencia del mundo. Dios desea que su pueblo no frecuente la compañía de explotadores y ventajistas, aunque puedan revestirse de una apariencia de santidad. Hay ocupaciones en las que es imposible efectuar una reforma, porque son perversas hasta el tuétano, y lo que puede decirse a los que siguen ocupándose en ellas es: «Váyanse, ladrones». Pero la profesión de la medicina es una vocación legítima, y hay un remedio para todos sus males. Cristo puede estar representado en el carácter y la acción de todo médico, y todos los que afirman ser cristianos deberían esperar trabajar como él lo hizo, recibiendo una remuneración justa por sus servicios, sin exigir nada más, aunque vean que podrían obtener más siguiendo los egoístas usos del mundo. Sería lo mismo que si el ministro del evangelio exigiera un salario excesivo por visitar a los enfermos, consolar a los desalentados, llevar paz y gozo a los oprimidos, que si el médico infla las facturas de sus honorarios por sus actuaciones profesionales.

Ha de percibirse a simple vista en la obra del médico cristiano el sello de la abnegación, y no debe ofrecer ni la más mínima apariencia de

fraude o extorsión. Ha llegado a ser generalizado entre los médicos que no tienen ante sí el temor de Dios ocultar lo que es claro y simple bajo el disfraz del misterio para poder tener más influencia entre la gente. Pero esto no sigue plan de Cristo. Solo Dios está velado en un misterio inasequible. Cuando abordamos la humanidad, Jesús aclaró a la comprensión de los hombres todo lo oculto, y prometió en su ascensión que enviaría al Consolador, cuya función sería revelar la verdad. En los atrios celestiales se considera el fraude y la extorsión del médico en los mismos términos que el fraude y la extorsión del comerciante o del mecánico. Los cobros abusivos por parte de un médico por prestar un simple servicio a un hermano desafortunado son tan asfixiantes para los pobres como cuando un abogado exige honorarios exorbitantes por su servicio o un comerciante pide un precio inaceptable por su mercancía.

El carácter y el destino de la humanidad en el tiempo de gracia vienen determinados por los principios que controlan su acción. El egoísmo es un atributo de Satanás, y si gobierna la vida, se manifestará en cualquier profesión u ocupación, por noble o filantrópica que se quiera hacer pasar. Se ha cubierto una multitud de pecados bajo la profesión de la medicina, aunque ha habido un testigo de cada transacción impía, y se ha emitido un justo veredicto en la decisión de cada caso. Muchas cosas que en esta profesión se cree que son lícitas y correctas *no lo son*, y necesitan el azote de cuerdas en la mano de Cristo para que puedan ser expulsadas. Los médicos en activo han protagonizado muchas acciones buenas y misericordiosas, pero se me mostró que, por lo general, la profesión médica se ha convertido en una cueva de ladrones. En conexión con la causa de Dios, el trabajo del médico cristiano ha de ser adornado por la presencia de Cristo, que cooperará con el médico que profesa su nombre. Pero cuando los hombres se vuelven chantajistas, lo único que puede hacer es echarlos de sus atrios.

Los que quieran entrar en la profesión médica deberían ser formados desde un punto de vista más elevado que el que se ofrece en las escuelas populares del país. No apreciamos el valor de la verdad sagrada que profesamos creer hasta que vemos la necesidad de plasmarla en nuestra vida práctica. Solo cuando la integridad espiritual y moral llegan a ser una característica permanente, en todo momento y lugar, podemos dar la debida estimación de la sagrada fe que una vez fue dada a los santos. Además de la ciencia especial requerida para que alguien pueda ser un médico capaz, se precisa una formación diaria en la escuela de Cristo para que pueda aprender a trabajar como lo hizo Jesús: con pureza, con altruismo y con santidad ante Dios. Así, serán aptos para entrar en la es-

cuela superior de los patriarcas y los profetas, para asociarse con los redimidos y los santificados de todas las épocas. Hace falta un hombre según la divina medida de Dios para ser un médico de éxito que represente al gran Médico. Debe ser un alumno perpetuo, porque ningún estudiante está jamás preparado para dejar de estudiar, aunque haya recibido la titulación del curso de preparación más acreditado.

Hay muchos advenedizos en la profesión médica, hombres que tienen un corazón malvado, que se aprovechan de su posición, y corrompen no solo el alma, sino también el cuerpo de aquellos que están bajo su cuidado. Su recompensa en el día del balance final será según sus obras. Solo la fe diaria en Cristo hará y mantendrá al médico puro ante Dios, porque Satanás estará junto al médico para tentarlo, para abrir vías para que practique la deshonestidad, para que cometa graves pecados bajo la capa de su profesión. Dios considera el corazón y entiende el espíritu, que ejecuta toda acción. Dentro de poco, el Juez de toda la tierra abrirá un gran libro en el que se conserva el registro de cada caso. Entonces se revelará que ha habido un testigo presente a la cabecera de los enfermos, que ha tomado nota de cada caso, de las circunstancias que rodean al individuo, del trato dado y se escribe la fidelidad o la infidelidad de cada médico. Que el médico cristiano alce su mirada en el dormitorio del enfermo y diga: «Dios está aquí; su mirada está puesta en mí. Lee todos mis pensamientos y observa todas mis acciones. Seré un fiel siervo de Jesucristo. Seré alguien que mantenga el honor, la honestidad y la verdad. Tendré la ternura, la compasión, la misericordia, la paciencia de Jesús. Consolaré a este doliente; seré bondadoso con él. Si Jesús quiere trabajar conmigo, seré un apoyo para los necesitados».

Oh, ¡qué médico puede ser aquel que sea un siervo de nuestro Señor Jesucristo! La luz de la gloria de Dios puede brillar sobre el hombre que, así, sea un colaborador de Dios. El cristianismo en la vida, en las transacciones comerciales, en las prácticas profesionales, será un poder en la tierra. Cristo dijo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5: 14). La levadura de la santificación y la santidad debe ser introducida en la vida y el carácter. En nuestra editorial, en nuestro sanatorio y en el colegio, deberíamos vigilar con sumo cuidado que no actuemos por motivos egoístas. La vida, en el mejor de los casos, es breve, y este corto período de tiempo de gracia debería ser puro, vivido con vista únicamente a la gloria de Dios. No deberíamos tener doble ánimo, ahora sirviendo al Señor y, después, sirviendo propósitos egoístas en todos nuestros planes y en nuestras acciones. El egoísmo, la desidia de espíritu que se manifiesta en lo referente a las palabras habladas, los hábitos consentidos, las máximas pronunciadas, siembran todos una semilla que producirá una cosecha funesta.

Desde el corazón de la obra se transmite una influencia, incluso por parte de algunos a los que se llama misioneros al extranjero, que no complace a Dios. Muchos no están vacíos del yo, no son vasos de honra. Si nunca hubieran tenido relación con hombres no santificados, habrían realizado un trabajo mucho mejor; pero los principios que han entretejido en su carácter no resultan aceptables para Dios, y este no ministrará de su gracia al espíritu que acarician. Entonces, ¿cómo pueden ser luces para el mundo? ¿Cómo pueden ser colaboradores de Dios? ¿Cómo se los puede llamar portadores de luz? Las máximas del mundo han sido entretejidas con la preciosa verdad de Dios. Los hombres son engañados en cada departamento y cada ramo de la obra por sus propios deseos egoístas, sus planes egoístas, porque su corazón no se halla imbuido del espíritu de Cristo. Se pierde de vista el ejemplo de Cristo. Muchos son incapaces de distinguir claramente entre las verdades de Dios y los fraudes humanos, y ninguna parcela de su experiencia religiosa se encuentra libre por completo de la dañina cizaña del egoísmo. Muchos dicen buscar primero el reino de Dios y su justicia, pero, en realidad, los propósitos y los proyectos egoístas nublan la visión de las realidades eternas, y el mundo no tarda en discernir su propio rasero. Se me ha mostrado que muchos hacen profesión de piedad menospreciando las incoherencias demasiado evidentes, pero, a la vez, reafirmandose en sacar a Dios de su conocimiento, recurren al trueque y regatean para lograr una ventaja grande o pequeña, según las circunstancias, y, al obrar así, pierden en el trueque su aval para el reino de Dios. Valoran ese reino menos de lo que Judas valoraba a su Señor.

Dios emplaza a los profesionales de la medicina a que no crean que han de situarse aparte de los miembros de la iglesia para poder llevar a cabo sus propios proyectos egoístas. Nuestra fe es tergiversada por hombres que están fuera de Cristo y muchas almas se descarrían. Hay que quitar del medio las piedras de tropiezo, o que quienes no se hayan sometido a la disciplina de la iglesia cambien de proceder. Si deciden dejar la comunión de la iglesia, que se dé la voz de alarma para que todos pueda saber que no están en armonía con los hermanos y que la iglesia no será responsable de su curso de acción ni cubrirá sus transgresiones. Así puede evitarse que muchos que sinceramente creen la verdad sean llevados a confiar en hombres cuya forma de actuar Dios desapruueba.

Que nadie diga que sus pensamientos está, puestos en lo celestial mientras su yo se interpone entre ellos y Dios; porque sus ideas, sus obras, testifican todos que se arrastran en el polvo. Debe levantarse el estandarte. No abogamos por la inactividad; no quisiéramos que nada menos-

cabase sus actividades, sino únicamente que sean purificados sus proyectos de todo egoísmo, toda ambición, todo orgullo, toda exaltación del yo. Que la religión pura e inmaculada sea el poder controlador en todas nuestras instituciones, que sea practicada por cuantos están relacionados con la obra. Los que hacen profesión de piedad, pero tienen un corazón corrupto y sensual, se desarrollarán para poder ser conocidos por los que los rodean. El que intriga para sí obrará de manera que él se beneficie, mientras que es muy cuidadoso de todas las apariencias para comprobar que los demás en ningún caso se aprovechen de su lugar o su posición para cosechar beneficios que él mismo obtuvo. Este cuidado por su parte para excluir a los demás de una ventaja deshonesta tranquiliza su conciencia, porque cree que está protegiendo los intereses de la institución.

Oh, hombre, los libros del cielo contienen el registro de tus hechos; porque de cada transacción ha habido un Testigo que no miente, y por tus obras serás justificado, y por tus obras serás condenado en el día en que cada caso sea juzgado, y ya sea demasiado tarde para reparar los daños cometidos. Se verá entonces que solo se salvan los que incorporaron a su vida las máximas de Jesús.

Muchos han engañado al mundo, traicionado la causa de Cristo y avergonzado abiertamente al Señor de la gloria al tergiversar su carácter. Mienten contra la verdad. Consienten y toleran prácticas que de ninguna manera se corresponden con la verdad de Dios. Muchos están dispuestos a beneficiarse a costa del perjuicio ajeno, y esto demuestra que la verdad no ha entrado en el santuario del alma, y que la ley de Dios es letra muerta para ellos. El mandamiento es «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] y [...] a tu prójimo como a ti mismo» (Mat. 22: 37-39). No han llegado a aprender la lección del puro Hijo de Dios. El Testigo fiel dice: «Tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar» (Apoc. 2: 4, 5).

Repítase: «Soy cristiano, y tengo que amar a mi prójimo como a mí mismo. Debo hacer a los demás como me gustaría que me hicieran a mí. No debo exaltarme como un personaje privilegiado y mirar a los demás por encima del hombro como si no tuvieran ningún valor. Soy cristiano, y mi estima por los demás debiera superar a la que siento por mí mismo. Soy cristiano, y no debo integrarme en ninguna asociación ni en ningún grupo que estén confabulados en el mal, con independencia de lo trivial que parezca la transgresión». Fue una pequeña transgresión la que abrió sobre nuestro mundo las esclusas de la aflicción.

El acto del pecado puede ser una acción de la que se diga que es común, y la ruina eterna será común. No es preciso que busquemos excusarnos porque los personajes más valorados sean culpables de extrañas faltas, ni que pongamos el pecado en la luz indebida ante el mundo. La rectitud de cuantos hacen elevadas profesiones y practican la iniquidad es conocida como una simulación ante ese Dios cuya mirada discierne el corazón de todos. Tan pocos se encuentran que actúen según los principios de la Biblia que podemos, ciertamente, decir que muchos buscarán entrar y no podrán.

Los que no hayan perdido su primer amor tendrán cuidado por las almas de aquellos con los que se relacionan; pero si se encuentra alguien en una posición de responsabilidad cuya moral ha quedado mancillada con deshonestidad o impureza, manténgase en guardia para que su espíritu y su ejemplo impíos no contaminen el alma de ustedes, y que así se propague el contagio del mal. Debe elevarse el tono moral de la piedad entre nosotros, y, para que esto pueda ocurrir, debemos dedicar tiempo al cultivo personal de la religión del corazón. Que cada uno admita: «Tengo que ser un ejemplo de paciencia. Tengo que hacer el bien, con independencia de que los demás aprecien o no mis motivos. No debo aliarme con el mal, ni ocultarlo bajo un manto de falsa caridad». La caridad de la Biblia no es sentimentalismo, sino amor en ejercicio activo. Se llama caridad a «curar la desgracia de mi pueblo como cosa leve, diciendo: ¡Paz, paz! cuando no hay paz» (Jer. 6: 14; 8: 11, NC). Se llama caridad a confabularse, a llamar al pecado santidad y verdad; pero es una falsificación. Lo falso y lo espurio están en el mundo, y deberíamos examinar a fondo nuestro corazón para saber si poscemos o no la caridad genuina. La caridad genuina no generará desconfianza ni malas acciones. No embotará la espada del espíritu para que no realice ejecución alguna. Los que quieren ocultar el mal bajo una falsa caridad dicen al pecador: «Te irá bien». Gracias a Dios, hay una caridad que no se corromperá; hay una sabiduría que viene de lo alto, que es (fíjate bien), primeramente pura, después pacífica, y sin hipocresía, y el fruto de justicia se siembra para aquellos que hacen la paz. Esta es una descripción de la caridad nacida en el cielo, engendrada en el cielo. La caridad ama al pecador pero odia el pecado, y le advierte con fidelidad su peligro, señalándole el Corredor de Dios que quita el pecado del mundo. El pecado no ha de ser encubierto, sino quitado.

El amor de origen celestial es un poder irresistible y puede ser obtenido únicamente mediante una conexión viviente con Dios. Si se quiere conmover el corazón de la gente, hay que entrar en contacto real con el

Dios de amor. Dios debe, en primer lugar, influir en uno mismo si se quiere influir en los demás. Pero, en vez de desear tan exaltada posición como llegar a ser colaborador de Dios, pastores y médicos, los hombres de responsabilidad buscan la preeminencia entre sus hermanos, y luchan por obtener los salarios más elevados por sus servicios. El pecado siempre acompaña a tal ambición. ¡Qué tenue es la línea de demarcación entre la iglesia y el mundo! Pero, ¿por qué se iba a intentar mezclar el servicio de Dios con el de servir a Mamón? El Redentor del mundo declaró: «Ninguno puede servir a dos señores».

El pueblo de Dios puede estar unido únicamente a través del poder del Espíritu Santo, y esta es la unión que soportará la prueba. Cristo oró para que su pueblo fuera uno como él y el Padre eran uno; pero, ¿puede esta unión existir, puede mantenerse la vida espiritual, si uno deja de relacionarse con personas de una fe preciosa similar en estrecha comunión y devoción cristianas? Si uno cree que puede llevar una vida cristiana sin aprovecharse de los privilegios cristianos, está siendo engañado por el enemigo de su alma. Me tomo terriblemente en serio el pasaje: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!».

Con independencia de la labor que se desempeñe, sea la de médico, comerciante o pastor, o que se trabaje en otros ámbitos, nadie tiene ningún derecho a sobrellevar cargas tan duras y pesadas, tan difíciles de sobrellevar, que se vea aplastado bajo muchas y variadas responsabilidades, hasta el punto de no disponer de tiempo para orar, y excusarse alegando que tiene mucho que hacer. Si se tiene mucho que hacer, ¡cuán esencial es lograr que el Señor, el Dios de Israel, esté al lado de uno, para compartir el yugo con Aquel que era manso y humilde de corazón! Cristo dice: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Bien puede uno sentirse alarmado por su alma si permite que las cuitas suplanten la verdad de Dios en el corazón. Si sus colegas son gente mundana que lo adulan, que le dicen lo brillante que usted es y qué grandes cosas puede hacer, y a usted le complace toda esa palabrería no consagrada, dese cuenta de que se halla en peligro; porque su sensibilidad moral está pervertida, sus percepciones mermadas. Ha dejado las frescas aguas de las nieves del Líbano por aguas extrañas. No puede conservar su espiritualidad a no ser que se alimente de Cristo, comiendo su carne y bebiendo su sangre. Cada momento está cargado de responsabilidades eternas.

En el trato con sus semejantes, puede que cada acción esté marcada por la más alta integridad; y, no obstante, aunque la justicia y la equidad

caractericen sus transacciones mercantiles, no debe permitirse estar tan absorto con lo temporal que deje de prestar atención a las cosas de interés eterno. La mente y el cuerpo no deben ser tratados con indiscreción. No debe actuar con presunción, porque no se pertenece a usted mismo: has sido adquirido por precio y tiene la obligación de mantener la propiedad de Dios en buen estado. No se requiere de usted que se dedique a sus labores hasta que esté agotado y exhausto, y no pueda ocuparse en ejercitar el espíritu para la conservación de la salud espiritual. Cuando hace de su prosperidad espiritual algo de importancia secundaria, está haciendo mal uso de la propiedad de Dios. Mediante la devoción indebida al negocio defrauda al alma privándola de la oportunidad de darse un banquete de palabras de vida eterna e impidiendo que reciba el sustento y la inspiración necesarias para el mantenimiento de la salud espiritual. Así deja usted de ser luz para el mundo y no puede representar a su profeso Señor ante la gente con la que se relaciona.

Es verdad que cada momento es precioso y que no debe desperdiciarse ninguno; pero precisamente cuando se obtiene la gracia del Espíritu Santo por la fe en Dios se está cualificado para el desempeño de los diversos deberes y se puede trabajar con vista únicamente a la gloria de Dios. Considere los días, las semanas y los meses del pasado y observe si su vida de servicio no ha sido un hurto largo y complicado contra Dios, porque ha dejado de acordarse de él y ha dejado la eternidad fuera de tus cálculos. Al descuidar las cosas espirituales, no solo ha robado a su propia alma, sino a las almas de su familia; porque, al buscar el enriquecimiento temporal con descuido de la iluminación celestial, no ha estado en condición física ni mental de educar y formar a sus hijos para que guarden el camino del Señor.

¿Cuánto tiempo continuará este tipo de malversación por parte de hombres que dan una gran valoración a sus servicios y, no obstante, excluyen de su trabajo lo que hace aceptables a Dios sus labores: la devoción del corazón, la verdadera piedad? Descarta a Dios de sus pensamientos, apenas ora, y no obstante reivindica, por el ejercicio de su sabiduría finita, una gran compensación en dinero. Y, con todo, Cristo declara: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). «¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mar. 8: 36). ¿Cambiará su esperanza celestial por la ganancia terrenal? Muchos hacen precisamente eso, porque Satanás ofreció su tentador soborno y aceptaron sus términos. Si se talara el árbol, yacería postrado en la tierra, perdido, perdido, ¡perdido eternamente!

A menudo, se considera que el éxito terrenal, incluso cuando se obtiene con la pérdida de la vida espiritual, es una bendición de la Providen-

cia; pero es desastre, es muerte. Mucho mejores serían la pobreza, la cruz, la abnegación, el sacrificio de uno mismo y las esperanzas terrenales hechas añicos. Mucho mejor sería recibir del mundo el veredicto de «pobre» que se escriba de nosotros «pobre» en los libros del cielo. Que se escriba en el cielo que uno es rico en gracias espirituales es de mucho mayor honor que sentarse con los príncipes en la tierra y renunciar al reino de Dios. Sea la ambición de quienes profesan creer la verdad presente que se escriba de ellos que son hombres cuya vida está escondida con Cristo en Dios, hombres que el oro no pueda comprar, que, aunque sean tentados como lo fue Moisés, como él, estimaron mayor riqueza el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto.

Dios permite que los seres humanos pasen bajo el fuego de la tentación para que puedan ver que hay aleación en sus caracteres; porque no pueden heredar su herencia de la corona eterna a no ser que sean examinados y probados por el Señor. Tómense tiempo para vigilar y orar, para cerciorarse de que tienen la presencia de Jesús, y pueden pedir su consejo en lo referente a la obra que ha entregado en sus manos, como lo hizo Enoc en la antigüedad. ¡Cuánto necesitan a Jesús aquellos que ocupan cargos importantes de responsabilidad, cuánto precisan vigilar y orar para poder ser fervientes de espíritu, sirviendo al Señor! ¡Harán acopio de negocios para su alma y dejarán fuera a Cristo alegando que no tienen tiempo para estar en comunión con él? ¿Por qué violar la conciencia? ¿Por qué poner tal confianza en la propia fortaleza finita de ustedes?

La tentación llegará a cada alma, y, si se acepta una tentación, seguirán otras más fuertes, y otros se verán influidos por el ejemplo de ustedes. El oro no es solo es un patrón monetario, sino también un patrón de carácter entre los hombres. Sin embargo, aunque el mundo juzgue por este patrón, diga el cristiano: «No estoy obligado a ser rico, pero tengo la obligación de ser justo y de representar a mi Redentor. No pondré mi alma en peligro exigiendo determinados ingresos. He propuesto en mi corazón que no daré a Satanás razón para triunfar sobre mí por haber puesto en peligro mi vida espiritual y haberme convertido en siervo del pecado. No cultivaré ni alentaré el egoísmo y la avaricia, porque es la ruina del mundo».

Satanás fue derrotado cuando se acercó a Cristo con su insidiosa tentación del ofrecimiento de una vasta recompensa por el deslustre de la integridad del Hijo de Dios. Ahora busca, mediante el mundo, corromper la integridad de los que vencerían por la gracia de Cristo; pero diga cada seguidor profeso de Jesús: «Vete, Satanás, porque escrito está: «Al

Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás"» (Mat. 4: 10, RVC).— Carta 41, 1890, pp. 1-22 (al Dr. J. H. Kellogg, 24 de diciembre de 1890).

Patrimonio White, Washington, D.C., 26 de agosto de 1953

El pacto y el bautismo

Durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto, el Señor fue fiel al pacto que había hecho con su pueblo. Los que le fueron obedientes recibieron las bendiciones prometidas. Y ese pacto sigue en vigor.

A través de la obediencia podemos recibir las más ricas bendiciones del cielo. Los que reivindican ser seguidores de Cristo se comprometen a la obediencia en el momento de su bautismo. Cuando descienden al agua, se comprometen en presencia del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, a que, ahora, habiendo muerto al mundo y sus tentaciones, se levantarán de la tumba líquida para andar en novedad de vida, a una vida de obediencia a los requisitos divinos.— Ms 80, 1903, p. 2 («Whoso Offereth Praise Glorifieth God» [«El que me ofrece alabanzas glorifica a Dios»], 1º de agosto de 1903).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
13 de noviembre de 1953

Los objetivos de nuestra obra médica y la Escuela de Médicos Evangelistas

La tarea de promover los principios de la reforma prosalud no ha de ser dejada al azar, ya que ha de ser profunda y amplia, trascendental y esencial, cuyo prestigio se sustentan en sus logros prácticos. Por el hecho de que seamos reformadores de la salud, no hemos de arremeter agresivamente contra los hábitos y las prácticas de los demás; pues eso supone atacar demasiado directamente los dioses que muchos adoran. En vez de ello, hemos de ofrecerles algo mejor. ¿Para qué hemos establecido instituciones de la reforma prosalud? Para poder ofrecer a la gente una demostración práctica de los principios que sustentamos [...].

Los ángeles celestiales están profundamente interesados en los que están peleando «la buena batalla de la fe» (1 Tim. 6: 12). Nuestro Salvador observa con interés la

Solicitado para una compilación sobre los objetivos de nuestra obra médica y la Escuela de Médicos Evangelistas.

lucha entre las fuerzas del bien y las del mal. Satanás obra constantemente para suscitar intereses que cautiven los pensamientos de la gente y así eliminen la eternidad de sus cálculos. Los que ocupan puestos elevados están tan intensamente ocupados en lo referente a las empresas mundanas comunes que no tienen ni la más mínima percepción de sus necesidades espirituales. Por eso el Señor ha dirigido el establecimiento de instituciones siguiendo un plan completamente diferente del seguido por el mundo.

Es la voluntad de Dios que se creen sanatorios. Estas instituciones han de regirse según los principios del evangelio. El evangelio ha de imprimir carácter a todas las instituciones de salud que establezcan los adventistas del séptimo día. [...] Cada sanatorio [...] debería convertirse en un Betel. Los que están relacionados con este ramo de la obra deberían estar consagrados a Dios. [...]

Debe darse al mundo la luz de la reforma prosalud. Eduquen, eduquen, eduquen, en el sanatorio y fuera de él. Lleven a todas las personas con las que entren en contacto a pensar en Jesús, «el camino, la verdad y la vida» (Juan 14: 6).— Ms 165, 1899, pp. 10, 11 («Words of Counsel to Ministers and Physicians» [Palabras de consejo a pastores y médicos], 26 de diciembre de 1899).

Los adventistas del séptimo día tenemos una obra especial que hacer en la construcción de sanatorios en nuestro mundo según se vaya viendo la necesidad. Estos edificios han de ser pequeños o grandes, según demanden la situación y las circunstancias del entorno. Nuestra obra ha de ser dinámica, y ha de circundar el mundo. [...]

La misión del pueblo de Dios es iluminar el mundo, según las instrucciones dadas en el capítulo 58 de Isaías. En él se presenta el plan de acción que ha de llevarse a cabo en todo lugar en que la verdad se posesiones de la mente y el corazón. En relación con la proclamación del mensaje ha de realizarse la labor de aliviar a las familias que estén en apuros. Los que se ponen de parte del Señor han de ver en los adventistas del séptimo día un pueblo afectuoso, abnegado, sacrificado, que atiende de buena gana y con alegría al necesitado. Hemos de ayudar sobre todo a los que sufren porque tuvieron el valor moral de aceptar la verdad. Los marginados han de recibir atención.

Sin embargo, el Señor no ha encomendado, ni nunca encomendará, a los adventistas del séptimo día la tarea de atender a todos los depravados, a todos los borrachos y a todas las prostitutas. [...]

Dios ha dado instrucciones para que se establezcan sanatorios en diferentes lugares. Estas instituciones han de ser sus instrumentos para

alcanzar a cierto público que no sería alcanzado de ningún otro modo. En los sanatorios ha de resplandecer la luz de la verdad. [...]

El sanatorio ha de ser el memorial del Señor, un testimonio de la eficacia de la verdad. Los que acudan a la institución han de ver que en ella se sabe que «el temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Prov. 9: 10). Cuando el estandarte de la verdad ya no sea el estandarte honrado y respetado de la institución, el Señor retirará de la institución su poder protector.— Carta 41, 1900, pp. 3, 5, 7, 9 (al Dr. J. H. Kellogg y su esposa, 10 de marzo de 1900).

La labor que han de hacer nuestros sanatorios es trabajar por la salvación de las personas que acudan a recibir tratamiento. [...]

Llevar a la gente a una creencia en la verdad es la labor que deben realizar todas nuestras instituciones. Si no puede hacerse esto en nuestros sanatorios, ¿por qué habríamos de incurrir en el gasto de construirlos?— Carta 11, 1900, pp. 5, 6 (a J. Edson White y su esposa Emma, 23 de enero de 1900).

Como mensajera de Dios he de decir a nuestro pueblo que no hemos de estimular a nuestros jóvenes para que acudan a Battle Creek para recibir educación. Padres, madres, el alma de vuestros hijos es de gran valor, y la advertencia dada por Dios de que no se envíen jóvenes ni señoritas a Battle Creek tiene ahora el doble de fuerza de la que tuvo en el pasado. [...]

Hay colegios fuera de Battle Creek, lejos incluso, que tienen un peligro mucho menor de perder su respeto por los Testimonios que han estado llegando al pueblo de Dios durante este último medio siglo. [...]

Padres, mejor sería que sus hijos se quedaran en casa que mezclarse con una masa de gente que no cree en la verdad. La formación que reciban en tal lugar estará tan entreverada de sentimientos representados como «madera, heno y hojarasca» (1 Cor. 3. 12), que la verdad perderá fuerza en su pensamiento en un momento en que necesitan que la verdad se confirme. [...]

El Señor abrirá, y ya está abriendo, vías a través de las cuales los hijos de ustedes puedan recibir formación en el campo médico misionero sin poner en peligro su alma. Aunque la preparación impartida en estos lugares no sea tan completa como la de Battle Creek, puede hacer tanto como se hizo cuando la obra se puso en marcha al principio en

Battle Creek. Entonces no teníamos condiciones para el envío de médicos plenamente calificados. En poco tiempo tendremos instalaciones que cumplirán con los requisitos exigibles.

Supongan que, durante un tiempo, no podemos enviar estudiantes como médicos plenamente autorizados. Pueden trabajar como colaboradores de otros médicos y, si siguen la dirección del Señor, se les presentarán magníficas oportunidades que les darán mayor experiencia, quizá, que si hubieran conseguido un diploma. La ocasión de destacar y de ejercer influencia viene dada por el valor real del hombre. La enfermera o el médico que trabajen con el Señor Jesús cosecharán el éxito. Lean la historia de los hijos de Israel registrada en el libro de Éxodo y que cada alma se ponga plenamente de parte del Señor. El pueblo de Dios que vive en estos últimos días ha de meditar sobre la experiencia de los israelitas.— Ms 151, 1905, pp. 1-4 («Should our Youth Go to Battle Creek?» [¿Deberían acudir a Battle Creek nuestros jóvenes?], 30 de diciembre de 1905).

Hay muchos en nuestro mundo que son esclavos de hábitos intemperantes, que destruyen el alma y el cuerpo. Es el propósito de Dios que en nuestros sanatorios esas personas aprendan una mejor manera de vivir. Bajo la influencia de la verdad bíblica muchos serán ganados para Cristo.

Ha de llevarse el mensaje del tercer ángel a todas partes del mundo. Nuestros sanatorios son uno de los instrumentos mediante los cuales ha de llevarse la verdad a quienes no la conocen. Debemos alcanzar a la gente allá donde se encuentre. En los caminos y en los senderos ha de darse la invitación a la cena. Todos deben oír la invitación al banquete preparado para ellos a un costo infinito. Cuando los incrédulos sean puestos bajo la influencia de la verdad, los ángeles de Dios impresionarán su corazón.— Carta 305, 1904, p. 3 (a Gilbert Collins, agosto de 1904).

La gran razón por la que tenemos sanatorios es que esas instituciones pueden ser instrumentos para llevar a los hombres y mujeres a una posición en la que puedan ser contados entre aquellos que algún día comerán de las hojas del árbol de la vida, que son para la sanidad de las naciones. «Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán» (Apoc. 22: 3).

Nuestros sanatorios han sido creados como instituciones en las que los pacientes y todos los empleados puedan servir a Dios. Nuestro deseo es motivar a tantos como resulte posible a desempeñar individualmente su papel en llevar una vida sana. Queremos inducir a los enfermos a que

eviten el uso de fármacos y a que los sustituyan con los remedios simples proporcionados por Dios, que nos ofrecen el agua, el aire puro, el ejercicio y la higiene general.— Ms 115, 1907, p. 1 («Why We Have Sanitariums» [Por qué tenemos sanatorios], 22 de octubre de 1907).

Se ha dado a nuestros sanatorios la tarea de alcanzar a las clases más altas. Ha de hacerse esta obra no uniéndonos a ellas ni proporcionándoles diversiones, sino revelando el poder de la verdad para transformar el carácter. Todo ser humano que se santifica a través de una creencia en la verdad se convierte en un portaantorcha de Dios para el mundo, en su mano ayudadora para recuperar de la transgresión a las almas. Es un médico misionero de Dios.— Ms 83, 1901, p. 1 («God's Purpose for His Sanitariums» [El propósito de Dios para sus sanatorios], 26 de agosto de 1901).

Hemos de aprender de Cristo la ciencia de la salvación de las almas. Él es el todopoderoso Sanador. En nuestra obra de predicación del evangelio, hemos de establecer pequeños sanatorios en muchos lugares. La labor que llevan a cabo los sanatorios es un medio de gran eficacia para llevar el mensaje de salvación por medio de Cristo a la atención de un gran grupo de personas que no podrían ser alcanzadas de ninguna otra manera. Pacientes de los estratos sociales más altos acudirán a nuestros sanatorios en busca de alivio, y cuando se vayan contarán a los demás los beneficios que recibieron. Así, otros se sentirán inducidos a ir. Es el plan de Dios que nuestros sanatorios desempeñen un papel determinante en la difusión del mensaje de la pronta venida de Cristo a los que están en los caminos y los senderos.— Ms 30, 1905, p. 3 («A Visit to Redlands» [Una visita a Redlands], 6 de marzo de 1905).

En los nuevos territorios donde aún ha de establecerse la obra de Dios, tenemos que llevar a cabo obra médica misionera; pues esta obra elimina prejuicios y prepara el camino para la proclamación del mensaje del tercer ángel. Es el medio por el cual se abren puertas para la entrada de las verdades especiales para este tiempo. La obra médica misionera y el evangelio son una sola cosa. Cuando el uno y la otra están unidos, hacen un todo completo.— Carta 92, 1902, p. 2 («To Brethren in Responsible Positions in the Medical Work» [A los hermanos que ocupan puestos de responsabilidad en la obra médica], 8 de abril de 1902).

El propósito de Dios al dar el mensaje del tercer ángel al mundo es preparar un pueblo para que le permanezca fiel durante el juicio investigador. Este es el propósito para el que fundamos y mantenemos nuestras editoriales, nuestras escuelas, nuestros sanatorios, los restaurantes de comida saludable, las salas de tratamiento y las fábricas de alimentos.

Este es nuestro propósito al llevar adelante cada ámbito de actuación en la causa.— Ms 154, 1902, p. 4 («Instruction to Men in Positions of Responsibility» [Indicaciones a los que ocupan puestos de responsabilidad], 24 de octubre de 1902).

Los sanatorios que se establezcan han de ser memoriales de Dios, instrumentos en la conversión de muchas almas.— Ms 33, 1901, p. 2 (Diario, 19 de abril de 1901).

Nuestros sanatorios se han establecido con el propósito de preparar un pueblo para la segunda venida de nuestro Señor y Salvador.— Carta 284, 1906, pp. 2, 3 (al Dr. O. G. Place, 29 de agosto de 1906).

El mundo entero es la viña del Señor, y él quiere que se trabaje en todas las partes de la misma. Los que han sido elegidos como mayordomos de los bienes del Señor deberían ocuparse de que todo se gestione de tal modo que dé al Señor la máxima rentabilidad. Un administrador prudente no seleccionará algunas partes de la viña para dedicarles a ellas los medios que Dios ha provisto para todo el campo. Abrirá los ojos de su entendimiento para ver la necesidad de equilibrar el trabajo, para que puedan verse por doquier belleza, armonía y solidez.

«Es el espíritu del egoísmo», dijo el Maestro que nos instruía, «el que lleva a algunos a invertir en una tarea todo lo que está bajo su propia supervisión, para que pueda enriquecerse su porción de la obra con el descuido de otras partes. Este es un tipo de egoísmo que muchos no discernen. Se invierte demasiado en un lugar del mundo como si fuera la única parte donde el Señor [de la viña] desea que se trabaje».

El Señor se propone que en esta obra no se entreteja ni una hebra de egoísmo. El trabajo de cada cual ha de ser hecho con referencia a sus colaboradores, porque todos tenemos encomendada una misión. El viñedo debe ser cultivado; deben plantarse cepas para que puedan recogerse cosechas. No se encomienda la misma tarea a todo el mundo, y ha de llevarse a cabo con abnegación el trabajo en los diferentes frentes. En primer lugar, la mentalidad de los obreros ha de ser moldeada por Dios mediante sus instrumentos escogidos; ha de comunicarse a los hombres la palabra del Señor para suministrar a su mente directrices y métodos para trabajar el terreno de tal modo que se presente a Dios el mayor rendimiento de todas las partes de su viña. [...]

El Señor ve que todo se inclina demasiado hacia la obra médica, lo cual hace que el trabajo en otros ramos [de la obra] dé una imagen incorrecta que no será fácil quitársela de la cabeza. [...]

Lo que llamamos obra médica misionera junta en la red tanto a buenos como a malos; y la mayor parte de estos no estará en pie como ven-

cedores por la sangre del Cordero y la palabra del testimonio de ellos. Es muy necesario que, ante los degradados, mantengamos la ley de Dios como la norma de justicia. Nuestro estandarte debe ser «Consagrado al Señor» (Zac. 14: 20, RVC); si no, la labor de rescate de esas personas rebajará sus ideas de lo que Dios requiere en la edificación práctica del carácter. No puede existir nada parecido a una clase barata de cristianos que, como Moab, guarde su aroma para sí, porque no han cambiado de vasija en vasija, de carácter en carácter.

Ha llegado el momento de que tengamos una comprensión clara de lo que ha de comportar el trabajo médico misionero: qué saldrá por escrito y de viva voz para ser desacreditado y qué saldrá para ser exaltado. Cuando se oye la secuencia del razonamiento humano, resulta evidente que el carácter debe determinarse por la obra interior de la gracia en el corazón. Si la ley de Dios está escrita en el corazón, cada uno demostrarán la excelencia de sus propósitos. Su conducta será según la semejanza divina. [...]

En la Palabra de Dios no se da ni el más leve indicio a los que creen en el mensaje del tercer ángel que lleve a suponer que puedan disgregarse. Esto pueden ustedes tenerlo meridianamente claro para siempre. Las ocurrencias de mentes no santificadas pretenden fomentar la desunión, con sofismas humanos que pueden parecer rectos a los propios ojos de esa gente, pero que no son ni verdaderos ni justos. [...] Los hijos de Dios constituyen un todo unido en Cristo, que nos presenta su cruz como centro de atracción. Todos los que creen son uno en él. Los sentimientos humanos llevarán a algunos a querer hacer las cosas por su cuenta, y así el edificio se desequilibra. Por lo tanto, el Señor emplea diversos dones para construir el edificio simétricamente. No ha de ocultarse ni tener poca consideración de ningún rasgo de la verdad. Dios no puede ser glorificado, a no ser que el edificio, «bien coordinado», vaya «creciendo para ser un templo santo en el Señor» (Efe. 2: 21). Se habla aquí de algo trascendental, y los que han aceptado la verdad presente deben prestar atención a cómo oyen y cómo edifican y enseñan a otros a cumplir con su parte.— Ms 109, 1899, pp. 1, 2, 5, 6, 9, 10 («The Need of Equalizing the Work» [La necesidad de equilibrio en el trabajo], 3 de agosto de 1899).

Se me ha mostrado que se han dedicado demasiados medios a la obra médica misionera, y que estaba tomando tales proporciones que había peligro de llevar a la Asociación General a la bancarrota, como casi ha ocurrido. [...]

Ha sido una gestión imprudente de los que han erigido edificios de escuelas y sanatorios, cuando la Asociación General ya estaba endeudada en muchos miles de dólares. Si esos hombres hubieran tenido una visión santificada, se habrían dado cuenta de que el dinero usado en tales iniciativas se necesitaba en territorios extranjeros. Estos asuntos exigen una cuidadosa atención. Hay campos todos blancos para la siega y, no obstante, nunca se ha plantado en ellos el estandarte de la verdad, aunque esa necesidad la gente la conocía. La viña abarca el mundo entero, y todas sus partes deben ser trabajadas. Los obreros de Dios deberían ver las cosas con sensatez, y, con ojos ungidos con colirio celestial, sabiendo valorar desde lejos la situación en los lugares con carencias, además de en Estados Unidos. Cuando lo hagan, quedarán impresionados con todo lo que queda por hacer. [...]

La obra médica misionera es una necesidad en esta parte del mundo tanto como en Estados Unidos. Si aquí [en Australia] tuviéramos una cuarta parte del dinero que usted ha tenido para gestionar [el Sanatorio de] Battle Creek, podríamos colocar donde pudieran trabajar con provecho a los que han recibido formación en especialidades médicas. La Asociación General, a solicitud del Dr. Kellogg y de A. R. Henry, estableció una institución en _____ que costó ochenta mil dólares. Veinte mil dólares habrían levantado un sanatorio aquí, y los hermanos de aquí habrían realizado aportaciones hasta el límite de su capacidad para dotar al edificio de lo necesario. Esto nos habría situado varios años por delante de donde estamos ahora. Dios ve todo esto.

El Señor no obra con parcialidad. Hay una tarea que hacer en Australia que ustedes han descuidado para multiplicar sus ventajas en Estados Unidos. Dios les dice en América: «Reduzcan sus crecientes necesidades. Compartan sus instalaciones con los que necesitan su ayuda para establecer la obra en las partes necesitadas de la viña». Este es el mensaje que Dios me da para ustedes, que dan a la obra tanto empuje en un frente a costa del descuido de otros que están listos para la labor. No hay suficientes fondos entre los adventistas del séptimo día para sostener una obra tan grande. Los obreros de otras partes del mundo necesitan los medios para poder prepararse para trabajar en otros lugares.

Es el propósito de Dios que en los lugares que dispongan de buenas instalaciones compartan sus ventajas con los lugares más necesitados. Este es el principio que debe observarse siempre en todas nuestras instituciones. Dios requiere que haya menos planificación y proyectos en Estados Unidos y en Battle Creek, y que fluyan los medios a los sitios

donde no hay nada de lo que echar mano, donde el trabajo se lleva a cabo precariamente por falta de recursos. Pero con tanta centralización se ha manifestado el espíritu del egoísmo. En los lugares donde ya hay grandes instalaciones, los obreros se han valido de todo recurso disponible. Diría nuevamente a los que tienen influencia: «Cumplan con las obligaciones que se ha descuidado».— Carta 149, 1899, pp. 1-4 (al Dr. J. H. Kellogg, 25 de septiembre de 1899).

Si el descomunal Sanatorio de Battle Creek se dividiera y se subdividiera, y su pujanza fuera trasladada a diferentes partes de la viña en las que no hay nada que represente la verdad, el Señor quedaría mucho más complacido. Él no respalda la forma de pensar y los métodos que han impedido que afluyan medios a un país en tan gran necesidad como Australia. Aquí hay hombres capaces, hombres de experiencia, pero no pueden lograr la mitad de lo que se podría si se erigiera el sanatorio y estuviera listo para los pacientes.

Se ha permitido que una obra que requiere mucho dinero para mantenerla en funcionamiento consuma los medios que Dios planeó que se usaran para abrir nuevos campos y plantar el estandarte en nuevos territorios, en las partes de su viña no trabajadas. Dr. Kellogg, usted viene invirtiendo tanto dinero en un solo sitio que se ha entorpecido la obra en nuevos lugares. El Señor no le ha indicado a usted que tome sobre sí la carga que ha asumido, lo cual ha impedido que usted se dedicara a una labor que exigía su atención. La decisión de hacer una labor que ha sido descuidada —una labor en cuya ejecución debería haberse unido toda la iglesia— lo llevó a usted al principio a asumir esa carga. Pero usted ha ido demasiado lejos. Usted ha hecho de este trabajo todo el cuerpo, en vez de solo el brazo y la mano del cuerpo, y le ha dedicado todas sus energías indebidamente.

Los últimos cincuenta años el Señor me ha dado instrucciones en cuanto a cómo debería llevarse adelante su obra. Han de celebrarse congresos campestres y reuniones en carpas, y han de edificarse casas de culto. Han de realizarse esfuerzos especiales por alcanzar a las clases más altas. No han de gastarse todos nuestros recursos y todo nuestro talento en el esfuerzo por alcanzar a los que se encuentran en la más abyecta degradación. El enemigo quedaría complacido si actuáramos así, porque la representación en ningún caso sería favorable a la verdad. Dios no se propone que su obra sea llevada adelante de esa manera. Así se consumen medios y talentos, de modo poco productivo. La veintava parte de los medios así consumidos, usados donde es debido, pondrían a trabajar a muchos de la forma señalada por Dios y la verdad

habría alcanzado a gente que, en las tinieblas del error, clama y ora para obtener luz, gente que tiene hambre del Pan de vida y sed del Agua de salvación.

¿Quedará esa gente fuera de nuestros planes? ¿Vamos a consumir todos nuestros recursos y todos nuestros esfuerzos entre aquellos de los que muy pocos serán llevados a la verdad? No podemos depender de los conversos de ese grupo para representar al pueblo de Dios como un pueblo sabio y noble. Muy pocos de ellos se convertirán en portan-torchas ante el mundo. Dios no los escoge como personas fiables. Algunos de ellos llegarán a ser hijos e hijas de Dios, pero el número rescatado será pequeño en comparación con los esfuerzos invertidos.

A no ser que se tenga cuidado, la obra de Dios quedará atada exactamente como a Satanás le plazca atarla. Si todos nuestros medios se gas-tasen en el trabajo con gente disoluta, depravada y corrupta, ¿dónde quedaría la labor que debería hacerse para llevar a la verdad a otra gente que representaría debidamente la verdad presente? ¿Cómo podríamos mostrar que somos un pueblo elegido, temeroso de Dios, que es leal a los mandamientos de Dios?

El Señor tiene una obra que hacer por los ricos y los pobres. Hay almas sinceras a las que alcanzar que no han corrompido el cuerpo, el alma y el espíritu hasta tal punto que carezcan de firmeza.

En el Apocalipsis se formulan con claridad los mensajes que han de ser dados al mundo. Cuando los siervos del Señor no consigan entrada a las iglesias, como sucederá, han de llegar a la gente celebrando con-gresos campestres y distribuyendo nuestras publicaciones. Ha de res-plandecer la verdad presente con brillantes y nítidos rayos.

Vayan primero los de la familia de la fe, no a los depravados y pervertidos, que se han destruido a sí mismos, llenando el alma y el cuerpo de iniquidad, como hicieron los antediluvianos y los habitantes de So-doma. No obstante, el Dr. Kellogg ha trabajado por estos, mientras que ha tratado como ofensivos a aquellos con los que debería haber colaborado en perfecta armonía.

Hermano mío, le he escrito esto una y otra vez. ¿Por qué, querido hermano mío, se ha negado a recibir u oír la palabra del Señor? ¿Por qué ha persistido ante las advertencias que el Señor ha dado? Usted ha velado el mensaje del tercer ángel hasta que, para muchos, ha perdido su significación.— Carta 177, 1900, pp. 3-6 (al Dr. J. H. Kellogg, 21 de enero de 1900).

Debo advertirle que refrene la influencia que pueda ejercer en una dirección indebida en nombre de la obra médica misionera. Tenga

cuidado, no vaya a ser que esta obra se convierta en el cuerpo y no en el brazo del cuerpo. Las conclusiones de usted deben ser sensatas. Sus planes en cualquier frente en particular no deben llegar a absorberlo todo. Sus grandes planes de rescate de los desgraciados le acarrearán responsabilidades que será incapaz de sobrellevar. Realiza usted esfuerzos desesperados por llevar adelante una línea de trabajo que hará —que ya está haciendo, puedo decir— de la obra médica misionera el todo del evangelio. Se quita valía a los hombres del cuerpo pastoral mientras se ensalzan las iniciativas médicas misioneras. El Señor me ha indicado que le diga que debemos considerar la obra en todas sus vertientes para que mantenga un equilibrio y no sea unilateral. Se está atrayendo a muchos hombres a la obra médica misionera que deberían estar ocupados en el cuerpo pastoral. [...]

Hermano mío, es preciso que usted haga un alto. Dios le ha dado una tarea que cumplir. Le ha honrado colocándolo en el puesto que ahora ocupa y poniéndolo en contacto con personas que cooperan con usted en los intereses de la línea de trabajo para la que se fundó al sanatorio. Esta institución tiene una misión que cumplir como instrumento señalado por el Señor, y Dios está obrando con usted y a través de usted. Se espera que la reforma prosalud sea una cuña de entrada a fin de preparar el camino para la verdad salvadora para este tiempo: la proclamación del mensaje del tercer ángel; pero no ha de eclipsar ese mensaje, ni estorbar a su éxito previsto, porque entonces usted estaría actuando en contra de la verdad. Este mensaje es la última advertencia que ha de darse a un mundo caído. La obra médica misionera ha de ocupar su legítimo lugar, como siempre debería haberlo ocupado, en todas las iglesias de nuestro país. [...]

El Sanatorio de Battle Creek fue fundado para llevar a las personas a un conocimiento del único Dios verdadero y de Jesucristo, a quien ha enviado, para educarlas como señaló Cristo mismo, enseñándoles las leyes del reino de Dios. Esta es, y siempre será, la única verdadera educación superior. [...]

La verdadera obra médica misionera ha de dar prioridad a los agentes que Dios ha puesto en la iglesia para predicar el evangelio, porque esta fue la obra de Aquel que hizo al hombre y le prestó talentos para usar, un intelecto creativo, un corazón para ser el asiento de su trono, afectos que fluyan en bendición hacia todos aquellos con los que entre en contacto, una conciencia para convencer de pecado, de justicia y de juicio, porque el Santo Espíritu de Dios obra en él. [...]

Hermano mío, le digo en el nombre del Señor que la obra médica misionera ha de ser el brazo, y no el cuerpo. Es necesario que el mundo idólatra conozca el mensaje. Se me ha mostrado que muchos que ahora están trabajando en el campo de la medicina deberían estar dando la última advertencia al mundo. Dios será el instructor de sus obreros.— Carta 86, 1899, pp. 1-6 (al Dr. J. H. Kellogg, 5 de junio de 1899).

La iglesia de Cristo es de inmenso valor a su vista. Es el cofre que contiene sus joyas, el redil que rodea a su rebaño. Ha establecido a su pueblo como iglesia y lo hace responsable de la obra médica misionera que debería realizarse. Ha de atender a los enfermos y a los necesitados.

Muchos han elegido trabajar en el campo médico misionero a costa del descuido de otras labores. Se han realizado llamamientos en busca de obreros médicos misioneros, y han considerado que este llamamiento provenía de Dios, y han creído que sería execrable que se negasen a acudir. Pero el Señor no se propone que esta obra llegue a absorberlo todo. Hay una gran tarea que ha de llevarse a cabo en nuestros congresos campestres, en los que todos, ricos y pobres, instruidos e ignorantes, han de oír el mensaje de advertencia.* Cada hijo de Dios debería tener un juicio santificado para considerar la obra en su conjunto y la relación mutua de cada parte con las demás. [...]

No hemos de edificar la torre sin considerar en primer lugar lo que costará y qué efecto tendrá el gasto en otras partes del campo. Este gran proyecto está cerrando el camino a la construcción de edificios necesarios en otros lugares. [...] No es que como pueblo hubiéramos hecho acopio de riquezas; porque se ha recurrido constantemente a nosotros, y debemos seguir colaborando. Los edificios inmensos que la gente de Battle Creek y de otros lugares ha levantado dan testimonio contra ella; porque, aunque cuentan con todas las instalaciones, otras porciones de la viña del Señor se encuentran yermas y desoladas. Algunos lugares deben ser centros en los que puedan prepararse obreros para los diferentes lugares. Debemos tener centros para la formación de los jóvenes. Esto requerirá más instalaciones de las que puedan ser necesarias en otros sitios. Ahora bien, calculemos el coste de todo proyecto.

He sido llamada a contemplar cosas cercanas y lejanas, y con la visión me desvanezco y mi corazón se agita. Dios no había dispuesto las

* Cuando se escribió esto los congresos campestres adventistas (*camp meetings*) eran en gran medida medios para la evangelización y atraían mucha concurrencia no adventista.— Arthur L. White.

cosas como se encuentran ahora. ¿No será que somos demasiado dados a la acción inmediata, cuando Dios preferiría que estuviéramos apercibidos como vigías, velando y orando, prestos a hacer lo que se nos ordene a través de instrumentos consagrados? Los que quieren hacer algo para Dios dicen: «Haremos esto o aquello», y así se marca un camino para que todos lo sigamos. Así aumenta continuamente el egoísmo. El hombre se apodera de todas las ventajas posibles, haciendo acopio de todos los medios que pueda conseguir para lo que quiere hacer, mientras priva a sus colegas de lo que necesitan. Que quienes ocupan puestos de responsabilidad no se vuelvan egoístas y ambiciosos acumulando edificios en una sola localidad. Nos ha sido indicado: «No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás» (Fil. 2: 4). Si los hombres quieren trabajar según las directrices de Cristo, deben unirse en yugo con él en mansedumbre y humildad de corazón, implorando fervientemente: «Señor, enséñame tu camino. ¿Cuál es tu propósito y tu voluntad?», y preguntándose a cada paso: «¿Estoy intentando vivir para Dios o para mí mismo?».

Hemos de trabajar, y trabajar con buen ánimo. A menudo descuidamos hacerlo en el momento preciso en que nuestra ayuda es más necesaria y cuando una inmediata atención del deber daría gloria a Dios. Los hombres interponen el yo entre Dios y la obra que él podría haber realizado. Hermanos míos, déjense de grandes planes para un lugar concreto, y entreguen una porción de sus medios a los territorios con mayores carencias. Consideren que el Señor es equitativo con toda su obra. Si permiten que Dios pueda intervenir en su pensamiento y controlarlo, si le preparan un lugar y le dan oportunidad de obrar, fluirán torrentes de vida y de verdad a todos los lugares yermos de la tierra.

Los hombres aceptan enormes cargas constantemente, y sobrecargan tanto la mente como el cuerpo al procurar llevar a cabo los muchos planes que han ideado. Este es uno de los mayores problemas a los que tenemos que enfrentarnos, cuya solución agota las energías humanas. Se precisa actividad en la causa de Dios, pero que no se use indebidamente este talento. Cuando los hombres aprendan a ser siervos de Jesucristo, comprenderán que han de ponerse obreros en cada iglesia a trabajar en la supervisión de todo. Los pastores y los maestros han de trabajar con inteligencia en su especialidad, instruyendo a los miembros de iglesia sobre cómo trabajar en el campo médico misionero. Cuando los profesos seguidores de Cristo tengan un Salvador que mora en su interior, serán hallados obrando como obraba Cristo. No tendrán para nada ocasión de anquilosarse por la inacción; tendrán suficiente que hacer. Y la obra que

hagan bajo los auspicios de la iglesia será el mayor medio de comunicar la luz. Quien trabaje según el plan de Dios orará: «Que por mi trabajo se dé cuenta la humanidad doliente de que hay un Dios en Israel y que yo soy tu siervo. Que vean que no según mi propio impulso y mi propia sabiduría, sino según tu Palabra». Cuando se adopta esta actitud y uno se da cuenta de que está cumpliendo el propósito divino y de que Dios realiza su plan a través de él, dispone del poder divino, que no puede ser derrotado. Todos los poderosos agentes opositores no tendrán mayor fuerza que el tamo de la era.

Debemos reconocer el absoluto derecho de propiedad de Dios sobre nosotros. Hemos de dar el mejor uso a nuestro intelecto, nuestros talentos, nuestras habilidades y nuestro dinero para promover su obra, para que pueda revelarse su carácter con trazos nítidos en todas las partes del mundo. Dios ha dado a cada uno una misión, y no excusa a los que ocupan posiciones elevadas que no cumplen su cometido y, por algún descuido, embrollan su trabajo. Que cada cual ocupe el lugar asignado y mantenga la debida relación con Dios. Tenemos una trascendental misión que cumplir, y nadie ha de descuidar su tarea para apropiarse de la de otro. No se honra a Dios actuando así. Hay algunos obreros que se sienten superiores en sabiduría. Creen que no precisan buscar el consejo de Dios. Tampoco tienen en cuenta si sus colegas cuentan con medios suficientes con los que poder trabajar. El Señor necesita hombres que tengan en cuenta todos los aspectos de la obra, que mantengan abiertas hacia el cielo las ventanas del alma y permitan que su luz brille en los aposentos de la mente. El Señor tiene mucho interés en sus siervos, y en especial en los que son humildes de corazón. [...]

Dios espera que todos seamos fieles en nuestra mayordomía. No ha de glorificarse el yo. Aquel que es fiel a su confianza no se detendrá a considerar si va a recibir honra por algún curso de acción, sino que preguntará: «¿Honraré esto a Dios?». Su alma estará colmada de un santo deseo de ver a Dios magnificado. Cuando algo pruebe su paciencia, orará: «En Dios solamente reposa mi alma, porque de él viene mi esperanza» (Sal. 62: 5).

Nos regocijamos al ver que nuestro trabajo resulta efectivo, y si nuestros planes y nuestros métodos reciben aprobación, nos sentimos satisfechos. Si decaen, nos estremecemos en espíritu. No podemos ver más allá. El agua debe discurrir libremente en nuestras cisternas aunque otras cisternas tengan que quedar secas como las colinas de Gilboa. No nos resulta fácil recordar que *la gran fuente proviene de Dios*. [...]

El Señor nos mostrará muchas maneras en las que podemos trabajar. A veces las cosas se presentarán de tal modo que no podamos dudar que proceden de Dios; en otras ocasiones discurrirán de forma contraria a nuestras ideas y nuestros sentimientos. El Señor nos sorprende a veces revelando nuestro deber con trazos completamente diferentes de lo que habíamos planeado, y nos decimos: «No es así. Esto es falso». Pero, no obstante, es verdadero al pie de la letra; y el mensaje no volverá a los hombres hasta que puedan discernir la obra de Dios. Cuando estén listos para ver y comprender, el Señor volverá a hablarles. Si queremos contar con el apoyo divino, si queremos seguir el plan divino, tenemos que actuar sometidos a la dirección divina. El Señor quiere que cedamos a su modelado, que nos vaciemos del yo y nos rindamos a Dios, para que Cristo pueda impregnar el alma. El fuego solo puede arder cuando purificamos el altar según la Palabra de Dios.— Ms 115, 1899, pp. 1-8 («Words of Exhortation» [Palabras de exhortación], 1899).

No sería sensato ni estaría bien que toda la fuerza del cuerpo fuera a una mano. Tampoco estaría bien que todo el poder de los agentes activos en la causa del Señor se usase en la obra médica misionera. Debe sostenerse el ministerio de la palabra, y debe haber unidad en los movimientos de todo el cuerpo, unidas todas las partes en el desarrollo del plan de Dios para el avance de su obra. Todos los miembros del cuerpo han de ser instrumentos activos del Señor, unida cada parte armoniosamente con todas las demás.— Carta 50, 1908, pp. 2, 3 (a J. Edson White, 5 de febrero de 1908).

Hace veinticinco años el Señor me reveló que nuestros sanatorios eran la mejor forma de alcanzar a las clases más elevadas. Estas instituciones han de situarse alejadas de las ciudades, y han de estar rodeadas de suficiente terreno como para permitir que se cultiven árboles frutales y verduras y hortalizas.

En el sanatorio que estamos a punto de construir en Nueva Gales del Sur deben hacerse previsiones para todas las clases sociales. El alojamiento y el tratamiento deben ser tales que los pacientes de la clase más alta se sientan atraídos a la institución. Las habitaciones deben estar dotadas para el uso de quienes estén dispuestos a pagar un precio elevado. Deben seguirse métodos racionales de tratamiento. No debe suministrarse a los pacientes alcohol, té, café ni fármacos tóxicos, porque estos siempre dejan vestigios del mal tras de sí.

Mediante su estancia en el sanatorio, los pacientes han de familiarizarse con los adventistas del séptimo día y con las razones de su fe. Los médicos y las enfermeras han de manifestar un profundo interés en

los padecimientos físicos de las personas a las que atienden. Al realizarse esfuerzos por eliminar el sufrimiento y la enfermedad, el corazón de los pacientes se enternecerá. Todos los médicos deberían ser cristianos. En el lugar de Cristo, han de estar al lado del que sufre, atendiendo las necesidades del alma enferma de pecado, así como las necesidades del cuerpo enfermo.

Dios nos ha dado como pueblo mucha luz, y hemos de procurar obtener acceso a las almas para poder comunicarles esta verdad. Mientras los médicos y las enfermeras de nuestros sanatorios ofrecen a los pacientes la esperanza de restauración de la salud física, también han de presentar la bienaventurada esperanza del evangelio, el maravilloso consuelo que se halla en el todopoderoso Sanador, que puede curar la lepra del alma. Así se alcanzarán corazones, y el que da salud al cuerpo ofrecerá paz al alma. El Dador de vida colmará el corazón de un gozo que obrará milagrosamente.— Carta 50, 1900, pp. 1, 2 (al hermano Murphet, 29 de marzo de 1900).

El sanatorio será un memorial para Dios si se dirige en todos los aspectos como es debido. Muchos de los que acudan al sanatorio recibirán la impronta de la verdad, como ocurrió con la hermana Henry. Era uno de los preciosos siervos de Dios, y a través de la pericia que Dios le dio a usted, su verdad fue magnificada. Así debería ser. Nunca será demasiada la buena influencia que usted pueda ejercer en el sanatorio.

La obra médica misionera mejor podría denominarse obra misionera de restauración de la salud.— Carta 77, 1900, p. 5 (al Dr. J. H. Kellogg, diciembre de 1899).

Perder el rumbo*. La conformidad con el mundo está provocando que muchos de nuestro pueblo pierdan el rumbo. Este asunto me duele profundamente, porque el Señor lo mantiene de continuo ante mí. Lleva muchos años siéndome presentado una y otra vez que en la gestión de muchas de nuestras instituciones se han venido introduciendo métodos mundanos. Y cuando leo los Testimonios publicados que se daban a comienzos de la década de 1870 e incluso antes, me sorprende al ver con cuánta claridad fueron señalados estos peligros, y con qué

* De una meditación matinal durante la Junta Médico-Misionera de la Unión del Pacífico, Sanitarium, California, 19 de junio de 1902.

nitidez se marcó el camino correcto desde el principio. Pero el camino tan claramente especificado no ha sido seguido. Los hombres actúan como si nunca se hubieran dado consejos; y, pese a todo, ¡esperamos que el Señor nos enaltezca y haga grandes cosas por nosotros! Es cierto que nos ayudará si nos relacionamos con él de tal forma que él pueda hacerlo; pero no servirá con nosotros mientras tejamos hebras de egoísmo en la tela.

Hay una opinión entre nuestro pueblo —rechazada por algunos, es verdad, pero mantenida por muchos— en el sentido de que toda persona relacionada con el servicio de Dios puede ser perspicaz, aguda y creativa, para hacer el mayor alarde posible, como indicación de que su línea de trabajo es un éxito. Los que sigan aferrándose a esta idea quedarán amargamente desengañados cuando, en el juicio, descubran que no tienen ningún lugar en el reino de Dios. Los falsos principios jamás prevalecerán en el cielo. Ni una hebra de egoísmo ha de introducirse en parte alguna del servicio de Dios en su obra sobre la tierra.

En la gestión de muchas de nuestras instituciones se han venido introduciendo métodos mundanos. Eso casi echó a perder nuestra editorial de Battle Creek. No se hizo de Dios lo primero y lo último, y lo mejor de todo. El juicio humano, las ideas humanas tomaban la primacía y el control de todo.

Dios no se complace con los que ambicionan ser considerados sagaces según el mundo. No obstante, esta ambición es valorada por no pocos hombres de responsabilidad en nuestras filas. La obra de Dios deberíamos tenerla en una consideración mucho mayor. Es más trascendental de lo que muchos suponen.

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad, que de alguna manera se desvíen de los principios de la Biblia, se están divorciando de Dios. Debemos estar decididos a no permitir que se introduzcan en nuestra obra métodos mundanos. Los siervos del Dios vivo y los siervos de Satanás han de estar tan diferenciados entre sí como la luz de las tinieblas; la línea de demarcación entre los dos grupos debe ser inconfundible.

Si alguna vez hubo una ocasión en que los que tienen un conocimiento de la verdad presente deberían encontrar su rumbo, es ahora. Aunque nadie debe actuar independientemente de sus hermanos, cada uno debe adquirir, no obstante, un conocimiento de su propia situación y de su adecuada ubicación. La pregunta que cada cual debería formularse es: «¿Cuál es mi relación con Dios?».

Precisamente la conformidad con el mundo está provocando que nuestro pueblo esté errando su rumbo. La perversión de los principios correctos no se ha producido de repente. El ángel del Señor me presentó este asunto en símbolos. Era como si un ladrón se estuviese aproximando sigilosamente cada vez más, robando sin prisa, pero sin pausa, la identidad de la obra de Dios, por medio de nuestros hermanos dirigentes para que se avengan a los métodos mundanos.

Las ideas humanas ha tomado el lugar que pertenece legítimamente a Dios. Con independencia de la posición que alguien pueda tener, por exaltada que sea, debería actuar como lo haría Cristo si estuviera en su lugar. En cada detalle de las tareas que esté realizando, en sus palabras y en su carácter, debería ser semejante a Cristo.

El Señor exige una reforma. En todo lugar donde los creyentes hayan adoptado principios mundanos, desca que se alce una voz de advertencia. Dice: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!» (Isa. 58: 1). Como pueblo y como individuos, debemos desechar los principios erróneos y los proyectos ambiciosos que nos llevan a abarcar un perímetro demasiado limitado. Dios desea que aprendamos a caminar con firmeza y seguridad, avanzando siempre en su senda. Desea que construyamos cada edificio teniendo en cuenta las necesidades de otros lugares que en algún momento tienen que llegar a disponer de las mismas ventajas.

En ningún sentido ha de estar circunscrita la obra de Dios por restricciones de factura humana. Muchos de los métodos y muchos de los planes ambiciosos que se han aprobado no cuentan con el respaldo divino. El Señor no es partícipe en modo alguno de la acumulación de muchas ventajas en un solo lugar. Él desea que toda institución que se inaugura esté dispuesta a ayudar a establecer la siguiente institución que se necesite. [...]

La conciencia de los tiempos en que vivimos está tan alejada de muchas mentes como lo está el cielo de la tierra. Parece como si nos hubiéramos olvidado por completo de nuestro deber de prepararnos para encontrarnos con un Salvador próximo a venir. Dios quiere que recobremos la sensatez. Quiere que actuemos como seres racionales que se hallan en los umbrales de la eternidad.

Recuerden que al prepararse para el reino celestial, están preparando a otros. Las Escrituras dicen: «Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino» (Heb. 12: 13). Muchos son débiles en poder moral; muchos no han tenido los privilegios ni la for-

mación que hemos tenido; muchos nunca han tenido ocasión de recibir instrucción «mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá» (Isa. 28: 10, 13). Dios pone pesadas responsabilidades sobre los que han recibido esa instrucción. Deberían pasar mucho tiempo en oración. En lugar de creer que su juicio es supremo, deberían sentirse terriblemente temerosos. En vez de aceptar sobre sí mismos con todas las cargas que de alguna manera puedan apoderarse, que no les dejan ni un momento para orar, ni para meditar en su propia situación espiritual, deberían pasar mucho tiempo en comunión con su Hacedor.

La causa de Dios es de tal importancia para él que requiere de cada uno que afirme ser su mayordomo una representación correcta de su carácter. Nadie, salvo los que caminen prudentemente ante él, está calificado para la mayordomía. El Señor trabaja con los que representan debidamente su carácter. A través de ellos, se hace su voluntad en la tierra como en el cielo.

Ofrezcamos diariamente la oración que Cristo enseñó a sus discípulos para que supieran cómo orar, y luego vivamos nuestra oración durante el día. Practicar esta oración es todo el deber del hombre. Sus principios se encuentran en la base del manantial de toda buena acción. Los que llevan a cabo cada fase de estos principios se convertirán en hombres sensatos, hombres cuyos pensamientos el propio Dios puede controlar y guiar.— Ms 96, 1902, pp. 1-7 (meditación matinal ante la Junta Médica Misionera de la Unión del Pacífico, Santa Helena, California, 19 de junio de 1902).

Los inicios de la obra médica en el sur de California. He sido incapaz conciliar el sueño después de las once y media de la noche. Pasan ante mí muchas cosas, en figuras y símbolos. Hay sanatorios en buenas condiciones de funcionamiento cerca de Los Ángeles. En un lugar hay un edificio ocupado, y hay árboles frutales en los terrenos del sanatorio. En esta institución, fuera de la ciudad, hay mucha actividad.

Cuando en la visión de la noche vi los terrenos, dije: «¡Hombres de poca fe! Ustedes han perdido el tiempo». Había enfermos en sillas de ruedas. Había algunos pacientes a los que los médicos habían prescrito pasar el día al aire libre cuando el tiempo era bueno, para recuperar la salud. [...]

Mientras hablaba, dije: «Debemos tener sanatorios en lugares favorecidos en diferentes localidades. Este es el plan de Dios. Ha ordenado la obra médica misionera como un medio de salvación de las almas, y

lo que vemos a nuestro alrededor es un símbolo de la tarea que tenemos por delante. Hemos de despertar a nuestras iglesias para que se ocupen con interés en la obra de Dios y lleven adelante la obra médica misionera».

Los médicos se interesaban por estas palabras, y uno dijo, mientras extendía sus brazos y los movía adelante y atrás: «¿No es esto mejor que los fármacos? Los malestares y los dolores te dejan sin usar medicamentos».

En los terrenos que vi en esa visión por la noche, había árboles de sombra cuyas ramas más gruesas colgaban de manera que constituían frondosos doseles en forma como de carpa. Los enfermos estaban encantados. Aunque algunos trabajaban para distraerse, otros cantaban. No había nadie descontento.— Ms 152, 1901, pp. 1, 2 («A Message to Our Brethren and Sisters in Southern California» [Mensaje a nuestros hermanos del sur de California], 10 de octubre de 1901).

Ahora es preciso que exprimamos hasta el último dólar al seleccionar un emplazamiento para un sanatorio cerca de Los Ángeles y ponernos a trabajar. Hemos estado necesitados de hombres de juicio sólido, hombres con capacidad de calcular el coste y de planificar con prudencia. [...]

El Señor quiere que todos caminemos humildemente ante él. Sería un error que adquiriéramos o construyéramos grandes edificios en las ciudades del sur de California para la obra de los sanatorios; y los que ven ventaja en hacerlo no actúan con sensatez. Ha de hacerse mucha labor en preparar a esas ciudades para oír el mensaje del evangelio; pero no ha de hacerse esa obra instalando en ellas grandes edificios para poner en marcha alguna iniciativa espectacular.— Ms 114, 1902, pp. 3, 4 («Instruction Regarding Sanitarium Work» [Instrucción relativa a la obra de los sanatorios], 1º de septiembre de 1902).

Planes para construir un edificio en Los Ángeles*. Con la luz que he recibido en relación con los sanatorios donde ha de tratarse a los enfermos, no puedo dar ninguna recomendación en el sentido de que nos apiñemos en la ciudad. Yo misma no puedo hacerlo, y, no obstante,

* Presentado por Elena G. de White el 15 de septiembre de 1902 en una reunión de una comisión convocada en Los Ángeles para considerar planes para la construcción de un edificio en Hill Street a fin de ser usado en el ministerio de los restaurantes y los sanatorios.

puede parecer muy diferente a otros; pero, con la luz que tengo, no podría aconsejar que se levante un edificio en la ciudad. Ustedes están fuera de la ciudad, lo sé; están fuera, en una zona contigua. Eso es un poco diferente; pero no podría decir más que eso; no podría darles ningún consejo. Tendrán que organizar eso entre ustedes, porque no podría dar consejos para construir un sanatorio en ninguna ciudad. No podría hacerlo, porque se ha presentado de forma sumamente nítida ante mí que cuando se edifica un sanatorio, debe situarse donde pueda lograr el fin previsto, el objetivo para el cual se crea.

El objetivo que tenemos previsto no es conseguir beneficios; es, en sobre todo, alcanzar a las almas, atender a los que padecen enfermedades y llevarlos a la mejor situación posible para la recuperación de la salud. No tenemos confianza alguna en la medicación con fármacos químicos. Dios quiere que estemos fuera, donde podamos tener las ventajas de la naturaleza en todo sentido, por el aire y por el ambiente.

Si podemos encontrar un lugar que esté acabado o parcialmente acabado, será mejor que construir un gran edificio ahora mismo, cuando sabemos que el fin está cerca y que cada ciudad va a ser trastornada en todos los sentidos. Habrá confusión en todas las ciudades. Todo lo que pueda ser sacudido lo será, y no sabemos qué ocurrirá a continuación. Los juicios serán según la maldad de sus habitantes y la luz de la verdad que hayan recibido. Si han conocido la verdad, según esa luz será el castigo. Cristo pronunció sus ayes sobre las ciudades que habían conocido la mayor parte de su enseñanza. Por eso me da tanto miedo que construyan un gran edificio en Battle Creek, o en cualquier lugar en el que la verdad se haya conocido durante años. No puedo ver luz alguna en recibir donaciones de gente que no ha aceptado la verdad para contribuir a edificar el sanatorio.

Aquí, pueden decir ustedes, la luz no lleva brillando tanto tiempo. No, no lo lleva, pero, aun así, se nos ha dado la indicación de que los sanatorios se ubiquen fuera de las ciudades. Dios tiene un propósito en eso. Dijo a los hijos de Israel que cuando llegaran las plagas debían salir de las casas de los egipcios y entrar en sus propias casas, porque si se los encontraba mezclados con los egipcios, serían destruidos con ellos. Debían ser un pueblo separado. Así, nuestras instituciones deberían contar con toda ventaja posible, no en lo referente a edificios imponentes, sino en ubicación. Los edificios no tienen ni la mitad de la importancia que el espacio y los terrenos que rodean un sanatorio. El sanatorio precisamente debería tener huerto, jardín, todas las ventajas para dar

testimonio. Así lo he escrito y bien lo saben ustedes. Lo veo tan claro ahora como cuando lo escribí. No veo nada para que cambie de opinión en cuanto a Los Ángeles sobre estas cuestiones. [...]

Los dirigentes del sanatorio se han relacionado con los incrédulos, admitiéndolos en sus juntas algunas veces; y eso es como ponerse a trabajar con una venda en los ojos. Carecen de discernimiento para ver lo que nos va a sobrevenir en cualquier momento. Hay un espíritu de angustia, de belicosidad y derramamiento de sangre, y ese espíritu crecerá hasta el mismísimo fin del tiempo. Nada más que el pueblo de Dios sea sellado en la frente —no es ningún sello ni ninguna marca que pueda verse, sino un afianzamiento en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que no pueda ser movido—, y esté preparado para el zarandeo, este vendrá. De hecho, ya ha empezado; los juicios de Dios están ahora sobre la tierra, para darnos una advertencia, para que podamos saber lo que viene.— Ms 173, 1902, pp. 3-6 («Medical Missionary Work in Southern California» [La obra médica misionera en el sur de California], 20 de noviembre de 1911).

En ningún momento ha guiado el Señor en los grandes planes que se han trazado para edificios en Los Ángeles. Ha dado luz en cuanto a cómo deberíamos proceder y, pese a todo, se han tomado medidas que son contrarias a la luz y las instrucciones dadas.

En mi última visita a Los Ángeles no se me mostró el plan completo en relación con la compra de la parcela de Hill Street. Luego fui llevada a ver esa parcela y, mientras subía la colina que hay frente a la misma, oí con claridad una voz que conozco bien. Si esa voz hubiera dicho: «Este es el lugar acertado para que lo compre el pueblo de Dios», habría quedado asombradísima. Pero dijo: «No alientes aquí ningún enclave de ningún tipo. El Señor no lo aprueba. Mi pueblo debe alejarse de tales entornos. Este lugar es como Sodoma en maldad. El lugar donde se establezcan mis instituciones debe ser del todo diferente. Dejen las ciudades y, como Enoc, salgan de su retiro para advertir a la gente de las ciudades».

Se dijo: «La mano divina no está guiando en los pasos que se han dado con relación a esta parcela. Se ha oscurecido la visión espiritual de los hombres. Se han trazado planes que el Señor no ha inspirado».

Después se me indicó que todo el asunto estaba inspirado por la sabiduría humana. Los hombres han seguido su propia sabiduría, que es locura con Dios y, si continúan siguiéndola, llevará a resultados que no ven ahora. La vista espiritual ha sido cegada.

«La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz» (Mat. 6: 22). El Señor emplaza a los responsables de su obra en el sur de California para que unjan sus ojos con el colirio celestial. Esta es su única seguridad.

Estoy asombrada de que a nuestros hermanos se les haya ocurrido la compra de la parcela de Hill Street. [...] Una vez que hube visto su situación, supe que no podía ni por un instante dar mi consentimiento al establecimiento de ninguna institución de ningún tipo allí.

Establecer una institución para el avance de la obra de Dios en un lugar como ese sería contrario a la luz que Dios ha dado en cuanto a esta obra. Piensen en los inconvenientes que tendrían que sufrir los obreros allí. ¿Cuánto tiempo se les permitiría guardar el sábado en paz con un enorme hotel justo al lado? Que estableciéramos un sanatorio ahí sería como cuando Lot se trasladó a Sodoma. Sería peor, porque, en lo que el entorno exterior de Sodoma se refiere, era como el huerto del Edén. Pero en la parcela de Hill Street no hay ningún espacio libre ni la más mínima posibilidad de contemplar las bellezas de la naturaleza.

La construcción de la panadería en Los Ángeles fue precipitada. La obra no estaba lista para ello. Si los ojos de los hermanos hubieran estado ungidos con el colirio celestial, no habría actuado como lo hicieron. La construcción de un horno tan grande y la ejecución de la obra planificada significaban la inversión de medios y talentos de los que no disponían.

El pueblo de Dios no ha de avanzar a ciegas en la inversión de recursos que no tenemos ni se sabe cómo obtenerlos. Hemos de ser sensatos en los pasos que demos. Cristo ha puesto ante nosotros el plan según el cual ha de dirigirse su obra. Los que deseen edificar deben empezar sentándose a calcular el coste, y ver si son capaces de llevar a cabo la construcción. Antes de que empiecen a ejecutar sus planes, deben recabar el parecer de consejeros prudentes. Si un obrero, incapaz de razonar de causa a efecto, corre el peligro de adoptar decisiones imprudentes, sus colegas han de hacérselo ver con argumentos bien pensados, mostrándole dónde se equivoca.

Dios ve el fin desde el principio. No quiere que se construya ningún edificio para nuestra obra salvo por el juicio unido de los obreros y de los hermanos que comparten las responsabilidades. Todos han de estar convencidos de que sus planes están en armonía con la voluntad del Señor. Que las juntas de nuestro pueblo se conduzcan con miras a un trabajo serio y dinámico. Pero que no se ponga ni un ladrillo en el

trazado de nuevos planes hasta que haya una completa aceptación entre los obreros. En estos asuntos, la responsabilidad individual no está en el plan de Dios.

Algunas de las decisiones que se han adoptado en la obra en el sur de California no han sido inspiradas por Dios, y esas decisiones han mancillado la obra de Dios. Pero los errores que se han cometido pueden acabar redundando para bien si se acepta que muestran la necesidad de que todos estemos comprometidos con la obra de Dios y en su progreso. Ha de llevarse adelante la obra en todos sus ramos de manera que favorezca su existencia.

El Señor emplaza a los obreros del sur de California para que mantengan su unidad de acción y no adopten decisiones que le dificulten obrar según sus legítimos fines. Debemos esperar en el Señor, y aprender de él cómo promover la obra en el sur de California. No hemos de adoptar decisiones apresuradas, sino aguardar con paciencia hasta que el Señor prepare el camino delante de nosotros.

Me cuentan que el Dr. Kellogg aconsejó a los hermanos proceder y construir en la ciudad de Los Ángeles. Pero, ¿no sabía acaso él que el Señor ha dado instrucción en cuanto a la necesidad de salir de las ciudades? En la medida de lo posible, nuestras instituciones deberían estar situadas lejos de las ciudades. Debemos tener obreros para esas instituciones, y si están situadas en la ciudad, ello significa que familias de nuestro pueblo deben establecerse cerca de ellas. Pero no es la voluntad de Dios que su pueblo se establezca en las ciudades, donde hay agitación y confusión constantes. A sus hijos debería evitárseles esto; porque todo el sistema se desmoraliza por la prisa, el ajetreo y el ruido. El Señor desea que su pueblo se traslade al campo, donde puede establecerse sobre la tierra y cultivar sus propios árboles frutales y su propias verduras y hortalizas, y donde sus hijos pueden ser puestos en contacto directo con las obras de Dios en la naturaleza. Mi mensaje es que alejen a su familia de las ciudades.

La verdad debe ser comunicada, la quieran escuchar o no. Las ciudades están llenas de tentaciones. Deberíamos planear nuestra obra de tal forma que se mantenga a nuestros jóvenes tan lejos como sea posible de esta contaminación.

Las ciudades deben ser trabajadas desde puestos de avanzada. Dijo el mensajero de Dios: «¿No serán amonestadas las ciudades? Sí, no por el pueblo de Dios que viva en ellas, sino en sus visitas a las mismas, para advertirles lo que va a venir sobre la tierra».

Nuestros restaurantes tendrán que estar en las ciudades. En cuanto a estos restaurantes, me ha sido indicado que diga que se está realizando un esfuerzo excesivo para contar con un gran restaurante en la ciudad. Estaría más de acuerdo con los planes del Señor contar con varios de menor tamaño. Él desea que se haga una labor por aquellos a los que se sirve. Lo primordial ha de ser la siembra de las semillas de la verdad, no la obtención de un gran número de clientes. Los números no son la verdadera evidencia del éxito.

Se pronunciaron las palabras: «No se halaguen a sí mismos con la noción de que, porque mucho público acuda al restaurante cada día, están consiguiendo un gran progreso de la obra. ¿Qué hacen ustedes por salvar almas? Reúnen un gran grupo y le dan de comer a un precio demasiado bajo. Ustedes emplean a sus colaboradores pagándoles un sueldo exiguo. ¿Qué aliento tienen ellos de estar sirviendo a Dios?».

Nuestro Instructor se volvió hacia los hombres encargados del restaurante de Los Ángeles y dijo: «¿Se dan cuenta de que su labor ha sido pesada en la balanza y hallada falta? Que den de comer a un gran grupo todos los días no es prueba de que estén logrando el mayor bien. ¿No estaría bien tener un número menor y luego trabajar por su salvación mediante métodos bien estudiados? No hagan alarde de la cantidad. ¿Dónde están las almas que han sido llevadas a sentir interés en la verdad presente?».

¿Qué decir de los colaboradores de ustedes? ¿Se están volviendo indiferentes con respecto a la verdad? En caso afirmativo, y si no se hace ningún esfuerzo para prestarles ayuda espiritual, así como a los que acuden a comer cada día, mejor sería que el negocio lo gestionasen los incrédulos; porque esto no ejercería una influencia tan negativa contra la verdad.

Hermanos míos, prosigan su trabajo de forma que fortalezca a las almas contra la tentación, en vez de llevarlas a la tentación.— Carta 182, 1902, pp. 1-7 (a «Queridos hermanos», 20 de septiembre de 1902).

Siempre he considerado con gran interés la obra en Los Ángeles y en San Diego, esperando que se adoptaran decisiones acertadas, y que pudiera establecerse la obra de los sanatorios en esos importantes lugares. Cada año muchos turistas visitan esos lugares, y ha sido mi anhelo ver hombres movidos por el Espíritu Santo encontrándose con toda esa gente con el mensaje transmitido por Juan el Bautista: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mat. 3: 2). [...]

El Señor ha indicado que se establezcan en muchos lugares como memoriales para él. Ha presentado ante mí edificios alejados de las

ciudades, y adecuados para nuestra obra, que pueden ser adquiridos a bajo precio. Tenemos que aprovechar las oportunidades para la obra de los sanatorios en el sur de California, donde el clima es tan favorable para esta labor.

Es propósito del Señor que se establezcan sanatorios en el sur de California y que de estas instituciones surja la luz de la verdad para este tiempo. A través de ellas han de presentarse las reivindicaciones del verdadero día de reposo y ha de proclamarse el mensaje del tercer ángel.

Téngase en cuenta que las instituciones en las que puede realizarse trabajo médico misionero son realmente esenciales para el progreso de la obra de Dios. Ha de aliviarse a los enfermos y los dolientes, y luego, según se presente la ocasión, ha de dárseles instrucción relativa a la verdad presente. Así podemos presentar la verdad ante un público que no podrían ser alcanzado de ninguna otra manera. [...]

Hay una obra especial que ha de hacerse ahora, una obra de la mayor trascendencia. Me ha sido dada en el sentido de que debería establecerse un sanatorio cerca de Los Ángeles, en alguna zona rural. Durante años se ha estado presentando a nuestro pueblo del sur de California esta necesidad. Si los hermanos de allí hubieran atendido a las advertencias dadas por el Señor para evitar que cometieran errores, ahora no estarían atados como están. Pero no han seguido la instrucción que se les dio. No han avanzado con fe para establecer un sanatorio cerca de Los Ángeles.

Los edificios adquiridos para esta obra deberían estar fuera de las ciudades, en el campo, para que los enfermos puedan recibir el beneficio de la vida al aire libre. Mediante la belleza de la flor y el campo, su mente se expandirá, dejando de centrarse en sí mismos, en su malestar y sus dolores, y serán llevados a trasladar su mirada de la naturaleza al Dios de la naturaleza, que ha provisto tan abundantemente las bellezas del mundo natural. Los convalecientes pueden estar acostados a la sombra de los árboles, y los que estén más fuertes pueden trabajar, si lo desean, entre las flores, haciendo solo un poco al principio y aumentando sus esfuerzos a medida que vayan recuperando fuerzas. Trabajando en el huerto, recogiendo flores y frutas, escuchando a las aves alabar a Dios, los pacientes serán maravillosamente bendecidos; los ángeles de Dios se acercarán a ellos; olvidarán sus penas; la melancolía y la depresión los dejarán; el aire puro, la luz del sol y el ejercicio físico los sanará y revitalizará; el cerebro y los nervios cansados encontrarán alivio;

el buen tratamiento y la dieta sana los fortalecerán y los vigorizarán; y así no sentirán necesidad de fármacos nocivos para la salud ni de bebidas embriagantes.

Es el propósito de Dios que se establezca un sanatorio en algún lugar adecuado cerca de Los Ángeles. Esa institución ha de ser gestionada con meticulosidad y fidelidad por hombres que tengan un claro discernimiento espiritual y que también entiendan de negocios, hombres que puedan llevar adelante la obra con éxito como fieles mayordomos.

Hemos de trabajar con el consejo del gran Obrero maestro. Con su poder los seres humanos pueden seguir, y siguen, un curso de acción que ganará almas para Cristo.— Carta 147, 1904, pp. 1-5 (al hermano Bowles, 26 de abril de 1904).

Debería hacerse un trabajo serio para establecer un sanatorio cerca de Los Ángeles.— Carta 169, 1904, p. 1 (a los pastores del sur de California, 27 de abril de 1904).

Nuestro pueblo del sur de California lleva mucho tiempo recibiendo mensajes del Señor en el sentido de que debería haber sanatorios cerca de Los Ángeles.— Carta 325, 1904, p. 2 (a nuestros hermanos del sur de California, 12 de diciembre de 1904).

Llevamos mucho tiempo viendo la importancia de que se establezca un sanatorio cerca de Los Ángeles.— Carta 29, 1905, p. 2 (a la hermana Bradford, 1º de enero de 1905).

El Señor me ha indicado repetidamente que deberíamos aprovechar oportunidades providenciales para adquirir edificios adecuados para la obra de los sanatorios en ubicaciones favorables alejadas de las ciudades. Me ha sido mostrado que los barrios urbanos de lugares como Los Ángeles son inadecuados para la obra especial de los sanatorios. Esto se señaló con mucha claridad cuando los obreros de Los Ángeles planeaban, hace unos años, construir un gran sanatorio precisamente en una de las partes de mayor ajetreo y más ruido de la ciudad. La luz que se me dio en ese momento fue: «¡Aléjense de las ciudades!». Se me mostró que si estábamos atentos y buscábamos, encontraríamos parcelas adecuadas en localidades retiradas.— Carta 94, 1909, p. 1 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 14 de enero de 1910).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

El número 57 se usó en el material suplementario del tomo 2 del Comentario bíblico adventista. El número 58 es idéntico al 55a (p. 187).

MANUSCRITO

59

La iglesia de Oakland

Me ha sido indicado que tenemos una obra importante que hacer en Oakland en el momento actual. En la planificación de esta obra se necesitan consejeros prudentes. El Señor busca obreros, obreros serios, entregados a la oración y fieles, que hagan lo que hay que hacer. Necesitamos muchos obreros consagrados para llevar a cabo obra misionera en Oakland. En las poblaciones circundantes, donde debería producirse un llamamiento a los que andan por los caminos y las veredas, también hay intereses que deberían ser atendidos.

Debería ponerse a trabajar en Oakland a gente con energía; debería introducirse como educadores a hombres de experiencia, y deberían formarse obreros para que la obra pueda avanzar de acuerdo con una planificación clara y coherente.— Ms 67, 1906, p. 1 («The Work in Oakland» [La obra en Oakland], 6 de agosto de 1906).

Los miembros del pueblo de Dios han de alzarse como luminarias en el mundo. Tienen que darse cuenta de que en

ellos recaen la solemne responsabilidad de reflejar rayos de luz sobre la senda de los que no guardan los mandamientos de Dios. El propio Cristo declaró: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5: 14). Hemos de procurar ser portaantorchas. Y cuando la luz de la verdad divina resplandezca con nitidez de las palabras y las obras de los hijos de Dios, ¿se verán acaso enfrentamientos o murmuración entre los portaantorchas? El mundo no verá ninguna disensión en la vida de aquellos que esparcen la luz del cielo. Hermanos y hermanas, cuando ustedes dejen brillar su luz ante los hombres, ellos verán sus buenas obras y glorificarán «a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5: 16). Surgirá una magnífica influencia de esas buenas obras que llevará salvación a los que la contemplan. Dios desca que mantengamos nuestra luz brillando constantemente.— Ms 95, 1906, p. 3 («Lessons from the Fifteenth of Romans» [Lecciones del capítulo 15 de Romanos], 20 de octubre de 1906).

En mi sueño me parecía que hablaba ante congregaciones numerosas en Oakland y otros lugares. Les leía párrafos de los capítulos 40 y 41 de Isaías, y me espaciaba en su significación. Sentí que el Espíritu del Señor se derramaba sobre mí en gran medida. Yo sabía que los santos ángeles estaban en la reunión. Aunque algunos de los presentes se mostraban indiferentes a lo que se estaba diciendo, había otros que se esforzaban por ser libres en Cristo. El rostro de estos se iluminó. El Señor estaba en medio de nosotros.

El pueblo de Dios llevará a cabo una gran obra si sus integrantes trabajan unidos, con abnegación y con humildad de corazón. Debe verse y desecharse toda exaltación de uno mismo. Únicamente la verdad y la justicia soportarán la prueba para este tiempo. Es preciso que tengamos el Espíritu de Dios con nosotros cada día para poder ser protegidos de todos los malos pensamientos y de los actos imprudentes, y de llenarnos de vanidad. Deberíamos tener temor, no vaya a ser que nuestros ojos se vuelvan ciegos a nuestras necesidades espirituales individuales en estos tiempos peligrosos. Muchos profesos creyentes han permitido verse absortos en la satisfacción propia de intereses egoístas. Despertemos ahora del sueño.— Carta 46, 1909, p. 4 (al pastor S. N. Haskell, 26 de febrero de 1909).

He recibido la orden de que haga resonar mi voz como una trompeta y que hable con claridad sobre los peligros que rodean a nuestros niños y nuestros jóvenes. Satanás está obrando activamente, poniendo piedras de tropiezo en el camino de su avance cristiano. El diablo tiene muchas argucias con las que engañar a las almas y arruinar el discer-

nimiento espiritual para que el mal pueda ser interpretado como justicia. Una de sus argucias de más éxito es poner a su alcance cualquier novela insustancial para que la lea, cuando necesitan el poder convincente de la Palabra del Dios viviente para que el Señor coloque su impronta en el cerebro y en el corazón.

Dios apela constantemente al corazón humano, pidiéndole que reconozca su amor y su misericordia, y acepte su justicia en lugar de los principios del mal. Este ha sido su ruego a toda la humanidad en todas las épocas. En los días de Noé, Cristo habló a los hombres a través de un instrumento humano y predicó a los que eran esclavos del pecado. Acudió a Israel envuelto en una columna de nube de día y en una columna de fuego de noche. Precisamente él educó a aquella vasta multitud en su peregrinaje por el desierto. [...]

Estudien el capítulo 9 de Ezequiel. Esas palabras se cumplirán literalmente; no obstante, el tiempo pasa y la gente sigue dormida. Se niegan a humillar su alma y convertirse. El Señor no será paciente mucho más tiempo con quienes les fueron reveladas tan grandes y solemnes verdades pero que se niegan a llevar esas verdades a su experiencia individual. El tiempo es corto. Dios está llamando. ¿Escucharán su voz ustedes? ¿Recibirán su mensaje? ¿Se convertirán antes de que sea demasiado tarde? Pronto, muy pronto, cada caso quedará decidido para la eternidad.—Carta 106, 1909, pp. 2, 3, 5, 6 (a «las iglesias de Oakland y Berkeley», 26 de septiembre de 1909).

Bien podemos sentir temor y temblar por las cosas que acontecerán en el futuro. Muchos de los ciudadanos de Oakland serán pesados en la balanza y hallados faltos. ¿Quieren acaso ustedes ser de esos? Hemos de mostrar ahora en la vida y el carácter la santificación del evangelio, y que realmente creemos en la pronta venida de Cristo en poder y gran gloria. ¿No vamos a demostrar nuestra confianza por medio de la fe genuina en las señales de la segunda venida del Señor?

Hemos de llevar la verdad a todas nuestras obras; hemos de ser santificados por la verdad, y mostrar a un mundo muerto en delitos y pecado que somos una nación santa, un pueblo peculiar, una generación escogida, celosos de buenas obras.

La muerte de Cristo tuvo lugar para hacernos cristianos genuinos a través de la fe en él. Somos portadores de un mensaje de verdad sagrada y, a través de la justicia de Cristo, hemos de convertirnos en uno con él, separados del mundo, distinguiéndonos por las características de nuestra fe que nos hacen herederos de Dios y coherederos con Cristo. Somos testigos de Cristo. Por medio de nuestro voto bautismal nos hallamos

bajo el solemne compromiso de dar testimonio a favor de él. Por los méritos de Cristo, hemos de hacer que nuestra luz brille ante el mundo para que todos, viendo nuestras buenas obras, puedan glorificar a nuestro Padre que está en el cielo.— Carta 10, 1907, pp. 2, 3 (a «miembros de la iglesia de Oakland», 18 de enero de 1907).

La influencia de la oración de fe es de alcance eterno. El Señor bendecirá a todos los que lo busquen de todo corazón y a quienes con alma humilde y perseverancia luchen por seguir el ejemplo de Cristo. A los que así busquen convertirse en participantes de la naturaleza divina se dirigen las palabras: «No os canséis de hacer bien» (2 Tes. 3: 13). «Creciendo en la obra del Señor siempre» (1 Cor. 15: 58). Andémonos con cuidado, no vaya a mezclarse la autosuficiencia con nuestros esfuerzos por alcanzar la vida eterna.

Que ahora se hagan poderosos llamamientos procedentes de los que temen a Dios y lo honran. El que trabaje con fe y humildad, afeerrándose a las promesas de Dios, prevalecerá. La majestad del reino debajo de todo el cielo será dada a los hijos de Dios fieles y creyentes.— Carta 198, 1908, p. 4 (a «nuestros hermanos de Oakland», 16 de junio de 1908).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 10 de noviembre de 1953

*El número 60 se usó en Conducción del niño.
El número 61 se usó en el material suplementario
del tomo 3 del Comentario bíblico adventista.*

MANUSCRITO

62

La remuneración de los obreros

Que nadie vaya a creer que si los obreros talentosos tuvieran salarios mayores aumentaría su piedad o los calificaría para hacer una obra más eficiente y mejor. No, ese no sería el efecto.— Ms 75, 1912, p. 1 («Fragments» [Fragmentos], copiado el 16 de septiembre de 1912).

En muchos de los obreros el espíritu de abnegación ha disminuido grandemente porque han perdido su primer amor. Muchos luchan por conseguir mejores salarios; pero si fueran colaboradores de Dios, sus necesidades fueran menos, porque gastan dinero innecesariamente en cosas que no desearían si su corazón hubiera sido santificado por la verdad. Fíjense en el ejemplo que tenemos en la vida de Cristo.— Carta 31, 1891, p. 14 (a los «obrerros de la oficina de Oakland», 19 de diciembre de 1891).

Estoy profundamente apenada al ver que los que ahora ocupan puestos de confianza en nuestra obra no se acuerdan

Solicitado para la comisión creada por el Concilio Otoñal de 1953 que estudió el asunto de la remuneración de los obreros.

de los sacrificios hechos en el pasado para establecer la obra en sus diversos frentes. Me duele ver a estos nuevos obreros, que han hecho pocos sacrificios y han tenido que soportar pocas cargas, demandando salarios exorbitantes. No saben nada de lo que ha costado conseguir que la obra avanzará hasta su situación actual.— Ms 19, 1892, p. 1 («Diario», 1892).

¿Cuál será la actitud futura en la iglesia? El Señor exige una firme determinación entre los que dicen ser su pueblo. Hay muchas maneras de proclamar la verdad. El Señor se complace cuando los que parten como misioneros están más preocupados de la salvación de las almas que de los salarios que recibirán por su trabajo. Cuando los testigos de Cristo actúan bajo la dirección del Espíritu Santo, cuando han sido liberados de todo egoísmo, las almas se convierten por sus esfuerzos sinceros,, pacientes y perseverantes.— Ms 54, 1901, pp. 3, 4 («Go Work Today in My Vineyard» [«Vete hoy a trabajar en mi viña» {Mat. 21: 28}], 1º de julio de 1901).

Algunos se han molestado porque tanto el hermano _____ como su esposa están recibiendo un salario de la Asociación. Pero eso se halla en armonía con la instrucción que me ha sido dada de que las mujeres que trabajen con sus esposos en la evangelización reciban un pago por sus servicios.— Carta 48, 1907, p. 9 (a la «Comisión de la Asociación de California, y a los hermanos de Berkeley y Oakland», 1º de febrero de 1907).

Se necesita a las mujeres tanto como a los hombres en la obra que hemos de realizar. Las mujeres que se dedican al servicio de Dios, que trabajan de casa en casa para la salvación de otros, que hacen una tarea tanto o más agotadora que situarse al frente de la congregación, debieran ser remuneradas por su labor. Si el hombre es digno de su salario, también lo es la mujer.

Dios ha confiado talentos a sus siervos, y espera que vean que es fácil cometer errores. No se equivoquen en descuidar la corrección del error de dar a los ministros menos de lo que deberían recibir. Cuando vean personas necesitadas que han sido colocadas en puestos de confianza, dejen que Dios mueva el corazón de ustedes para poner las cosas en su sitio. El diezmo debería destinarse a los que trabajan en palabra y doctrina, sean hombres o mujeres.— Ms 149, 1899, p. 3 («Paying Women Workers» [Pago a las obreras], 24 de octubre de 1899).

Sé que hay quienes practican mucha abnegación para entregar sus diezmos y sus ofrendas a la causa de Dios. Los que encabezan la obra deberían tomar un camino en el que puedan decir sin sonrojo: «Vengan,

actuemos unidos en esta obra que comenzó con sacrificio y que está siendo sostenida por una abnegación continua». En lo que tiene que ver con la economía y con la frugalidad, el pueblo no debería superar a los que dirigen nuestras instituciones. Precisamente quienes reciben salarios elevados suelen dar muy pocas ofrendas para la causa. Si el pueblo que fuerza cada nervio y cada músculo para apartar su diezmo llega a tener conocimiento de los grandes salarios pagados a los obreros de la oficina, su confianza y su fe se verán zarandeadas, y cuando se soliciten donativos, no habrá respuesta.— Ms 25a, 1891, pp. 8, 9 (manuscrito sin título, 1891).

La casa editora se fundó con abnegación y siempre debería haber sido gestionada siguiendo los más estrictos principios de economía. Cuando hubo necesidad de dinero, los miembros de la institución deberían haber dicho: «Nos aferraremos al trabajo; aceptaremos un salario reducido. Haremos cuanto esté en nuestra mano, aportaremos todos nuestros talentos, toda nuestra capacidad, toda la inteligencia que Dios nos ha dado, para hacer de esta obra lo que Dios quiere que sea: un éxito». El Señor se propone que esta institución imprima carácter a su obra, erguida como fiel vigía para proclamar su verdad, reflejando la luz del cielo en medio de la oscuridad moral del mundo. En todos sus ámbitos pondremos todo de nuestra parte para convertirla en un éxito.

Cualquier sacrificio realizado en favor de la oficina del *Echo* queda registrado en los libros celestiales como un acto de mayordomía fiel, y ninguno quedará sin recompensa.— Carta 39, 1898, pp. 14, 15 (a los hermanos Woods y Miller, 27 de marzo de 1898).

Que todo el que esté recibiendo un buen salario en estos difíciles momentos, cuando los recursos son tan escasos, esté dispuesto a realizar algún sacrificio por amor de Cristo. El Señor tendrá en cuenta los motivos y la acción, y recompensará a los que nieguen el yo en esta obra [de las publicaciones]. Actuemos todos como siervos del Señor Jesucristo y cumplamos con nuestro deber de todo corazón como para el Señor.— Carta 25, 1896, p. 2 (a los hermanos Daniells y Colcord, 1º de junio de 1896).

Se cuenta que usted y el hermano _____ y su esposa se han tomado unas vacaciones y que usted afirma que yo dije que cuando se va de vacaciones, un médico debería cobrar todo su salario. Sin embargo, deben tenerse en cuenta las finanzas del sanatorio. Los administradores de una institución deben contar con dinero antes que gastar recursos en

vacaciones. Es cruel e injusto cobrar la paga cuando se está de vacaciones de una institución tan cargada de deudas como el sanatorio. El Señor contempla su obra y se guarda registro de cada dólar gastado.

Hermano mío, usted ha dejado todo a medio hacer, y siento mucho que usted haya actuado así. Se han mantenido constantemente ante usted principios rectos. Hermano mío, permítame que diga que sé que usted ha alcanzado la edad adulta sin haber aprendido la lección que todos deberían recibir en la niñez y la juventud, la lección de la abnegación y el sacrificio. Por su bien presente y futuro, recuerde que es responsable del uso que haga del dinero de su Señor. Dios le ha dado a usted, como médico, brillantez y aptitudes. Sea siempre consciente de que debe hacer el mejor uso de sus talentos, porque no le pertenecen. Le han sido confiados por Dios, no para ser usados en un impulso placentero y gratificante, sino para él y solamente para él, porque son de él.— Carta 38, 1901, pp. 1, 2 (a un médico, 1901).

Anoche ya no pude seguir durmiendo después de las dos de la madrugada. En el último correo que llegó procedente de América, recibí una carta de _____. Me daba algunos detalles sobre las dificultades que atravesaba con referencia a su libro recientemente publicado. Le parece que se ha visto abocado a una situación desagradable y que no ha sido tratado con justicia. Si lo que dice es cierto, no anda muy descaminado en sus conclusiones. Si no puede demostrarse que haya descuidado su trabajo en la oficina, si ha cumplido con su horario laboral, ¿qué derecho tiene nadie de decir cómo tiene que emplear las horas que le pertenecen? No le he dicho nada por escrito a él de esto; pero creo que es mi deber mencionárselo a usted. Usted recibirá la carta que le envié a él. Habla por sí misma. Cuando el capitán Eldridge recibía un salario muy grande en la oficina (treinta dólares por semana), se le pagaban incluso entre cuatro y seis dólares por semana, para que se ocupase algo de su propio trabajo y además de los asuntos relativos a mis libros. Edson dice que descuidó el trabajo por el que se le pagaba y que quedó dolido por ese proceder.

Soy incapaz de ver que sea justo y correcto decir qué harán o dejarán de hacer los empleados en la oficina con su tiempo después de que hayan cumplido con su horario laboral. Cuando estuve en Europa, el hermano Henry me insistió sobre ello por carta con respecto al profesor Bell y al pastor Smith, manteniendo que no deberían recibir para nada derechos de autor, dado que recibían un salario por su trabajo.— Carta 42, 1893, pp. 1, 2 (al pastor O. A. Olsen, 13 de julio de 1893).

Recibí la declaración de ustedes con referencia a los derechos de autor de los libros. [...] Hay, y siempre habrá, una avalancha de libros publicados si se da a los autores una gran remuneración. Escribir libritos de relatos no es una carga pesada para los autores, ni tampoco resultan trascendentales para el mundo. Hay que saber distinguir entre todos los libros que se publican. No pueden considerarse todos por igual. [...]

La casa editora debería recibir su parte de las ganancias provenientes de los libros publicados, la cual debería ser proporcional al trabajo que hacen con las reseñas u otras publicaciones similares. Sin embargo, que los editores eviten andar diciendo que ellos son los que realizan la mayor parte del trabajo en la preparación de estos libros para el mercado. Que los autores reciban una suma razonable por su trabajo, pero no tienen que ceder sus derechos de autor a ninguna institución; pues eso no sería beneficioso para la institución.

Que los hombres y las mujeres que tienen la responsabilidad de producir libros trabajen para beneficiar a la causa de Dios mediante el uso de sus plumas. Que trabajen, y si obtienen ganancias de su trabajo, hagan uso de esas ganancias para hacer su parte en levantar el estandarte de la verdad allí donde el Señor indique. Busquen consejo en él. Confíen en la promesa de Cristo de que enviará al Consolador para enseñarles todas las cosas y llevar todas las cosas a su memoria.— Carta 43, 1899, pp. 1, 2, 11, 12, 17 (a los hermanos Irwin, Sisley, Smith y Jones, 11 de marzo de 1899).

Me ha sido mostrado que la obra de publicaciones no debería ser dirigida bajo los mismos principios que otras empresas editoras; porque ha de ser de algún modo una escuela de formación. Todo aquel que tenga relación con la casa editora ha de ser un verdadero misionero y trabajar siguiendo los principios para los que fue creada. La abnegación debería caracterizar a todos los obreros.

Tras la primera enfermedad de mi esposo, hubo un cambio en el estilo de las cosas que no complació a Dios. En vez de buscar llevar a cabo las instrucciones dadas por Dios, imperó un espíritu egoísta poco cristiano. Sobre la casa editora se cernía la nube del desagrado del Señor. El pueblo de Dios se desanimó. Los miembros se habían sacrificado para devolver sus diezmos y se rehusaron a disfrutar de comodidades que creían que debían tener; pero para ellos las necesidades de la causa eran más importantes que la complacencia propia y fueron muy bendecidos al entregar voluntariamente sus ofrendas. Sin embargo, cuando la hermandad vio que los empleados de la editorial luchaban por obtener

salarios más altos, su confianza fue zarandeada. ¿Requiere acaso el Señor más de los demás que de los que estrechamente vinculados a la obra de publicaciones?

La abnegación debería caracterizar a los que ocupan puestos de responsabilidad en la editorial, y deberían ser un ejemplo para todos los obreros. La casa editora pudo surgir gracias a la abnegación, y debería manifestarse y mantenerse ese mismo espíritu. Debe seguir contemplándose el mismo gran objetivo. Este es un trabajo misionero, y los que no tengan espíritu misionero no deberían continuar en este trabajo. Ustedes deben conservar la confianza de la gente. A no ser que se ganen a la gente, el trabajo de ustedes será un fracaso. Hermanos, obreros, del más encumbrado al menor, deberían mantener en la editorial el espíritu manifestado por Cristo al venir a nuestro mundo.— Carta 5, 1892, pp. 3, 4 (a C. Eldridge, 2 de septiembre de 1892).

La editorial está perdiendo rápidamente su carácter peculiar que el Señor pide de su empresa, y nunca ha de adoptar un estilo mundano. Puede que los que se han unido para apoyarse mutuamente, decididos a ejecutar ciertos planes sin el consejo de la iglesia o de la gente, tengan éxito durante un tiempo, pero no perdurará; porque el Señor no lo va a permitir. Hay demasiado egocentrismo, exceso de confianza en lo que los hombres pueden hacer, y poca confianza y dependencia de Dios, el Gobernante divino. Quienes manejan las cosas sagradas no han de hablar a la ligera de la obra de Dios, sino con temor y temblor; la gracia de Dios debe manifestarse en todo lo que hagan, con independencia de qué puesto ocupen. El corazón orgulloso debe ser humillado cada día delante de Dios, no vaya a ser que él lo humille. El correspondiente éxito acompañará los esfuerzos de ustedes en relación directa con su consagración, con su abnegación y con su sacrificio.

Se me ha indicado que no se cumplió la voluntad del Señor cuando los dirigentes de la editorial se mostraron dispuestos a aceptar salarios muy elevados; y ¡bien pronto aceptaron sobornos, y rápidamente se manifestó el egoísmo! Esto contrasta enormemente con los principios sobre los que se estableció la editorial; y no está en armonía con el Espíritu y la obra de Dios. Se han cometido graves errores al exaltar el negocio por encima del servicio y de la adoración a Dios. Aquí precisamente millares han naufragado en la fe y han cometido el mayor error posible. El Señor dice que en «lo que requiere diligencia, no» hemos de ser «perezosos», sino «fervientes en espíritu, sirviendo al Señor» (Rom. 12: 11). El Señor ha dejado la puerta abierta de par en par para los que quieran entrar en su obra, pero a la determinación debería unirse otro elemento: un vivo celo

por servir al Señor. No solo debemos ser diligentes en lo que requiere diligencia, sino «fervientes en espíritu, sirviendo al Señor» (Rom. 12: 11). — Ms 6, 1890, p. 7 («Counsel to Workers in Publishing Houses» [Consejo a los obreros de las casas editoras], 25 de noviembre de 1890).

Cuando el pecado embiste hacia el interior, ataca la parte más noble del ser humano. Causa terrible confusión y estragos en las más venerables facultades y talentos del ser humano. Aunque la enfermedad física postra el cuerpo, la enfermedad del egoísmo y la avaricia anubla el alma.

Los muros de protección que Dios levantó para la seguridad de su pueblo han sido derribados a golpes. Las líneas de protección de derechos e intereses han quedado enredadas con las normas humanas, y numerosos agentes satánicos han entrado bruscamente para sacar el máximo provecho de su oportunidad.

Cada plan introducido para obtener ventaja para el yo abrió de par en par la puerta a las prácticas deshonestas. Ustedes saben esto igual de bien que los hombres a los que condenan por aceptar de la tesorería de Dios salarios más elevados de lo que habían ganado mediante un esfuerzo honrado.

El Señor me ha mostrado que este plan de salarios elevados se opone frontalmente a la justicia y la equidad. Se está dando el pretexto de que a los que tienen responsabilidades siempre se les conceden salarios mayores que a sus subalternos. Sin embargo, se estaba probando y examinando a aquellos que se suponía que estaban realizando una labor imprescindible en la oficina de la Review and Herald, y cada fase de su trabajo llevaba a la editorial por caminos erróneos contrarios a la instrucción dada por Cristo en el Antiguo Testamento y en el Nuevo.

La confabulación fue tan magistral que se llegó a hacer todo de manera que una forma de actuar enteramente humana se ha entremezclado con la administración de las cosas sagradas. Cada uno se comprometió a sostener y trabajar para el interés del otro. Se introdujo un sistema de auténtico robo a Dios. Dios pregunta: «¿No juzgaré yo estas cosas?». El Señor ha abierto el asunto ante mí y mi corazón se ha consumido de indignación. Se ha dado luz en el sentido de que el Señor, en su momento, haría de estos hombres un espectáculo ante el mundo, los ángeles y los hombres.— Carta 26, 1897 (a un empleado de la editorial, 10 de diciembre de 1897).

La casa editora fue levantada con sacrificio, pero, con el ejemplo que han dado a todo el mundo los que la dirigen, este espíritu se ha perdido. Los corazones no han sido movidos por el Señor para dar por el avance de la causa, y el egoísmo ha penetrado en las iglesias. Se ha

revelado una mayordomía infiel en el pago de grandes salarios a quienes han convertido la obra y la causa de Dios en un asunto de mercadeo con la que enriquecerse. [...]

Si hubiesen convocado a los hombres de las Asociaciones y hubieran exigido una investigación de las cosas —para lo cual estaban en su derecho—, se habrían adoptado medidas decisivas para detener el mal existente. Pero no se hizo.

Si hubieran cambiado la situación e introducido los mismos principios que se pusieron de manifiesto en la obra cuando se levantaron los primeros edificios, se habría conservado el espíritu de sacrificio y la obra habría avanzado y habría crecido. El pueblo de Dios habría entendido que el camino y la obra del Señor no pueden prosperar cuando su pueblo no está dispuesto a sacrificarse. Las inteligencias celestiales lo habrían ayudado a escalar hasta cotas más altas para entender por conocimiento experimental que sus componentes habían de ser colaboradores de Dios. El Señor desea que su pueblo esté formado por vencedores, que avancen con valentía en medio de todas las dificultades. Dios es fiel y hará que su pueblo sea completo en él.

Se han cometido demasiados errores; y requiere mucho esfuerzo volverse de todo mal camino y elegir el bueno.— Ms 86, 1899, pp. 5, 6 («The Review and Herald and the College Debt» [La Review and Herald y la deuda del Colegio], 18 de junio de 1899).

Hay hombres egoístas y codiciosos, que ocupan importantes puestos de confianza y que reciben salarios mayores de lo que deberían haber aceptado. Un salario menor sería mucho mejor para ellos y para sus hijos; porque esto los llevaría a la economía y a la abnegación. Pero el registro de cada semana en los libros del cielo demuestra que hay quienes, en su egoísmo, están dispuestos a apoderarse de cada dólar que puedan obtener mientras otros, que trabajan en lugares mucho más difíciles, y con muchos menos privilegios, lo están haciendo por la mitad de lo que esos hombres reciben.

Aceptar tan grandes salarios no es una garantía espiritual para ningún hombre. Hacerlo, priva a los que colaboran con él, que trabajan tanto como él, de medios que deberían tener para el trabajo en otras partes del campo. El codicioso ve los muchos campos sin cultivar. Ve que se necesita dinero para levantar el estandarte de la verdad en nuevos lugares. Pero no considera las necesidades de los que siembran en esos campos no cultivados. Acepta el salario más alto que puede obtener porque, según supone, su posición le da derecho a él.

Bueno sería que los obreros, al recibir altos salarios, estudiaran el principio de la igualdad. Cuando vacíen su corazón de egoísmo y se humillen ante Dios, verán que, durante los muchos años que vienen recibiendo de la tesorería su injusto salario, otros, que han hecho un trabajo exactamente igual de productivo y fiel, han venido recibiendo solo la mitad. Si hubiesen amado a Dios de forma suprema y a su prójimo como a sí mismos, habrían visto una gran obra por hacer en cumplimiento de la gran comisión de Cristo de predicar el evangelio en el mundo entero, y no se habrían atrevido a usar los medios que Dios previó para los campos menesterosos. En el día de las recompensas finales, quienes atribuyen una valoración tan alta a sus propios méritos y a su servicio se sorprenderán al ver que reciben la menor consideración, mientras que los que han trabajado con fervor, fidelidad y abnegación, con un salario pequeño, recibirán la mayor recompensa de Aquel que no hace falsas valoraciones.— Ms 113, 1899, pp. 6, 7 («The Wages of Unrighteousness» [«El salario de la injusticia» {2 Ped. 2: 15, NVI}], 11 de agosto de 1899).

La santificación por medio de la verdad da fruto para la gloria de Dios. Bajo su poder, los hombres son despojados de la ambición que lucha por la supremacía, despojados del egoísmo que lleva a los hombres relacionados con nuestras instituciones a apoderarse, en su codicia, de cuanto puedan obtener de la tesorería en forma de salarios elevados, cuando saben que sus hermanos, que trabajan con la misma intensidad en lugares donde las necesidades son enormes, y a menudo bajo gran presión por las circunstancias, no reciben mucho más de la mitad de lo que ellos están recibiendo. Los hombres de nuestras instituciones que han atribuido una valoración tan alta a sus propios servicios no están santificados por el Espíritu Santo. No tienen esa santificación que les da una conciencia sensible, que los lleve a amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismos. Su influencia y su ejemplo son perjudiciales. Hacen lo que no querrían que sus hermanos supieran: se apoderan de la tesorería. Están ciegos, y no pueden ver que al obrar así privan a otros de los salarios que deberían recibir. Su egoísmo los priva de la santificación del Espíritu de Dios [...].

Las personas de nuestras instituciones que acaparan los medios excedentes se descalifican para entender qué significa ser participante con Cristo en su sufrimiento. A los tales llegan las agudas flechas del Señor, enviadas por la mano de un ángel; pero no resultan heridos. Tanto se

han apartado de los principios correctos que están ciegos. Escuchan verdades convincentes, pronunciadas con gran fervor, pero aún así no se reforman; porque han apartado y evitado toda impronta salutífera.

Si se contentasen con salarios menores, su peligro espiritual sería mucho menor. Su vida tiene que sufrir una reforma, o jamás verán al Rey en su belleza. Su experiencia en esta vida decidirá su destino eterno. Con acentos fervientes, continuos y solemnes, la voz del gran Maestro viene presentándoles llamamientos, pero aún así no se convierten. No se han apartado de los falsos principios carentes de escrúpulos.— Ms 94, 1899, pp. 2, 3, 6 («To Do Justly, to Love Mercy, and to Walk Humbly with Thy God» [«Hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios» {Miq. 6: 8}], 18 de julio de 1899).

Durante mucho tiempo hubo males en la oficina de Battle Creek. Los mensajes que Dios había dado no tenían el peso suficiente para que los que ocupaban puestos prominentes enderezaran el rumbo. Se me mostró que Satanás estaba exultante cuando el egoísmo de los hombres atracaba la tesorería de Dios. Hay algunos que no han tenido sentimientos bondadosos hacia mí porque fueron privados de esos sueldos elevados. _____, _____, _____ y otros se dejaron llevar por tales sentimientos. Ninguno de estos hombres estará limpio ante Dios hasta que restituya a la causa del Señor lo que el espíritu egoísta y avaricioso ha robado a la obra. Se me mostró que el resultado de pagar salarios tan exorbitantes sería que los obreros que eran realmente concienzudos serían oprimidos; los que agarraban cada dólar que podían emplear en su propio uso gestionarían las cosas para complacerse si tuvieran ocasión de hacerlo. [...]

Ahora bien, en lo que a mí respecta, no me importan los salarios; pero sí me importan el principio y la equidad estrictos. Sí me importa el buen criterio. Se hizo un gran mal, ante el que Dios no puede pasar por alto, cuando a los que se habían confabulado aceptaron de la tesorería de Dios grandes salarios que ni habían ganado ni merecían más que otros empleados o los que trabajan apoyando otros frentes de la causa que recibían salarios pequeños, pero hacían su trabajo concienzudamente con integridad, de todo corazón y con pureza. Cuando esos hombres se conviertan, será devuelto a la tesorería cada dólar que hayan recibido por encima de lo que deberían haber cobrado. Tratamos con Cristo en la persona de sus santos. Permitir que uno sea exaltado y que otro, más fiel y justo, sea puesto en una posición difícil no es equitativo ni imparcial. Sin duda, Dios juzgará todo eso.— Carta 57, 1894, pp. 6, 7 (al hermano Olsen, 10 de junio de 1894).

No se ha hecho la obra que Dios señaló que se llevara a cabo. Han quedado sin trabajar una ciudad tras otra. Se ha permitido que los pastores que trabajan en los campos con mayores carencias se las arreglaran de la mejor manera que pudieran, con medios insuficientes. Se les ha adjudicado una suma exigua. Algunos han necesitado dinero para obtener comida y vestido y, no obstante, ha habido quienes, en su codicia, se han negado a ayudarlos. Dios considera a los obreros que buscan predicar el evangelio y hacer auténtica obra misionera más dignos de muchos medios que otros. Y tienen mayor necesidad de buenos salarios que algunos. Se les presentan muchos llamamientos pidiendo ayuda. Encuentran gente que pasa por circunstancias de penosa necesidad y se niegan a sí mismos para ayudar a los necesitados.

Una noche me pareció que estaba en una asamblea en la que solo había presentes pocas personas. Se tomaban acuerdos para aumentar los salarios de algunos. Uno con autoridad alargó la mano y, tomando los registros, los examinó de forma crítica. Después dijo: «Pronto tendrá lugar un cambio. Los que han estado en la oficina de la *Review and Herald* han sido infieles en su mayordomía. Han de ser apartados de sus responsabilidades, a no ser que den muestras de una conversión cabal. No serviré con una maquinación sin principios, ni mi Espíritu luchará con ellos, a no ser que se arrepientan. La obra ya no ha de ser confiada a la custodia de ustedes. Los medios de la tesorería del Señor, que deberían haberse usado para permitir que entraran hombres en campos nuevos, son acaparados por manos egoístas no santificadas. Los verdaderamente convertidos, en cuerpo, alma y espíritu, están henchidos del espíritu de sacrificio».— Ms 19, 1903, pp. 1, 2 («Unselfishness in Service» [Abnegación en el servicio], 8 de abril de 1903).

Les he transmitido a ustedes las instrucciones que el Señor me ha dado. Nos ha dicho lo que espera de nosotros. Dondequiera que podamos ir, hemos de desarrollar con celo y fidelidad los principios del reino de Cristo, mostrando así claramente la diferencia entre los que sirven a Dios y los que no lo sirven.

Cuando vuelva a establecerse la casa editora, debería estar impregnada por una atmósfera mucho más pura y más santa que la que reinaba en la institución de Battle Creek. Deberían seguirse principios que hagan de la institución una honra para la causa de Dios. A los que se nieguen a trabajar si no es por salarios elevados no deberían ser llamados a unirse a los obreros de la institución. No necesitamos a gente sin espíritu de sacrificio.

La obra de Dios ha de avanzar. Su éxito depende de la presentación de esfuerzos consagrados y de la ejecución de principios puros. En medio de la aparente confusión de las dificultades circundantes, puede que no sepamos cómo proceder. Cerciorémonos de que los que se unen a la obra se unen primero a Cristo.— Carta 106, 1903, pp. 4, 5 («To the General Conference Committee» [A la Junta de la Asociación General], 30 de mayo de 1903).

Quienes están controlados por deseos egoístas no deberían seguir relacionados con nuestras instituciones, y mejor sería que su forma de actuar quede al descubierto para que todas las iglesias adventistas sepan qué principios gobiernan a estos hombres. [...]

El egoísmo y la glorificación propia se están convirtiendo en la maldición de nuestras instituciones y están corrompiendo el campamento de Israel. Hemos llegado al punto en que Dios da el alto, y ahora debemos investigar para que podamos conocer los motivos que llevan a la acción y conocer en quién se cumplen las palabras de Cristo. Jesús dijo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mat. 16: 24). El yo ha de estar oculto en Cristo.

Tenemos necesidad de sentirnos alarmados, porque el egoísmo y la codicia se están convirtiendo en un poder dominante entre nosotros, y el Señor está disgustado. La conciencia de muchos es como el caucho. Los hombres pueden comprarse y venderse al mayor postor. Cuando tales hombres son pesados en la balanza del santuario, son hallados faltos, porque faltan la diligencia, el honor, la integridad y la fidelidad.— Carta 41, 1890, pp. 1-4 (al Dr. J. H. Kellogg, 24 de diciembre de 1890).

Se ha firmado un contrato con usted, pero cuanto antes se modifique ese contrato, tanto mejor. El plan de que usted reciba, por encima de su salario, cualquier dinero que usted pueda conseguir con ciertos trabajos está abriendo una puerta de tentación que conducirá a resultados funestos. Esto no lo discernen ni usted ni los que redactaron esas cláusulas de contrato. Pero será el medio de un gran daño para usted, y traerá reproche a la causa de Dios. En este plan hay un principio erróneo que debe ser revisado. No deben quedar cabos sueltos. Todo ha de quedar atado. Usted ha de recibir una suma concreta como salario por su trabajo, y vivir con esa suma.

Se ha hecho algo así en las negociaciones con el Dr. _____. Es una transacción fraudulenta. Dios conoce sus intenciones y las consecuencias de ello. No ha de usarse este método de remuneración en los sanatorios que hayan de establecerse. Esta institución debe pagarle a usted una suma adecuada por sus servicios. Y todos los que trabajen para la

institución deben recibir una remuneración proporcional a sus servicios.— Carta 99, 1900, p. 5 (a un médico en uno de nuestros sanatorios, 9 de julio de 1900).

No hablen de sus exiguos salarios. No cultiven el gusto por la ropa cara y el mobiliario costoso. Que la obra avance como empezó: con abnegación y fe simples. Que todo se haga de modo muy diferente.— Carta 94, 1899, pp. 12, 13 (a «mis hermanos que ocupan puestos de responsabilidad», 16 de junio de 1899).

Se requiere ahora tanta abnegación como cuando iniciamos la obra, cuando éramos solo un puñado, cuando sabíamos qué quería decir abnegación, qué quería decir sacrificio, cuando intentábamos sacar unas sencillas revistas, unos pequeños folletos, para que llegaran a los que estaban en tinieblas. Hoy hay algunos que trabajan en la editorial que estuvieron con nosotros entonces. Durante años no recibimos salario algunos, salvo apenas lo suficiente para proveernos de la comida y la ropa más sencilla. Estábamos encantados de llevar ropa de segunda mano, y a veces apenas teníamos comida suficiente para mantener nuestra fuerza. Todo lo demás se ponía en la obra. Después de un tiempo, mi esposo recibía seis dólares por semana, y vivíamos con eso, y yo trabajaba con él en la causa. Otros trabajaban de forma similar.— *General Conference Bulletin*, tomo 4, p. 184 (20 de marzo de 1891).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

La alimentación en las instituciones adventistas y el uso de carne, té y café

Acatar las normas divinas (1888). De lo que se trata es de que nuestras instituciones tengan éxito. ¿Cómo hacer una buena labor en ellas que soporte la prueba del día del juicio? Día a día, Dios está examinando y probando a su pueblo. La Palabra inspirada declara claramente que decidimos nuestro destino eterno con nuestros actos.

Es evidente que el mundo se está volviendo tan malvado como lo fue antes del diluvio. Cristo dijo que así sería. Se percibe la influencia de la maldad imperante incluso en nuestras instituciones de salud. Incluso en ellas la iniquidad que se ha albergado en los corazones humanos contrarresta

Solicitados para el estudio de la cuestión de facilitar té, café y alimentos cárnicos a los clientes habituales de instituciones médicas adventistas del mundo entero.

la obra de Dios de restauración de su imagen moral en el hombre; y, dado que la iniquidad abunda, se enfría el amor de muchos (por Dios y la justicia).

En nuestras instituciones de salud debería mantenerse un principio firme y decidido, no difusas creencias. Las bendiciones que Dios ha previsto para los que se mantengan firmes a los principios como una roca merecen todos los esfuerzos y el sacrificio que se nos puede llamar a hacer. Hemos de insistir en nuestra senda ascendente hacia el cielo, a pesar de toda la influencia corruptora y mundanal que se opondrá a cada paso de reforma, restauración y purificación que Dios requiere. La norma del mundo nunca puede ser la norma del *Health Retreat* [Refugio de la Salud]. Aquellos a los que se confían principios sagrados y santos deberían orar mucho, con fe, en busca de sabiduría procedente de Dios. Si meditan y conversan con Dios, como es su privilegio, serán capacitados para obedecer la Palabra de Dios; comerán de ese pan de vida que descende del cielo.

Una postura firme. A pesar de todo se ha abrigado el egoísmo. Creerse superior no hace más fuerte, sino más débil. Controlen el apetito, actúen con inteligencia, adopten una postura firme en armonía con la luz que Dios ha dado, y mantengan su posición. Por la perversidad del corazón humano, se han practicado muchas cosas que deshonran a Dios. Cuantos tienen un papel que desempeñar en consejería, o en la educación, deberían mostrar en primer lugar que ellos mismos han adquirido la verdadera clase de educación; la que conducirá a resultados prácticos en la elección y la preparación de la comida.

¿Se convertirá la carne en el alimento básico porque los que ocupan puestos de responsabilidad se han educado para disfrutar de una dieta cárnica? ¿Tendrán libertad los médicos de satisfacer sus propios hábitos, de gratificar su apetito según elijan y moldear así los criterios de la institución? ¿Su forma de actuar y sus criterios van a contrarrestar los esfuerzos de quienes han recibido una gran luz y que buscan andar en ella y reflejarla?

Conducir por sendas seguras. Testifico en nombre del Señor que los que abogan por la gratificación del apetito en el consumo de carne son precisamente los que más necesitan reformarse y acatar las normas. Entonces darán menos instrucciones para que los pacientes coman la carne de animales muertos porque su propio apetito tiene antojos de carne. Cuando los hábitos y los gustos sean puestos en consonancia con los

principios correctos, se verá que la luz y la verdad guían a aquellos que actúan como guías de las almas pobres, débiles, autocomplacientes e intemperantes.

Los médicos deberían educar a los pacientes para apartarlos del uso de cosas dañinas, y deberían señalar sendas seguras para que los pies transiten por ellas. Si se deja la mente de los pacientes a su libre arbitrio, muchos elegirán como alimento, por supuesto, la dañina dieta a base de carne en lugar de los frutos de la tierra y de los árboles. No se honra a Dios cuando los que actúan como médicos se alejan de los principios de la salud. Con independencia de cuál pueda ser la instrucción religiosa cuando así se actúa es que hay «una mosca muerta» que «echa a perder el perfume» (Ecl. 10: 1). [...]

La razón de ser de las instituciones de salud. Nuestras instituciones de salud están establecidas para presentar los vitales principios de una alimentación natural, sencilla y saludable. Debe impartirse el conocimiento relativo a la abnegación y el dominio propio. Ha de ensalzarse a Jesús, quien creó al hombre y lo redimió, ante cuantos acudan a nuestras instituciones. El conocimiento de la senda de la vida, la paz, la salud debe ser dado línea tras línea, mandamiento tras mandamiento, para que todos puedan ver la necesidad de la reforma. Deben ser llevados a renunciar a las costumbres y las prácticas degradantes que existían en Sodoma y en el mundo antediluviano, a los que Dios destruyó por su iniquidad. Cristo dijo: «Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre, pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre» (Mat. 24: 37-39).

Ha de educarse a cuantos visiten nuestras instituciones de salud. El plan de la redención debería ser puesto ante todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres. Ha de impartirse instrucción cuidadosamente preparada para que pueda verse en la gratificación de la extendida intemperancia en comer y beber la causa de la enfermedad y el sufrimiento y de las malas prácticas que siguen en consecuencia.

¿Se seguirá actuando así, dejando de informar y de advertir a las víctimas? ¿Han de seguir los jóvenes las huellas de los amadores de los placeres más que de los amadores de Dios? ¿Se mostrará a todos la fuente de la pureza? ¿Se dará al mundo el último mensaje de misericordia?

¿No ha de haber fieles centinelas que trabajen con todos los talentos que Dios les dio para reformar a los que están degradados y restaurar la imagen moral de Dios en el hombre?— Ms 1, 1888, pp. 1, 2, 5, 6 («Our Health Institutions» [Nuestras instituciones de salud], 1º de febrero de 1888).

El Señor exige una reforma. Dios desea que los que tienen luz en cuanto a las enseñanzas de su Palabra se pongan en marcha y proclamen los principios de la verdadera reforma. Tendrán que combatir y enfrentarse con teorías sin base que la gente admite, y avanzar. «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?» (Jer. 23: 28). Ha de darse prominencia a las grandes verdades de la Palabra de Dios. Ha de mantenerse a la vista la gloria del Señor. Han de promoverse sus criterios sublimes y salvíficos.

El Señor desea que los que participan en su obra sean hombres de comprensión espiritual, hombres sensatos que sigan las sendas divinas y den a conocer la voluntad de Dios, para que sus voces sean oídas en medio de la estridencia y la confusión de la falta de consagración. Los de la sinagoga de Satanás profesarán estar convertidos y, a no ser que los siervos de Dios tengan una visión esclarecida, no discernirán el poder de «las obras de las tinieblas» (Rom. 13: 2).

El mensaje a la iglesia de Laodicea se aplica, sin el menor género de dudas, a aquellos cuya experiencia religiosa es anodina, que no dan un testimonio decidido a favor de la verdad. El Señor exige una reforma en sus instituciones, porque han quedado imbuidas del espíritu del mundo. Emplaza a todos para que den un testimonio decidido a favor de la reforma prosalud. No debería servirse carne a los pacientes de nuestros sanatorios.

Muchos han perdido el poder del mensaje del tercer ángel. ¿No requiere un despertar entre los adventistas del séptimo día el cumplimiento de los juicios pronunciados hace tanto tiempo? Con serenidad y confianza, cada creyente debería levantarse en su heredad y en su lugar, firme en la fuerza del Todopoderoso.— Carta 98, 1901, pp. 3-5 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 19 de julio de 1901).

Entrevista sobre la eliminación de la carne en los sanatorios

Hermana White: Deberíamos familiarizarnos más con el elemento externo y dar formación y presentar los principios de la salud a la gente, para que sepa qué esperar cuando llegue aquí. Me sentí muy deseosa de

que los que entraban aquí vieran la reforma sin obstáculos, y creo que quedarían convencidos. Creo que cuando la clientela es mínima, es el mejor momento de efectuar un cambio en la cuestión de servir carne a los pacientes en las mesas del comedor; y, no obstante, no puedo decir que nunca debería servirse carne alguna. No puedo decir eso. Pero no debería servirse carne en el comedor. En Australia, se pidió al Dr. _____ y al Dr. _____ que aceptaran mi consejo en cuanto a si deberían permitir que se sirviera carne en las mesas del comedor de las instituciones médicas. Dije: «En las mesas no ha de servirse ni un trocito de carne». Quisiera que lo entendieran. Pues bien, han tenido el éxito más maravilloso en la recuperación de los enfermos que he visto en ninguna institución en toda mi vida. Pero no se sirve ni una partícula de carne en el comedor.

Dr. Sanderson: *¿Qué cree usted que debería hacerse aquí?*

Hermana White: Creo que la carne debería ser excluida del comedor. Pero no aconsejo ninguna medida imprudente o desconsiderada. No estoy en disposición de decir exactamente cómo debería realizarse la reforma. Pero sé que la carne debería mantenerse alejada de la mesa. ¿Cómo? ¿Tienen los empleados carne en su mesa?

Dr. Sanderson: *No.*

Hermana White: Bueno, creo que debería retirarse de las mesas de los pacientes tan pronto como sea posible hacerlo, y a no tardar mucho. Habrá ocasiones en que no haya tanta gente aquí, ¿no?

Dr. Sanderson: *El pasado invierno estuvo más o menos igual de lleno todo el invierno como lo había estado en otoño.*

Hermana White: ¿Ah, sí? Espero que vuelva a estarlo. Pero hay que educar, y al educar debe hacerse mayor hincapié en el asunto de la alimentación saludable. Creo que en las mesas del Sanatorio de Battle Creek no se permite la carne.

Dr. Sanderson: *Pues sí que la permiten. La permitían cuando estuve allí la pasada primavera.*

Hermana White: ¿Ah, sí? Pero no la usan tanto como antes.

Dr. Sanderson: *Aquí ya no la usamos tanto como antes.*

Hermana White: Supongo que los pacientes la piden. ¿O se sirve en las mesas?

Dr. Sanderson: *Se sirve únicamente por petición expresa de los propios pacientes.*

Hermana White: El Señor quedará sumamente complacido cuando todos nuestros sanatorios desechen la carne. Ahora tenemos razones como nunca antes para prescindir de la carne, porque los animales están enfermos. El asunto puede ser presentado desde este punto de vista, y será muy efectivo.— Ms 82, 1902, pp. 42-45 («Report of Interview of Dr. and Mrs. Sanderson with Ellen G. White» [Informe de la entrevista del Dr. A. J. Sanderson y esposa con Elena G. de White], 25 de agosto de 1901).

La lealtad a los principios. Me he sentido constreñida a escribir algo sobre el Sanatorio de Santa Helena. Esta institución fue establecida bajo la dirección del Señor, y no ha de dejar de resultar útil. Ha de ser una institución poderosa, a través de la cual ha de esparcirse la luz de la verdad. El mismo Dios que obra en otros lugares en los que está establecida nuestra obra médica está presto para obrar en el Sanatorio de Santa Helena. En esta institución ha de revelarse gran parte del poder del Señor. Ha de crecer hasta la plena estatura de lo que Dios desea que sea. [...]

¿No nos pondremos de pie, como vigilantes atalayas, animando a los pacientes a que obedezcan las palabras del Espíritu Santo a través del apóstol Pablo? «Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Rom. 12: 1, 2).

El Señor desea que su pueblo tenga unidad de acción y se esfuerce con todo fervor, con fe y amor e introduzca en su vida la plenitud de Cristo, la eficiencia otorgada gratuitamente a todos los que cumplan las condiciones establecidas en la Palabra de Dios.

Han de darse pasos adelante. En aras de conseguir más usuarios [del Sanatorio], no hemos de contratar médicos o enfermeras que no estén dispuestos a andar en la luz plena de la reforma prosalud. Hemos de mantenernos en un nivel elevado. No establecemos sanatorios para que los pacientes que acudan puedan satisfacer su apetito pervertido. Hemos de emplear en nuestros sanatorios como auxiliares a quienes estén firmemente convencidos de la reforma prosalud.— Ms 3a, 1903, pp. 1-4 («The St. Helena Sanitarium» [El Sanatorio de Santa Helena], 23 de enero de 1903).

Llamamiento a un médico eminente. Hay algo de gran importancia que deseo escribirle. Tengo que decirle la verdad. Le he dicho la verdad, pero usted no ha hecho caso de lo que el Señor dice ni se lo ha creído [...].

Hermano mío, usted ha dado un mal consejo y ha prescrito según sus propios hábitos, apetitos y gustos, cuando debería haber estado siguiendo la luz que Dios ha dado, estando a la altura de los correctos principios de la reforma prosalud. Por precepto y ejemplo, podría haber corregido hábitos de comida y bebida que corrompen el cerebro, los huesos y los músculos; pero con sus prescripciones, hechas de acuerdo con su criterio, ha dado de alta a pacientes con apetitos erróneos confirmados, apetitos que se encuentran en los cimientos de la enfermedad que padecen. ¿Qué excusa presentará a Dios en el juicio por contrarrestar así su obra de temperancia? ¿No ha recibido usted luz en abundancia? ¿No ha brillado sobre usted y la ha ignorado?

El Espíritu Santo guía a la verdad. Si los hombres están dispuestos a ser moldeados por ella serán guiados por nuestro gran Caudillo. Habrá una santificación de todo el ser: cuerpo, alma y espíritu. Ambos necesitan el espíritu de comprensión; entonces tendrán el Espíritu Santo y lo discernirán como es: su Consejero. [...]

No hay nada que temer, a no ser que no nos esforcemos por entrar por la puerta estrecha y que no tengamos la aprobación de Dios. Vivir por Cristo con fidelidad abarca mucho más de lo que usted supone. Puede hacerse mucho más por la salvación de las almas de los que acuden al sanatorio.

En la preparación de los alimentos, han de seguir brillando los nítidos rayos de la luz, enseñando a los que se sientan a la mesa cómo vivir. Así ha de instruirse igualmente a los que acudan el *Health Retreat* [Refugio de la Salud], para que puedan llevarse de él los principios reformadores.

Ni carne ni té ni café. No se contrata a los médicos para que prescriban una dieta cárnica a los pacientes; porque precisamente ese tipo de dieta los ha puesto enfermos.

Hermano y hermana _____, busquen al Señor. Cuando lo encuentren, serán mansos y humildes de corazón. Individualmente, no subsistirán gracias a la carne de animales muertos, ni pondrán un bocado [de ella] en la boca de sus hijos. No prescribirán ni carne ni té ni café a los

pacientes; sino que darán charlas en el salón de actos que muestren la conveniencia de una alimentación sencilla. Eliminarán del menú todo lo perjudicial.

Que los médicos de nuestras instituciones, con su ejemplo y sus indicaciones, enseñen a las personas a las que atienden a alimentarse con carne, tras años de instrucción del Señor, los descalifica para dirigir nuestras instituciones de salud. [...]

La gratificación propia y nuestra influencia. Usted puede estar enseñando algo desde un punto de vista religioso, pero puede estar neutralizando la influencia de la verdad con prácticas de gratificación propia, y con ello contrarrestar los principios de la reforma prosalud, de modo que tengan poco poder para el bien. *La gratificación propia en el apetito, en una persona de su posición, es sumamente incoherente.* Usted sabe que los principios de la reforma prosalud tienen la más alta autoridad y una esfera más amplia de lo que muchos que profesan la verdad presente les han dado.

Queridos hermano y hermana _____, ¡siento tanto que no hayan recibido la luz que el Señor me ha dado estos últimos años como algo superior a sus propias ideas y opiniones! Si hubieran creído y actuado según la luz dada, ¡qué cambios se habrían dado en ustedes! Sin embargo, la fuerte idolatría que han manifestado por sus propias opiniones, y por sus propias costumbres y prácticas, de hecho, ha cerrado la puerta de su corazón a la entrada de la luz y a las amonestaciones y las advertencias de Dios. En gran medida, han seguido su propio camino, como si estuvieran decididos a convertir en falsos los mensajes del Señor [...]. El Señor no da luz sobre la reforma prosalud para que pueda ser ignorada por los que ocupan puestos de influencia y autoridad. El Señor quiere decir exactamente lo que dice, y hemos de aceptar lo que él nos dice.

No debería haber transcurrido ni una semana en el *Health Retreat* [Refugio de la Salud] sin un gerente competente haber fijado las tarifas para los pacientes y los huéspedes y regulado los menús. Los que siempre han vivido a base de carne deberían ser restringidos en este frente. Pero si el jefe médico y su familia no son reformadores en este frente, no pueden enseñar a otros que renuncien a la práctica de consumo de carne. Ha de darse luz en este frente sobre todos estos temas. Precisamente la cuestión de la alimentación precisa investigaciones detalladas, y deberían hacerse las prescripciones según los principios de salud.

Estos últimos veinticinco años vengo dando testimonios sobre este tema. Me duele el corazón que ustedes se aferren a sus hábitos y sus costumbres de siempre, rehusando reformarse. ¿Cuánto tiempo pueden tener percepciones claras y sólidas sobre los requisitos esenciales en la reforma prosalud? No analizan con suficiente profundidad este tema, ni piensan en él lo suficiente.— Carta 71, 1896, pp. 1, 7-11 (a un médico con grandes responsabilidades en el Sanatorio de Santa Helena, 12 de agosto de 1896).

La carne no es imprescindible en caso de debilidad. He recibido sus cartas y ahora daré respuesta a algunos de los puntos contenidos en ellas.

La Dra. A me preguntó si, en algún caso, yo aconsejaría que se tome caldo de gallina si alguien está enfermo y su estómago no tolera nada más. Dije: «Hay enfermos que se están muriendo por la tisis que, si piden caldo de gallina, deberían dárselo. Pero yo sería muy cauta». El ejemplo no debería perjudicar a un sanatorio ni convertirse en una excusa para que otros piensen que su caso requiere la misma dieta. Pregunté a la Dra. A si tenía algún caso así en el sanatorio. Dijo: «No; pero tengo una hermana en el sanatorio de Wahroonga que está muy débil. Tiene episodios de mareo y debilidad, pero puede comer gallina cocida». Dije: «Lo mejor sería sacarla del sanatorio». Contestó: «Su marido está en el sanatorio, trabajando como médico». [...]

Descubrí que la esposa del Dr. B, en Washington, tiene la misma afección que la hermana de la Dra. A. Decían que era incapaz de comer cualquier cosa que no fuera carne, y que su sangre se estaba volviendo agua. Pero la luz que me ha sido dada es que su impresión de que debía vivir a base de carne no era correcta. Se me indicó que se situaba mentalmente en una posición en la que no debería estar. Si descartara el uso de carne durante un año, superaría la mala situación en la que ahora se encuentra, y habría una oportunidad para que tuviera lugar una acción saludable en su cuerpo. Si conseguía abandonar el consumo de carne, podría estar en un estado mucho mejor y vivir para glorificar a Dios. [...]

La luz que me ha sido dada es que si la hermana que usted menciona se empeñase en educar su paladar para la comida sana, desaparecerían todos esos episodios de debilidad.

Ella ha dado pábulo a su imaginación; el enemigo se ha aprovechado de su debilidad física, y no tiene la fuerza mental suficiente para sobrellevar las dificultades de la vida cotidiana. Precisa una cura mental buena y santificada, un aumento de fe y un servicio activo por Cristo.

También necesita el ejercicio de sus músculos en el trabajo útil al aire libre. El ejercicio físico será para ella una de las mayores bendiciones de su vida. No tiene por qué ser una inválida, sino una mujer sana de cuerpo y mente, preparada para realizar su parte cabal y correctamente.

Todo el tratamiento que pueda darse a esta hermana será de poco provecho, a no ser que ella haga su parte. Necesita fortalecer los músculos y los nervios con trabajo físico. No tiene por qué ser una inválida, sino que puede hacer mucho y bueno.— Carta 231, 1905, pp. 1-3 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 11 de julio de 1905).

Ni café ni té ni carne. En cuanto a su declaración de que el Dr. _____ acudiría a ayudarlo en el Sanatorio de Wahroonga con ciertas condiciones, incluyendo el privilegio de servir cualquier comida que pudiera desear servir en la mesa, yo le diría que mejor sería que no aceptase los servicios de aquellos que únicamente acuden con la condición de que se llegue a tales acuerdos; porque los términos con los que acudirían son evidencia de que usted no los quiere. Serían motivo de desconcierto para usted más que una ayuda. Me temo que cualquiera que haga propuestas de esta índole le causaría más preocupación y problemas de lo que podría permitirse. [...]

Nunca permita que el Dr. _____ se una a la institución creyendo él que se servirá a los pacientes té, café o carne. [...]

En cuanto al asunto de la carne, sé que si hombres como el Dr. _____ se unieran a la institución, usted no podría abordar este asunto sin gran preocupación y perplejidad. [...]

Vivimos en una época trascendental y solemne. El esfuerzo de la construcción del sanatorio ha sido tremendo, y no podemos permitirnos el lujo que se unan a él quienes resultarían un estorbo para su obra y un perjuicio para su reputación.

En cuanto a la carne, no la introduzca en el sanatorio [de Wahroonga]. No deberían servirse ni té ni café. En lugar de estas bebidas destructoras de la salud, deberían servirse [infusiones de] cereal tostado, preparadas de forma tan apetitosa como sea posible. En cuanto a la tercera comida, no haga obligatorio el consumo de solo dos comidas. La salud de algunos va mejor cuando toman tres comidas ligeras, y cuando se les restringe a dos, notan demasiado el cambio.

Puede que al comienzo usted no tenga un número de pacientes en el sanatorio tan grande como lo tendrá más adelante, pero no se desanime.— Carta 200, 1902, pp. 1, 2, 9 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 15 de diciembre de 1902).

Evitar provocar prejuicios. ¡Cuánto cuidado deberían tener los obreros para evitar nada que haga que la verdad resulte mal entendida, que se tergiversar o que se susciten prejuicios contra ella!

Cuando sea posible, hagamos concesiones. Nunca hemos de desviarnos ni el grosor de un cabello de los principios que Dios ha establecido para nuestra dirección. Sin embargo, debemos de guardarnos de imponer criterios personales. Cuando resulte evidente que ciertos métodos no son favorables a la obra del sanatorio, no hemos de persistir en seguir esos métodos, especialmente si la Palabra de Dios no los exige. Hemos de ser cuidadosos en el manejo de la verdad, no vaya a ser que tenga demasiado regusto a la vajilla [...].

Té, café o carne solo en las habitaciones. No hemos de fijar normas pensando que nunca han de ser cambiadas o modificadas. En nuestros sanatorios, el sábado, séptimo día de la semana, siempre ha de ser santificado. No ha de servirse nada de té, ni de café ni carne, fuera de algún caso especial, cuando el paciente lo desee de forma particular, y entonces estos alimentos deberían servírsele en su habitación. No han de introducirse criterios que la Biblia no requiera. Deberían realizarse todos los esfuerzos por ganar la confianza de los pacientes, para que su corazón pueda ser alcanzado por la verdad. Los obreros han de acercárseles cuanto puedan, llevándolos al sol del amor de Cristo.

«La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos» (Sant. 3: 17).— Carta 213, 1902, pp. 6, 8, 9 («To Those in Positions of Responsibility in the St. Helena Sanitarium» [A los que ocupan puestos de responsabilidad en el Sanatorio de Santa Helena], 3 de noviembre de 1902).

Satanás busca paralizar nuestra obra. Todos deben ser ahora precavidos en cuanto a adherirse a puntos de vista extremistas sobre la reforma prosalud. El Señor quiere conducirnos a todos con suavidad y prudencia. El enemigo busca llevarnos a extremos, y se siente igual de complacido al ver a concienzudos seguidores de la reforma prosalud requiriendo lo que Dios no requiere, como de verlos poniendo en su propia mesa y en las mesas del sanatorio comida que no es aceptable. Que los que acuden al sanatorio no vean que los adventistas del séptimo día carecen de sentido común.

Nuestras instituciones han de desechar la carne. Este es un paso importante para los mundanos. Han de darse a nuestros pacientes y a

nuestros huéspedes alimentos sencillos, apetitosos y saludables, que mantengan el cuerpo sano y eliminen toda excusa para el consumo de carne. Si se usan debidamente argumentos sensatos, se producirán muchos cambios. Pero si se descartan la leche y los huevos, ¿qué tipo de alimentación será representada?

Que nadie considere que este asunto aminora la necesidad de la reforma prosalud. Se trata solo de meter los hilos y tejer el estampado de tal modo que la reforma prosalud quede debidamente representada. Como adventistas del séptimo día ahora no tenemos ningún derecho de imponer reglas estrictas a la gente. Cuando lo que pongamos en nuestra mesa llegue a ser dañino para la salud y la vida, Dios nos lo revelará.

No eclipsar el mensaje del tercer ángel. Ha llegado el momento en que la reforma prosalud será debidamente valorada por muchos, tanto encumbrados como humildes. Pero no hemos de permitir que nada eclipse el mensaje que tenemos que dar: el mensaje del tercer ángel, relacionado con los mensajes del primer y del segundo ángel. No debemos permitir que lo secundario nos encierre en un círculo reducido, en el que no podamos obtener acceso al público en general.

La iglesia y el mundo necesitan toda la influencia, todos los talentos que Dios nos ha dado. Todo lo que tenemos debería ser asignado para el uso del Señor. Al presentar el evangelio, hemos de dejar de lado nuestras opiniones personales. Tenemos un mensaje de alcance mundial, y el Señor quiere que sus siervos guarden de forma sagrada el legado que les ha dejado. A cada uno Dios le ha encomendado una labor. Entonces, que no se dé ningún mensaje falso. Que la grandiosa luz de la reforma prosalud no sea deformada en modo alguno convirtiéndose en algo incoherente. Las incoherencias de uno descansan sobre todo el cuerpo de creyentes; por lo tanto, cuando uno se va a los extremos, se hace mucho daño a la causa de Dios.— Carta 39, 1901, pp. 1-3 (al hermano Farnsworth y su esposa, 29 de mayo de 1901).

La alimentación adecuada. Los que acuden a nuestros sanatorios en busca de tratamiento deberían recibir un suministro generoso de comida bien cocinada. Necesariamente, la comida puesta ante ellos debe ser más variada, en ingredientes, de lo que sería necesario en una familia en su hogar. Que la dieta sea de tal naturaleza que se dé una buena impresión a los huéspedes. Este es un asunto de gran importancia. Los que acudan al sanatorio será, muchos más si se les proporciona un suministro generoso de comida apetitosa.

Una y otra vez, me he levantado de las mesas de nuestro sanatorio con hambre e insatisfecha. He hablado con los responsables, y les he dicho que era preciso que su menú fuera más generoso y la comida más apetitosa. Les dije que pusieran su ingenio en marcha para efectuar el cambio necesario de la mejor manera. Les dije que recordaran que lo que quizá satisficiera el gusto de los reformadores prosalud no lo haría en absoluto para los que siempre han comido lo que se considera exquisiteces. Puede aprenderse mucho de las comidas preparadas y servidas en un restaurante de comida sana dirigido con éxito.

Hermano y hermana _____, a no ser que presten mucha atención a este asunto, el número de pacientes disminuirá en vez de aumentar. Existe el peligro de ir a los extremos en los cambios en la alimentación [...].

Los pacientes pagan un buen precio por su comida, y deberían recibir una cantidad generosa. Puede que algunos acudan al sanatorio en un estado que demande una rígida negación del apetito y la comida más sencilla, pero, a medida que mejore su salud, debería suministrárseles generosamente platos nutritivos.

Puede que se sorprendan de que escriba esto, pero anoche se me indicó que una modificación en los menús cambiaría las cosas entre los pacientes. Es necesario un menú más abundante.— Carta 37, 1904, pp. 1, 2 (al Dr. D. H. Kress y su esposa, 18 de enero de 1904).

Educación para la salud. El Señor espera que nuestros sanatorios eduquen a la gente para que aprenda a cocinar y comer de modo saludable. Es un error preparar un gran número de alimentos para una comida; algunos ingredientes, preparados cuidadosamente, y servidos de manera apetitosa, son todo lo que hace falta. Los productos cárnicos no hacen ninguna falta, porque no son lo mejor para el estómago humano. A menudo, los animales vendidos en el mercado están enfermos. [...]

Le diré cómo abordamos este asunto del consumo de carne en Australia: Sara McEnterfer, que había sido mi asistente hasta el momento de mi viaje en barco desde Estados Unidos hasta Australia, no nos acompañó, pues estaba enferma. Una vez que se hubo recuperado algo, trabajó en el sanatorio, adquiriendo más experiencia de cómo atender a los enfermos. Más tarde, cuando se unió a nosotros en Australia, en Cooranbong, donde nos instalamos, tuvo amplia oportunidad de ejercitar sus aptitudes en el cuidado de enfermos y heridos.— Carta 363, 1907, pp. 2, 3 (al Dr. D. H. Kress, 5 de noviembre de 1907).

La alimentación que más fuerza dé. Usted tiene demasiado poca *preocupación* y *percibe con demasiada ligereza* la responsabilidad de ofrecer una alimentación regular, variada y suficiente para sus empleados. Ellos precisamente necesitan una provisión abundante, fresca y sana. Son sometidos a esfuerzos constantemente; es necesario que conserven su vitalidad. Sus principios deberían recibir formación. Ellos, de todo el sanatorio, deberían ser dotados abundantemente de la comida más sana y que dé más vigor.

La mesa de sus auxiliares debería estar provista no de carne, sino de un suministro abundante de buena fruta, cereales y verdura, preparados de forma apetitosa y saludable. Su descuido en hacer esto ha aumentado sus ingresos a un costo demasiado grande para la resistencia y el alma de sus obreros. Esto no ha complacido al Señor. La influencia de la dieta en su conjunto no recomienda sus principios a aquellos que se sientan a la mesa de un auxiliar. Si son dignos de constituir su familia, son dignos de la mejor alimentación, la que dé más resistencia, para que se planten en su pecho semillas que germinen y produzcan una cosecha para deshonra de Dios. Pero se ha hecho esto; y esto debe recibir atención. Además de hablar de ella, debe practicarse la igualdad.— Carta 54, 1896, p. 3 (a J. H. Kellogg, 10 de julio de 1896).

Insistiendo en los principios básicos. Se me ha vuelto a indicar que todos los que cuidan de los enfermos en nuestros sanatorios deberían tener en cuenta que estas instituciones están establecidas para una obra especial y que han de ser dirigidas de una forma que lleve honra a Dios.— Ms 73, 1908, p. 1 («Counsels Repeated» [Consejos repetidos], 19 de junio de 1908).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., septiembre de 1954

Apocalipsis 17: La iglesia no es Babilonia

Toda la sociedad se está decantando en dos grandes clases: los obedientes y los desobedientes. ¿Entre qué grupo se nos encontrará a nosotros? Los que guardan los mandamientos de Dios, los que no viven solo de pan, sino de cada palabra que procede de la boca de Dios, componen la iglesia del Dios viviente. Los que escogen seguir al anticristo son súbditos del gran apóstata. Alistados bajo el estandarte de Satanás, quebrantan la ley de Dios e inducen a otros a quebrantarla. Se esfuerzan por conformar las leyes de las naciones de tal manera que los hombres muestren su lealtad a los gobiernos terrenales pisoteando las leyes del reino de Dios.

Satanás desvía el pensamiento con cuestiones insignificantes para que no se perciban con visión clara y nítida asuntos de enorme importancia. El enemigo planea que el mundo caiga en su trampa.

Solicitado por W. E. Read, ya que contiene comentarios de Elena G. de White sobre Apocalipsis 17.

El denominado mundo cristiano ha de ser el teatro de grandes y decisivas acciones. Hombres en puestos de autoridad promulgarán leyes que controlen la conciencia, siguiendo el ejemplo del papado. Babilonia hará que todas las naciones beban el vino del furor de su fornicación. Toda nación estará implicada. De esta época, Juan el Revelador declara:

«“Los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales”. Y oí otra voz del cielo, que decía: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades. Dadle a ella tal como ella os ha dado y pagadle el doble según sus obras. En el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle el doble a ella. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto, porque dice en su corazón: “Yo estoy sentada como una reina, no soy viuda y no veré llanto”» (Apoc. 18: 3-7).

«Estos tienen un mismo propósito: entregarán su poder y autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles» (Apoc. 17: 13, 14).

«Estos tienen un mismo propósito». Habrá un vínculo de unión universal, una gran convergencia, una confederación de las fuerzas de Satanás. «Entregarán su poder y autoridad a la bestia». Se manifiesta así el mismo poder opresor y arbitrario contra la libertad religiosa, la libertad de adorar a Dios según los dictados de la conciencia, que manifestó el papado cuando, en el pasado, persiguió a aquellos que osaban conformarse a los ritos religiosos y a las ceremonias del romanismo.

En la guerra que ha de librarse en los últimos días se unirán, en oposición al pueblo de Dios, todos los poderes corruptos que han apostatado de la lealtad a la ley de Jehová. En esa guerra el sábado del cuarto mandamiento será la gran piedra de toque; porque en el mandamiento del sábado el propio gran Legislador se identifica a sí mismo como el Creador de los cielos y la tierra.— Ms 24, 1891, pp. 4-6 («Circulation of *Great Controversy*, Volume 4» [La circulación del tomo 4 de la colección de *El conflicto de los siglos*], 1º de enero de 1891).

El Señor no le ha dado a usted [dirigido a un individuo que promovía la circulación de unas mofas del fuerte clamor] un mensaje para llamar Babilonia a la iglesia adventista del séptimo día ni para llamar al pueblo de Dios a salir de ella. Todas las razones que usted pueda presentar sobre este asunto no pueden hallar eco en mí, porque el Señor me ha dado luz categórica que se opone a tal mensaje.

No cuestiono su sinceridad ni su honestidad. He escrito largas cartas en diferentes ocasiones a los que acusaban a los adventistas del séptimo día de ser Babilonia [diciéndoles] que no estaban presentando la verdad. Usted cree que ciertas personas me han inducido a tener prejuicios. Si así fuera, no estaría capacitada para que se me haya confiado la obra de Dios. Pero este asunto me ha sido presentado en otros casos cuando ciertas personas han pretendido tener mensajes de un carácter similar para la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y se me ha dicho: «No les creas». «Yo no envié a esos profetas, pero ellos corrieron» (Jer. 23, 21, NVI).

El pastor A, que estaba en su lecho de muerte, tenía la habitación llena de gente interesada mientras se hallaba en el hospital de Battle Creek. Muchos fueron engañados. Ese hombre parecía estar inspirado. Pero la luz que se me dio fue: «Esta obra no es de Dios. No creas ese mensaje».

Unos años después, un hombre llamado B, de Red Bluff, California, vino a verme para presentarme su mensaje. Dijo que era el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel que había de iluminar el mundo con su gloria. Creía que Dios había pasado por alto a todos los dirigentes y que le había dado a él ese mensaje. Intenté demostrarle que estaba equivocado. Decía que los adventistas del séptimo día eran Babilonia, y cuando le dimos nuestras razones y analizamos la situación con él y le demostramos que estaba equivocado, un gran poder vino sobre él y dio un fuerte clamor, desde luego. Di recado a la oficina para que vinieran el hermano B y mi hijo Willie. El Sr. B se puso de pie y con fuerza proclamaba el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel, con un volumen cada vez mayor. Tuvimos muchas dificultades con él; su mente se trastornó y tuvo que ser internado en un manicomio.

Un tal C defendía y publicaba un mensaje concerniente a la proclamación del fuerte clamor del tercer ángel; acusaba a la iglesia en forma similar a lo que usted está haciendo ahora. Dijo que los dirigentes de la iglesia caerían debido a la exaltación propia, que saldría a la palestra otra clase de hombres humildes que harían cosas admirables. Este hombre tenía hijas que pretendían tener visiones.

Me fue presentado este engaño. Este C es un tipo inteligente, que puede hablar en público de forma aceptable, que posee abnegación y está lleno de celo y fervor, y tiene apariencia de consagración y devoción. Pero recibí esta amonestación de Dios: «No les creas; ¡yo no los he enviado!».

Decía creer en los Testimonios. Afirmaba que eran verdaderos, pero los usaba de la misma manera que usted los ha usado para dar fuerza y apariencia de verdad a sus pretensiones. Les dije que ese mensaje no era de Dios, sino que engañaba a los incautos. No se dejó convencer. Le dije que las visiones de su hija eran espurias; no obstante, reivindicaba que esas visiones eran como las visiones de la hermana White, dando testimonio de las mismas cosas. [...]

Si alguna vez estuvo inspirado un hombre al que yo contemplase, este, desde luego, lo estaba; pero le dije claramente que su inspiración procedía de Satanás y no de Dios. Su mensaje no llevaba las credenciales divinas.

Con el fin de proclamar este mensaje a todo el mundo, indujo a un joven honrado y concienzudo a creer que era su deber robar la lista de la *Review and Herald*. Este es un delito que en el Estado [de Míchigan] se castiga con pena de prisión, y el joven huyó de Battle Creek. No se atrevió a regresar a Battle Creek por algún tiempo. Estableció una fecha en que debía terminar el tiempo de gracia, y, cuando todas las predicciones fallaron, el joven vio que había sido engañado y confesó su pecado, y ahora es un miembro honorable de la iglesia de Battle Creek.

Solamente dos años después, otro hombre llamado D, de Connecticut, vino con un mensaje que él denominaba nueva luz, concerniente al mensaje del tercer ángel. Esta familia inteligente, a causa de su engaño, se ha separado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Debido a que yo había dado un testimonio definido contra esa supuesta nueva luz en _____, Connecticut, donde él vivía, se opuso a mi obra y a los Testimonios.

El padre de los hijos de D asistió al congreso y al curso bíblico para pastores que se celebraron en Battle Creek; pero se mantuvo apartado y no armonizó con el espíritu de la reunión. Regresó a su hogar, y comenzó a corromper la iglesia de _____. Si yo no hubiera trabajado en ese lugar, habrían destruido toda la iglesia con su rechazo de la verdad y de la posición de los adventistas y de la Sra. White en particular.

Por ese mismo tiempo, llegó de Washington, D. C., la Sra. E afirmando estar completamente santificada y poseer la facultad de sanar. Este espíritu dejó perplejas a muchas personas. Manifestaban el mismo espíritu acusador: esto es, que la iglesia estaba enteramente equivocada, y que Dios estaba llamando fuera de ella a un pueblo que obraría milagros. Un grupo numeroso de nuestros hermanos de Battle Creek se estaba separando. Fui movida por el Espíritu de Dios durante las horas de la noche para que escribiera a nuestros hermanos de Battle Creek.

Dios está guiando a un pueblo. Ha elegido un pueblo, una iglesia, en la tierra, a cuyos integrantes ha hecho depositarios de su ley. Les ha confiado un legado sagrado y una verdad eterna que deben presentarse al mundo. Quiso reprenderlos y corregirlos. El mensaje a los laodicenses es aplicable a los adventistas del séptimo día que han tenido gran luz y no han andado en ella. Precisamente aquellos que han hecho gran profesión de fe, pero que no se han mantenido al mismo paso de su Guía, serán vomitados de su boca, a no ser que se arrepientan. El mensaje que llama Babilonia a la iglesia y que llama al pueblo de Dios a salir de ella no procede de ningún mensajero celestial, ni de ningún instrumento humano inspirado por el Espíritu de Dios.

El Testigo fiel dice: «Yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete. Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apoc. 3: 18-21).

Jesús entra para dar las más ricas bendiciones a los miembros individuales de la iglesia si quieren abrirle la puerta. No los llama ni una sola vez Babilonia, ni les pide que salgan de ella, sino que dice: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo» (con mensajes de reproche y amonestación). No ignoro estos reproches. He presentado amonestaciones porque el Espíritu del Señor me ha constreñido a hacerlo así, y he pronunciado reproches porque el Señor me ha dado palabras de reproche. No he rehusado declarar todo el consejo de Dios que me ha sido dado para la iglesia.

Diré en el temor y el amor de Dios, que sé que el Señor tiene pensamientos de amor y de misericordia para restaurarlos y curarlos de todas sus rebeliones. Tiene una obra que debe ser hecha por su iglesia. No debe decirse que sus miembros sean Babilonia, sino que son la sal de la tierra y la luz del mundo. Han de ser los mensajeros vivientes que proclamen un mensaje vital en estos últimos días.

«Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: «¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundos y en albergue de toda ave inmundas y aborrecible, porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra

han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales". Y oí otra voz del cielo, que decía: "¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades. Dadle a ella tal como ella os ha dado y pagadle el doble según sus obras. En el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle el doble a ella. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto, porque dice en su corazón: 'Yo estoy sentada como una reina, no soy viuda y no veré llanto'. Por lo cual, en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego, porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga"» (Apoc. 18: 1-8).

Todo el capítulo demuestra que la Babilonia que ha caído está constituida por las iglesias que no reciban el mensaje de amonestación que el Señor ha dado en los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero. Rehusaron la verdad y aceptaron una mentira. Rehusaron los mensajes de verdad. (Ver 2 Tesalonicenses 2: 1-12). El mensaje del capítulo 18 de Apocalipsis es claro y bien definido: «Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales». Ninguno que lea este capítulo necesita ser engañado.

Cómo se regocijaría Satanás si pudiera conseguir que se proclamase un mensaje según el cual el único pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley sería aquel a quien se aplica ese mensaje. El vino de Babilonia consiste en la exaltación del falso día de reposo sobre el sábado que el Señor Jehová ha bendecido y santificado para uso del hombre, también la inmortalidad del alma. Estas herejías emparentadas, y el rechazo de la verdad, convierten a la iglesia en Babilonia. Reyes, comerciantes, gobernantes y maestros religiosos están todos en corrompida armonía.

Nuevamente digo: El Señor no ha hablado mediante ningún mensajero que llame Babilonia a la iglesia que guarda los mandamientos de Dios. Es verdad que hay cizaña junto al trigo, pero Cristo dijo que enviaría a sus ángeles a reunir primero la cizaña en manojos para quemarla, y a poner el trigo en el granero. Sé que el Señor ama a su iglesia, la cual no ha de ser desorganizada ni dispersada en átomos independientes. No existe la menor coherencia en esto. No hay la más mínima evidencia

de que ocurrirá tal cosa. Quienes obedezcan este mensaje falso y procuren seducir a otros, serán engañados y preparados para recibir engaños mayores, y los frutos de sus esfuerzos se reducirán a la nada.

En algunos miembros de la iglesia hay orgullo, suficiencia propia, incredulidad arraigada y una negativa a abandonar sus ideas, aunque se amontonen las evidencias que hacen aplicable este mensaje a la iglesia de Laodicea. Pero eso no borrará a la iglesia para que no exista. Que la cizaña y el trigo crezcan juntos hasta la cosecha. Entonces los ángeles llevarán a cabo la obra de separación.

Amonesto a la Iglesia Adventista del Séptimo Día que cuide cómo recibe cada nuevo concepto, y también a los que pretenden tener gran luz. El carácter de su obra parece consistir en acusar y en destruir. [...]

¿No deberían tener peso las palabras de Cristo?: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mat. 7:15). Se dirá cada vez con más frecuencia: «“Mirad, aquí está el Cristo” o “Mirad, allí está”». Que los creyentes obedezcan la voz del ángel que ha dicho a la iglesia: «Únanse estrechamente». En la unidad está la fortaleza de ustedes. Ámense como hermanos, sean compasivos, sean corteses. Dios tiene una iglesia, y Cristo ha declarado: «El poder del abismo no la vencerá» (Mat. 16: 18, LPH). Los mensajeros que el Señor envía llevan las credenciales divinas.—Carta 16, 1893, pp. 1-7 (a W. F. Caldwell, 11 de junio de 1893).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 6 de octubre de 1954

*El número 66 se usó en el material suplementario
del tomo 5 del Comentario bíblico adventista.
El número 66a está incluido en el n° 65 (pp. 249-255).*

MANUSCRITO

67

Conversiones por la obra médica

No hay nada como la obra médica misionera para convertir a la gente. Esta obra endereza las veredas ante nosotros y lleva la impronta divina. Jesús está en la obra, y no puede ser ocultado.— Carta 76, 1899, p. 5 (a los «queridos hermanos de Estados Unidos», 26 de abril de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.,
5 de enero de 1955

Solicitado para su uso en un programa de sábado preparado por el Departamento de Ministerios de Salud.

Materiales para un libro de texto

Percibo como nunca hubiera podido esperar que la bondadosa mano del Señor está conmigo. ¡Ah sido tan maravillosamente evidente al proporcionar este bello hogar en este lugar apartado! El ángel del Señor me visitó en el barco y recibí instrucción sobre la que no me atrevo a hablar. En algún momento daré el relato completo de mi experiencia en el barco. Es un asunto tan solemne, tan sagrado que no estoy en disposición de hablar de él; pero una cosa sí sé, de la que puedo hablar, y es que estaba en el plan de Dios que volviera a Estados Unidos precisamente en este momento. Era contrario a mis deseos, porque mi deseo era quedarme en Australia. Quería a la gente y me encantaba mi trabajo. No he perdido mi amor por Australia, ni mi interés en los obreros de allí.— Carta 158, 1900, p. 7 (a la hermana Wilson, 12 de noviembre de 1900).

Solicitado por T. H. Jemison para el libro de texto universitario *A Prophet Among You* [Un profeta entre vosotros] sobre el *Espíritu de Profecía*.

Me han sido mostradas las faltas y los errores de individuos que expresaban completa confianza en las visiones pero encontraban fallas en el instrumento. Los sentimientos naturales de su corazón afloran en rebelión contra las visiones que habían dejado al descubierto sus errores y su maldad. En lugar de reconocer humildemente que habían errado, encontraron fallas en las manera en la que se comunicó la visión. Adoptaron la postura de que parte de ella era correcta y parte de ella era un error, que me habían relatado circunstancias y que pensaba que el Señor me las había mostrado en visión.

¿Ha efectuado Dios su labor de una manera tan descuidada que el hombre pudiera amoldarla a conveniencia de sus propias inclinaciones, recibiendo lo que le resulte agradable y rechazando una parte? ¿Daría Dios visiones para corregir a su pueblo de sus errores y confiaría después al juicio del que yerra la recepción o el rechazo de la porción de las mismas que le apeteciese? ¿De qué servirían las visiones en la iglesia si se las considerase de ese modo, o si se permitiera que los individuos que yerran en sus tinieblas hiciesen la aplicación de las mismas que les pareciera? Dios no actúa así. Si Dios reprueba a su pueblo a través de un individuo, no deja al criterio del corregido intentar adivinar cosas y que el mensaje se desvirtúe al llegar a la persona para cuya corrección está pensado. Dios da el mensaje y luego tiene especial cuidado de que no se desvirtúe.

Las visiones son de Dios o del diablo. No hay término medio a que acogerse en esto. Dios no colabora con Satanás. Los que adoptan esta posición no pueden mantenerla mucho tiempo. Dan un paso más y consideran al instrumento que Dios ha usado una engañadora y una Jezabel. Si, después de que hubieron dado el primer paso, se les hubiera dicho qué posición tendrían pronto con respecto a las visiones, se habrían ofendido por considerarlo algo imposible. Pero luego Satanás los seduce con un engaño perfecto en cuanto al verdadero estado de sus sentimientos hasta que los entrapa.— Carta 8, 1860, pp. 16, 17 (al hermano John Andrews, 11 de junio de 1860).

Anoche desde la ventana de mi habitación podía ver el bosque en llamas. Durante toda la noche hubo hombres combatiendo el fuego, que solo quedó controlado poco antes del amanecer. Hoy, en esta temporada, por primera vez llueve bastante. Estamos muy agradecidos por esta lluvia.

Ahora hemos de buscar a Dios con gran fervor. El Señor me ha indicado que vendrán sobre el mundo calamidades de todo tipo. El fin de todas las cosas está próximo, y sucederá todo lo que me ha sido mos-

trado. Satanás tiene poder para ejecutar sus planes. Algunos despiertan a la conciencia de lo que sucederá en el futuro.— Carta 98, 1910, p. 1 (al pastor A. G. Daniells, 10 de octubre de 1910).

Acabo de volver a leer lo que usted escribió en cuanto a su experiencia en el congreso campestre celebrado en Battle Creek. Le estoy muy agradecida por ese informe. Estoy impresionada ya de por sí de que tales reuniones se celebren en lugares destacados como Battle Creek. A menudo se me ha asegurado que, en consecuencia, se creará una impresión favorable en muchas personas que no son de nuestra fe. [...]

Durante la noche he recibido instrucción en el sentido de que muchos se han confundido por la experiencia de algunos que se han apartado de la fe y que han dado a la trompeta un sonido incierto. En beneficio de aquellos que han sido así confundidos, ahora ha de presentarse el mensaje con gran poder. Han de reiterarse las pruebas de la verdad para que la gente pueda ver que seguimos firmes y seguros, dando a la trompeta un sonido certero.

Se me dijeron estas palabras: «Di a mi pueblo que el tiempo es corto. Ahora ha de realizarse el máximo esfuerzo por exaltar la verdad».— Carta 88, 1910, pp. 1, 2 (al pastor A. G. Daniells, 30 de septiembre de 1910).

El Señor lleva varios meses indicándome que tiene que producirse un gran cambio de ahora en adelante en el avance de nuestra obra.

Me ha llegado del Señor un mensaje tras otro en cuanto a los peligros que los rodean a usted y al pastor Prescott.— Carta 70, 1910, p. 1 (al pastor A. G. Daniells, 11 de agosto de 1910).

Tengo un mensaje para ustedes. Es preciso que los que sirven a la causa de Dios sean hombres de oración, hombres que atiendan la instrucción que el Señor da en cuanto al avance de su obra.

Me ha sido encomendado un mensaje para ustedes dos en el sentido de que necesitan humillar su corazón ante Dios. [...] He de decirles que ninguno de ustedes está preparado para discernir con clara visión lo que ahora se necesita.— Carta 58, 1910, pp. 1, 2 (a los pastores A. G. Daniells y W. W. Prescott, 15 de junio de 1910).

Deseo expresarle algunas ideas que deberían presentarse a los obreros de los sanatorios. Los convertirá en un poder para el bien el conocimiento de que el gran Médico Misionero los ha escogido para este trabajo, que él es su Instructor jefe y que es siempre su deber reconocerlo como su Maestro [...].

Durante la noche del 26 de abril se abrieron ante mí muchas cosas. Se me mostró que ahora, como pueblo, hemos de ser guiados por la instrucción divina en un sentido especial.— Carta 61, 1910, p. 1 (al pastor J. A. Burden, 27 de abril de 1910).

A menudo me encuentro situada en una coyuntura en la que no me atrevo ni a asentir ni a disentir de propuestas que me presentan; porque existe el peligro de que cualquier cosa que yo pueda decir sea citada como algo que el Señor me ha dado. No siempre es prudente que exprese mi propio parecer; porque, a veces, cuando alguien desea llevar adelante su propio propósito, considerará cualquier palabra favorable que yo pueda pronunciar como luz especial procedente del Señor.— Carta 162, 1907, p. 2 (al pastor W. C. White, 8 de mayo de 1907).

El gran Dios ha erigido sus imponentes estructuras en las rocas de granito, en las altas montañas, en las grietas, en los barrancos, en los desfiladeros y en las rocas almenadas y en las cuevas de la tierra. Y con todo eso —obra del poder de Dios—, ¡qué ingrato el corazón que necesita imágenes humanas para adorarlas! Los salvajes que adoran la naturaleza, obra de la mano divina, son idólatras. Sin embargo, ¿no parece a los sentidos su culto más sensato que la adoración de imágenes que llevan el molde y la impronta del ser humano finito? Todo lo que nos rodea nos enseña diariamente lecciones del amor de nuestro Padre y de su poder, de sus leyes que rigen la naturaleza y se encuentran en los cimientos de todo gobierno en el cielo y en la tierra. Si estas ricas muestras del inigualable poder de Dios no ponen de manifiesto el ingenio del Creador del cielo y de la tierra, si no despiertan la gratitud en esos corazones sordos e ingratos, ¿lo harán las imágenes y los santuarios de difuntos? Contemplamos la naturaleza. Vemos los campos revestidos con alfombras de verde vivo. Vemos la variedad de las obras del Señor. En este hogar que Dios ha construido para la humanidad, en cada uno de sus rincones, por diverso que pueda ser de otro, encontramos muestras inconfundibles de la obra del gran Arquitecto. Hay belleza en los valles, imponente grandeza en los solemnes macizos de rocas hendidas, majestad en las imponentes cumbres que parece como si tocaran los cielos. Está el alto árbol, con sus hojas formadas con delicadeza, las briznas de hierba, el capullo que se abre y las plantas en flor, los árboles del bosque y todo nos evoca al Dios grande y vivo.— Ms 62, 1886, pp. 28, 29 («Second Visit to Italy» [Segunda visita a Italia], 15-29 de abril de 1886).

El pacto del Sinaí y su vigencia: Oposición a 1888

«Así ha dicho Jehová: “Guardad el derecho y practicad la justicia, porque cerca de venir está mi salvación y de manifestarse mi justicia”. Bienaventurado el hombre que hace esto, el hijo del hombre que lo abraza: que guarda el sábado para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer lo malo.

»Que el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: “Me apartará totalmente Jehová de su pueblo”, ni diga el eunuco: “He aquí, yo soy un árbol seco”. Porque así dijo Jehová: “A los eunucos que guarden mis sábados, que escojan lo que yo quiero y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre mejor que el de hijos e hijas. Les daré un nombre permanente, que nunca será olvidado. Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán

aceptados sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos". Dice Jehová el Señor, el que reúne a los dispersos de Israel: "Aún reuniré en él a otros, junto con los ya reunidos"» (Isa. 56: 1-8).

«Y abracen mi pacto». En estas palabras hay bastante más de lo que muchos captan en la primera lectura. Cuando el Señor dio su ley a los hijos de Israel acampados al pie del monte Sinaí, el pueblo, unánime, prometió: «Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho» (Éxo. 24: 7). A cambio de su lealtad, el Señor prometió llevarlos a salvo a la tierra prometida y darles prosperidad por encima de todas las naciones. Declaró: «Yo envió mi ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado. [...] Si en verdad oyes su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y afligiré a los que te aflijan. [...] Pero serviréis a Jehová, vuestro Dios, y él bendecirá tu pan y tus aguas. Yo apartaré de ti toda enfermedad» (Éxo. 23: 20-25).

Durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto, el Señor fue fiel al pacto que había hecho con su pueblo. Los que le fueron obedientes recibieron las bendiciones prometidas. Y ese pacto sigue en vigor. A través de la obediencia podemos recibir las más ricas bendiciones del cielo.

Los que reivindican ser seguidores de Cristo se comprometen a la obediencia en el momento de su bautismo. Cuando descienden al agua, se comprometen en presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo a que, desde entonces en adelante habrán muerto al mundo y sus tentaciones, y se levantarán de la tumba líquida para andar en novedad de vida, a una vida de obediencia a los requisitos de Dios. El apóstol Pablo, en su Epístola a los Colosenses, les recordó su compromiso bautismal y escribió: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3: 1-3). ¡Cuánto mejor es buscar las cosas de arriba que buscar las cosas de este mundo y que formar nuestros caracteres a semejanza del mundo!

Pienso muy a menudo en las ricas promesas que se nos dan en la Palabra relativas al poder de Dios para protegernos. Somos guardados por su poder. ¡Cuán razonable es, entonces, que cuidemos de andar tras las huellas de Jesús! Dice: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8: 12). De los que andan en esta luz declara: «Vosotros sois la luz del mundo. [...]

«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5: 14-16).

Cuando nos mezclamos con el mundo y cedemos a la atracción de sus placeres y sus deleites, pensamos mucho menos en Dios de lo que lo haríamos si estuviéramos siguiendo a Jesús en la senda de la abnegación que ha acotado para nosotros. Mantengamos nuestro pensamiento en la debida relación con las promesas de Dios. Entonces él nos protegerá, y veremos su salvación.— Ms 80, 1903, pp. 1-3 («Whoso Offereth Praise Glorifieth God» [«El que me ofrece alabanzas, me honra» {Sal. 50: 23, RVC}], 1^a de agosto de 1903).

La oposición después de 1888. Las primeras dificultades con el hermano _____ se suscitaron por la confusión que se introdujo en Battle Creek de resultas del Congreso de Minneápolis [de 1888]. Hubo dos años de oposición, y en dos congresos generales prevaleció entre algunos de nuestros dirigentes un espíritu no infundido por Dios.— Carta 183, 1899, p. 1 (al hermano Hyatt, 9 de noviembre de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 26 de enero de 1955

El número 71 se usó en el material suplementario del tomo 5 del Comentario bíblico adventista.
El número 72 se usó en Hijos de hijas de Dios.

MANUSCRITO

73

La obra entre los judíos

Hay una grandiosa obra que ha de hacerse en nuestro mundo. El Señor ha declarado que los gentiles serán reunidos, y no solamente los gentiles, sino también los judíos. Hay entre los judíos muchos que se convertirán, y veremos cómo la salvación de Dios avanza como una lámpara que arde.

Hay judíos por todas partes, y a ellos ha de serles llevada la luz de la verdad presente, para que tengan oportunidad de aceptarla. Hay entre los judíos muchos que vendrán a la luz, y que proclamarán la inmutabilidad de la ley de Dios con enorme poder. El Señor Dios obrará. Hará cosas maravillosas en justicia. [...]

Que no crean los que no se han dedicado a un trabajo de evangelización personal que todo el mundo debería considerar las cosas como ellos. Que Dios actúe según su propio criterio, y aparten ustedes sus manos de aquellos a los que usa en las ciudades. Tiene hombres de talentos y dones especiales a los que usará para proclamar la verdad en las ciudades.

Solicitado por W. E. Read para su uso en una compilación sobre la obra entre judíos.

Debería haber miles ocupados en las ciudades, trabajando con inteligencia. No todos esos obreros deberían recurrir a la Asociación en busca de apoyo. Deberían procurar que su trabajo fuera de sostén propio. Muchos pueden realizar trabajo de sostén propio, pero algunos no.

Debemos apartarnos de nuestra pequeñez y trazar planes ambiciosos. Ha de haber un despliegue más amplio por los que se hallan cerca y los de lejos.— Ms 74, 1905, pp. 1, 3 («Our Duty toward the Jews» [Nuestro deber hacia los judíos], 29 de mayo de 1905).

Ha de realizarse un trabajo misionero verdadero y sincero entre los judíos. Algo se hace, pero nada en comparación con lo que podría hacerse. Se ha cometido un gran error a la hora de acometer esta tarea como es debido. Que el pueblo del Señor medite y ore sobre este asunto. «Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Como pensé haceros mal cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice Jehová de los ejércitos, y no me arrepentí, así en cambio he pensado hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá en estos días. No temáis» (Zac. 8: 14, 15).

Recordemos que el tiempo es corto. Digan a la gente que se están perdiendo oportunidades de oro para servir. Todas las naciones han de ser advertidas e instruidas para que busquen al Señor sin demora; porque ese ángel poderoso que engañó a tantos de la hueste angélica trabaja sin cesar para poner en operación sus seductoras artimañas, con las que ha engañado a millones, y a través de las cuales desea engañar al mundo entero. La obra de la que escribe el profeta Zacarías es un tipo de restauración espiritual que había de obrarse para Israel antes del fin del tiempo. El profeta declaró: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Cobrad ánimo, vosotros que oís en estos días estas palabras de la boca de los profetas. [...] Ahora no haré con el resto de este pueblo como en aquellos pasados días. [...] Porque habrá simiente de paz: la vid dará su fruto, la tierra, su producto, y los cielos, su rocío; y haré que el resto de este pueblo posea todo esto.

»Y así como fuisteis maldición entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel, así os salvaré y seréis bendición. ¡No temáis! ¡Cobrad ánimo!» (Zac. 8: 9-13). «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: “Yo salvo a mi pueblo de la tierra del oriente y de la tierra donde se pone el sol; los traeré y habitarán en medio de Jerusalén. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios en verdad y en justicia» (Zac. 8: 7, 8).— Carta 42, 1912, pp. 1, 2 (a «Queridos hermanos», 6 de noviembre de 1911).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 22 de febrero de 1955

*El número 74 se usó en el material suplementario del tomo 7 del Comentario bíblico adventista.
El número 75 está incluido en el n° 134.*

MANUSCRITO

76

Ubicación y misión del *Pacific Union College*

Considerando que ya no ofrece garantías confiar nuestros jóvenes a infieles o a maestros irreligiosos o incluso a maestros que envenenarían su mente con errores doctrinales, hemos erigido nuestra actual espaciosa residencia y Colegio de Healdsburg. Vimos la necesidad de que la formación religiosa estuviese entretrejida con su educación, también de que conocieran algo de los diferentes oficios y de las distintas ramas de los negocios. Para que desarrollen caracteres equilibrados precisan no solo las ventajas de una educación intelectual cabal, sino de una educación de las facultades físicas. Entonces sus aptitudes mentales se desarrollarán en proporción. Es penoso ver cuántos caracteres faltos de equilibrio, a medio desarrollar, hay en nuestro mundo. Nuestras iglesias muestran hoy que estos defectos se han introducido en la vida religiosa con gran detrimento

Solicitado por el Departamento de Historia del Pacific Union College para referencia y uso.

para la iglesia. Hay una gran obra por hacer por nuestros jóvenes. En nuestro Colegio no se debe trabajar con descuido en nada. Los gustos de los que acudan a ella deben ser refinados, su imaginación pura y correcta, y todas sus aspiraciones ennoblecidas y purificadas por el modelo que se mantiene constantemente ante ellos: Jesucristo. Si aprenden a sujetarse a su influjo y son controlados por motivos puros y ennobecedores, pueden salir capacitados para cualquier puesto de responsabilidad o confianza.

Los jóvenes tienen una obra que hacer en esta vida que serán incapaces de realizar a no ser que formen hábitos correctos. Toda alma que ha sido redimida por la sangre de Jesús tiene un destino que cumplir. Nadie vive para sí. Todos ejercemos una influencia para bien o para mal. El mandato del apóstol es que seamos colaboradores de Cristo y participantes con él en su abnegación, su sacrificio, su paciencia y su benevolencia misericordiosa.

Dice el apóstol: «Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno» (1 Juan 2: 14). Ustedes son los agentes de Dios para trabajar en la edificación, el avance de su causa; por lo tanto, deberían dejar a un lado toda frivolidad, toda chanza y toda broma que no sean convenientes. Dejen a un lado sus hábitos de derroche y aprendan hábitos de economía. No vayan en pos de entretenimientos, no vivan para su propia gratificación egoísta, sean sobrios de mente. Con la fortaleza que Dios les ha dado, superen todo hábito esclavizador y degradante, y practiquen y alienten el debido aprecio de su elevada vocación. Reflexionen bien sobre las sendas que pisan sus pies. Escudriñen su Biblia con meticulosidad y oración. Estudien los hitos e inquieren con diligencia si sus pies están en la senda que conduce hacia el cielo o en la senda que conduce a la perdición.

Es preciso que aprendan más de Dios y del cielo. ¡Qué importante es que comiencen bien, que inicien una vida activa con acierto! Una pequeña divergencia de la senda del bien al comienzo los llevará a alejarse cada vez más de la senda de la seguridad y la felicidad. Un solo paso imprudente los pondrá en el terreno del enemigo y menoscabará y adormecerá las energías intelectuales y morales. Vivimos en una época de infidelidad y de deslealtad a Dios. Malas disposiciones y tendencias hereditarias se oponen al evangelio de Cristo. Todos los rasgos de carácter desmoralizadores, toda la depravación y el libertinaje desbordado que prevalece en nuestro mundo se deben a que no se hace de la ley de Dios la norma del carácter. Satanás trabaja con fábulas que

fascinan a los profesos cristianos para dejar sin efecto la ley de Dios, que es la reveladora del pecado. Dios quiere hombres y mujeres fieles que se opongan con firmeza a los ardides de Satanás y den impulso a la verdad contra errores y engaños destructivos.

Nuestra facultad es de gran alcance en sus principios. Tiene como gran objetivo singular la educación y la formación de jóvenes para que sean útiles en esta vida y en el servicio a Dios. Si estos jóvenes tienen en vista únicamente la gloria de Dios, procurarán capacitarse para un servicio en exclusiva al Señor. El amor de Dios tendrá una influencia controladora en su vida cotidiana, e imparte una energía más que finita, que califica para logros que son divinos. Sus obras mostrarán cierta proporción de la intensidad de sus motivos. Será su gran objetivo la salvación de los seres humanos por los que Cristo ha pagado un precio infinito. Todas las demás consideraciones —hogar, familia, éxito social— son secundarias con respecto a esto.

El obrero de Dios debe buscar a la gente donde se encuentre, inmersa en la oscuridad, hundida en el vicio y mancillada por la corrupción. Así precisamente mostró Cristo su amor por la humanidad caída. Vino a nuestro mundo, desde un cielo de dicha en el que era apreciado, amado y honrado, para encontrarse con la humanidad en su condición caída. Su obra era reformar a los hombres y capacitarlos para un cielo puro y santo. No se detuvo ante ningún sacrificio; no vaciló ante ningún acto de abnegación. Por nuestra causa se hizo pobre, para que por su pobreza pudiéramos ser enriquecidos. Jesús tuvo que realizar un intensísimo trabajo entre personas toscas, incultas y depravadas. Buscaba a los hombres allí donde se encontraban, y adaptaba su método de trabajo al material con el que tenía que trabajar. Los obreros de Dios deben trabajar como trabajó Cristo. Deben captar y comprender las condiciones de los seres por los que trabajan para alcanzar la victoria. Quienes quieran ser colaboradores efectivos de Dios en la viña del Señor no deben esperar una suerte ni un trato mejores que los que tuvo el Redentor del mundo. Deben esperar llevar su ministerio a la comprensión de la gente por la que trabajan.

Habrá quienes acudan a la escuela que no tengan principios firmes ni ningún propósito concreto. No son conscientes de lo mucho que el Señor espera de ellos. A no ser que pueda infundirse en ellos valentía, aspiraciones elevadas y un ardiente deseo de mejorar sus talentos para aumentar su conocimiento, para que puedan aumentar su utilidad, mejor estarían en su casa y arando la tierra. Los que tienen el propósito de trabajar para la salvación de las almas no deben tener cobardía moral,

sino motivos puros y elevados. Las horas de estos serán bendecidas, sus oportunidades apreciadas. Se empaparán de conocimiento. Serán representantes de la laboriosidad, la sobriedad y la puntualidad. Promoverán siempre el orden y la disciplina. Serán vigilantes. No habrá nada impreciso ni descuidado, sino que tomarán decisiones firmes y perseverantes y tendrán una sincera fidelidad.

El Señor desea que sus obreros aspiren a la perfección y se esfuercen fervientemente por alcanzarla. Cuando salgan, se encontrarán con hombres mundanos. Algunos son toscos y rudos, otros son inteligentes y un refinamiento mundano. Todos estos deben tener el molde del carácter de Cristo. La gente tiene derecho a esperar que aquel que se presente como maestro de verdades bíblicas tenga modales refinados. Emitirán un juicio severo contra quien afirme ser maestro y no sea refinado y cortés. Debería poder merecerse el respeto de todos. Del Colegio deberían salir jóvenes bien preparados para este trabajo mediante el estudio diligente y una fiel educación. Deberían evitarse todos los malos caminos y las vulgaridades, y mantener una estricta vigilancia sobre los pensamientos y los modales, no vayan a caer en formas erróneas de hablar y de actuar.

Los maestros de nuestros colegios deberían trabajar con tenacidad para que su propia voz y sus modales sean lo más correctos posible. Se consigue muy poco al dedicar todo el tiempo al estudio de los libros mientras se descuidan los modales y la voz. Deberían recalcar a los estudiantes a su cargo la importancia del cultivo de uno mismo, y después el estudiante debería ocuparse de practicar las lecciones enseñadas para poder vencer hábitos incorrectos del habla. Si estos hábitos erróneos se perpetúan en su formación universitaria, quedarán fijados y serán muy difíciles de vencer. A menudo, jóvenes inteligentes dificultan así su propio éxito al retener defectos que esfuerzos serios y denodados superarían. Si se ocuparan de sí mismos con determinación, lograrían cambiar sus hábitos y sus modales de inmediato y para siempre.

Hay mucha delicadeza y musicalidad en la voz humana, y si el que aprende realiza esfuerzos decididos, adquirirá hábitos de dicción y de canto que serán para él un poder para ganar almas para Cristo. Los maestros de nuestros colegios no deberían tolerar en los estudiantes actitudes vulgares ni gestos groseros, entonación inadecuada en la lectura ni tonos o énfasis incorrectos. Debería inculcarse a todos los estudiantes que perfeccionen el lenguaje y la dicción. A menudo, por descuido y una mala formación, se contraen hábitos que son grandes impedimentos en el trabajo de un pastor que, por lo demás, tiene talento y formación.

Debe recalcar al estudiante que está en su mano, combinando la gracia divina con su esfuerzo, alcanzar la madurez. Las aptitudes mentales y físicas con la que Dios lo ha adornado pueden convertirse, mediante el cultivo y el esfuerzo denodado, en un poder para beneficio de sus semejantes.

Todos los relacionados con nuestra institución como maestros y obreros deberían ser hombres temerosos de Dios, que detesten el pecado, que menosprecien toda tentación que los lleve a la impureza. Deberían mantenerse firmes como una roca al deber, conscientes de que tienen un trabajo responsable de cuyo desempeño deben rendir cuentas ante Dios. Todo maestro de nuestro Colegio debería sentir un profundo interés en que los jóvenes reciban una educación y una disciplina tales que puedan salir de él con motivaciones más elevadas y más santas y con principios más firmes que cuando entraron en la escuela. No solo deberían llegar a estar bien preparados en las ciencias, sino que su intelecto debería expandirse, fortalecerse y desarrollarse, y deberían crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Mientras cultivan el intelecto, deberían cultivar la rectitud del corazón, aquella inalterable integridad que poseía José. Entonces menospreciarán ceder a la tentación que mancharía su pureza. Como Daniel, decidirán ser fieles a los principios y darán el mejor de los usos a la inteligencia con la que Dios los ha dotado. La religión pura y genuina jamás anquilosa el cerebro, sino que despierta los pensamientos más elevados y más nobles y fortalece el intelecto para que ejerza sus poderes al máximo.

Resulta imposible que el maestro o el estudiante estén conectados con el Dios de la sabiduría sin que su intelecto se desarrolle y se fortalezca por la gracia de Cristo. Entonces pueden convertirse en obreros de valía para llevar otras almas a la verdad divina. La mayor obra del maestro es conducir a los que tiene a su cargo para que sean cristianos inteligentes. Entonces se desarrollarán armoniosamente los poderes mentales y morales, y serán aptos para cualquier puesto de confianza. La gracia divina dará claridad y fuerza al entendimiento. A la fe se añadirá un carácter virtuoso y serán una luz brillante en el mundo. Presentan el poder del cristianismo en la vida ordenada y la conversación piadosa. Desprecian la frivolidad y las chanzas triviales y necias. Adornarán la doctrina de Cristo. Los principios de la verdad están entretejidos en su vida, y reflejan brillantes haces de luz hacia el mundo en buenas obras. Su justicia los precede como en el caso de Daniel, y la gloria del Señor es su retaguardia. El Señor ha dicho: «Yo honro a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco» (1 Sam. 2: 30). Se cumplirá la Palabra de

Dios; ni una jota ni una tilde pasará. Muchos de los que se encuentren ante el trono de Dios vestidos de lino fino, que es la justicia de los santos, serán las gavillas que el ejemplo fiel y el esfuerzo ferviente han llevado al Maestro.— Ms 22, 1886, pp. 1-6 («The Healdsburg College» [El Colegio de Healdsburg], 1886).

Tenga por seguro, hermano mío, que los testimonios de reprobación que el Señor ha dado a Battle Creek han de ser tenidos muy en cuenta. Eviten todo lo que en el pasado ha hecho necesarias estas amonestaciones. No era preciso que el Colegio de Healdsburg se hubiera endeudado si se hubiesen considerado meticulosamente los gastos y se hubiese hecho que el desembolso fuera proporcional a los ingresos. La solución no está en incurrir en deudas ya durante el primer trimestre del año escolar. Se dio esta advertencia a Battle Creek, pero no fue atendida. Se acumularon deudas en las que jamás se debería haber incurrido. Trimestre tras trimestre, se ha cometido el mismo error; no obstante, continúan siguiendo los acuerdos previos. Esta no es una gestión prudente. Aquí [en Avondale] debe realizarse una renovación mucho más a fondo que la que se acometió en Healdsburg o en Battle Creek. Resulta fácil fijar una matrícula muy baja, pero luego no es nada fácil conseguir que los gastos se equilibren con los ingresos. En esta escuela no puede realizarse una labor mediocre. No tenemos fondos de los que echar mano de los que disponen las escuelas en Estados Unidos, y es preciso economizar al máximo. Los que viajen, en lugar de darse el capricho de alojarse y comer en hoteles lujosos, deberían conseguir pan y fruta, y así ahorrar unos chelines.— Carta 89, 1897, pp. 8, 9 (al hermano Lacey y su esposa, 30 de junio de 1897).

Es el deseo de Dios que se preste mayor atención a las necesidades espirituales de los niños y los jóvenes del Colegio de Healdsburg, y en todas nuestras escuelas. Cuando los administradores de nuestras escuelas se decidan a ejecutar los principios que Dios lleva presentándoles desde hace años, estarán mucho mejor preparados para dedicar atención a las necesidades de los estudiantes.

Si, en el pasado, los encargados del Colegio de Healdsburg hubieran tenido visión espiritual, habrían adquirido el terreno cercano al internado de la escuela, que ahora está ocupado por casas. No proporcionar a los estudiantes una ocupación al aire libre, en el cultivo de la tierra, está haciendo su avance espiritual muy lento e incompleto. El resultado de este descuido debería llevar a los maestros a ser sabios para salvación. Es un error que tantas viviendas cercanas al internado estén atestadas. Esto incide muy negativamente en los estudiantes. Se demostró falta

de experiencia al no adquirir el terreno que rodeaba el internado. Esto hará que el trabajo de conservar el orden y mantener la disciplina resulte más difícil de lo que habría sido en caso contrario. Pero el orden debe mantenerse a toda cosa, y los obreros de la escuela deben planear la forma en que se hará con la máxima eficacia.— Ms 11, 1901, pp. 6, 7 («Words of Instruction to the Church at Healdsburg» [Indicaciones a la iglesia de Healdsburg], 5 de febrero de 1901).

El hermano Cady llegó ayer a Santa Helena en el tren de la mañana, y hablé un rato con él antes de cenar. Me dijo que yo le había dicho que mantuviera los ojos abiertos, mientras iba de un sitio a otro, en busca de un lugar favorable en el que establecer la escuela, y que había encontrado un lugar que parecía adecuado. Está a diez u once kilómetros de Sebastopol, y hay sesenta hectáreas de tierra excelente.

El terreno es propiedad de una mujer que lo compró para crear un centro de salud. Ha llegado a recibir hasta ciento cincuenta personas a la vez. La casa levantada en el emplazamiento no es un edificio caro; no obstante, todas las habitaciones son espaciosas.

Hay doce hectáreas de frutales, y los árboles están en producción. Hay dieciséis hectáreas de terreno boscoso, cubierto de robles, pinos y otros tipos de árboles.

A la señora le gustaría vender parte del terreno para cubrir una hipoteca que pesa sobre la finca. El hermano Cady le preguntó si le gustaría vender toda la finca, y contestó con mucha decisión que no. Después, recibió una carta de ella, diciendo que vendería el terreno por quince mil dólares. Le escribió preguntándole si ese era el precio más bajo que aceptaría, pero aún no ha recibido respuesta. El hermano Cady tiene una impresión muy favorable del lugar. Habría sitio de sobra para que los estudiantes realizaran labores agrícolas. Hay abundante suministro de agua y no hay heladas. Cree que se darían las naranjas.

Cuando vuelvas a casa, tienes que ir a ver el lugar.— Carra 87, 1904, pp. 1, 2 (a William C. White, 15 de febrero de 1904).

Hay idea de trasladar el Colegio de Healdsburg a una zona rural en la que los estudiantes tengan más oportunidad de dedicarse a la agricultura, a la carpintería y a otros tipos de trabajo manual; y el hermano Cady anda buscando un lugar adecuado.— Carta 141, 1904, p. 2 (a Edson White y su esposa Emma, 27 de abril de 1904).

Ahora estamos en Lodi, asistiendo a un congreso campestre. El congreso está terminando, y esperamos irnos el domingo por la mañana. Vamos a salir de aquí poco antes de que se clausure el congreso, esperando encontrar a algunos de los hermanos que buscan un emplazamiento para

el Colegio de Healdsburg. El terreno que los hermanos tienen pensado está cerca de Sebastopol. El profesor Reed está muy deseoso de que Willie y yo veamos el lugar y demos consejo sobre si debemos establecer la escuela allí.— Carta 146, 1908, pp. 1, 2 (a la Sra. de H. G. Bree, 9 de mayo de 1908).

Esta mañana les escribiré solo unas líneas. Desde que volví de Lodi lo he pasado bastante mal. Me resfrié y he estado bastante enferma.

Me han dicho que han anunciado que voy a hablar en el Colegio de Healdsburg el sábado que viene. Pondré mi confianza en el Señor. Él es mi fuerza y mi sabiduría.

Me gustaría que me dijeran cuál de los dos lugares que los hermanos contemplan como posible emplazamiento para la escuela creen que cuenta con más ventajas. William C. White se decanta por el terreno de Santa Rosa, y este tiene un precio mucho menor. Por favor, díganme cómo ven el asunto. Se espera que yo vea el lugar el viernes que viene. Estaré en el terreno ese día hacia el mediodía.

Me gustaría que me respondieran de inmediato y me hicieran saber cuál de los dos lugares creen que es el más adecuado.— Carta 154, 1908, p. 1 (al pastor S. N. Haskell y su esposa, 19 de mayor de 1908).

Llevamos tiempo queriendo trasladar de Healdsburg nuestro colegio de la Asociación, y hemos seguido preguntando al Señor: «¿Qué debemos hacer?».

Diferentes propietarios han presentado varias buenas ofertas de terrenos adecuados para el emplazamiento de una escuela. Hubo ofrecimientos de excelentes tierras de labranza en las inmediaciones de Lodi y otros lugares; pero se creyó que sería mejor no aceptar ninguno de ellos. Creíamos que la escuela debería estar situada en algún lugar más retirado que ninguno de los vistos hasta el momento.

Hace unos meses, mientras los hermanos seguían buscando un emplazamiento adecuado para la escuela, recibieron información de un terreno muy adecuado que estaba a la venta cerca de la ciudad de Sonoma.

Visitamos este terreno la mañana del 2 de septiembre, en compañía de varios miembros de la Junta para el emplazamiento de la escuela. Dos caballeros nos esperaban en la estación de tren con carruajes que habían alquilado, en los cuales nos llevaron a ver el emplazamiento en cuestión.

Antes de llegar a la finca Buena Vista, nos mostraron otra propiedad: una magnífica casa, rodeada por hermosas tierras con huertos frutales; pero no se asemejaba a ninguno de los terrenos que habíamos esperado encontrar.

De ese lugar nos llevaron a la finca Buena Vista, que algunos de nuestros hermanos habían considerado como un posible emplazamiento para la escuela. Encontramos, a unos tres kilómetros de la ciudad de Sonoma, y a bastante distancia de cualquiera casa, un extenso terreno en el que había una bonita vivienda de grandes dimensiones llamada *The Castle* [El Castillo] y varios edificios menores. Descubrimos que *The Castle* tenía tres pisos con doce espaciosas habitaciones en cada piso, además de un sótano, y una gran bóveda por encima del segundo piso susceptible de ser transformada en buenas habitaciones.

Subí las escaleras al primer piso, y vi parcialmente las habitaciones de los dos primeros pisos. Solo fui capaz de aventurarme hasta ahí; pero los hermanos que habían visitado la finca con anterioridad declararon que habían examinado las habitaciones del siguiente piso y descubrieron que estaban tan bien amuebladas y dotadas como las que yo acababa de ver. Cada piso estaba dotado con excelentes instalaciones de baño.

Cuando volví a la primera planta, hablé poco. Creía que estábamos ante una finca que se correspondía con las descripciones que se me habían dado.

Nos movimos en carruaje por la finca, pero no la examinamos exhaustivamente. Nos encontrábamos en medio de un paisaje montañoso, y en los espaciosos terrenos que rodeaban la casa había muchos hermosos árboles. A cierta distancia de *The Castle* se alzaba una gran bodega de piedra, que ahora se usa como establo para el ganado. Había algunos árboles frutales en el lugar, y cerca del edificio principal una fuente termal que alimentaba una alberca. Había abundancia de agua pura y blanda, que era llevada por tuberías a los diferentes edificios.

Tras dar un apresurado vistazo a los terrenos —porque nuestro tiempo era limitado—, nos fuimos, para devolver los carruajes en Oakland; pero quedé convencida de que este era precisamente el tipo de emplazamiento que veníamos buscando para nuestra escuela. Aquí había un extenso terreno alejado de las ciudades en el que podíamos disponer de agua y madera abundantes y de un clima sano. En este lugar retirado podríamos evitar un gran conjunto de tentaciones que en un emplazamiento menos favorecido se presentarían de muy diversas maneras.

Había una causa de perplejidad. ¿Dónde podríamos obtener los medios para adquirir esta finca, tan bien dotada de muchas de las instalaciones que necesitábamos? Nos temíamos que el precio solicitado por el dueño era mayor que lo que podíamos considerar y teníamos la impresión de que debíamos dedicar tiempo a reconsiderar la oferta.

Aquella noche, en mi sueño, me pareció que trazaba planes relativos a esta finca. Uno se dirigió a mí y dijo: «¿Qué impresión has tenido de este emplazamiento?». Contesté: «Favorable; pero no veo forma de que lo compremos; no disponemos de recursos. Podríamos disminuir el precio vendiendo la bodega de piedra».

«No pueden hacer eso», dijo nuestro consejero. «En el supuesto caso de que lo hicieran, habría personas que no valoran el séptimo día trabajando en la finca en sábado. El único plan de ustedes será comprar la finca completa y mantener todas sus partes bajo el control de ustedes. No debería permitirse que ni un palmo del terreno esté bajo el control de los que lo trabajarían en sábado».

A la mañana siguiente mantuvimos una conversación con el hermano Covell. Él tenía un mapa de toda la zona, y los puso ante nosotros para que lo estudiáramos. Señaló varias cosas que podríamos hacer para disminuir el precio de compra de la finca. Pero estaba claro que el plan más prudente sería no dejar ninguna parte sin comprar. Debíamos tener el terreno bajo control absoluto. Dije: «Al tener tierra de cultivo, se dará a los estudiantes amplia oportunidad de ejercitar el cerebro y los músculos por igual. Aquí los estudiantes pueden construir viviendas, pues muchos han aprendido a hacerlo en la escuela cerca de Madison, Tennessee, y obtener un conocimiento práctico en muchos frentes que los convertirán en miembros útiles de la sociedad. Y este tipo de formación contribuirá a dotarlos para salir a otros lugares como educadores».

Bueno sería que los alumnos de todas nuestras escuelas pudieran aprender a aprovechar al máximo el cerebro, los huesos y los músculos. Cuando salgan como obreros a países extranjeros, esos estudiantes descubrirán que su conocimiento del trabajo práctico es del más alto valor, no solo para sí mismos, sino también para aquellos para los que trabajan. Los que aprenden a trabajar con sencillez según la propia forma de trabajar que tenía Cristo lograrán mucho en el cumplimiento del mandato de Cristo de que prediquemos el evangelio «a toda nación, tribu, lengua y pueblo». Si alguna vez ha sido esencial que entendamos y sigamos los métodos de enseñanza adecuados y sigamos el ejemplo de Cristo es ahora.

Ahora pido a los miembros de nuestras iglesias de la Asociación de California que nos ayuden a reunir el dinero para la compra de esta estupenda finca y para dotar al internado de buen mobiliario, aunque sencillo. ¿No procuraremos hacer de esta escuela una escuela conforme a los propósitos del Señor? Les pedimos que no permitan que pase esta oportunidad de hacer de esta escuela lo que el Señor quiere que sea. Necesitamos la ayuda de todos ustedes para poder adquirir esta escuela y gestionarla con maestros prudentes y completamente equilibrados. Creemos que nuestros hermanos ayudarán en esta ocasión. No podemos permitirnos el lujo de demorar el asunto; hay que dejarlo zanjado de inmediato, si queremos adquirir la finca. Les envío esta invitación para contribuir en esta emergencia. Si la hermandad hace su parte en esta obra, el Señor los bendecirá por haberlo hecho.

Pido a nuestras iglesias de California que consideren precisamente ahora qué pueden hacer para venir en ayuda del Señor en este momento de oportunidad. Los que no tengan dinero que enviar de inmediato pueden adquirir el compromiso de hacerlo; puede solicitarse un préstamo de dinero con el aval de los compromisos de ustedes. Los hermanos Cottrell y Knox están luchando denodadamente por llevar este asunto a una conclusión satisfactoria. Hagamos cuanto podamos para que no quede resquicio para el fracaso. Humillemos nuestro corazón ante Dios y oremos con fe. El Señor obrará maravillas por medio de un pueblo abnegado, dándonos una rica medida de gracia para trabajar por la salvación de las almas. El ejemplo de Cristo está ante nosotros. Como seguidores suyos, apropiémonos de su ejemplo.

Los juicios de Dios están en la tierra, y Cristo está próximo a venir. Los incendios, las inundaciones y los terremotos nos advierten que el fin de todas las cosas está próximo. Es preciso que los creyentes asuman sus privilegios y sus responsabilidades. Es preciso que nuestra comprensión sea estimulada cada día por el Espíritu Santo. Es preciso que nos mantengamos humildes y contritos ante Dios. No es momento de elevar nuestra alma con orgullo ni de manifestar despreocupación o indiferencia. Es preciso que nos levantemos y demos a nuestros jóvenes la prueba de que creemos en este mensaje final de advertencia. Pongamos en el altar del Señor nuestras ofrendas voluntarias. Al hacerlo, solo estamos dándole lo que ya es suyo, porque Cristo ha pagado el precio de nuestra redención. «No sois vuestros», declara Cristo, «pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y

en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Cor. 6: 19, 20).— Carta 322, 1908, pp. 1-5 (a los miembros de nuestras iglesias de la Asociación de California, 1º de noviembre de 1908).

Estoy deseosa de que se zanje el asunto relativo a la compra de la escuela de nuestra Asociación. Me han pedido que escriba la luz que me fue dada en cuanto a este emplazamiento para la escuela, lo que he hecho. Te enviaré una copia de la carta que escribí.

Nos ofrecieron cuarenta hectáreas de terreno cerca de Modesto como donación si queríamos establecer nuestra escuela allí. Pero no pude ver nada que nos invitase en las carreteras llanas y los amplios terrenos casi carentes de árboles. Cuando preguntaron: «¿Aceptamos esta oferta?», respondí: «No; no podemos aceptarla. No ofrece las ventajas que nuestros maestros y nuestros alumnos deberían tener». También se nos hizo otra oferta de cuarenta hectáreas, pero no tuvimos claro el aceptarla.

Luego nos animaron a que visitásemos la finca Buena Vista cerca de Sonoma. En la soledad de este lugar, en sus tierras boscosas y su abundancia de agua, en su casa bien dotada de toda comodidad, vi lo que respondía a las descripciones que se habían dado.

El hermano Covell ha realizado una investigación exhaustiva del huerto, y dice que la fruta es excelente. Esa es una ventaja a tener en cuenta.

Una vez que volví a Oakland, por la noche recibí la indicación de que el único curso seguro que podíamos seguir en la compra de esta finca era adquirir cada palmo de terreno. Se me mostró que no debía permitirse que ninguna parte de él quedase bajo el control de personas que lo trabajarían en sábado. Por lo tanto, trazamos planes para comprarlo todo. La propuesta es comprar la finca por cuarenta y cinco mil dólares aceptando el dueño el internado del Colegio de Healdsburg como pago parcial de dicha cantidad. Esto nos ayudará mucho. Los hermanos Cottrell y Knox y los interesados en el asunto están a favor de comprarlo. Disponemos de sesenta días para concluir la negociación. Los hermanos Cottrell y Knox se ocupan del asunto. Quedaremos muy agradecidos cuando se cierre por fin la operación.

Llevo semanas en las que solo he podido dormir unas horas cada noche. He estado deseosa de que este asunto del emplazamiento de la escuela culmine con éxito. Es preciso que contemos con el mejor emplazamiento posible, el mejor talento didáctico, el mejor preceptor que podamos conseguir. Mientras han estado en curso las negociaciones para la compra de la finca Buena Vista, me he sentido tremendamente

preocupada, temiendo que no consigamos precisamente el lugar que necesitamos.— Carta 324, 1908, pp. 1-3 (a J. Edson White, 3 de noviembre de 1908).

Obtengamos todos los medios posibles como donativos directos. Si hoy se entregasen más donativos a la tesorería del Señor, el sacrificio produciría una rica cosecha. En Cooranbong, sentimos gratitud por obtener medios y pagar un bajo tipo de interés por su uso. Pero decíamos a todos: «Que sus donativos sean lo más grandes posible; porque pedir prestadas grandes sumas de dinero puede conducir a la vergüenza futura del que esté usando el dinero». Que este punto sea objeto de cautela en el asunto del traslado del Colegio de Healdsburg para su establecimiento en otro lugar.

Healdsburg lleva muchos años siendo un centro educativo. Sin embargo, ahora ha llegado el momento en que es preciso que se traslade a un emplazamiento en el que disponga de mejores instalaciones. Que cuantos puedan hacerlo entreguen su dinero como donativo para esta iniciativa. Cuando pensamos en lo que Cristo ha hecho por nosotros, no se considerará que este sea un gran sacrificio. Él comisionó a sus discípulos como obreros que han de poner el cimiento de su iglesia en diversos campos. Establecer centros educativos es parte de su trabajo.— Carta 330, 1908, p. 2 (al pastor S. N. Haskell, 11 de noviembre de 1908).

He leído su carta, y le agradezco su interés. Deseaba intensamente estar en el encuentro de Nashville, pero era consciente de que no podría acudir a ese encuentro e ir a Washington también.

Acabo de tener que pedir al banco un préstamo de mil quinientos dólares para dar desahogo al pastor Haskell en una situación que le sobrevino. Tenía que ver con una transacción económica relacionada con la finca Buena Vista. Uno de nuestros obreros contemplaba comprar una parcela de más de siete hectáreas de tierra con el fin de establecer una residencia para discapacitados, pero no estaba dispuesto a pagar más de mil quinientos dólares por ella. La tierra no pudo adquirirse por menos de dos mil. Una vez que se efectuó la compra, el hermano Vaughan creyó que no podía pagar más de mil quinientos dólares, de modo que la finca quedó en manos del pastor Haskell. Nos pareció que no podíamos permitir que ese terreno volviera a manos de incrédulos, y el pastor Haskell me preguntó si no quería comprarlo yo. Consentí en hacerlo, y el lugar está ahora a mi nombre. Para hacerlo, he pedido al banco un préstamo de mil quinientos dólares al ocho por ciento. Ahora la preocupación del pastor Haskell quedará aliviada, y no será

preciso que siga angustiándose. No sabemos para qué se usará este terreno. Podría llegar a ser un sitio espléndido para una iglesia, pero esa cuestión puede decidirse más tarde.

Entiendo que usted no ha visto la finca de Sonoma. Es un gran terreno en que se alza un edificio grande y bonito llamado *The Castle*. El edificio tiene tres pisos y un sótano, con doce espaciosas habitaciones en cada piso. La finca está a dos o tres kilómetros de la ciudad de Sonoma, y a bastante distancia de cualquier casa. He visitado una vez este lugar, pero en esa ocasión no pude ir más allá del primer piso. Espero volver a visitarlo tan pronto como los hermanos se hayan hecho con el título de propiedad, dándoles derecho a tomar posesión. Entonces espero ir en carruaje de Santa Helena a Buena Vista y pasar algún tiempo allí. [...]

En nombre de la escuela de Sonoma le damos las gracias por su ofrecimiento. Necesitamos ayuda precisamente ahora.— Carta 2, 1909, pp. 1, 2 (a la Sra. de J. Gotzian, 1º de enero de 1909).

Llevamos algún tiempo muy interesados en adquirir un lugar para nuestra escuela en el que pudiéramos encontrar precisamente lo que necesitamos para que nuestro proyecto educativo puedan avanzar en la debida dirección.

He visto varias ubicaciones con algunos de los hermanos. En un lugar había un gran terreno de zarzamoras de producción abundante, pero había poca tierra que pudiera ser cultivada. Este no era un lugar adecuado para un centro educativo. Nuestra escuela debería estar ubicada donde los alumnos puedan recibir una educación más amplia que la ofrecida por el estudio de los libros. Deben recibir una educación que los capacite para un servicio aceptable si son llamados a realizar un trabajo pionero en campos de misión, ya sea en Estados Unidos o en el extranjero. Debe haber suficiente tierra para enseñar el cultivo de la tierra y para contribuir en buena medida a que la institución sea de sostén propio.

La pasada primavera algunos nos desplazamos al Condado de Lake, y yo me fui fijando de camino, pero no vi nada que fuera deseable como emplazamiento para nuestra escuela.

A nuestra vuelta de la California meridional el pasado septiembre, algunos de nuestros hermanos nos pidieron que mirásemos lugares cerca de Sonoma. Desde la estación nos llevaron en carruajes a un lugar en el que había dos grandes casas situadas en medio de un gran huerto de

frutales. Dije a los hermanos que ese no era el lugar que andaba buscando y que no podíamos permitirnos el lujo de ocupar esas casas para una escuela, aun en el supuesto caso de que nos las regalaran.

De allí fuimos a la finca Buena Vista, y nos mostraron la bonita casa. Miramos las grandes habitaciones del primer y del segundo piso, y nos dijeron que las habitaciones del tercero eran exactamente iguales.

Tras salir de la casa, recorrimos rápidamente en carruaje algunas partes del terreno. La consideración de lo que vi y la descripción dada de otras partes de la finca hacían evidente que tenía enormes ventajas. Estaba alejado de las fuertes tentaciones de la vida urbana. Había abundante tierra de cultivo, y los recursos acuíferos eran muy valiosos. Entre los montes había pequeños valles en los que podrían asentarse familias y disponer de un buen pedazo de terreno para jardín o árboles frutales. Las muchas tuberías tendidas sobre los terrenos posibilitaban usar el agua con prodigalidad tanto para los edificios como para la tierra.

Para mí, los edificios eran un argumento muy convincente a favor de esta finca. Con los edificios ya erigidos, podemos empezar el trabajo escolar sin demora, y los estudiantes pueden recibir una educación sumamente valiosa al construir los otros edificios que puedan ser necesarios. Además del edificio principal y los graneros, hay dos grandes bodegas de piedra. Y todo ello puede usarse sacándole mucho partido.

Durante la noche que siguió a la visita, me parecía que veía el terreno mientras un Mensajero me señalaba sus muchas ventajas. A la mañana siguiente pedí ver al hermano Covell, ya que me habían informado que él había examinado la finca. El hermano Covell trajo consigo un mapa que mostraba la ubicación y la extensión del terreno. Se había sugerido que compráramos el lugar y que pusiéramos a la venta la mayor parte del terreno, quedándonos solo con lo que rodeaba a los edificios.

Entonces recordé las palabras que me fueron dichas durante la noche. Es el propósito de Dios que, si nos hacemos de cualquier parte de esta finca, adquiramos la totalidad. Es preciso que consigamos el control de todo el terreno. El terreno no debe ser compartido con gente que trabajaría en sábado; porque, si así se hiciera, nos colocaríamos en una posición muy desfavorable. No debe haber oportunidad alguna de que los incrédulos se asienten cerca de los edificios de la escuela ni de que conserven un lugar en el que se pudieran vender licores embriagantes. No debemos tener a nadie en la propiedad que pudiera reivindicar el derecho de llevar adelante su negocio como le pareciese. Todo el terreno debe estar bajo nuestra propia supervisión.

Me pareció que si podía conseguirse todo el terreno, sería un lugar ideal; porque allí los alumnos podrían encontrar abundante empleo al aire libre y, así, podrían combinar la formación mental con la física. Cuando supe que podía comprarse toda la finca, sentí deseos de alabar al Señor. Sé que si quiere que nos quedemos con ese lugar, sucederá de tal manera que no tengamos que estar unidos con los que no observan el sábado del Señor. Aquí habrá un lugar para nuestra escuela en el que los jóvenes puedan obtener precisamente la educación que es esencial. En esta escuela que se establecerá queremos demostrar qué es la educación superior. Debemos hacer que la formación física se combine con la mental. Es preciso que nuestro cuerpo haga ejercicio. Ha habido muchos fallecimientos por falta de suficiente ejercicio para mantener la salud.

No es preciso que me explye en cuanto a la finca Buena Vista. Sin duda, otros la describirán mejor que yo. Pero diré que se ajusta mejor a las descripciones que me fueron dadas de una ubicación ideal para nuestra escuela que cualquier otra cosa que yo haya visto. Sus ventajas superan las previsiones. Llevo esperando con paciencia que el Señor ponga el lugar en nuestra posesión.

Ahora Dios pone a su pueblo a prueba en este sentido. Esta prueba es si darán o no lo mejor de sí mismos para adquirir la finca Buena Vista. Tengo fe en que Dios ha venido dirigiendo este asunto y, aunque yo solo tenía poco dinero para invertir, pedí al banco un préstamo de mil quinientos dólares e invertí dos mil en una parcela que debería estar incluida en la compra de la finca. Esta parcela había sido segregada del terreno y vendida antes de nuestra adquisición, pero también debería estar bajo nuestro control.

Deseamos que nuestra escuela esté en un lugar retirado. Sin embargo, hay un trabajo que hacer por la comunidad en la que puede que nos asentemos. Hay ciudades y pueblos alrededor donde pueden trabajar los maestros y los alumnos. Y esperamos celebrar este verano un buen congreso campestre precisamente en esta finca, y suscitar interés entre la gente de Sonoma por oír más de la verdad presente.

Esta finca va a costar bastante. Pero si todo el mundo está dispuesto a cumplir con su deber en el temor de Dios, podremos establecer una escuela que agrade al Señor. Ahí cantaremos sus alabanzas, enseñaremos su verdad y magnificaremos su nombre.

Yo quería que pudiéramos entrar en posesión de la finca enseguida. Pero hubo cierta ventaja en la demora, porque ahora tenemos más tiempo para reunir el dinero para pagar por el lugar. Ahora, que nuestro

pueblo cobre fuerza desinteresadamente y obtenga los medios, para que, cuando nos digan: «Aquí tienen su propiedad libre de cargas», podamos tomar la escritura y decir: «Aquí tienen el dinero por su finca».

El Señor desea que ejerzamos la fe a cada paso. Quiere que manifestemos confianza en su actuación. Confiemos en él y procuremos actuar en armonía con su providencia. Estoy segura de que el Señor ha obrado por nosotros y de que si dirigimos nuestra escuela en el temor de Dios, nunca volverá a pesar sobre ella una deuda como la que existe en la actualidad. Hemos decidido que la experiencia pasada no se repita.

Nuestras escuelas son un factor muy importante en nuestra obra. Queremos educar a nuestros jóvenes para que trabajen en armonía con el pensamiento y la voluntad de Dios. Queremos ayudarlos a preparar su corazón para que actúen en armonía con Jesucristo, el gran Maestro, que en apoyo de sus enseñanzas podía decir: «Escrito está», y llevaba la luz de la verdad dondequiera iba. Igualmente, nuestros alumnos, una vez que hayan recibido formación, estarán listos para ser trasladados de la escuela a los campos de misión en todas partes del mundo. Estos campos se están abriendo y llegan de todas partes más llamamientos pidiendo ayuda de los que podemos atender. Que todo el mundo se interese en este asunto, y que cuantos puedan hacerlo den ofrendas voluntarias para ayudar en la adquisición de esta finca.

El Señor podría crear abundancia de medios para llevar adelante su obra, y podría proporcionarlos sin pedir a su pueblo que hiciera ningún sacrificio. El oro y la plata son suyos. Todo lo que poseemos, hasta nuestra propia alma y nuestro propio cuerpo, es suyo. Sin embargo, el Señor nunca ha actuado así. Ustedes recuerdan cómo, cuando tenía que construirse el santuario en el desierto, pidió a todo el pueblo que presentara sus ofrendas voluntarias. Y todos sus integrantes quisieron participar de la bendición. Dieron hasta que los dirigentes pudieron decir: «Basta. No traigan más ofrendas».

Así deseamos ver a todas las almas de nuestro pueblo participar de la bendición que proviene de devolver al Señor lo que es suyo. Hay en ello una bendición para todo el que haga su parte. Cuando lleguemos al momento del acuerdo y nos digan: «Aquí tienen la escritura», queremos poder contestar: «Aquí tienen el dinero».

Deseamos ver en este lugar una institución en la que muchos jóvenes serán educados para salir como misioneros para el Señor. Esperamos ver una señalada manifestación de la salvación de Dios. Y la veremos si

abrimos nuestro corazón y nuestra billetera para colaborar.— Ms 9, 1909, pp. 1-6 («The Buena Vista School Property» [La finca Buena Vista para la escuela], 6 de febrero de 1909).

En cuanto a la finca Buena Vista, diría: «Si se requiere un pequeño aumento en el precio, adelanten algo a cuenta». Mejor será hacer esto que renunciar a todas las ventajas que han de obtenerse adquiriendo esta finca. Debemos actuar con percepción santificada. No es extraño en absoluto que el enemigo obre por medio de estos hombres. Estoy segura de que estaría bien adelantar más medios para hacernos con un título sin cargas. Escribo esto porque no quiero que nuestra obra pierda esa finca. Espero que considere lo que he escrito y que razone de causa a efecto.

Puede presentar este asunto a los hermanos Knox y Cottrell. Puede que a usted le parezca que esta es una propuesta fuera de lugar, pero le aconsejaría que lleve la negociación a su conclusión tan pronto como sea posible.— Carta 74, 1909, p. 3 (al pastor S. N. Haskell, 27 de abril de 1909).

¡Otra vez en casa!* Cuando llegamos a casa, acababa de empezar un congreso campestre en Fruitvale. Pero no pude asistir los primeros días del congreso. Mientras cruzaba las montañas de Sierra Nevada, la última noche de nuestro viaje, padecí gran debilidad del corazón. Sara y Willie temieron que no viviera hasta llegar a casa. Pero pronto dejamos la gran altitud y me sentí mejor, pero llegué a Santa Helena muy debilitada.

La noche que llegamos a casa recibimos un mensaje que nos pedía que al día siguiente fuésemos a ver la finca que se había comprado para el Colegio del Pacífico. Los hermanos creían que esta finca poseía muchas más ventajas que Buena Vista y que, dado que el propietario de Buena Vista no podía darnos un título sin cargas, se creyó aconsejable comprar este lugar. Salimos de casa la mañana del 10 de septiembre temprano, en mi carruaje más cómodo. Era una subida de ocho kilómetros hasta la cima de la colina; luego, cuando estábamos a unos dos kilómetros de la finca, el terreno se volvió más llano.

En el lugar nos recibió el pastor Irwin, que nos mostró parte de los terrenos y los edificios. En el recorrido me di cuenta de las ventajas con respecto a la finca Buena Vista. Cierto era que no había ahí el bonito y costoso edificio que encontramos en la finca de Sonoma, pero tiene varios edificios en buen estado de conservación, y de un tipo que puede

* Procedentes del congreso de la Asociación General de 1909 en Washington, D. C.

ser fácilmente adaptado a las necesidades de una escuela. La mayor de las viviendas tiene treina y dos habitaciones y, además hay cuatro viviendas más. Todas las habitaciones están bien diseñadas, y adecuadamente amuebladas, pero sin excesos. En las casas y los terrenos todo se veía limpio y en buen estado.

Hay más de seiscientas hectáreas de tierra en la finca, y unas cuarenta son de buena tierra cultivable. Ocho hectáreas de estas son de árboles frutales. Nos complació mucho la fruta que vimos. En el momento de nuestra visita había muchos trabajadores en el terreno ocupándose de las ciruelas, algunos recogiendo la fruta, otros preparándola para la desecación.

El gran granero estaba atestado hasta el techo de la mejor alfalfa cosechada del terreno. En la cochera vimos ocho calesas y carretas. En la transacción se incluyeron veinte vacas lecheras, trece caballos y seis potros.

El lugar tiene unas buenas instalaciones sanitarias, con un gran balneario y una estupenda piscina y muchos vestidores. Hay cuatro cuartos dotados de buenas bañeras de porcelana. El agua de la piscina procede de fuentes del lugar; se renueva constantemente entrando y saliendo de tuberías en los laterales del recinto.

He intentado describirte ahora este lugar, aunque no lo vi del todo como lo han hecho otros. Estaba muy enferma el día que visité la finca, y no pude subir más de un tramo de la escalera del edificio principal. No me atreví a sobrecargar el corazón por esfuerzo excesivo. Sin embargo, se creyó que lo mejor sería que visitara el lugar lo antes posible y emitiera mi juicio sobre él como lugar para nuestra escuela. Este sitio me encanta; tiene muchas ventajas como emplazamiento para una escuela. Estamos agradecidos por el abundante suministro de agua pura que mana de numerosas fuentes y que es recogida en grandes depósitos mediante tres arietes hidráulicos; también por los buenos edificios, por la buena tierra de labranza y por los cientos de hectáreas de bosque, en las que hay muchos miles de metros de madera de aserradero. También estamos agradecidos por la maquinaria, que está tan bien conservada, por el mobiliario, que, aunque no es muy bonito, es de buena calidad y funcional; por la fruta que se enlata y se deseca, y que será muy apreciada por los maestros y los alumnos este primer año de la escuela.

Cuando supimos que no íbamos a poder adquirir la finca de Sonoma, se me dieron garantías de que se nos proporcionaba un lugar mejor, en el que podríamos tener muchas ventajas con respecto a nuestra primera selección. Después de haber visto esta finca, la considero superior en

muchos sentidos. La escuela no podría estar ubicada en mejor emplazamiento. Se encuentra a trece kilómetros de Santa Helena, y se halla libre de las tentaciones urbanas. El coste total es de sesenta mil dólares. Se han recogido ya cuarenta mil, y esperamos que el resto se consiga pronto. Nuestro pueblo ve que esta finca es mucho mejor que aquella con la que esperábamos ser favorecidos. Está situada a solo diez kilómetros del sanatorio en el que el Dr. Rand es el jefe médico. Los obreros que dirigen estas dos instituciones pueden cooperar en su trabajo para consolidar la obra del sanatorio y de la escuela.

En el profesor C. W. Irwin y su esposa tenemos excelentes obreros. El profesor Irwin será el director de la escuela. No tienen hijos.

Con el tiempo, tendrán que construirse más dormitorios para los alumnos, y los propios estudiantes podrán, instruidos por maestros capacitados, construirlos. Puede prepararse madera in situ para esta labor, y puede enseñarse a los estudiantes a construir de manera aceptable.

No es preciso que tengamos temor de beber agua impura, porque aquí se nos suministra con prodigalidad desde la casa de los tesoros del Señor. No sé cómo dar las gracias lo suficiente por tantas bendiciones, pero deseo poner toda mi confianza en el Señor y, mientras mi vida sea preservada, glorificar a mi Redentor. De corazón, con mi alma y con mi voz alabo a Aquel que ha hecho tan maravillosa provisión para nosotros.

Fui a Oakland el lunes posterior a mi visita a la finca de Angwin, pero solo pude hablar dos veces. El calor era terrible y no pude soportarlo. Creo que tendré que tener mucho cuidado durante algún tiempo.

Ahora debo concluir esta carta, porque estoy muy cansada; pero me pareció que no podía acostarme sin haberte hablado de este lugar. Me alegraría verlos a ambos. Si Emma quisiera venir, encontraría aquí un lugar estupendo para descansar. Pienso en cuánto disfrutaría de las instalaciones de la finca de Angwin. Y cuando crean que quieren adentrarse en una buena atmósfera, vengan a nosotros y encontraremos un buen lugar para ustedes.

Está oscureciendo y no puedo escribir más.— Carta 110, 1909, pp. 1-4 (a J. Edson White, 17 de septiembre de 1909).

Se acerca el momento en que Dios hará que se comprenda que su pueblo es preferido antes que los transgresores, y es preciso que nos coloquemos en una posición en la que pueda verse que nuestra dependencia está en Dios. Entonces el Señor abrirá caminos delante de nosotros que ahora no discernimos, caminos mediante los cuales nos exaltará y honrará.

Creo que hemos visto esto en el caso del emplazamiento de nuestra escuela. Pensábamos que en la finca Buena Vista de Sonoma nos habíamos asegurado ventajas maravillosas. Estábamos muy complacidos con el lugar, y creíamos que respondería a nuestro propósito, aunque sabíamos que nos hubiera podido proporcionar casi todo, salvo una casa grande y costosa. Sin embargo, iba pasando el tiempo y no se cerraba la transacción, aunque el propietario tenía parte del dinero en sus manos, creímos que se nos mantenía fuera del lugar con algún propósito. Di a nuestros hermanos este consejo: «Díganles que nos entreguen la finca o que nos devuelvan el dinero». Lo siguiente que supe fue que nos habían devuelto el dinero.

Luego los hermanos se pusieron en marcha para encontrar otro lugar, y en poco tiempo llegó la noticia de que se podía adquirir la finca de Angwin. Después, cuando la visité y observé sus muchas ventajas, me pregunté cómo podríamos haber encontrado otro lugar que se amoldase mejor a nuestras necesidades que el que hemos encontrado aquí.

Durante el tiempo de espera no me sentí desanimada. Estaba segura de que el Señor conoce todas nuestras perplejidades y todas nuestras necesidades. Cuando me arrodillaba ante él en oración, decía: «Señor, tú lo sabes todo al respecto; sabes que hemos hecho lo que podíamos para adquirir una finca para la escuela; tú sabes que nuestros planes se han frustrado. Hemos esperado mucho; ahora, Señor, danos el lugar que nos conviene». Y cuando me llegó la noticia de que se había encontrado este lugar, dije: «El Señor ha preparado el camino para nosotros».

Estamos muy agradecidos al Señor de los ejércitos por esta propiedad; porque aquí tenemos exactamente lo que esperábamos tener en la finca Buena Vista: un lugar en el que podamos estudiar las obras de la naturaleza y, en los bosques y los montes que nos rodean, aprender de Dios a través de sus obras. Y aquí, mediante el estudio de su obra, podemos aprender cómo presentar a Dios a los demás. Doy a Dios las gracias de corazón, con mi alma y con mi voz por las abundantes ventajas que nos ofrece. Somos conscientes de que el Señor sabía lo que necesitábamos y que hemos sido conducidos por su providencia precisamente. Nuestro desengaño en cuanto a la finca Buena Vista fue grande; y nos resultó difícil aceptar que debíamos renunciar a todas nuestras expectativas respecto a ella; pero damos las gracias al Señor porque todo ha redundado para gloria de Dios. Estemos agradecidos, así que demos expresión a nuestra gratitud.

Dios nos quería aquí, y él nos ha puesto aquí. Estaba segura de ello cuando llegué a estos terrenos. Las ventajas que veo en el suelo cultivado

superan con mucho mis expectativas. Y estoy agradecida de que hoy haya tantos aquí para ver estas cosas por sí mismos. Creo que cuando ustedes anden por estos terrenos, llegarán a la misma conclusión: que el Señor ha diseñado este lugar para nosotros, y que precisamente la obra de su providencia nos lo ha entregado.

Ahora que no es preciso que sigamos esperando, la escuela ya puede funcionar, y el trabajo comenzar de inmediato. Y desde el principio nos hemos de proponer andar humildemente con Dios. Procuremos manifestarnos según se nos indica en las palabras que les he leído hoy. Si lo hacemos —si estamos dispuestos a andar en los caminos de Dios y guardar su ordenanza—, la luz del cielo, ciertamente, brillará sobre nosotros. Si decidimos dar lo mejor de nosotros mismos en la institución, ejercitando los músculos físicos por igual con las facultades intelectuales, si estamos dispuestos a trabajar para el desarrollo armonioso de todas las facultades, la bendición del Señor reposará sobre nosotros en gran medida.

Hay un sanatorio a unos kilómetros de aquí. Las dos instituciones pueden trabajar juntas armoniosamente. El profesor Irwin y sus colaboradores, y el Dr. Rand y sus auxiliares adjuntos pueden cooperar en sus esfuerzos.— Ms 65, 1909, pp. 2-4 («If Thou Wilt Walk in My Ways and if Thou Wilt Keep My Charge» [«Si andas por mis caminos y si guardas mi ordenanza» {Zac. 3: 7}], 3 de octubre de 1909).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., septiembre de 1955

*El número 77 se publicó en la Review and Herald
y en diversos libros
El número 78 se usó en el material suplementario
del tomo 6 del Comentario bíblico adventista.*

MANUSCRITO

79

Los niños pueden ser misioneros

Mi querida nieta: Siento un profundo interés por ti. Quiero que tengas una experiencia que sea para tu bien presente y eterno. Mantén siempre tu corazón apoyado en Dios. [...]

La obra de cultivar el corazón es provechosa en todo momento y en todas las circunstancias. «Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios» (1 Cor. 3: 9). Podemos aprender una lección del trabajo del agricultor en el cultivo de la tierra. El labrador debe cooperar con Dios. La parte del agricultor es preparar el terreno y plantar la semilla, en el momento oportuno y de la forma debida. Dios da vida a la semilla. Él envía la luz del sol y los aguaceros, y brota la semilla, «primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga» (Mar. 4: 28). Si el agricultor deja de hacer su

Solicitado para su uso en un artículo que había de aparecer en Junior Guide para estar en manos de los niños el Día del Espíritu de Profecía, el sábado 14 de abril de 1956.

parte, si el instrumento humano no coopera con los agentes divinos, puede que el sol brille, puede que caigan sobre el suelo el rocío y los aguaceros, pero no habrá cosecha. Y aunque se haya hecho el trabajo de plantar, a no ser que Dios envíe la luz del sol y el rocío y la lluvia, la semilla no brotará jamás ni crecerá.

Debes cooperar con Dios en el desarrollo de tu carácter. Su Palabra nos ordena: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2: 12, 13). Tienes algo que hacer, y cuando lo hagas, Dios sin duda cooperará contigo.— Carta 130, 1903, pp. 1, 2 (a Ella White, 5 de julio de 1903).

¡Cuánto complace al Señor verlos a ustedes —su pequeño rebaño— veraces, rectos, honestos en todas las cosas! ¡Qué complacido se siente su Padre del cielo al escuchar cada oración ferviente que surge del corazón!: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?». ¿Hay algún precepto de tu Palabra que esté yo menospreciando, algún mandato que haya desobedecido? ¿Tengo inclinación a ser poco veraz en las cosas pequeñas? ¿Intento formar buenos hábitos? ¿Es el espíritu que abrigo conforme a la mente y la voluntad de Jesucristo, mi modelo? ¿Hay alguna excusa secreta que presente por mi descuido del deber, por mi desobediencia? [...]

El Señor le pide a cada uno de ustedes individualmente —Willie, Ella y Mabel, Edith y Nettie— que le entreguen el corazón. Entréguenle, a cambio del gran amor de él, un alegre reconocimiento de su obligación hacia Dios. *Guarden sus mandamientos y sigan sus pisadas*. Que su oración sea: «Toma mi pobre corazón y que sea tuyo, tuyo por completo y por entero, ahora y siempre».

Jesús los ama, queridos niños. Ustedes son su pequeño rebaño. Quiere que cada uno de ustedes desarrolle un hermoso carácter. Siempre habrá tentaciones que les sobrevengan individualmente para que abriguen y fortalezcan los aspectos débil o defectuosos de su carácter. Puede que nunca vuelvan a tener una oportunidad tan preciosa de estar unidos como lo están ahora. Por eso, tienen que ser muy amables entre ustedes, ser considerados en sus palabras y sus acciones, no vaya a ser que planten en el corazón de los demás semillas que se conviertan en cizaña, espinos y otras plantas aborrecibles. Esas palabras no solo afligen el corazón del otro, sino que afligen el corazón de Jesús. Que el enemigo no siembre las semillas de la envidia, del enojo, de la queja o de pensar mal el uno del otro. La semilla de celos está siempre lista para brotar en cualquier momento y para tomar el control de ustedes.

Ahora, manada pequeña, recuerden que son hijos de Dios. Han sido comprados por precio. Que el amor de Jesucristo los constriña. Busquen ser de provecho el uno para el otro. Ahora tienen una estupenda oportunidad de aprender justamente lo que necesitan para aprender a llegar a ser útiles.— Carta 101, 1895, pp. 3, 4 (a «Queridos niños», 2 de noviembre de 1895).

¿No pedirán a sus hijos que pongan en esta alcancía el dinero que, si no, lo gastarían en golosinas y otras cosas innecesarias? Cuando lleguen visitas a su hogar, verán la alcancía y les llamará la atención. Que los niños entonces hablen de sus esfuerzos por ayudar a un campo misionero necesitado negándose a sí mismos. [...]

Pido a los niños que muestren un interés abnegado en la obra en el Sur. ¿No darán sus «blancas» (Mar. 12: 42; Luc. 21: 2) para ayudar en esta obra? Hay muchas formas en las que podrían conseguir dinero para este propósito. [...] ¿No pueden acaso los niños confeccionar artículos domésticos simples y útiles y venderlos, hablándoles a quienes se los ofrezcan de la obra a la que se dedicará el dinero así recogido? [...]

El Señor los bendecirá mientras trabajan para él. Pueden ser su mano ayudadora. Al cumplir fielmente sus deberes en el hogar están colaborando con Jesús para la formación de caracteres semejantes al de él. Están contribuyendo a sobrellevar las cargas del hogar y así su mamá no se ve obligada a ser la esclava de la familia.

Los niños pueden ser misioneros de provecho en el hogar y en la iglesia. El Señor quiere que se les enseñe que están en este mundo para prestar un servicio útil, no solo para jugar. Pueden aprender a hacer obra misionera que los prepare para alcanzar esferas más amplias de utilidad.— Ms 138, 1903, pp. 1, 2, 4 (a «Mis queridos hermanos en todas partes», «How We Can Help the Southern Work» [Cómo podemos ayudar en la obra de los Estados del Sur de EE. UU.], 17 de noviembre de 1903).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C.

El reproche de Dios a Laodicea

Los que han publicado el opúsculo «*Loud Cry*» (Fuerte clamor) lo han hecho sin haberme consultado para nada. Han citado profusamente mis escritos interpretándolos a su manera. Dicen que tienen un mensaje especial de Dios para denunciar como Babilonia a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, anunciar su caída y llamar al pueblo de Dios a que salga de ella, e intentar hacer que los Testimonios avallen su teoría. Esos impresos están trastornando el juicio de algunos y aumentando los prejuicios ya existentes, e impiden una buena difusión del mensaje de advertencia que Dios está dando al mundo, y que es de un carácter radicalmente diferente a las ideas presentadas en esos panfletos.

Me levanté a las dos y media de la madrugada. No podía dormir; me embargaba la preocupación. Me vino a la cabeza la historia de los hijos de Israel, y me fueron mostradas diversas situaciones con tal claridad que no podía quedarme sin decir nada. Escribí veintitrés páginas entre las tres de la madrugada y las doce y media. Mi espíritu se agitaba dentro

de mí. Sentí preocupación por el pueblo de Dios, no por esa publicación en concreto, sino debido a los muchos asuntos de ese cariz que se van a presentar a la gente con la pretensión de ser mensajes procedentes de Dios. «Por sus frutos los conoceréis» (Mat. 7: 20).

Varios de esos panfletos llegaron a la oficina de correos con la instrucción de que el jefe de correos se los entregara a los adventistas. La gente de Wellington está llena de prejuicios. La circulación de las falsedades de D. M. Canright ha creado prejuicios, haciendo casi imposible alcanzar a la gente, y todo lo que tiene este carácter crea la sospecha de que trabajamos clandestinamente. Esos opúsculos y los despachos telegráficos del hermano C son de un carácter tal que confirman esas sospechas. Todo eso nos cierran las puertas. El camino se está volviendo muy espinoso justamente por todo eso.

Toda esa gente que piensa que está prestando servicio a Dios, pero lo que está es favoreciendo al enemigo, no a Dios. Ayer envié veintitrés páginas manuscritas a Melbourne a fin de que las preparen para que se difundan entre nuestro pueblo. Antes yo ya había enviado unas pocas páginas que abordaban el mismo tema. No estarán a punto para salir en el correo de este mes.

Un poco de levadura de falsa doctrina, con la inspiración de agentes satánicos, puede hacer mucho daño a los que no están arraigados y cimentados con firmeza en la verdad presente. Nadie puede estar a salvo ahora, a no ser que esté afirmado en la Roca eterna. Tenemos muchas razones para estar agradecidos a Dios y confiar en él. El Señor Jesús conoce a los que son suyos. Murió por salvar un mundo perdido, y ahora reúne de entre todos un ejército para servir bajo su estandarte, «a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante» (Efe. 5: 27).

Cristo habla a Laodicea. Entendí que estos dos hombres, o sea, S y C, estuvieron en [el Congreso de] la Asociación General.* ¿No pudieron discernir allí la manifestación del Espíritu de Dios? ¿No pudieron ver que el Señor estaba abriendo las ventanas del cielo y derramando bendiciones? ¿Por qué? Se habían publicado testimonios que corregían y aconsejaban a la iglesia, y muchos habían hecho una aplicación práctica del mensaje a la iglesia laodicense, y confesaban sus pecados y se arre-

* Celebrado en Battle Creek entre el 17 de febrero y el 6 de marzo de 1893.

pentían con contrición de alma. Oían la voz de Jesús, el Adalid celestial: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apoc. 3: 20).

Esos hermanos que afirmaban tener esa maravillosa luz tenían que acometer exactamente la misma obra de arrepentimiento y confesión, quitando así toda inmundicia de la puerta de su propio corazón, y abrir esa puerta para dar la bienvenida al Invitado celestial. Si se hubieran situado en el canal de luz, habrían recibido las más preciosas bendiciones del cielo. Habrían visto que el Señor ha sido en verdad misericordioso, manifestándose a su pueblo, y que el Sol de justicia se había alzado sobre ellos. No era en realidad más que una bien montada promoción mercantil que proseguía activamente. Se obedecía el consejo de Cristo a la iglesia laodicense y todos los que percibían su pobreza compraban oro (fe y amor), vestiduras blancas (la justicia de Cristo) y colirio (verdadero discernimiento espiritual).

¿Por qué no actuaron de forma similar estos hermanos, poniéndose en el canal de luz? Eran pobres de solemnidad y no lo sabían. No formaban en las filas de Cristo, no estaban suavizados ni controlados por su Santo Espíritu y estaban tan cegados que no podían ver los intensos rayos de luz que provenían del trono de Dios sobre su pueblo. No oyeron la voz del Buen Pastor. Escuchaban la voz de un extraño.

Cuando considero las flaquezas de estos hermanos engañados, mi corazón siente un tremendo dolor, porque no suplicaron a Dios: «Te rogamos tu bendición. Ahora me doy cuenta de mi error. Has comunicado a tu pueblo la mayor riqueza de verdades jamás confiada a mortales. Este pueblo no es Babilonia; porque tú le has dado justicia y paz, y tu gozo, para que su gozo pueda ser completo». ¿Por qué no abrieron entonces la puerta de su corazón a Jesús? ¿Por qué no haber quitado allí mismo todo lo que obstruye los brillantes rayos del Sol de justicia para que puedan alumbrar el mundo? Mientras la bendición de Dios penetraba por dondequiera, mientras su presencia consagraba y santificaba almas para sí mismo, ¿por qué no pusieron su alma en el canal de luz? Fue porque Satanás había proyectado su infernal sombra sobre su senda para obstruir todo rayo de luz.

La obra de Satanás. ¿Cómo pudieron venir de aquel congreso, en el que el poder de Dios se había revelado de forma tan evidente, y proclamar que el fuerte clamor era que el pueblo que guardaba los mandamientos era Babilonia? Satanás decía lo mismo a Cristo de Josué cuando este estaba de pie delante del ángel. Satanás declaraba que los pecados

de Josué eran tan grandes que no se le debería impedir destruirlo. Las palabras de Cristo son aplicables a estos hermanos, y a todos los que promueven opiniones similares. «¡Jehová te reprenda, Satán! ¡Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda! ¿No es este un tizón arrebatado del incendio?». Josué, que estaba cubierto de vestiduras viles, permanecía en pie delante del ángel» (Zac. 3: 2, 3). ¿Quién lo vistió con vestiduras viles? «Habló el ángel y ordenó a los que estaban delante de él: "Quítadle esas vestiduras viles". Y a él dijo: "Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala". Después dijo: "Pongan un turbante limpio sobre su cabeza". Pusieron un turbante limpio sobre su cabeza y lo vistieron de gala. Y el ángel de Jehová seguía en pie. Después el ángel de Jehová amonestó a Josué diciéndole: "Así dice Jehová de los ejércitos: 'Si andas por mis caminos y si guardas mi ordenanza, entonces tú gobernarás mi Casa y guardarás mis atrios, y entre estos que aquí están te daré lugar'"» (Zac. 3: 4-7). La obra de Satanás es cubrir al pueblo de Dios, penitente, creyente y observador de los mandamientos, con vestiduras viles; mientras Jesucristo ordena que sus integrantes sean vestidos con su justicia, prendas tejidas en el telar del cielo.

Métodos ignominiosos. ¿Qué han venido haciendo nuestros hermanos S y C? Si Dios les hubiera encomendado eso, no habrían tenido necesidad de apropiarse de los escritos de la hermana White sin haberle consultado ni dicho palabra a ella. Si tanta es la seguridad que tienen en la obra que dicen que el Señor les encomendó que hicieran, ¿por qué no pidieron el consejo de ella para ver si este mensaje tan llamativo estaba de acuerdo con la instrucción que el Señor le había dado a ella? ¿Por qué no tuvieron la prudencia de actuar como es debido?

El suyo, no obstante, es un mensaje espurio, de un carácter similar a los de otros hombres que alegaban asimismo haberlos recibido del Señor. No es como el brillante resplandor de una lámpara encendida desde el altar divino. Cuando el Señor da luz a su pueblo, es luz; no es oscuridad y error, que alejen directamente de la luz verdadera que el Señor ha enviado para fortalecer y bendecir, y dar esperanza a su pueblo. Esos hombres no tenían ningún derecho a apropiarse de los bienes del Señor confiados a esta humilde sierva para aprovecharse de ellos y medrar explotándolos, ni para ponerlos en el marco de sus errores, haciendo que pareciese que la voz de Dios, desde el cielo, daba el «fuerte clamor» de que la iglesia, su pueblo elegido, que guarda sus mandamientos, es Babilonia, y que su pueblo es llamado a salir de ella.

Mi obra de salvar almas. Ese no es el mensaje que yo he de dar, sino otro de carácter completamente diferente. Mi obra es procurar salvar almas perdidas que perecen y enseñarlas como hizo Pablo, que dice: «Nada que fuera útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. [...] Por tanto, yo os declaro en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre, porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño» (Hech. 20: 20, 21, 26-29).

«**Hablan cosas perversas**». A continuación Pablo presenta ante ellos a otra clase: «Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí discípulos. Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno» (Hech. 20: 30-31).

En todas las épocas de la historia ha habido quienes creen que tienen una obra que hacer para el Señor y no muestran ningún respeto por aquellos a los que el Señor ha venido usando. No aplican correctamente las Escrituras, tuercen las Escrituras para apoyar sus propias ideas. Con independencia de cuáles puedan ser las reivindicaciones de los que se alejan del cuerpo para proclamar teorías de su propia invención, están al servicio de Satanás para levantar algún nuevo estandarte para desviar a las almas de la verdad presente.

La luz del mundo. Hay que tener cuidado con los que aparecen con la única preocupación de denunciar a la iglesia. Los escogidos que están firmes afrontando resueltamente la tormenta de la oposición del mundo y sosteniendo en alto los mandamientos de Dios pisoteados para exaltarlos como honorables y santos, son, ciertamente, la luz del mundo.

¿Cómo osa un ser humano mortal condenarlos y llamar a la iglesia ramera, Babilonia, cueva de ladrones, jaula de toda ave inmunda y aborrecible, habitación de demonios, que embriaga a las naciones con el vino de su fornicación, confederándose con los reyes y los grandes de la tierra, que se enriquecen con la abundancia de sus lujos sensuales, y proclamar que sus pecados han llegado al cielo y Dios ha recordado sus iniquidades? (cf. Apoc. 17: 1-5; 14: 8-10; 18: 2-4). ¿Es este el mensaje que

tenemos que dar a los adventistas del séptimo día? ¡De ningún modo! Dios no ha dado a nadie semejante mensaje. Que esos hombres humillen su corazón ante Dios y que, con verdadera contrición, se arrepientan de haber estado, aunque haya sido durante un instante, al lado del «acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche» (Apoc. 12: 10). [...]

Parece casi imposible que nadie que haya tenido una experiencia genuina en la fe sugiera una interpretación tan errónea de las Escrituras para aplicársela al pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Suponiendo que este mensaje espurio —«Salid de ella, pueblo mío» (Apoc. 18: 4)— fuera el que todos deben oír en estos momentos, ¿adónde iríamos a parar? ¿Dónde encontraremos la pureza, la bondad y la santidad en las que estaremos seguros? ¿Dónde estaría entonces el redil en el que no ha de entrar ningún lobo?

Les digo, hermanos míos, que el Señor tiene un cuerpo organizado por medio del cual actúa. Puede haber más de una veintena de Judas entre ellos; puede que haya un temerario Pedro que, en el momento de la prueba, niegue a su Señor; puede que haya personas representadas por Juan, a quien Jesús amaba, que tenía tal celo que quería destruir la vida de los hombres pidiendo que descendiera fuego del cielo para vengar un insulto inferido a Cristo y a la verdad. Pero el gran Maestro trata de dar instrucciones para corregir estos males existentes. Hace hoy lo mismo con su iglesia. Está señalando sus peligros. Presenta ante ellos el mensaje a Laodicea.

El Señor les está mostrando que todo egoísmo, todo orgullo, toda exaltación propia, toda incredulidad y prejuicio, son peligrosos, y que, a no ser que haya un arrepentimiento concreto, los que albergan estos defectos serán dejados en las tinieblas como la nación judía. Que cada cual trate ahora de contestar la oración de Cristo; y que cada uno se haga eco de esa plegaria, rogando, en exhortaciones, que todos sean uno, así como Cristo es uno con el Padre, y que actúen para conseguirlo. En lugar de usar las armas de guerra dentro de nuestras propias filas, sean estas utilizadas contra los enemigos de Dios y de la verdad. Háganse eco del ruego de Cristo con todo su corazón: «Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros». «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Juan 17: 11, 15). También esta oración que ofrece para interpretar el proceso a través del cual sus seguidores son santificados: «Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad» (Juan 17: 17).

La iglesia unida. Tenemos que abrir la puerta del corazón al Espíritu Santo, porque este es el santificador, y la verdad es el medio. Tiene que haber una aceptación de la verdad como es en Jesús. Esta es la única santificación genuina: «Tu palabra es verdad». Lean, por favor, la oración de Cristo rogando a favor de la unidad: «A los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (Juan 17: 11). La oración de Cristo no fue solo por los que en ese momento eran sus discípulos, sino por todos aquellos que iban a creer, hasta el fin del mundo, en Cristo por las palabras de sus discípulos. Jesús estaba precisamente a punto de entregar su vida para sacar «a luz la vida y la inmortalidad» (2 Tim. 1: 10). Cristo, en medio de sus sufrimientos, y siendo desechado diariamente entre los hombres, mira dos mil años al futuro a su iglesia que existirá en los días finales, antes del fin de la historia de la tierra.

El Señor ha tenido una iglesia desde ese día, en todos los cambiantes escenarios de la historia hasta hoy en 1893. La Biblia nos ofrece un modelo de iglesia: Sus miembros deben estar unidos los unos con los otros, y unidos a Dios. Cuando los creyentes están unidos con Cristo, la vida viviente, el resultado es que son uno en Cristo, y están llenos de compasión, ternura y amor. Cuando alguien se aparta del cuerpo organizado del pueblo que guarda los mandamientos de Dios, cuando comienza a pesar la iglesia en balanzas humanas y a pronunciar juicios contra ella, se puede saber que Dios no lo está dirigiendo; anda por sendas erradas.

Constantemente surgen agitadores, que desean poner en marcha algún plan novedoso para realizar algo insólito. Satanás aguarda su oportunidad para darles algo que hacer en su obra. Dios ha dado a cada cual tareas. Hay oportunidades y medios en la iglesia para ayudar a los que están prestos a morir, y para inspirar a la iglesia con celo, pero no para reducirla a pedazos. Existen numerosas oportunidades en la iglesia para seguir los pasos de Cristo. Si el corazón está lleno de celo por avanzar hacia una santificación y una santidad más profundas, marchen en esa dirección con toda humildad y devoción. La iglesia necesita la valentía y la inspiración de quienes respiran la verdadera atmósfera del cielo, para revitalizar a la iglesia, a pesar de la cizaña que haya entre el trigo.

Colaboradores de Dios. Si los buenos y los humildes están dispuestos a acometer su deber precisamente donde corresponda, para ayudar a los que se hallan al borde de la muerte espiritual, serán una gran bendición para la iglesia. Hay inconversos en la iglesia, y si los que tanto anhelan mostrar su celo por el Señor buscaran a esas pobres almas y trabajaran

con paciencia y perseverancia para ganarlos para Jesús, Dios obraría a través de ellos. «Somos colaboradores de Dios» (1 Cor. 3: 9), no para demoler y destruir, sino para restaurar. «Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino» (Heb. 12: 13). Hay abundante trabajo que es preciso hacer en misiones locales y en ejercitar los talentos que Dios nos ha dado para una mejora prudente. Con la práctica, podemos llegar a ser diestros como un comerciante en su negocio. Queremos llegar a ser diestros en el arte de servir a las almas, aprendiendo a salvarlas. Esto requiere oración, un esfuerzo ferviente y perseverante, y disposición a actuar con humildad.

Si el dinero, que se ha gastado innecesariamente en la ejecución de obras que Dios no nos ha encomendado en absoluto, se hubiera empleado con sentido de la economía y de manera sencilla y segura para el progreso y la edificación del reino de Cristo en el mundo, en vez de ayudar a Satanás a echar en cara un reproche al reino de Cristo y vestir a su iglesia con vestiduras viles, como hace Satanás, y de instar a sus miembros a adoptar posiciones falsas usando las reprensiones y las correcciones que Dios les ha dado para mostrarles su pecado; ¡qué gran obra se habría puesto sobre la piedra angular!

«Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno y hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la pondrá al descubierto, pues por el fuego será revelada. La obra de cada uno, sea la que sea, el fuego la probará» (1 Cor. 3: 12, 13). Amonesto a todos los creyentes a que aprendan a tener un celo santo sobre ustedes mismos, no sea que Satanás aparte su corazón de Dios y se deslicen inconscientemente hacia las filas de Satanás, sin percatarse de que han cambiado de dirigente y sean hallados bajo el poder traicionero de un tirano.

Como iglesia tenemos que estar bien despiertos, y trabajar como obreros juntamente con Dios por los que yerran que hay entre nosotros. Estamos dotados de armas espirituales, poderosas para derribar la fortaleza del enemigo. No debemos lanzar invectivas contra la iglesia militante de Cristo, porque Satanás está haciendo todo lo posible en ese sentido, y ustedes, que se consideran el pueblo remanente de Dios, no vaya a ser que sean hallados colaborando con el enemigo, denunciando, acusando y condenando. Traten de restaurar, no de derribar, desanimar y destruir.— Ms 21, 1893, pp. 1-10 (Manuscrito sin título, 12 de junio de 1893).

Para el pueblo de Dios que guarda los mandamientos. Recibí su carta al comienzo del sábado. [...] Debo aconsejarle que se matricule en el colegio, y que no salga del país hasta que tenga las ideas bien claras en cuanto a la verdad. Espero sinceramente que asista a este período de clases y aprenda todo lo que pueda con respecto a este mensaje de verdad que ha de predicarse al mundo.

El Señor no le ha dado a usted un mensaje para que llame Babilonia a la Iglesia Adventista del Séptimo Día ni para llamar al pueblo de Dios a salir de ella. Todas las razones que usted pueda presentar en cuanto a eso no pueden hallar eco en mí, porque el Señor me ha dado una clara luz que se opone a ese mensaje.

No cuestiono su sinceridad ni su honestidad. He escrito largas cartas en diferentes ocasiones a los que acusaban a los adventistas del séptimo día de ser Babilonia indicándoles que no estaban presentando la verdad. Usted cree que ciertas personas me han inducido a tener prejuicios. Si así fuera, no estaría yo capacitada para que me fuera confiada la obra de Dios. Pero este asunto me ha sido presentado en otros casos cuando ciertas personas han pretendido tener mensajes de un carácter similar para la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y me ha sido dicho: «No les creas». «Yo no los envié, pero ellos corrían» (Jer. 12: 6; 23: 21).

Algunos casos. *[El pastor A, que estaba en su lecho de muerte, tenía la habitación llena de gente interesada mientras se hallaba en el hospital de Battle Creek. Muchos fueron engañados. Ese hombre parecía estar inspirado].* Pero la luz que se me dio fue: «Esta obra no es de Dios. No creas ese mensaje».

Unos años después, un hombre llamado B, de Red Bluff, California, vino a verme para presentarme su mensaje. Dijo que era el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel que había de iluminar el mundo con su gloria. Pensaba que Dios había pasado por alto a todos los dirigentes y que le había dado a él ese mensaje. Intenté demostrarle que estaba equivocado. Decía que los adventistas del séptimo día eran Babilonia, y cuando le dimos nuestras razones y analizamos la situación con él y le demostramos que estaba equivocado, un gran poder vino sobre él y dio un «fuerte clamor», desde luego. [...] Tuvimos muchas dificultades con él; se le fue la cabeza y tuvo que ser internado en un manicomio.

Un tal C defendía y publicaba un mensaje concerniente a la proclamación del fuerte clamor del tercer ángel; acusaba a la iglesia en forma similar a lo que usted está haciendo ahora. Dijo que los

dirigentes de la iglesia caerían debido a la exaltación propia, que saldría a la palestra otra clase de hombres humildes que haría cosas admirables. [...]

Me fue presentado este engaño. C es un tipo inteligente, que puede hablar en público de forma aceptable, es tenaz, y está lleno de celo y fervor, y tiene apariencia de consagración y devoción. Pero recibí esta amonestación de Dios: «No los creas; ¡yo no los he enviado!».

Decía creer en los Testimonios. Afirmaba que eran verdaderos y que los usaba de la misma manera que usted los ha usado para dar fuerza y apariencia de verdad a sus pretensiones. Les dije que ese mensaje no era de Dios, sino que engañaba a los incautos. No hubo manera de convencerlo. [...]

Si alguna vez estuvo inspirado alguien que yo haya visto, él, desde luego, lo estaba; pero le dije claramente que su inspiración procedía de Satanás y no de Dios. Su mensaje no llevaba las credenciales divinas.

Con el fin de proclamar este mensaje a todo el mundo, indujo a un joven honesto y sincero a creer que era su deber robar la lista de la *Review and Herald*. Este es un delito que en el Estado [de Michigan] se castiga con pena de prisión. Así que el joven huyó de Battle Creek y no se atrevió a regresar por algún tiempo. Fijó una fecha en que debía terminar el tiempo de gracia, y, cuando todas sus predicciones hubieron fallado, el joven se dio cuenta de que había sido engañado y confesó su pecado, y ahora es un digno miembro de la iglesia de Battle Creek.

Solamente dos años después, otro hombre llamado D, de Connecticut, vino con un mensaje que él denominaba nueva luz, concerniente al mensaje del tercer ángel. Esta familia inteligente, a causa de su engaño, se ha separado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Debido a que yo había dado un testimonio definido contra esa supuesta nueva luz, en _____, Connecticut, donde él vivía, se opuso a mi obra y a los Testimonios.

El padre de los hijos de D asistió al congreso y al cursillo bíblico para pastores que se celebraron en Battle Creek; pero se mantuvo al margen y no se avino con el espíritu de la reunión. Regresó a su hogar, y comenzó a corromper la iglesita de _____. Si yo no hubiera actuado personalmente allí, habrían destruido toda la iglesia con su rechazo de la verdad y de la posición de los adventistas del séptimo día y de la Sra. White en particular.

Por ese mismo tiempo, llegó de Washington, D. C., la Sra. E afirmando estar completamente santificada y poseer el don de sanidades. Aquello dejó perplejas a muchas personas. Manifestaban el mismo

espíritu acusador: esto es, que la iglesia estaba enteramente equivocada, y que Dios estaba llamando fuera de ella a un pueblo que obraría milagros. Un grupo numeroso de nuestros hermanos de Battle Creek se estaba separando de la iglesia. Fui movida por el Espíritu de Dios durante las horas de la noche a que escribiera a nuestros hermanos de Battle Creek.

El mensaje a los laodicenses. Dios está guiando a un pueblo. Ha elegido un pueblo, una iglesia, en la tierra, a cuyos integrantes ha hecho depositarios de su ley. Les ha confiado un legado sagrado y una verdad eterna que deben presentarse al mundo. Quiso reprenderlos y corregirlos. El mensaje a los laodicenses es aplicable a los adventistas del séptimo día que han tenido gran luz y no han andado en ella. Precisamente aquellos que han hecho gran profesión de fe, pero que no se han mantenido al mismo paso de su Guía, serán vomitados de su boca, a no ser que se arrepientan. El mensaje que llama Babilonia a la iglesia y que llama al pueblo de Dios a salir de ella no procede de ningún mensajero celestial, ni de ningún instrumento humano inspirado por el Espíritu de Dios.

El Testigo fiel dice: «Yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete. Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apoc. 3: 18-21).

«**Yo reprendo y castigo**». Jesús entra para dar las más ricas bendiciones a los miembros individuales de la iglesia si quieren abrirle la puerta. No los llama ni una sola vez Babilonia, ni les pide que salgan de ella, sino que dice: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo» (con mensajes de reproche y amonestación). No ignoro esos reproches. He presentado amonestaciones porque el Espíritu del Señor me ha constreñido a hacerlo así, y he pronunciado reproches porque el Señor me ha dado palabras de reproche. No he rehuído declarar todo el consejo de Dios que me ha sido dado para la iglesia.

Diré en el temor y el amor de Dios, que sé que el Señor tiene pensamientos de amor y de misericordia para restaurarlos y sanarlos de todas sus rebeliones. Tiene una obra que debe ser hecha por su iglesia.

No debe decirse que sus miembros sean Babilonia, sino que son la sal de la tierra y la luz del mundo. Han de ser los mensajeros vivientes que proclamen un mensaje vital en estos últimos días.

La Babilonia de Apocalipsis 18.— «Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: “¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible, porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales”. Y oí otra voz del cielo, que decía: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades. Dadle a ella tal como ella os ha dado y pagadle el doble según sus obras. En el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle el doble a ella. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto, porque dice en su corazón: ‘Yo estoy sentada como una reina, no soy viuda y no veré llanto’”. Por lo cual, en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego, porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga» (Apoc. 18: 1-8).

Todo el capítulo demuestra que la Babilonia que ha caído está constituida por las iglesias que no reciban el mensaje de amonestación que el Señor ha dado en los mensajes del primer, el segundo y el tercer ángel. Rechazaron la verdad y aceptaron una mentira; rechazaron los mensajes de verdad (ver 2 Tes. 2: 1-12).

El mensaje del capítulo 18 de Apocalipsis es claro y concreto: «Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales». Nadie que lea este capítulo tiene por qué ser engañado.

Cómo se regocijaría Satanás si pudiera conseguir que se proclamara un mensaje según el cual el único pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley sería aquel a quien se aplica ese mensaje. El vino de Babilonia consiste en la exaltación del falso día de reposo sobre el sábado que el Señor Jehová ha bendecido y santificado para beneficio nuestro, así como la inmortalidad del alma. Estas herejías emparentadas, y el rechazo de la verdad, convierten a la iglesia en Babilonia. Reyes, comerciantes, gobernantes y líderes religiosos están todos en corrompida armonía.

La iglesia no ha de disgregarse. Lo repito una vez más: El Señor no ha hablado mediante ningún mensajero que llame Babilonia a la iglesia que guarda los mandamientos de Dios. Es verdad que hay cizaña en medio del trigo, pero Cristo dijo que enviaría a sus ángeles a reunir primero la cizaña en manojos para quemarla, y a conservar el trigo en el granero. Sé que el Señor ama a su iglesia, la cual no ha de ser desorganizada ni dispersada en grupúsculos independientes. Eso no tiene el más mínimo sentido. No hay la menor evidencia de que vaya suceder. Quienes obedezcan este mensaje falso e intenten corromper a otros, serán engañados y preparados para recibir engaños mayores, y los frutos de sus esfuerzos se reducirán a la nada.

En algunos miembros de la iglesia hay orgullo, suficiencia propia, incredulidad arraigada y una negativa a abandonar sus ideas, aunque se amontonen las evidencias que hacen aplicable este mensaje a la iglesia de Laodicea. Pero eso no borrará la iglesia para que desaparezca. Que la cizaña y el trigo crezcan juntos hasta la cosecha. Entonces los ángeles llevarán a cabo la obra de separación.

Amonesto a la iglesia [...] a que vigile atenta cuando se presente ideas novedosas, y también en cuanto a los que pretenden tener gran luz, pero que lo que hacen parece que consiste únicamente en acusar y en destruir.

Hermano mío, le diría: Tenga cuidado. No dé ni un paso más por la senda por la que se ha adentrado. Andemos en la luz «entretanto que [tenemos] luz, para que no [nós] sorprendan las tinieblas» (Juan 12: 35).

Usted se queja de que en Battle Creek lo trataron fríamente. ¿Acudió usted con espíritu de humildad a aquellos que son espirituales y les dijo: «¿Escudriñemos juntos las Escrituras, y oremos en cuanto a esto? No tengo luz, y quiero tener; porque el error nunca santificará el alma»? ¿Puede sorprenderse de que ellos no le dieran toda la confianza que usted pensaba que le otorgarían, después de la experiencia por la que han pasado? ¿No deberían tener peso las palabras de Cristo: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mat. 7: 15)? Cada vez se oirá decir más a menudo: «“Mirad, aquí está el Cristo” o “Mirad, allí está”» (Mat. 24: 23; Mar. 13: 21). Que los creyentes obedezcan la voz del ángel que ha dicho a la iglesia: «Únanse estrechamente». En la unidad está la fortaleza de ustedes. Ámense como hermanos, sean compasivos, sean amables los unos con los otros. Dios tiene una iglesia, y Cristo ha declarado:

«El poder del abismo no la vencerá» (Mat. 16: 18, LPH). Los mensajeros que el Señor envía llevan las credenciales divinas.— Carta 16, 1893, pp. 1-7 (a un hermano de Australia, 11 de junio de 1893).

El Espíritu Santo obrará con poder. Tenemos la certeza de que en estos momentos el Espíritu Santo obrará en todo el mundo con inmenso poder, a no ser que por nuestra incredulidad limitemos sus bendiciones, y perdamos así las bendiciones que podríamos recibir. [...]

En tiempos pasados, los santos hombres de la antigüedad hablaron al ser movidos por el Espíritu Santo. En los tiempos antiguos, los profetas buscaron qué daba a entender el Espíritu de Dios que estaba en ellos. El Espíritu no era dado entonces con poder porque Jesús no había sido glorificado aún. A partir del día de Pentecostés, el Espíritu Santo había de derramarse sobre hijos e hijas, sobre siervos y siervas, por los montes y los valles y las llanuras, y han de alzarse humildes obreros para el Señor. La sagrada influencia divina del Espíritu Santo obrando en nuestro mundo ha de ser como señales y prodigios, porque el pueblo de Dios es un pueblo peculiar, una nación santa, que resplandece en medio de tinieblas morales como piedras vivas en el edificio del Señor. Los más débiles y más frágiles, si ejercen fe en Dios y mejoran los poderes que les han sido confiados, serán elevados, refinados y perfeccionados en carácter por la acción del Espíritu Santo. Humildes y contritos, se someten al cincelado y modelado del Espíritu, y sabrán qué significa su plenitud eterna.

Necesidad de mayor fe. Necesitamos mayor fe. El Señor desea que se haga su voluntad en el corazón de cuantos creen en él. Pero muchos que podrían ser colaboradores de Dios nunca lo serán, porque se aferran a sus imperfecciones de carácter. Uno se aferra a una deficiencia acariciada; otro más disfruta de sus defectos heredados y cultivados y lo que hace sobre todo es afianzarse y glorificarse; hasta que, al fin, se halla que está lleno, no del Espíritu Santo, sino del yo.

El gran día del Señor ya está por llegar, y Dios requiere mensajeros en los que obre en ellos el Espíritu Santo, no que quieran obrar ellos en el Espíritu. Tales mensajeros serán guiados por el Espíritu, moldeados, refinados, hermoeados en justicia porque están dispuestos a que se obre en ellos. Pero los satisfechos de poseer un enorme egoísmo, de su afición de criticar, de sus sospechas, de su desconfianza y de las contiendas, estarán tan engañados que no serán conscientes de su torpe evaluación de sí mismos. Están repletos de sus propias obras. No tienen la menor

idea de lo que significa estar crucificados con Cristo. Humillar el yo es algo ajeno a ellos. Antes de que puedan servir a Dios aceptablemente, tiene que morir su yo. Es preciso que les resulten familiares, con intensidad, las palabras de Cristo: «Os es necesario nacer de nuevo». «El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3: 7, 3).

Nicodemo, a quien le fueron dirigidas estas palabras, era un maestro de Israel, un miembro del Sanedrín, y un docto consejero. No obstante, cuando Cristo le habló del nuevo nacimiento, dijo: «¿Cómo puede hacerse esto?». Cristo le respondió: «Tú, que eres el maestro de Israel, ¿no sabes esto?» (Juan 3: 9, 10).

«De cierto, de cierto te digo que de lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos; pero no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las celestiales? Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 11-16).

¿Por qué no tenemos más de la fe que obra por amor y purifica el alma? Hay una obra que hacer en cada una de nuestras instituciones. Se precisa conversión genuina, conversión de corazón, mente, alma y cuerpo. El yo debería morir cada día. Dijo el gran apóstol: «Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne, porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10: 3-5). En esta obra es preciso que cada cual ponga toda la intensidad de todo su ser. En cada iglesia se necesita una experiencia religiosa personal. ¿Por qué? Porque los que no estén bajo la acción del Espíritu Santo no se encontrarán en medio de los peligros de los últimos días.

Necesidad de conversión. Necesitamos una genuina conversión. [...] La Palabra de Dios declara: «Pero el que se gloria, gloriése en el Señor. No es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba» (2 Cor. 10: 17-18). El éxito del ministerio de Elías no se debió a ninguna cualidad heredada que él poseyera, sino a su sujeción al Espíritu Santo,

que le fue dado como será dado a todos los que ejerzan una fe viviente en Dios. En su imperfección todo ser humano tiene el privilegio de vincularse a Dios a través de Jesucristo.

Peguntémonos con toda seriedad y franqueza: ¿Nos hemos humillado ante Dios para que el Espíritu Santo pueda obrar a través nuestro con poder transformador? Como hijos de Dios, es nuestro privilegio que su Espíritu obre en nosotros. Cuando el yo está crucificado, el Espíritu Santo toma a los de corazón quebrantado y hace de ellos vasos de honra. Son en sus manos como arcilla en las manos del alfarero. Jesucristo hará a esos hombres y mujeres superiores en poder mental, físico y moral. Las gracias del Espíritu darán solidez al carácter. Ejercerán una influencia para el bien porque Cristo permanece en el alma.

A no ser que este poder conversor predomine en nuestras iglesias, a no ser que se produzca el reavivamiento del Espíritu de Dios, toda su profesión nunca convertirá en cristianos a los miembros de iglesia. Hay pecadores en Sion que precisan arrepentirse de pecados que han sido albergados por ellos como preciosos tesoros. Mientras estos pecados no sean reconocidos y echados del alma, hasta que cada rasgo de carácter defectuoso y desagradable no sea transformado por la influencia del Espíritu, Dios no puede manifestarse con poder. Hay más esperanza para el que peca abiertamente que para los profesamente justos que no son puros, santos e inmaculados.

Reciban el Espíritu Santo con plenitud. He recibido indicaciones de que dé un mensaje a los que ministran hablando largo y tendido de la Palabra de Dios a otros. Ustedes deben estar convertidos. Sin duda, esto es lo que necesitan. La unción espiritual del Señor nunca vendrá sobre hombres autosuficientes. El Espíritu Santo no obra en muchos que están en el servicio a Dios proclamando la verdad por escrito y de viva voz. El yo de ellos ha crecido hasta alcanzar grandes proporciones. Mientras el alma no se vacíe del yo y el Espíritu Santo no tome posesión, ustedes no estarán listos para la venida de Cristo. Ciertamente serán pesados en la balanza de oro del santuario celestial y hallados faltos.

La promesa de Dios es para nosotros y para nuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos sean llamados por el Señor nuestro Dios. Podemos reclamar esta promesa para nosotros mismos y recibir el Espíritu Santo en su plenitud. Entonces, los que predicamos la Palabra, ¿no seremos acaso revestidos del poder de Dios? ¿No seremos realmente sus mensajeros? [...].

¿Quién está dispuesto a ocuparse de sí mismo? ¿Quién está dispuesto a apartar con su mano los ídolos de pecado que abriga, y permitir que Cristo purifique el templo expulsando a los que compran y a los que venden? ¿Quién está preparado para permitir que Jesús entre en el alma y la limpie de todo lo que mancilla o corrompe? La norma es: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mat. 5: 48). Dios pide a todos que vacíen su corazón del yo. Entonces su Espíritu puede encontrar una entrada despejada. Dejen de intentar hacer esta obra ustedes mismos. Pidan a Dios que obre en ustedes y a través de ustedes hasta que se vuelvan suyas las palabras del apóstol: «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gál. 2: 20).

Todo el ser debe tener hambre y sed de justicia. El deseo del alma debe ser acercarse a Dios, ser modelada en perfecta conformidad a su voluntad. Entonces, el corazón frío y duro se enternecerá por la gracia y el amor de Dios, que se manifestará con poder. Dios será glorificado por medio de los instrumentos humanos. El yo es el gran obstáculo en esta obra. [...]

«¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia y nada podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, pero no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: “El Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente”? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: “Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes”. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor y él os exaltará». «Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón, no os jactéis ni mintáis contra la verdad. No es esta la sabiduría que descende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica, pues donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz» (Sant. 4: 1-10; 3: 14-18).

Cada miembro de iglesia debería aprender estas lecciones. Existe la necesidad de un minucioso examen de conciencia a la luz de la Palabra de Dios para que podamos realizar el trabajo ejemplar que ha de hacerse.

Habiendo acatado la Palabra de Dios, no dependan de sus sentimientos como evidencia de que Dios los acepta. «La fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve» (Heb. 11: 1, NVI). Si han acatado las condiciones, crean en Dios, con independencia de si sienten o no alguna diferencia. Cristo declaró: «Como el Padre me mandó, así hago. [...] Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Juan 14: 31; 15: 10). Que cuantos entiendan las inmutables exigencias de la ley de Dios den obediencia implícita a todo requerimiento dado en la Palabra. Las convicciones del Espíritu Santo son advertencias que es peligroso ignorar.

Las dos casas. Cristo declara que los que hacen caso de sus palabras son como un hombre que edificó su casa sobre una roca. Esa casa no pudo ser barrida del mapa por la tempestad ni la inundación. Los que no cumplen las palabras de Cristo son como el hombre que edificó su casa sobre la arena. La tormenta y la tempestad azotaron la casa y cayó, y grande fue su caída. Fue una completa ruina. En la casa arruinada se ve el resultado de profesar guardar la ley de Dios y, pese a todo, caminar de forma contraria a los principios de esa ley. Los que hacen profesión de obediencia mientras dejan de obedecer no pueden soportar la tormenta de la tentación. Un acto de desobediencia debilita el poder de ver la pecaminosidad del siguiente acto. Una pequeña indiferencia a un «Así dice Jehová» es suficiente para detener la bendición prometida del Espíritu Santo. Por la desobediencia, la luz una vez tan preciosa se vuelve oscura. Satanás se apodera de la mente y el alma y Dios resulta muy deshonrado.

«Si queréis y escucháis, comeréis de lo mejor de la tierra; si no queréis y sois rebeldes, seréis consumidos a espada» (Isa. 1: 19, 20). Estas palabras son verdaderas. Se requiere una obediencia exacta, y los que dicen que no es posible vivir una vida perfecta arrojan sobre Dios la imputación de injusticia y falsedad.

«Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5: 39). Un descuido a la hora de satisfacer el hambre del alma la deja débil y carente de fuerza, incapaz de hacer la voluntad de Dios. La vida de una persona así es como la de la higuera estéril: carece de fruto. No dependan

de ningún ser humano para conseguir palabras de consuelo. Busquen al Señor con todo el fervor mientras leen sus ricas promesas y las aplican. Entonces no serán consumidores, sino proveedores.

El Salvador que mora en nuestro interior siempre es revelado por las palabras. El Espíritu Santo no permanece en el corazón humano que se irrita si otros no captan sus ideas y sus planes, que a él le parecen la suma y la sustancia de todo lo deseable. De los labios de los que son así provienen comentarios cáusticos, que contristan y alejan al Espíritu Santo y producen atributos que son satánicos, no divinos. El Señor quisiera que los relacionados con su obra hablen en todo momento con la mansedumbre de Cristo. Si reciben provocaciones, no se vuelvan impacientes; manifiesten la mansedumbre de la cual Cristo dio ejemplo en su modélica vida. Cristo tomó nuestra naturaleza para poder darnos un ejemplo, mostrando a los que los reciben el fruto que deben dar.

El Señor requiere que los que lo sirven muestren de palabra y acción que son hijos de Dios. Mostrar con la vida cotidiana que somos miembros de la familia real, hijos del Rey celestial, es de más valor a la vista de Dios que todo el saber, toda la sabiduría, todos los grandes logros. Cualquier otro curso de acción es deshonestidad hacia la familia de Dios y, ciertamente, supondrá el divorcio de ella.

Cuando alguien está lleno del Espíritu Santo, cuanto más intensamente sea probado y examinado, con mayor claridad demuestra que es un verdadero representante de Cristo en palabra, en espíritu y en acción. Cristo declara: «El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre» (Juan 14: 12). ¿Cuál es la promesa para cada creyente verdadero? «Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hech. 1: 8). ¿No sería mejor, hermanos, que nos reprendiéramos a nosotros mismos por nuestra falta de semejanza con Cristo? Dice él: «Vosotros sois mis testigos» (Isa. 43: 10). ¿Qué tipo de testigos de la verdad y la justicia somos? ¿Luchamos con todas las facultades que Dios nos dio para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo? ¿Buscamos su plenitud, esforzándonos siempre por llegar más alto cada vez, intentando alcanzar la perfección de su carácter?

Cuando los siervos de Dios alcancen este punto, serán sellados en la frente. El ángel registrador declarará: «Consumado es». Serán completos en Aquel a quien pertenecen por creación y redención.

No hay vida sin crecimiento. No hay nada en el mundo natural que tenga vida salvo lo que crece y produce fruto. Y en el mundo espiritual

no hay en absoluto vida sin crecimiento en la gracia. El impulso espiritual no es crecimiento. El impulso es sentimiento, y depender del sentimiento es ser tan cambiante como las circunstancias. El cristiano profeso que no obtenga vida de la vida de Cristo no es un hacedor de la Palabra. Es un miembro paralizado, conectado con el cuerpo solo de forma nominal. En ocasiones, se verán movimientos irregulares y discontinuos, pero sin ninguna actividad permanente. Que nadie piense que la gracia de Cristo inspira estas efímeras acciones impulsivas.

Muchas personas son objeto de impresiones que no son fiables. Muchos tienen lo que creen que son buenas impresiones, una maravillosa exaltación de los sentimientos, pero la vida no representa a un Cristo permanente. No obtienen vida de la Fuente de toda vida, no beben del Agua viva, que brota para vida eterna. La gracia de Dios es el agua viva de la que debemos beber, y que reaviva todo el ser a la vida espiritual, la vida del Hijo de Dios.

La religión personal significa perfecta conformidad a la vida de Cristo. Cuando poseamos esta religión, mostraremos un sólido crecimiento espiritual, porque seremos participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en la viña del Señor. Debemos ser colaboradores de Dios; si no, fracasaremos en la obra de vencer, y nuestra influencia irreligiosa hará que otras almas fracasen. No se pierde ningún alma que no arrastre a otras almas en su caída. Que todo aquel que pronuncia el nombre de Cristo se aparte de toda iniquidad, para que Cristo no pueda avergonzarse de nosotros.

En el nombre de Jesucristo de Nazaret, apelo a los miembros de iglesia para que se examinen y hagan autocrítica. Dense cuenta de que hacerlo es de tal trascendencia que nadie puede ocuparse de hacer la crítica de otra persona. Revelen un Salvador que mora en su interior. Entonces comprenderán qué significa ser un auténtico misionero. Aportarán una intensidad cristiana a sus acciones, y muchas almas serán salvas por sus oraciones fervientes y sus labores interesadas.— Ms 148, 1899, pp. 2-14 («The Need of Self-Surrender» [La necesidad de la rendición de uno mismo], 8 de octubre de 1899).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 26 de abril de 1956

Las iglesias del Apocalipsis

Los mensajes dados a las iglesias de Asia representan el estado de cosas que existe en las iglesias del mundo religioso hoy. Los nombres de estas iglesias simbolizan a la iglesia cristiana en diferentes períodos de la era cristiana; el número de las iglesias —siete— indica completitud y simboliza que los mensajes se extienden hasta el fin del tiempo y siguen todos vigentes hoy, aunque las figuras usadas son simbólicas del estado del profeso pueblo de Dios: donde crece cizaña entre el trigo; alzándose la verdad sobre su propia base eterna en contraposición con el error.— Ms 81, 1900, pp. 17, 18 («Solomon's Reign» [El reinado de Salomón], 1900).

Deseo recalcar el hecho de que las iglesias a las que, según se le dijo, Juan había de enviar la instrucción que se le había dado representan a todas las iglesias de nuestro mundo, y que esta revelación que recibió ha de ser estudiada, creída y predicada hoy por la Iglesia Adventista del

Séptimo Día. Cristo acudió personalmente a Juan a revelar *«las cosas que [...] son y las que han de ser después de estas»* (Apoc. 1: 19). Y le dijo: *«Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias»* (Apoc. 1: 11). La luz no había de estar oculta debajo de una vasija.

En la revelación que Cristo dio se ligan en una cadena de verdad los trascendentales mensajes de advertencia que han de darse al mundo antes de la segunda venida de Cristo. Ha de proclamarse el último mensaje de misericordia donde nunca ha sido oído aún. Los obreros han de trabajar con tal abnegación, con tal sacrificio, que se lleve el mensaje a quienes no lo han oído.— Carta 110, 1902, p. 4 (al Dr. David Paulson, 7 de julio de 1902).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 9 de abril de 1956

El número 82 se usó en el material suplementario del tomo 7 del Comentario bíblico adventista.

El 83 sigue inédito.

El número 84 se usó en los tomos 1 y 2 de Mensajes selectos.

El número 85 se usó íntegramente en Questions on Doctrine (Cuestiones sobre doctrina).

El número 84 se usó en material adicional de los tomos 1 y 2 de Mensajes selectos.

El 87 sigue inédito.

MANUSCRITO

88

Llamamiento a un joven descaminado

Tengo el corazón dolorido por su forma de actuar. Si yo lo juzgase por los frutos que da, debería suponer que usted no ha sido un árbol en el huerto del Señor, sino un matorral espinoso. Cuando usted trabajaba con Homer, supuse que usted sería una bendición para él como soldado de Cristo, llevándolo a Jesús mientras se oye la dulce invitación de misericordia; que usted mismo escucharía su voz y atraería a Homer al atractivo encanto de Jesucristo. Lo vemos ahora actuando de modo completamente opuesto. Si no hubiera sido por la influencia que usted tiene sobre él, no me cabe duda de que él habría buscado al Señor con gran fervor y se habría arrepentido de su pecado. Estoy profundamente decepcionada con usted.

El lunes por la noche, inmediatamente antes del fin del año, pregunté si Homer estaría en la reunión de jóvenes, y la hermana McDearmon me dijo que se temía que no. Luego

Solicitado para su uso en un artículo de la revista The Youth's Instructor (El instructor de la juventud).

me dijo que tenía el corazón muy afligido por Homer. Que en compañía de usted él hacía lo que ella nunca le permitió hacer: ir a fiestas nocturnas y no volver a casa hasta la madrugada. Estaba muy preocupada y angustiada por Homer. Temía que si él no buscaba al Señor durante las reuniones especiales, seguiría como lo había hecho, descuidando completamente su alma.

Le pregunté si había hablado con Homer. Dijo que sí, pero que ella —a quien él debería escuchar y a quien debería obedecer— tenía ahora muy poca influencia sobre él, debido a que la influencia de usted es mucho más fuerte. Le pregunté a ella: «¿Ha hablado usted con John?». Me dijo que sí, y que usted se había levantado con audacia y que había afirmado que no había nada de malo en relacionarse con la buena sociedad, y las palabras de amonestación y ruego de ella no tuvieron efecto alguno.

Anoche se me dijo que fuera a la reunión de jóvenes en el Tabernáculo. Aunque había hecho llamar al médico, porque varios de nosotros estábamos enfermos y yo mismo lo estaba, mi interés por los jóvenes era, pese a todo, tan grande que fui a la reunión. Esperaba encontrarlos presentes a usted y a Homer, pero no acudieron. [...] Fue una reunión realmente maravillosa. Cincuenta personas pasaron al frente para que oráramos por ellas y muchas de ellas buscaban al Señor por vez primera. Lamenté que usted y Homer no estuvieran presentes. Podría haber sido el momento en que el Señor habría impresionado su corazón y haber oído la voz de nuestro amante Salvador invitándolo a abrir la puerta de su corazón y dejar que Jesús entrara. Me fijé en todos los que vinieron, pero ustedes no estaban entre ellos. [...]

Aunque disfruto viendo animados y contentos a los jóvenes y a las señoritas, me apena mucho verlos por los caminos por donde usted anda, porque su influencia y su ejemplo apartan a otros de Jesús. Usted cultiva los gustos y el apetito, en sí mismo y en otros, de todo aquello que no da solidez a su carácter ni representa la vida cristiana. Homer dice a su abuela: «John es cristiano; pertenece a la iglesia; no hará nada incorrecto». Pero su abuela, que se ha ocupado de él desde su niñez, se siente muy angustiada por cómo andan las cosas. [...]

Quiero que usted mire en el espejo de la Palabra de Dios y vea por sí mismo si ha venido ejerciendo una influencia sobre Homer para que sea un hacedor de la Palabra. ¿Le ha venido enseñando que obedezca todos los mandatos de Dios, especialmente el quinto mandamiento, que es el primer mandamiento con promesa? Me ha sorprendido mucho la calidad de la experiencia religiosa de usted, porque, ciertamente, carece

de los elementos esenciales para soportar el examen de la prueba de Dios. Ha de zarandearse todo lo que pueda ser zarandeado, y las cosas que no puedan ser conmovidas pueden permanecer. ¿Dónde se encontrará usted en el momento de la prueba?

¿Está usted, hermano mío, creciendo hacia el cielo? ¿Está creciendo hasta la plena estatura de un hombre en Cristo Jesús, su Cabeza viva? ¿Está usted asiéndose, arraigándose y cimentándose en la verdad como es en Jesús, quien es su fuente de gozo, su paz y su felicidad? ¿Es él la corona de su regocijo? Si así es, usted lo revelará.

«Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí [...] lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. [...] Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. [...] En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos» (Juan 15: 1-8). ¿Puede usted, hermano mío, reivindicar el derecho de discipulado? ¿Son los frutos de usted para santidad?

«Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Juan 15: 10-14).

Con reflexión y oración, ¿serán estas palabras objeto de su estudio, y no de mera lectura? ¿Significan tanto para usted! Sí, lo significan todo para usted, para mí y para Homer. Toda palabra hablada por Cristo debería grabarse en las tablas del alma. Los labios de Jesús pronunciaron estas palabras: «En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos» (Juan 15: 8). He aquí la evidencia de su discipulado: «Por sus frutos los conoceréis» (Mat. 7: 20).

¿Considerará usted cuál es la calidad del fruto que lleva? ¿Es usted una rama fructífera del tallo principal de la vid, o está produciendo fruto que no tiene semejanza alguna con la vid viviente? Le pregunto en serio y solemnemente: ¿Cuál es el carácter del fruto que produce? ¿Hace bien a las almas? ¿Es el fruto de la abnegación, del sacrificio, el fruto de la mansedumbre, la paciencia, el dominio de sí mismo, el amor, el gozo, la paz, la generosidad, la benignidad, la bondad y el amor? ¿Está ese fruto

brotando y floreciendo para Dios y su gloria obrando como Cristo obró por salvar a las almas que perecen? Recuerde que si llevamos «mucho fruto», seremos así sus discípulos. Sin esta evidencia, no se es de Cristo, ni Cristo es de uno. No se tiene derecho alguno al nombre de cristiano. [...]

«Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros» (Juan 15: 12). ¿De qué calidad es este amor? Un amor tal como el que Cristo reveló en su vida. «Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Juan 15: 12). Un amor por el alma que se distanciaría de las gratificaciones egoístas y practicaría una estricta abnegación para elevar, ennoblecer y santificar a aquellos con los que nos asociemos.

«Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Juan 17: 19). ¿Ama usted a aquellos con los que se relaciona lo bastante como para renunciar a su deseo de diversión y complacencia propia, de modo que no ponga esas almas en la senda de la tentación, que no las atraiga a seguir un curso de parrandeo y algarabía que lleve a la extinción de los pensamientos serios relativos a la salvación de sus almas?

¿Cultiva usted la piedad personal y los principios vivientes, claramente inculcados por Cristo, para que sus amigos jóvenes puedan seguir a donde usted guíe, hacia arriba y hacia delante a la obediencia a Dios?

Sin duda, usted complace a los faltos de consagración y a los inconversos. No es de extrañar que disfruten de su compañía, porque su manera de actuar no produce alteración alguna de la conciencia donde el amor, la alabanza y la honra de Cristo no se expresan con palabras ni con acciones. Sin embargo, ¿cuál es la calidad de su amor? ¿Es de un carácter que haga más semejantes a Cristo a las personas con las que se relaciona? ¿Tendrá una tendencia a aportar a la edificación de su carácter sólidos puntales?

¿Qué tipo de carácter le gustaría presentar ante el mundo entero? ¿Le gustaría ser respetado y valorado por los que son rectos y temerosos de Dios? Entonces, actúe de forma que se gane su respeto. Sin duda, tendrá una cuenta que ajustar con Dios por los frutos revelados en sus relaciones con Homer y los jóvenes en general. [...] Usted es una falsa señal indicadora que apunta en la dirección indebida, que descarría a las almas que son más ciegas que usted, y nunca ha sabido qué es estar bajo el control del Espíritu de Jesucristo.

→ Puede que a aquellos que usted supone que son sus amigos les guste la vida tibia, carente de consagración y poco cristiana que usted lleva. A través de sus relaciones con usted, lo pueden llevar a suponer que,

para ser feliz, usted debe participar de los goces placenteros denominados entretenimientos inocentes, pero enmascarados por Satanás para destruir la espiritualidad de usted y la de ellos. No pueden pagar un rescate por el alma de usted, ni puede usted pagar un rescate por las de ellos. Todo el que es salvo debe ser salvo por su fe en Jesucristo. [...]

¿Es posible que usted haya saboreado en algún momento las bendiciones que se derivan de un servicio genuino a Jesucristo? ¿Es verdad que usted se ha alistado bajo el estandarte de Cristo? ¿Nos veremos obligados a considerarlo un desertor a las filas del enemigo? Así me lo parece. Ciertamente, usted no está hoy bajo el estandarte de Jesucristo. [...] ¿No se avergonzará acaso Cristo de un soldado tal como el que usted lleva siendo al menos la mayor parte del año que ha pasado a la eternidad con su carga de anotaciones? ¿Cómo se presentará su autocomplacencia a la vista de Dios y de los santos ángeles? [...] ¿Qué ha hecho por Jesús? ¿Cómo está su historial en el libro de cuentas de Dios? [...]

Aquí está el joven Homer. [...] Sus abuelos lo quieren, se han preocupado de él y han orado por su salvación, para que pudiera encontrarse con su madre en el reino de Dios y para que ellos pudieran decir: «Aquí tienes a tu hijo, al que hemos cuidado y educado, por quien hemos orado y trabajado. Ha sido purificado por la sangre del Cordero».

Pero aquí este joven está relacionado con usted, y los corazones de los que lo aman y que quieren que se salve ven que usted —quien debería ser colaborador de Dios para acercar y atraer a este joven hacia él— lo está apartado de Dios [...]. ¿Cómo es considerado usted por el cielo? En el momento mismo en que cada brizna de su influencia debería estar del lado de Cristo en este asunto, su nombre está anotado como el de un frívolo, alguien superficial, autosuficiente y seguro de sí mismo, que deja al mero azar la formación de su carácter. [...]

¿Cómo sabe usted que habrá otra oportunidad tan favorable para que Homer y otros de sus colegas se avengan a las invitaciones de la misericordia? ¿Por qué no reflexiona usted en cuanto al tipo de semilla que siembra cuando se entrega en un momento tan crítico, a esta indiferencia, a esta pereza espiritual, a este amor a los placeres? ¿A quién sirve usted, a Dios o al diablo? Si rehúsa escuchar las palabras de consejo y sigue su propio humor y su propia inclinación, y disfruta de las diversiones; si, descuidado, se deja arrastrar, por la corriente arrolladora de las vicisitudes y avatares de la vida, listo a recibir cualquier impresión o va en cualquier dirección en la que la corriente del placer

lo pueda llevar, ¿qué tipo de cosecha espera recoger? Usted necesita buscar a Dios ahora, mientras puede ser hallado, porque sé que Dios no está complacido con usted. [...]

Usted está educando a Homer para que se forme ideas que lo llevarán a interpretaciones superficiales de lo que constituye el carácter cristiano. Usted ni siquiera se acerca en nada en lo más mínimo a la norma bíblica, y su influencia es llevar a otros a que se sientan satisfechos con logros exigüos. Mientras venimos trabajando con denuedo por la conversión de los jóvenes, usted, con otros jóvenes, han estado llevándolos a sentirse satisfechos con esperanzas y metas que los descalificarán para resistir en medio de los peligros de los últimos días. Usted ha tenido gran luz. Ha sido puesto donde ha tenido oportunidades y privilegios de conocer los requerimientos de Dios, y es usted rápido para discernir la evidencia presentada sobre lo que es verdad. Usted no tendrá excusa en el gran día en que cada alma será juzgada no por sus propias ideas de la norma de justicia, sino por la norma moral de santidad del propio Dios. Se mantendrá de pie o caerá con ella.

Yo a usted lo aprecio mucho. He estado profundamente interesada en usted. Quiero que usted esté en armonía con Dios. Deseo muchísimo que usted se convierta verdadera e inconfundiblemente a Dios y que sea santificado mediante la verdad. La vida eterna lo vale todo para uno, o no vale nada. La verdad produce belleza en el alma. Una mera profesión de fe nunca salvará a nadie, porque es como metal que resuena y cimbalo que retiñe. No quiera Dios que siga usted más tiempo en un engaño, que la fuente de la que debería manar agua pura se envenene; que la vid que debería producir dulces racimos no produzca más que uvas agraces.

Que Dios lo ayude a ver el valor del alma por la que Cristo pagó el costo del rescate con su propia preciosa sangre. Afíancese como es debido para trabajar por la salvación de las almas. Dios requiere esto de usted. Le dejo estas líneas para su consideración. Deploro profundamente que el temor y el amor de Dios no circulen más cabalmente en la familia en la que usted hace su hogar. Estamos en medio de los peligros de los últimos días, y ahora, si un hombre ha de estar unido a Dios, precisa aferrarse estrechamente al único poder que le puede dar la victoria, y ese poder es Jesucristo.

John, yo contaba con que usted honrase a su Redentor. Usted necesita una gran seriedad de pensamiento y un profundo cambio de co-

razón. Por lo general, cuando se les presenta un llamamiento, los jóvenes son dados a decir: «Soy tan bueno como ese joven. Le encanta el placer y el juego, y no practica más abnegación ni sacrificio que yo. Pertenecer a la iglesia, como cristiano. Yo no soy cristiano, y me temo que no me iría mejor que a ese joven».

Debido a tantas personas que profesan la religión con tibieza, muchos jóvenes se sienten inclinados a pensar que la religión que necesita diversión y jolgorio, chanzas y bromas, no sería de ningún beneficio para ellos, y el asunto de la religión es presentado desde un punto de vista desfavorable. No debería hacerse que la religión parezca lóbrega y poco atractiva, como algo calculado para detraer de la felicidad, que convierte la vida en algo insustancial y de imposible disfrute. Los que realmente disfrutan el amor de Dios tendrán gozo y paz. La religión jamás fue diseñada para privar a uno del gozo. ¿Qué puede producir mayor felicidad que disfrutar de la paz de Cristo, del brillante resplandor de su presencia? ¿Pueden las tinieblas o el descontento rodear el alma de uno? ¿Se cernirá sobre uno la oscura desesperanza? Nunca, mientras la fe de uno esté en Jesucristo.

John, usted ha venido cultivando sus propensiones de amor a la diversión y al jolgorio. ¿Ha crecido usted en la gracia? ¿Se ha percatado de la enorme importancia de educar a diario el corazón y la mente para cultivar sus facultades más elevadas y más nobles? Necesita obtener perspectivas más correctas de la religión. Usted es impulsivo, emocional, intermitente en su vida espiritual. Es preciso que ejerza gran cautela; si no, cometerá grandes errores. Usted no va hasta el fondo de las cosas. No debe seguir sus propias inclinaciones e ideas. Usted tiene tendencias hereditarias que no son las más favorables para la perfección del carácter cristiano, y puede perder su alma, a no ser que contemple la trascendental cuestión de los intereses eternos desde una perspectiva diferente. [...]

Espero que se tome en serio lo que le he escrito y permita que se asiente en el fondo de su corazón. Usted puede ser protegido únicamente por el poder de Dios. Entonces, únase al yugo de Cristo. Sitúe alta su mira, y cave más hondo de lo que lo hace ahora. Ponga su cimiento en la roca.

¿Servirá usted a Dios o a Baal? «Escogeos hoy a quién sirváis» (Jos. 24: 15). Sé que usted no sirve a Dios con su afecto indiviso. No esté en camino de pecadores, en el que ciertamente está ahora. Haga sendas

rectas para sus pies, para que lo cojo no se salga del camino. Espero que deseche su frivolidad y que sea vigilante en la oración. Sea sobrio, sea serio y, pese a todo, un cristiano animoso y alegre [...].

Que el Señor lo ayude a ser un cristiano cabal, completo, sin carencias.— Carta 10, 1890, pp. 1-14 (a John Fulton, 2 de enero de 1890).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 14 de noviembre de 1956

Evangelización*
La labor de la madre*
Los ciegos**
La lluvia tardía***

La evangelización en Washington, D. C. El mismo correo que trajo su carta me trajo una del hermano Washburn, que trabaja en Washington, D. C. El Señor me ha reiterado que en esta ciudad ha de hacerse un gran y decidido esfuerzo para proclamar la verdad del sábado. Hace varios años me fueron dadas instrucciones sobre esto.— Carta 115, 1903, pp. 1, 2 (a John Wessels, 20 de junio de 1903).

Me complacería mucho verlo y hablar con usted. El mensaje que le fue enviado en testimonio era que usted no había de limitarse por entero al trabajo editorial, porque el

* Solicitado por el pastor J. W. Cannon y el Seminario Teológico.

** Solicitado por *Christian Record* (ministerio adventista en favor de los ciegos para los que se publican libros en braille).

*** Solicitado para ser usado por W. D. Ochs en una convención de ASI (asociación de empresarios y profesionales adventistas).

Señor tiene un mensaje para que usted lo dé en nuestras grandes ciudades. Washington es un lugar en el que, junto con el pastor Daniells, el pastor A. T. Jones y el pastor Washburn, usted puede realizar un servicio valioso en el ministerio de la palabra. Debe realizarse una intensa campaña de evangelización en la capital de la nación. Se me mostró esto antes de que ardieran las oficinas de la Review and Herald.

Me alegro de que usted haya emprendido este trabajo de evangelización en Washington y de que ya se haya suscitado un interés tan profundo. Los informes recibidos en cuanto al trabajo allí se corresponden tan estrechamente como resulta posible con las indicaciones que se me dieron de cómo debería ser. Estoy segura, porque el asunto me ha sido presentado, y este trabajo no debe resultar debilitado porque los obreros necesarios sean llamados a otros lugares. No es preciso que el trabajo en el Sur [de los EE. UU.] retenga mucho tiempo al pastor Daniells y al pastor Washburn. El pastor Butler está allí, y hay otros hombres que pueden acudir a prestar ayuda.

Debe hacerse en Washington un trabajo de evangelización, y no debe ser menoscabado por llamamientos de otros lugares. El Señor espera que su obra en los grandes núcleos urbanos se lleve adelante con decisión.— Carta 53, 1904, pp. 1, 2 (a W. W. Prescott, 26 de enero de 1904).

La obra en Washington no debería ocupar un puesto secundario con respecto a ninguna otra. Estoy completamente persuadida de que deberíamos dar buen uso, en esta ciudad, a lo mejor de los mejores talentos que podamos obtener. Se ha iniciado una buena obra con las reuniones que se han celebrado allí. Y, en esta coyuntura, me parece que obligar a ausentarse a los hermanos Daniells, Prescott, Washburn y otros, y distribuir estos talentos entre los diversos Estados, dejando hombres de menor capacidad para que lleven adelante la importante obra en Washington sería un mal plan. No puedo ver el interés que se ha suscitado en dejar desprovista a esa ciudad sin expresar mi protesta. Envíen hombres de experiencia a Washington, donde ha de realizarse una obra poderosa.— Carta 55, 1904, pp. 1, 2 (a W. C. White, 29 de enero de 1904).

La labor de la madre. Criar a los niños en la educación y la admonición del Señor es la mayor obra misionera que pueden realizar los padres. Se confía a la madre una obra mayor que al rey en su trono. Ella tiene un deber que realizar en relación con sus hijos que nadie más puede realizar. Si aprende cada día en la escuela de Cristo, cumplirá su

deber en el temor de Dios y cuidará de los niños como hermosa grey del Señor.— Ms 38, 1895, p. 15 (a «la iglesia de Hobart [Tasmania]», mayo de 1895).

Los ciegos. Si leen las Escrituras del Antiguo Testamento verán que el Señor tiene especial cuidado de los ciegos. Tiene un amor que supera el amor de una madre por sus hijos afligidos, y dio instrucciones especiales relativas a cómo hay que tratarlos. Los que durante varios años del pasado no han diferenciado en absoluto entre los que son ciegos y los que pueden ver no han obedecido la voz del Señor.— Ms 30, 1890, pp. 4, 5 («Article Read in the Auditorium of the Battle Creek Tabernacle to a Large Assembly, at the General Conference of 1890» [Artículo leído en el auditorio del Tabernáculo de Battle Creek ante una gran concurrencia en el congreso de la Asociación General de 1890] [¿1891?]).

A continuación visitamos a la hermana [Gurner], que es viuda. Algunos han pensado que es una mujer inquieta e inconforme, y se ha dicho que es murmuradora. Pero cuando supe que lleva veintiocho años sin poder leer, creí que, en vez de criticarla, sus hermanas en la fe que tienen la bendición de la vista deberían visitarla y leerle con tanta frecuencia como sea posible. Job dice: «Yo era ojos para el ciego, pies para el cojo» (Job 29: 15). Es deber de los que tienen vista ocuparse de los ciegos, para que los afligidos perciban su pérdida lo menos posible. Oramos con esta hermana, y el tierno Espíritu del Señor reposó sobre nosotros.— Ms 21, 1892, pp. 16, 17 («Diary Written at Preston, Victoria, Australia» [Diario escrito en Preston, Victoria, Australia], 28 de septiembre de 1892).

La lluvia tardía. Cuando los obreros tengan un Cristo que more permanentemente en sus almas, cuando todo egoísmo haya sido sepultado, cuando no haya rivalidad ni lucha por la supremacía, cuando exista unidad, cuando se santifiquen a sí mismos, de modo que se vea y sienta el amor mutuo, entonces las lluvias de la gracia del Espíritu Santo vendrán sobre ellos tan ciertamente como que las promesas de Dios jamás fallan ni en una jota o una tilde. Pero cuando es menospreciada la obra de otros, para que los obreros puedan mostrar su propia superioridad, demuestran que su propia obra no lleva el sello que debiera. Dios no puede bendecirlos.— Ms 24, 1896, p. 4 («Unselfishness among Brethren» [La generosidad entre hermanos], 9 de septiembre de 1896).

La cirugía y los fármacos*

Abrir las ventanas del alma**

El uso de fármacos. El Salvador está presente en la habitación del enfermo, en el quirófano; y su poder para la gloria de su nombre logra grandes cosas.— Ms 159, 1899, p. 5 («The Privileges and Duties of a Christian Physician» [Los privilegios y los deberes de un médico cristiano], 13 de diciembre de 1899).

Es nuestro privilegio usar todo medio señalado por Dios en correspondencia con nuestra fe, y luego confiar en Dios cuando hemos pedido el cumplimiento de la promesa. Si hay necesidad de una operación quirúrgica y el médico está dispuesto a hacerse cargo del caso, no es una negación de la fe que se lleve a cabo la operación. Una vez que el paciente ha comprometido su voluntad a la voluntad de Dios, confíe, acercándose al gran Médico, el poderoso Sanador, y entréguese a él con perfecta confianza. El Señor honrará su fe en la forma misma en que ve que es

* Solicitado para un documento sobre «El uso de fármacos».

** Solicitado para un artículo en la Review and Herald.

para la gloria de su nombre. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado. Confiad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová, el Señor está la fortaleza de los siglos» (Isa. 26: 3, 4).— Ms 67, 1899, pp. 6, 7 (Manuscrito sin título, 25 de abril de 1899).

Cristo es el médico misionero más grande que ha existido. Nunca perdió un caso. Sabe cómo proporcionar fuerzas y dirección a los médicos que trabajan en esta institución. Está junto a ellos mientras llevan a cabo sus difíciles operaciones quirúrgicas. Sabemos que esto es así. Él ha salvado vidas que se habrían perdido si el bisturí se hubiera desviado en lo que corresponde al espesor de un cabello. Los ángeles de Dios asisten constantemente a aquellos por quienes Cristo ha dado su vida.

Dios ha proporcionado talentos y habilidad a los médicos de esta institución, porque ellos lo están sirviendo. Saben que sus talentos no les pertenecen, sino que vienen de lo alto. Comprenden que junto a ellos hay un Vigilante divino que da sabiduría a sus médicos y los capacita para actuar inteligentemente en su trabajo.— Ms 28, 1901, p. 9 [«Talk Given by Mrs. E. G. White at the Battle Creek Sanitarium» [Charla dada por la Sra. Elena G. de White en el Sanatorio de Battle Creek], 27 de marzo de 1901).

Abrir las ventanas del alma. Juan llama nuestra atención sobre el amor que Dios nos ha dado. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3: 1). ¿Podemos comprender este amor? Aunque expandiéramos la mente hasta su límite último, ¿podríamos captar su medida o dar al don del amor el aprecio que merece?

Aunque el pecado lleva siglos acumulándose, aunque mediante falsedad y artimañas Satanás ha proyectado la negra sombra de su interpretación sobre la Palabra de Dios, la misericordia y el amor del Padre no han dejado de fluir hacia la tierra en abundantes torrentes. Si los seres humanos estuvieran dispuestos a abrir las ventanas del alma hacia el cielo, en aprecio de los dones divinos, se derramaría un torrente de virtudes sanadoras que llevaría a los hombres a exclamar: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4: 10).

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). [...] Por nosotros, dio a su Hijo unigénito

para que sufriera una vida de maltrato, insulto, burlas y rechazo. Jamás podremos soportar lo que Cristo soportó, nunca podremos sufrir lo que él sufrió. [...]

Pablo, en las indicaciones que le dio a Timoteo poco antes de morir, le dijo: «Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mancha ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo. Aparición que a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el imperio sempiterno» (1 Tim. 6: 12-16).— Carta 79, 1900, pp. 10-13 (a William Kerr, 10 de mayo de 1900).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 24 de abril de 1957

*El número 91 y el 92 se usaron en material adicional de los tomos 1 y 2 de Mensajes selectos.
El número 93 se usó en La fe por la cual vivo.*

MANUSCRITO

94

Consejos a los estudiantes
(estudios, entretenimiento,
deportes, música)

La fabricación de alimentos

Los salarios de los obreros

Adónde ir a pasar el verano. Tras volver de Paris [Maine], creímos que era momento de decidir dónde ir a pasar el verano. Tuvimos muchas dudas y vacilaciones para decidirlo. Estábamos esperando que Dios nos diera alguna indicación, de forma que no pudiéramos confundir el deber; pero quedamos decepcionados y, dado que no recibimos luz para ir a otro lugar, decidimos ir a Nueva York. Jaime les escribió cuándo debían acudir a buscarnos a Utica. Firmó la carta y yo puse mi firma junto la suya.

Solicitado por T. H. Jemison para Facing Life (Afrontando la vida), libro de texto de enseñanza secundaria.

Pronto empecé a sentirme angustiada y agobiada. Parecía que me iba a ver abocada a la enajenación. Encontré alivio llorando. Cuando Jaime, en mi aflicción, temió que incluso fuera a morir, arrojó la carta en el fogón, según me contó después; luego se arrodilló a la cabecera de mi cama y oró para que Dios redujera la carga. Entonces me sentí aliviada. A la mañana siguiente desperté completamente liberada y lúcida. Toda mi angustia había desaparecido y me sentí segura de que Dios abriría el camino delante de nosotros.

Jaime fue a la oficina y trajo una carta del hermano Belden, de Rocky Hill, Connecticut, en la que nos hacía una insistente invitación a ir allí y alojarnos con ellos; decía que considerarían un privilegio atender nuestras necesidades. Nos enviaron medios con los que acudir.— Carta 5, 1849, p. 2 (al hermano Hastings y su esposa, 24-30 de marzo de 1849).

Las actuaciones musicales. Los espectáculos musicales que, si se realizan debidamente, no hacen ningún daño, son a menudo una fuente de mal. En el presente estado de la sociedad, con la baja moral no solo de los jóvenes, sino de las personas de edad y experiencia, hay gran peligro de volvernlos descuidados y de dar especial atención a favoritos, creando así envidia, celos y maledicencias. Demasiado a menudo, el talento musical fomenta el orgullo y la ambición, y los cantantes piensan muy poco en la adoración de Dios. En vez de llevar a las mentes a acordarse de Dios, a menudo hace que se olviden de él.— Carta 6a, 1890, pp. 11, 12 (a «los administradores de la institución médica de Crystal Springs, Santa Helena, California», abril de 1890).

Los deportes. No ha de descartarse el entretenimiento que sirve de ejercicio y recreo; no obstante, debe mantenerse estrictamente acotado; si no, lleva al amor del entretenimiento en sí y alimenta el deseo de la gratificación egoísta. [...]

El entrenamiento y la disciplina a los que ustedes se someten para tener éxito en los juegos deportivos no los preparan para llegar a ser soldados fieles de Jesucristo, a fin de librar sus batallas y lograr victorias espirituales. El dinero gastado en vestuario para hacer un espectáculo agradable en los partidos es tanto que podría haberse usado para el avance de la causa de Dios en nuevos lugares, llevando la palabra de la verdad a almas que están en las tinieblas del error. ¡Ojalá el Señor los

hiciera a todos ustedes conscientes de lo que significa ser cristiano! Es ser semejante a Cristo, que no vivió para complacerse a sí mismo.— Carta 47, 1893, p. 7 (al profesor W. W. Prescott, 25 de octubre de 1893).

El control de las emociones. La Palabra debe iluminar el pensamiento en cuanto al verdadero carácter de las emociones, porque a menudo son cambiantes y muy poco fiables. Mientras un sentimiento no tome en modo alguno las líneas de control ni interfiera en la vida sana del agente humano en la experiencia religiosa, no hay ningún peligro. Las emociones no siempre son engañosas; sin embargo, tan pronto toman el control del alma, del cuerpo y del espíritu, deben ser analizadas y controladas con sensatez. Los sentimientos no son ninguna guía; siempre han de mantenerse bajo el control de un principio firme e inteligente, en conformidad con la voluntad divina. Es preciso que se mantenga el equilibrio mental.— Carta 38, 1894, pp. 2, 3 (nombre del destinatario borrado; asunto: «Avoid Self-Exaltation» [Evitar la exaltación propia], 14 de abril de 1849).

Equilibrio en la elección de las clases. En la formación de los estudiantes han de confluir todas las disciplinas. Incluso en la escuela de Avondale, los alumnos escogen demasiadas materias. No debería permitirse que los jóvenes se matriculen en todas las clases que escojan, porque se sentirán inclinados a escoger más de lo que puedan sobrellevar; si lo hacen, es imposible que salgan de la escuela con un conocimiento cabal de cada materia. Debería haber menos estudio en los libros y realizarse un mayor esfuerzo concienzudo por obtener ese conocimiento que es esencial para la vida práctica. Los jóvenes han de aprender a trabajar con interés e inteligencia para que, dondequiera que estén, puedan ser respetados porque tienen conocimiento de aquellas disciplinas que son las esenciales para la vida práctica. En lugar de ser jornaleros bajo un capataz, han de esforzarse por ser maestros de su oficio para situarse donde puedan exigir una paga como buenos carpinteros, impresores o como capataces agrícolas.— Ms 105, 1898, pp. 2, 3 («The Education Our School Should Give» [La formación que debería dar nuestra escuela], 26 de agosto de 1898).

Todas nuestras facultades son para usarlas. No han de ser desperdiciadas, sino educadas para gloria de Dios. Hemos de servirlo. En cada ocasión de culto, hemos de cultivar la voz, superando toda aspereza y todo deje extraño. Aconsejamos a todos los alumnos de nuestra escuela

que tengan oído para la música, que aprovechen su oportunidad de aprender a mejorar la voz. El Señor espera que todos den lo máximo de sí mismos.— Ms 68 1899, p. 3 («Diario», 25 de abril de 1899).

La conciencia como guía. No basta con que alguien se crea seguro al seguir los dictados de su conciencia. [...] Lo que hay que dilucidar es: «¿Está la conciencia en armonía con la Palabra de Dios?». Si no, no puede ser seguida con garantía, porque engañará. La conciencia debe ser iluminada por Dios. Debe dedicarse tiempo al estudio de las Escrituras y a la oración. Así la mente queda establecida, fortalecida y asentada.— Carta 21, 1901, p. 16 (al pastor E. E. Franke, 5 de octubre de 1900).

Trabaje humildemente en el temor de Dios. Estudie la instrucción que ha dado en su Palabra. Estudie los consejos que ha dado en los Testimonios. Permita que el criterio de su marido la ayude y haga usted cuanto esté en su mano.— Carta 72, 1911, p. 2 (a la Sra. Mabel Workman, 18 de septiembre de 1911).

La fabricación de alimentos, obra misionera trascendental. Mi querido joven hermano, tengo que decirle algo. El Señor ha abierto un lugar para usted en la fábrica de alimentos. Lo ha bendecido y le ha dado tacto y entendimiento para el trabajo. Mientras no tenga claras evidencias de que es su deber cambiar de puesto, siga donde está. Usted está siendo bendecido por encima de muchos jóvenes, pues cuenta con la presencia de su madre, mientras que muchos se ven obligados a separarse de las influencias del hogar.

El Señor me ha recalcado que le diga, mi joven hermano, que alguien debe hacer el trabajo que usted está haciendo. En el puesto que ocupa, usted viene obteniendo la mejor experiencia que un joven puede tener. El Señor desea tener, en relación con esta institución, hombres que lo amen y lo teman. Los ocupados en el trabajo de preparar alimentos saludables están tan al servicio de Dios como si estuviesen en la rama de la odontología o en el trabajo médico misionero. Mientras usted ayuda a preparar alimentos saludables, presta un servicio a Dios [...].

Una vez haya dominado su actual oficio, podrá prestar un buen servicio enseñando a la gente a preparar comida sana. Esta línea de trabajo es tan esencial como cualquier otra labor que pudiera acometer. Es una formación importantísima para los jóvenes, ya sean hombres o mujeres; porque, en el futuro, esta clase de trabajo encontrará aceptación donde muchos otros tipos de trabajo no serán aceptables.

Quiero decirle que a usted se le necesita precisamente donde ahora está. No se inquiete ni incomode. Mejore constantemente en cuanto acometa. Haga el trabajo que alguien debe hacer, y la bendición de Dios reposará sobre usted. [...] Mejore sus oportunidades. Aprenda cuanto pueda en el trabajo del que se ocupa. El Señor sabe qué necesita su pueblo, y manifiesta su benevolencia hacia los hombres a través de sus agentes escogidos; porque siempre obra para la felicidad de aquellos que los aman y lo sirven. [...] Dios desea que averigüemos cómo podemos serle de utilidad real. Debemos seguir recurriendo a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. La ley que nos ha dado para que la obedezcamos es la mejor expresión de su amor. Sus mandamientos, perfectamente obedecidos, permitirían que las familias aquí en la tierra fueran símbolos de la familia en el mundo celestial. [...]

Que el Señor lo ayude a comprender su voluntad y, después, a hacerla con gusto. Él le dará paz y contentamiento si usted es fiel donde está.— Carta 151, 1900, pp. 1, 3, 4 (a H. Larson, 20 de noviembre de 1900).

Gastos superfluos y ostentosos. Estudie economía en la dotación del Sanatorio. Recibí su carta en relación con la adquisición de un automóvil para llevar a los pacientes a la estación y traerlos de la misma. Hermano mío, no lo compre. En el supuesto caso de que usted comprase un automóvil, hacer lo mismo sería una tentación para otros. Deje a un lado la inclinación a gastar dinero innecesariamente.— Carta 158, 1902, p. 5 (al hermano Burden y su esposa, 8 de octubre de 1902).

Llegamos aquí el lunes por la noche, procedentes de Los Ángeles. Nos esperaba un automóvil para traernos al sanatorio desde la estación. El hermano Johnson, propietario de ese vehículo, sale al encuentro de todos los trenes y trae pasajeros al sanatorio. Un día nos subió para llevarnos a San Diego, y cruzamos la bahía en el transbordador a Coronado. Ayer me monté de nuevo para visitar a su hermana, D. Johnson. Disfruto mucho montando en el automóvil. Había pensado en viajar sesenta kilómetros la semana que viene para celebrar reuniones en Escondido, pero Willie me insta a volver a casa, y estamos planeando regresar el martes que viene.— Carta 263, 1905, p. 4 (a J. Edson White, 15 de septiembre de 1905).

Los salarios de los obreros. Mi esposo y yo nos consagramos a Dios para ser guiados por su Santo Espíritu en relación con la oficina. Se me aseguró que si perdíamos nuestro primer amor, Jesús no nos

bendeciría —no podría hacerlo— con su consejo; que si asumíamos responsabilidades contando con nuestra propia fuerza, y ejercíamos nuestro propio criterio, seríamos dejados a nuestra propia sabiduría, que es insensatez. Habíamos de trabajar en Dios; mantener vivas todas nuestras facultades espirituales; mantenernos bajo los rayos constantes y estimulantes del Sol de justicia; porque Cristo dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5).

Y Dios estuvo con nosotros. A medida que la prosperidad acompañó a la obra de publicaciones, los salarios aumentaron, como debía ser. Mientras estaba en Suiza, me llegaron noticias de Battle Creek diciendo que se había fraguado un plan según el cual nadie que trabajara en la oficina debía recibir más de doce dólares por semana. Dije: «Esto no funcionará; pues será necesario que algunos reciban pagas mayores». Pero nadie en la oficina debería ser remunerado con el doble de esta cantidad; porque si algunos detraen tanto de la tesorería, no puede hacerse justicia a todos. Que se permitan salarios elevados para algunos, mientras que otros con exactamente los mismos méritos reciban mucho menos es el plan del mundo. Eso no es justicia.

El Señor contará con hombres fieles que lo amen y lo teman relacionados con cada escuela, cada editorial, cada institución de salud y cada imprenta. Su salario no debería ser establecido según las normas del mundo. En la medida de lo posible, debería ejercerse un criterio de excelencia para mantener, no una aristocracia, sino una igualdad, que es la ley del cielo: «Todos vosotros sois hermanos» (Mat. 23: 8). Algunos no deberían exigir grandes salarios, y no deberían ofrecerse tales salarios como aliciente para garantizar su productividad ni su eficiencia. Esto supone hacer las cosas siguiendo un principio mundanal. El aumento de paga trae consigo un correspondiente aumento de egoísmo, orgullo, ostentación, gratificación del yo y derroche innecesario que no tienen quienes hacen lo imposible por entregar sus diezmos y presentar sus ofrendas a Dios. A su alrededor se ve pobreza por todas partes. El Señor ama a los unos tanto como a los otros, con la excepción de que las almas humildes y contritas que se sacrifican, que aman a Dios y se esfuerzan por servirlo, siempre son guardadas más cerca del gran corazón de amor infinito que el hombre que se siente con derecho a tener todas las cosas buenas de esta vida.— Ms 25a, 1891, pp. 5, 6 (manuscrito sin título, 3 de junio de 1896).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 24 de octubre de 1957

La esclavitud

Será imposible modificar todos los asuntos relativos a la cuestión de la raza según el plan del Señor hasta que los que creen en la verdad estén tan estrechamente unidos con Cristo que sean uno con él. Es preciso que se conviertan los miembros de nuestras iglesias, tanto los de la raza blanca como los de la negra. En ambos grupos hay gente que son poco razonables, y cuando sale a relucir la cuestión de la raza, manifiestan rasgos de carácter desprovistos de santidad y de falta de conversión. Es fácil despertar sentimientos de beligerancia en aquellos que, dado que nunca han aprendido a llevar el yugo de Cristo, son tercos y obstinados. En ellos el yo clama con una determinación no santificada por lograr la supremacía.— Carta 105, 1904, p. 2 (a J. Edson White, 1º de marzo de 1904).

Solicitado para su uso en una declaración que podría ser usada para dar respuesta a preguntas relativas al posible resurgimiento de la esclavitud.

Me ha sido indicado que diga a nuestro pueblo en todas las ciudades del Sur que permitan que todo se haga según la dirección del Señor. La obra se está acercando a su término. Estamos más cerca del fin que cuando empezamos a creer. Satanás está haciendo todo lo posible por bloquear el camino al avance del mensaje. Está esforzándose para lograr la promulgación de una ley dominical que dé como resultado la esclavitud en los territorios del Sur y cierre la puerta a la observancia del verdadero día de reposo, que Dios ha dado a los hombres para que lo santifiquen.— Carta 6, 1909, p. 2 (a William C. White, 1º de enero de 1909).

En el supuesto caso de que las personas de raza negra de los estados del Sur recibieran instrucción, cuando reciben la verdad, para que trabajen en domingo, se suscitaría un prejuicio sumamente irrazonable e injusto. Si tuvieran ocasión, jueces y jurados, abogados y ciudadanos adoptarían decisiones que les impondrían costumbres que causarían mucho sufrimiento, no solo a aquellos a los que calificaran de culpables de quebrantar las leyes de su estado, sino que todas las personas de raza negra en todas partes serían sometidas a mayor control, y tratadas con crueldad por los blancos, lo cual sería poco menos que la esclavitud.— Carta 73, 1895, p. 2 (al pastor A. O. Tait, 20 de noviembre de 1895).

PATRIMONIO WHITE, Washington, D. C., 29 de octubre de 1957

Biblioteca
del Hogar Cristiano
ELENA G. DE WHITE

Libros actualizados:

1. Conducción del niño
2. Consejos sobre alimentación
3. Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática
4. Consejos sobre salud
5. Cristo en su santuario
6. El colportor evangélico
7. El conflicto de los siglos
8. El Deseado de todas las gentes
9. El hogar cristiano
10. El ministerio de curación
11. El ministerio de la bondad
12. Eventos de los últimos días
13. Fe y obras
14. Hijas de Dios
15. La educación
16. La historia de la redención
17. La oración
18. La temperancia
19. Los hechos de los apóstoles
20. Mensajes para los jóvenes
21. Mente, carácter y personalidad, tomo 1
22. Mente, carácter y personalidad, tomo 2
23. Patriarcas y profetas
24. Primeros escritos
25. Profetas y reyes
26. Sermones escogidos, tomo 1
27. Sermones escogidos, tomo 2
28. Servicio cristiano